

Sheila Maldonado

*Tus mejores*

*Secretos*

# TUS MEJORES SECRETOS





INFO ABOUT RIGHTS

2002053026219

[www.safecreative.org/work](http://www.safecreative.org/work)

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Tus Mejores Secretos*

©I.M.S. Sheila Maldonado K. Spencer.

Edición publicada en febrero de 2020

Maquetación: I.M.S.

Diseño de portada: Pixabay.

## Dedicatorias



A Lily Zarzosa, la persona que me ha demostrado que todo se puede conseguir en esta vida. Que, teniendo fe e

ilusión, amándose a sí mismo, se puede vivir en el mismo Paraíso, aquí en la Tierra.

A todas mis amistades, lectores o no, pero que me infunden ánimos para seguir creando historias. A Mari López,  
esperando que le agrade esta obra.

A mi madre, para que siga brillando en el cielo como la estrella que parpadea sin apagarse jamás, igual que su amor  
sigue latiendo junto a mi corazón.

A mi padre, el faro que desde los confines del espacio me sigue indicando dónde está el norte de mi rumbo.

Gracias.

“El amor puede transformar las cosas bajas y viles en dignas, excelsas.

El amor no ve con los ojos, sino con el alma, y por eso pintan ciego al alado Cupido.

Ni en la mente de Amor se ha registrado alguna de discernimiento.

Alas sin ojos son emblema de imprudente premura, y a causa de ello se dice que el Amor es un niño, porque en la elección yerra  
frecuentemente. Así como se ve a los niños traviesos infringir en los juegos sus juramentos, así el rapaz Amor es perjuro en todas  
partes”.

WILLIAM SHAKESPEARE



“Aquel que vive más de una vida

Tiene que sufrir más de una muerte”.

OSCAR WILDE

# TUS MEJORES SECRETOS

I.M.S.

Sheila Maldonado

K. Spencer

## PREFACIO



# Bacanal

Unas cortinas de terciopelo — rojas como la sangre — , frente a su cuerpo desnudo, cubierto con unas tiras de perlas que rodeaban su virginal cintura, cual jarrón del que nadie había libado aún; ni su elixir de mujer, conjugado con otro procedente de varón.

Fuera, el gentío ansioso por descubrir el regalo que les estaba esperando tras esos cortinajes espesos; cargados de humo acumulado de tantas noches de espectáculo y algarabía.

Estaba helada, pero no por frío, porque el ambiente estaba más que caldeado.

Era una de las tantas chicas que habían decidido probar suerte en la ciudad de altos edificios, que venían de diversos lugares de todo el país con la esperanza de convertirse en una estrella; que, desde pequeñas, todo eran halagos hacia su belleza, como las modelos publicitarias o las actrices de teatro o del cine.

Tenían que pasar por el aro, por pasar la prueba de fuego, y perder ese miedo a enfrentarse a los focos.

Dio un paso y agarró la cortina, se sostuvo a ella y la recorrió un poco. Hombres con aspecto sudoroso, con sus corbatas medio desanudadas, bebiendo sin parar. Algunas mujeres de la buena vida les sobaban las espaldas y parte de sus vientres, alentándoles a mantener con ellas después unas ardientes caricias en cualquier callejón y en alguna pensión cercana al tugurio.

En el otro extremo del escenario, semi oculta en la oscuridad, una joven rubia — de cabellos dorados como las espigas al amanecer — se muerde los labios, acentuando su rojez; y sus ojos, de un cristalino azul, como las turquesas de un cofre de tesoros relucientes, muestran el pavor que le produce presenciar ese momento. No podría soportarlo si se tratara de ella misma, Lara Teslas, la hija del alcalde de Cleveland, que por azares de la vida se ha visto inmersa en ese ambiente nada distinguido.

Aunque un día, mejor dicho, una noche, la garra del destino la arrastrará a ser igualmente objeto de deseo ... frágilmente disponible a merced de miradas lascivas.



## Capítulo 1

El día en que un hombre de negocios, llamado William Teslas, se propuso levantar las mejores edificaciones de toda Ohio — en una de las recientes avenidas de Cleveland —, no sabía que iba a competir con la mismísima Quinta avenida neoyorkina en elegancia y modernismo; hasta que, pasados unos años, antes de que la Guerra Civil hiciera mella, fueran de todas partes de los Estados Unidos de Norteamérica personalidades ilustres a contemplar la maravilla arquitectónica de dicha ciudad. Algunos, incluso, decidieron acomodarse en las impresionantes mansiones allí levantadas, contagiando a muchos otros a hacer lo mismo, extendiendo calles y avenidas a lo largo y ancho de esas tierras próximas al lago Erie. Los puentes sobre el río *Culahoga* eran el lugar idóneo para contemplar el avance de Cleveland, gracias a la incesante fabricación de manufacturas que hizo doblar en habitantes la población, creciendo el desarrollo en numerosos factores: medios de transporte, educación, seguridad, sanidad ...

Pero, a pesar del ofrecimiento en desempeñar un cargo político, Teslas tenía de momento otros intereses, y eran nada menos que hacerse dueño de las fábricas de carbón y de hierro. Su aportación en la sociedad de manufacturas estaba próxima a la totalidad.

El verdadero diamante en bruto era su hija: Lara Teslas. Un filón de mujer por conquistar.

Pero no había ningún caballero, por mucha fortuna que tuviera, que obtuviera la aprobación por parte de la joven. Arisca y rebelde, Lara se sumía en su mundo de ensoñaciones en la casa de estilo villa italiana: una gran mansión en Midtown, cercana a un importante museo, rodeada de granjas y campos de cultivo y muy próxima a la avenida Chester.

La mansión de los Teslas gozaba de una majestuosidad digna de admiración de toda la vecindad y alrededores.

Bueno, eso era porque no conocían del todo lo que ocurría en ciertas habitaciones de esa espectacular casa.

William Teslas Rhodes llegó de pequeño a esa naciente y próspera ciudad de Ohio en el año 1820, cuando contaba con tan solo cuatro años de edad, hijo de los primeros aventureros que venían de Brooklyn a probar suerte en Cleveland, estableciéndose en el desempeño de cargos relevantes en las industrias del hierro y más tarde también del oro negro: el carbón. William se casó con la nieta de un relevante industrial, Arthur Barber, cuya hija, Sophia Barber, era muy agraciada pero más de una vez había tenido que ser internada en centros de atención mental, por

sus delirios de locura, como así solían denominar cuando padecía de extrañas visiones.

Por eso, desde que nació Lara, William apartó todo lo que pudo a su hija de su propia madre. Para que no se le contagiara de su locura, si es que no la llevaba en la sangre.

Y eso, precisamente, era lo que se llegó a comprobar mucho más adelante...

Como demócrata acérrimo, el padre de Lara tenía que demostrar que daba libertad a su hija para elegir, para disponer de su vida como mejor le pareciese. Las alas de la autodeterminación femenina estaban dando los primeros vuelos en la reivindicación feminista, que figuras representativas — como E. Murphy — reivindicarían en el derecho de toda mujer a decidir sobre su vida, casarse o no con quien sus progenitores les impulsaran a ello.

Los matrimonios acordados eran pasto de la absurda convivencia que aún se respiraba en muchos hogares de Cleveland y en toda Ohio. Los burdeles se llenaban de los deseos de pasiones desbocadas que los maridos no satisfacían con sus damas esposas.

Y William, cuya mujer se escondía de las miradas de los vecinos en la sala oeste de la mansión, encerrada a cal y canto en sus aposentos, también era asiduo de esos lugares donde se entretenía con sus compañeros de tertulia y ocio, con un par de piernas, con medias a medio bajar. encima de las suyas, sentados en amplios butacones forrados de sedas de oriente, ante los cuales bailaban señoritas semidesnudas, pintadas de coral en sus labios, que sujetaban cigarrillos con largas boquillas para dar más glamur a sus pases provocativos.

Lara bailaba. Pero en su habitación, sola, sin más espectador que el espejo del fondo. Daba vueltas y vueltas, levantando sus hermosas piernas estilizadas, esbeltas, igual que todo su cuerpo lo era. Porque la Naturaleza le había concedido esa gracia, la de la belleza y la elegancia. Así como la flexibilidad en los movimientos y el saber deslizarse en giros equilibrados al compás de una música que solo ella escuchaba en su mente.

Hasta que la escuchó en los propios labios de alguien que sería muy importante en su vida. Crucial. Que cambiaría todo su destino.

Lara, heredera de muchos de los intereses comerciales de su padre, no era feliz.

Creció sin el amor de su madre. Apartada de ella. Rodeada de la influencia de una sociedad de fuertes paradigmas patriarcales. Hasta que su padre tuvo que adaptarse a los nuevos tiempos y conceder esa imagen de estar a la altura de los deseos de igualdad de la mujer respecto al hombre, así como se abolió la esclavitud de los de raza negra que habían permanecido hasta bien poco bajo el yugo explotador del hombre blanco, que compraba sus vidas para hacer lo que les viniera en gana con ellas.

### *Cleveland, Ohio. 1887*

Nunca había soplado con tanta fuerza el viento del Este.



Cleveland se resistía a ser barrida del mapa manteniendo sus edificios y puentes en pie, como un guerrero frente a un bufido apocalíptico, sin más escudo que su propio orgullo. Pero suficiente, dadas las mejores condiciones arquitectónicas en el asentamiento de sus cimientos, que anclaban las construcciones que se levantaban a lo largo y ancho de la ciudad, así como arraigaba el duro carácter de sus habitantes: de inamovible testarudez.

Aun a principios de primavera, los charcos helados de las calles parecían congelar hasta los mismos sentimientos si se reflejaban en ellos, y ni siquiera el sol podía penetrar, con sus insistentes rayos, la costra de hielo para deshacerlo. Parecía como si se hubiera convertido en piedra inquebrantable, que cubría los huecos de los adoquines para seguir sirviendo de pista de patinaje a los chiquillos que se deslizaban sobre ellos.



## Capítulo 2

*Dos semanas atrás ...*

La fragancia a rosas silvestres invade sin escrúpulo alguno todo rincón de la Mansión, colándose por las ventanas. Se ha incrustado en los pulmones de todo quien habita su entorno. Respirar y exhalar aroma de estas flores solo se interrumpe cuando alguien enciende un habano, y entonces el perfume se vuelve mezquino y perturbador a la vez. Esto sucede en el salón de la casa, junto a la chimenea, donde el cabeza de familia, el padre de Lara, ejerce su gobierno desde la ampulosa butaca forrada de terciopelo color burdeos, a cuyos pies, una alfombra persa que estampa y acomoda el paso por encima de ella, escrupulosamente peinada en sus flecos laterales por las sirvientas, bien domesticadas, a rajatabla, como es costumbre en esa recta casa.

Lara se asoma y observa el jardín. Se ve hermoso, configurado de manera armoniosa en recorridos verdes que responden a una geometría amable, equilibrada, de simetría estética para lograr el efecto deseado: paz y belleza.

Un estanque en el centro, formado por una gran circunferencia cuyos bordes se amparan por esculturas que evocan ninfas de los océanos, sirenas que se asoman desde el agua simulando que pronto volverán a sumergirse bajo el manto acuático.

Un recorrido de árboles y setos recortados con caprichosas formas bordea el paseo a lo largo de ese majestuoso jardín.

Algunos bancos, situados en precisos enclaves, invitan al descanso y al disfrute de ese encantador paisaje, de ese silencio imperturbable, tan solo acompañado del arrullo de las fuentes y el canto de las aves.

Lara no está “entusiasmada”, precisamente, con los preparativos de esa noche. Debe lucir elegante y estar a la altura de la circunstancia que se le presenta en pocas horas. Vendrán muchos invitados a su enorme casa y, aunque ella no tendrá que hacer más que mantener la compostura y seguir un protocolo, lo que más detesta es tener que seguir conversaciones para intentar ser lo más amable, diplomática, cortés.....posible.

«Debes pensar que cuando termine la fiesta volverás a tu cama, a tu habitación, y ahí seguiremos tú y yo creando nuestro propio mundo, una vez más, ajenas a todo lo que está sucediendo alrededor », le dicta su voz interior.

«Es lo único que me consuela, que no durará eternamente, y que lo consideraré parte de un sueño. Aunque estoy tan cansada de interpretar ese mismo papel de dama de sociedad que cada vez se me hace más y más difícil soportarlo. Creo que algún día echaré a correr como la Cenicienta, y les dejaré a todos anonadados: “mira, la señorita perfecta e importante parece que está mal de la cabeza, como su madre”, dirán encantados de poderme criticar», otra voz en su mente parece transmitirle.

«Eso no pasará. Mantén la calma. Te prometo que todo cambiará. Vamos a empezar a ser malas... pero sin que nadie se dé cuenta»...acaba por asaltarle otro de sus extraños pensamientos.

Todos tenemos conciencia. También tenemos tentaciones. Y ahora hablaban estas últimas.

«¿Te estás refiriendo a saltarme todos los protocolos y hablar con el jardinero?», se dice a sí misma.

«Sí, al mismo. Ese chico que cada día observas medio escondida tras los visillos y que ocupa tus pensamientos por las noches. Él no te conoce, Lara, nunca te has mostrado ante él. Desconoce tu existencia. Desde que ha entrado a trabajar en los jardines, la semana pasada, apenas has descubierto las cortinas. Te da miedo enfrentarte a él cara a cara. Y tú sabes bien por qué», su otro yo interviene.

«No puedo establecer ningún contacto con esa persona, me es totalmente prohibido. El trato con el servicio es algo que no me compete como lo establece el protocolo de buenas formas», acaba por resolver su conciencia.

«Ah, sí, claro. Es lo que te enseñan en las clases de buena conducta, claro. Allí te están metiendo en formol, querida Lara. Te están programando para que seas una figura de porcelana reprimida, obediente. Perfecta. Pero no te hace feliz, porque hace mucho que no veo una verdadera cara de satisfacción en tu rostro. Tu infancia se esfumó, en la que podías soñar con castillos y princesas, así como corretear por los campos y bañarte en el lago; jugar con las niñas del colegio y asistir a los circos y todos esos espectáculos divertidos que amenizaban las fechas relevantes del calendario, propias para festejar», se recrimina.

En esos momentos, unos pasos se aproximaban a la puerta.

—Lara, te están esperando —la sirvienta avisa. Hace rato que su padre la ha llamado y, ante la tardanza, la reclaman mediante el servicio. La moza, encargada de embellecer a la joven aristócrata, lleva en su blanco delantal, cogido como si fuera una bandeja, los adornos del pelo que faltan por engalanar el recogido de cabello de Lara.

—Pasa, pasa —avisa a la doncella, que tiene en cuenta que no puede entrar en su habitación sin antes obtener el permiso de la joven.

—Señorita Teslas, ¿quiere que le ponga un poco de color en sus mejillas? Está usted muy blanca. No sale últimamente, y apenas come. Me tiene muy preocupada.

—Sí, gracias. Un tono que esconda esta palidez. No quiero ser el centro de atención de las visitas. Demasiado tengo que soportar que me miren como un trofeo a conseguir. Con suerte, se pondrán a charlar de asuntos de negocios y podré apartarme con cualquier excusa. Recuerda nuestro trato, Margot.

—Por supuesto, señorita, lo tengo presente. Cuando den las once, usted se habrá manchado su vestido con el postre, y yo la traeré de vuelta a sus aposentos para cambiarse.

—¿Y después qué? A ver si recuerdas lo que hemos acordado.

—Perfectamente, señorita Lara —la sirvienta continuó—: Cuando yo baje a seguir atendiendo a los invitados, y todos vean que usted tarda mucho en volver, les diré que aún se está arreglando. Y, pasado el tiempo que se acerque a la marcha de todos, la volveré a avisar a usted en su habitación, para que aparezca abajo a despedirles.

—Exacto. Así me evitaré el tener que escuchar a las señoras todas sus anécdotas, que me las sé de memoria. Les encanta hablar de lo mismo. De lo que les habían regalado sus esposos, de las joyas que lucían, de las casas de campo que adquirirían y de la falta de buen servicio para mantenerlas y atender sus caprichos.

—Ya sé que le aburren esas tertulias, señorita. Pero tiene que tener contento a su padre. Él quiere lo mejor para usted, y esta noche se encuentra, entre los caballeros, uno de los más afortunados; alguien que, según he podido saber, porque está en boca de todos, es el ideal para convertirse en su esposo.

—Sí, para convertirse en mi dueño. Ese hombre tiene una edad para ser mi padre. Lo único que ve en mí es un vientre para fecundar sus descendientes, y un apellido de renombre.

—Con el tiempo acabará amándole. Además, es de buen ver. Su apariencia es muy agradable, y pronto caerá rendida a sus encantos. Déjese querer, señorita. No puede seguir negándose a aceptar todas las proposiciones que se le ofrecen. Ya ha dejado plantados a más de una veintena de pretendientes. Acabará quedándose solterona.

—No me importaría, antes que tener que compartir mi vida con alguien a quien no amo. El día

que realmente decida aceptar ser la esposa de alguien, tendrá que ser con un hombre que me haga estremecer, que vibre cada vez que le vea, cada vez que piense en él.

En esos momentos, Lara estaba dibujando el mapa de sus sentimientos hacia el joven jardinero, hacia el que había manifestado, desde el primer instante en que lo vio, una profunda atracción en todos los sentidos:



**L**ara un día de primeros de mes. Los fríos y grises días invernales habían dado paso a los soleados y radiantes amaneceres. Y, en una de esas mañanas, el sonido de un silbido, entonando una bonita melodía, la despertó de su letargo nocturno, que normalmente terminaba bien entrado el mediodía. Y, algo que nunca había hecho, abrir sus ojos tan temprano, fue el presagio de algo realmente relevante en ese preciso día.

Quería avanzar hacia la ventana para conocer al autor de esa chispa de alegría que entraba por sus oídos. Dedujo que era un hombre, pues ninguna mujer jamás habría silbado de tal manera. Ni siquiera ella lo había conseguido al intentarlo.

Estaba desperezándose, con su camisión de encaje de un blanco amarfilado, el cual competía en suavidad con la misma piel de Lara, aterciopelada y digna de ser recorrida por la mirada de un artista y su pincel, para eternizar su delicada belleza.

En la delicada tela se veía el relieve de los bordados de la familia Teslas, sus iniciales. L.T. Una marca que la etiquetaba desde que nació. Como si el destino se resumiera en esas dos iniciales, L. T., hasta que cambiara la segunda por la de su futuro esposo.

Pero ella quería ser Lara, sin más. No quería seguir la misma trayectoria que su madre y todas las demás señoras del condado, aborregadas y en el redil impuesto. Y, como un potro salvaje, anhelaba eximirse de llevar el yugo, no quería ser una posesión de nadie, ni un símbolo viviente, o

una muñeca a la que se le da cuerda solo cuando se quiere jugar con ella.

Por eso le costaba despertar cada mañana, porque ver el sol no era fuente de estímulo alguno, pues desempeñar ese papel de señorita perfecta se le hacía cada día más difícil de sobrellevar.

En sus sueños, seguía imaginando la vida que realmente quería protagonizar y hasta deseó haber nacido hombre para disponer de la libertad que por derecho nato le corresponde a todo varón: dueño y señor de cada casa, protector y conductor de su esposa e hijos.

Ahora, el silbido se acompañaba de chasquidos como de algo metálico que choca contra la tierra.

No sabía por qué, pero ni los trinos de los ruiseñores habían sido capaces de levantar ese especial interés. Era un soplo de armonía fresca, de un dinamismo inaudito en cada nota exhalada de los labios del presunto autor de tales silbidos. Y disparaba en ella los resortes de su naciente sonrisa.

El desperezo se agilizó para asomarse poco a poco a la ventana. Le daba, en cierto modo, un poco de reparo descubrir a esa persona. Ya que, hasta entonces, su centro de interés no estaba precisamente en lo que la rodeaba, y mucho menos en el jardín, frecuentado por los sirvientes que llevaban a cabo la limpieza de hojas y bancos para que tanto ella como su padre y amistades se sentaran a tomar el té cada tarde en la pérgola del fondo y pasear después por los senderos que bordeaban el estanque; ella, luciendo sus fastuosos vestidos, que arrastraban a su paso la arenilla, como un peine que cepilla una superficie dejando hileras tras de sí. O un arado que labra la tierra haciendo surcos. Algunas veces se recogía la falda hasta una prudencial altura para evitar el desgarrar de los encajes de los bajos de tales vestimentas de seda o terciopelo. En esos casos, la proximidad de cualquier varón requería dejar de proceder con tal descabellado gesto y seguía manteniendo ese fatal arrastre que después la modista tendría que reparar. Pero ya había tenido la oportunidad de exhibirse y dejar bien claro el estatus social que demostraba haber conseguido tal adquisición, tal y como su padre quería. Los vestidos ampulosos, pero ceñidos a la cintura, apenas dejaban respirar cuando las otras damas que acudían a la mansión pretendían competir en figura y mostrar un elegante talle, de lo apretados que estaban los corsets, igual que reprimidas sus ganas de volar y salir de la jaula de oro de sus huecas vidas, superficiales e insulsas.

Pero Lara siguió ensimismada en ese silbido «¿Quién sería el osado a disturbar el silencio sagrado de ese amanecer?»

Quizá era el murmullo sibilante del viento en sus empujes contra las fisuras de las cristaleras del invernadero, para quebrar la paz del refugio que cobijaba las plantas y flores más frágiles, cuyas hojas se lastimarían ante los agentes atmosféricos del exterior.

Lara era, igualmente, una flor de invernadero.

Pero dentro de sí se estaba ahogando, le faltaba oxígeno. Algo había en ella que no funcionaba igual que las demás. La cápsula que la envolvía era tan asfixiante que quizás era porque Lara no estaba hecha del mismo molde que las otras, que de algún modo su naturaleza escapaba de la

misma consideración que con las de su clase. Por gracia del azar, por designios del misterioso destino que a todos nos elige para cierta función o papel en este mundo. El caso era que ella esperaba que algo o alguien descubrieran a qué mundo pertenecía y cómo llegar hasta él.

Descalza, sin importarle más que ese sonido, esperando que no se espantara —como cuando se sorprende a un animalillo al que queremos observar sin pretender que huya al descubrir nuestra presencia—, Lara fue atisbando su mirada por entre los visillos, intentando que ni siquiera su respiración delatase su proximidad.

La hoja de la ventana estaba semi abierta, pues acostumbraba a dormir así, sintiendo la brisa en su recámara. Por ello, guardaba todo silencio posible para que no escapara el precursor del silbido, ni tampoco —quien quiera que fuese— mirara hacia arriba para llamar la atención.

Podría ser incluso algún caballero de los que ya había rechazado, que intentara ese recurso para despertar en ella un ligero interés. Sería un bochorno tener que presenciar tal intento. Por ello, resguardada en el anonimato de las cortinas, asomaba sus ojos tratando de vislumbrar al que entonaba esa preciosa melodía con armoniosos silbidos que, como piruetas, enfilaban notas juguetonas que prometían un paisaje revelador, como el frescor de la sombra de un bosque en pleno agosto sofocante.

Escucharlo era disfrutar de esa sombra en su desolado desierto.

Los golpes contra el suelo siguieron produciéndose. El brillo de una pala de jardín confirmó lo que sospechaba: estaban acolchando la tierra removiéndola y abonándola. Era época de siembra. Nuevas plantas engendrarían la entrada de la mansión para que florecieran con gran vistosidad y procurar una buena impresión nada más abrir la puerta y salir al exterior.

Ahora, un poco más asomada, podía ver parte de un brazo sujetando el instrumento de jardinería, poseedor de una robustez y fortaleza propia de alguien joven. Y entonces, al avanzar su cuerpo contra el cristal, tras la tela que la volvía invisible, pudo ver el torso y la cabeza, así como los hombros y espaldas, del que trajinaba con tan buen ánimo esa mañana.

Se sobrecogió tanto al contemplar tal visión impactante que tuvo que girarse y apoyarse contra la pared para tomar aliento y poder suspirar sin ser escuchada.

Cerró los ojos como si le quemaran, pero aún seguía viéndolo sin mirarle, pues dentro de su mente aparecía esa imagen asaltando todo pensamiento. Ahora ocupaba toda su atención.

La Naturaleza había provisto a ese joven de agraciadas líneas y una proporcionalidad en sus formas anatómicas que causaban estragos en su apatía por el sexo masculino. Jamás había sentido ese impulso que ahora recorría sus entrañas al ver el cuerpo de un hombre.

Su agitación se interrumpió al escuchar aproximarse a Margot, su sirvienta. Y cuando esta tocó la puerta, tuvo que descentrarse y volver al mundo real de cada día.

—Pasa, Margot, ya estoy levantada. Adelante.

—Buenos días, señorita. Le traigo el desayuno. Hoy han preparado unas madalenas riquísimas, con pasas y nueces, espero que estén de su gusto. Aquí se lo dejo. —La doncella la miró

extrañada ahí plantada, esperando a que Lara expresara alguna emoción acerca de esa novedad que llevaba en la bandeja, pues —en su lugar— no hizo ni el mínimo comentario y tan solo asintió con la cabeza, enredando sus dedos en el cabello extendido sobre su pecho.

—Buenos días, Margot. Gracias. Pero... ¿Cómo es que vienes hoy tan pronto?

—Recuerde...la prueba del vestido para la fiesta que celebran próximamente —manifestó Margot, dejando todo preparado para que Lara pudiese comenzar a asearse. Después la cubrió con un batín, consiguiendo adecentarla, como de costumbre.

—¿Por qué otra fiesta? ¿Es que no tienen nunca bastante? Mi padre está empeñado en que toda la comarca se asome por esta casa, más valdría que me anunciaran en una subasta pública para acabar de una vez con las absurdas presentaciones. ¿Quién será esta vez?

—Ya se lo digo siempre, señorita Lara. Lo hace por su bien. Además, los negocios de su padre necesitan respaldarse económicamente para seguir prosperando.

—No sé para qué ha tenido que invertir en la ampliación del ferrocarril. Demasiado tenía con sus negocios en Millionaire's Row, levantando mansiones en la avenida Euclid. Mi padre nunca tiene bastante. Se cree que va a ser como Rockefeller.

—Señorita, debe dar gracias por todo cuanto posee. El señor Teslas llegará muy lejos, y puede que incluso le nombren alcalde. Por eso está interesado en que usted conozca a hombres pudientes. Esta vez, creo que el afortunado en conocerla es un arquitecto de prestigio, con quien trabaja estrechamente para levantar la construcción de todos esos edificios que nada tienen que envidiar a la Quinta avenida de Nueva York.

—Allí querría irme. A Nueva York, y dejar Ohio de una vez. He oído que la mujer trabaja igualmente que los hombres en esa ciudad. No tendría que casarme con nadie. Trabajaría y viviría sin estar atada a ningún caballero de por vida.

—Se vive mejor en Cleveland, pequeña, no olvide que los peligros acechan en esa parte del Estado. No es sitio para alguien como usted. Los robos, asesinatos y la delincuencia en general son el pan de cada día, fruto de tantos emigrantes que esperan hacerse un sitio y al final no tienen ni dónde caerse muertos. Y solo les queda robar para no morir de hambre.

—No veas solo el lado negativo, Margot. Además, yo viviría en un buen barrio céntrico, no me tendría que pasar nada. Pero... ¿para qué hablo de todo esto? Si nunca saldré de estas tierras.

—Eso no se sabe, no se puede decir nada que no vayas a hacer, porque la vida da muchas vueltas y acabamos donde menos nos lo esperamos. Dígamelo a mí, que nací en Yorkshire, Inglaterra, y de la noche a la mañana mi familia decidió embarcarse a la aventura, y aquí me tiene.

—Ahora que lo comentas, Margot. ¿Sabes si tenemos empleados nuevos? Es para estar al tanto de quienes se albergan en las habitaciones del servicio. No quiero llevarme sorpresas si veo a alguien desconocido, tanto hombre como mujer, por la casa o los jardines —preguntó Lara, con la intención de averiguar algo respecto a ese joven al que divisó a medias desde la ventana. No quería pedirle explicaciones directamente para evitar que pensara que fisgoneaba a los

empleados. Se ruborizaba solo de pensarlo.

—Sí, señorita. Han contratado a un chico nuevo para adecentar los jardines. El viejo señor Thomas ya no está para muchos trotes. A sus sesenta años y, tras la caída de aquella escalera cuando podaba los setos, precisa de ayuda, por lo que ha hecho venir a su sobrino, que al parecer es un profesional en la labor, pues desde bien pequeño le han enseñado el oficio. Todos los hombres de su familia cuidan de los jardines de las mansiones de Prospect Avenue. Son los mejores.

—Excelente. Tendremos entonces que conocer su nombre para poder dirigirme a él cuando tenga la ocasión de encontrármelo. Es pura cortesía que nos han enseñado en la escuela de señoritas.

—Su nombre es Petrieck. El apellido es el mismo que el del señor Thomas, ya que es hijo de su hermano, y por tanto es otro Mather. Pero no se alojará aquí, sino que seguirá viviendo con su tío, en el mismo barrio.

—Está bien. Gracias, Margot. Puedes retirarte ya. Cuando termine el desayuno te aviso para comenzar a vestirme —le recordó, haciéndole señas con la mano para que la dejara a solas.

—Cómase las madalenas, verá qué deliciosas son. Espero sus órdenes para traerle la ropa del día.

Lara asintió y tomó la taza de leche, que aún mantenía algo de calor, para llevársela a los labios. Quería volver a la ventana y esperó a que la puerta se cerrara del todo, con la criada fuera, para levantarse y acercarse a los cristales.

Se llamaba Petrieck. Petrieck Mather.

Como una curiosa casualidad, el silbido se reprodujo ahora con la sensación de estar más alejado.

Igual que el flautista de Hamelin, ese chico iba atrayéndola simplemente con el soplo de aire que sus labios producían al estrecharse y conjugar el definido posicionamiento de los mismos, hasta que se elevaba la resonancia y la dominaba igual que un instructor conduce un caballo salvaje hasta domesticarlo.

Ese sonido era pura creación artística. Era una flauta armoniosa que nacía en la boca de ese muchacho, con tanta maestría que parecía que había nacido silbando en vez de soltar el lloro que todos los bebés hacen al salir del vientre materno.

Entonces, lo vio. Su espalda se presentó como un mapa por donde querer iniciar una expedición, una aventura a las profundidades de lo que se escondía por todo su contorno.



El sol había dorado su piel, convirtiéndolo en un Apolo de oro. Pero no tenía carácter divino, era tan humano como ella. Aunque el resplandor de su piel lo exaltase hasta el punto de convertir por donde pisara en el mismo Olimpo.



El cabello se mecía por sus hombros, y al girarse un poco se mezclaba por el rostro, impidiendo mostrar los ojos. Era un enigma por descubrir, y Lara intentaba atrapar cada detalle de ese muchacho que se movía por el jardín con gran soltura, desenvolviéndose con gráciles movimientos que demostraban desempeñar bien su labor: manejando la pala y el pico a la vez que iba haciendo surcos para plantar semillas o planteles de diversas especies florales.

Su pantalón amplio dejaba adivinar la musculatura de sus piernas según iba flexionando sus piernas. La largura y robustez iban a la par. Pero lo que más le llamaba la atención era el estilo, su forma de caminar. Más bien parecía que bailaba, que se desplazaba al ritmo de la canción que tenía en su propia mente y le daba impulso a todos sus movimientos.

Un rubor se instaló en las mejillas de Lara, reflejando la agitación que en su interior se estaba manifestando.

Era extraño, pero a la vez tentador, ese nuevo afán por querer saber más acerca de él.

Algo provocó que el joven tuviera que salir corriendo, echándose a un lado del campo de visión de Lara, por lo que se espantó su motivo de acechamiento. La función había terminado por esa mañana. Ahora tocaba desayunar, relamerse los labios con el sabor de la leche y las madalenas, las cuales le supieron a pura gloria.

Durante el resto del día no volvió a verle. Tampoco fue al jardín por la tarde. Quería seguir en el anonimato.



## Capítulo 3

La noche tenía los segundos contados para desaparecer, la guillotina del amanecer la convertiría en pasado.

Una brisa fresca entró de repente, levantando los visillos como si quisiera entrar el espíritu errante del viento a despertar a la que yacía entre sábanas de algodón, caliente entre las mantas, bajo el dosel de madera de la cama del cual pendían cortinas atadas a los extremos de los cuatro postes, labrados con ornamentaciones artesanales.

Lara recibió la caricia de ese soplo de aire fresco en sus mejillas, y seguidamente entró por sus oídos una música celestial: era una canción entonada por esa fina flauta improvisada a través de los labios del muchacho que trabajaba, ya tan pronto, de madrugada, en los jardines.

Como algo intrínseco en él, dejaba que saliera el eco de esa melodía y se dispersara —sin él saberlo— elevándose hasta los confines de la señorita de la casa. De Lara Teslas.

¿Quién iba a decir que de pronto sintiera tantas ganas de levantarse y ver avanzar el día?

Hasta entonces, todo era tedioso, el sueño era su mejor aliado para refugiarse en el mundo que creaba en su imaginación, más importante para ella que el real: el que la esperaba nada más aparecer por el salón de su casa y que la llenaba de responsabilidades morales y sociales por llevar el distinguido apellido Teslas.

Como si la hubieran levantado con palanca, Lara salió despedida hacia la ventana. Las sábanas quedaron esparcidas por el suelo, y sobre ellas pisaba con sus pies descalzos mientras se

empinaba a mirar hacia abajo, hacia el lugar de donde provenía ese dulce canto de ruiseñor, ese silbido nuevamente motivador y estimulante en muchos sentidos.

Despejó sus ojos de los mechones de cabello que se esparcían descendiendo por su frente hasta tocar sus jugosos labios y caer sobre su pecho firme y redondeado, como dos manzanas en su punto de madurez.

Petrieck ponía todo su empeño en crear una línea de rosales de extraordinario florecimiento. Cogía los sacos de abono, agachándose para echarlos después sobre la tierra ya picada el día anterior. Y fue plantando después los tallos ya escogidos y listos para enraizar.

En su ánimo no se paraba a pensar quién le podría estar escuchando u observando. Ajeno a la mirada de Lara, trabajaba con el ímpetu que un muchacho de 22 años ponía en todo lo que hacía. Como si le fuera la vida en ello.

Estaba seguro de que iba a ser uno de los más bellos jardines de la avenida. Silbaba la melodía que le venía en esos momentos a la inspiración. Muchas veces eran propias invenciones musicales, con su armonía y cadencia de inigualable hermosura.

Desde otra de las ventanas —esta con rejas—, Sophie, la madre de Lara, observaba a ese chico igualmente, y lo que más le llamaba la atención era el pico y la pala...

Si pudiera enterrar su locura... Si pudiera abrazar a su hija...

Pero ahí seguía, encadenada con eslabones de hierro que se anclaban en la pared, manchada por las veces que arrojaba la comida estampándola alrededor, cuando le venían los ataques, sobre todo en las fases de luna llena. Cosa que su hija ignoraba por completo. No se imaginaba que su madre estaba en esas condiciones. Le habían contando otra historia.

Mientras tanto, Lara no paraba de pensar en ese chico que tenía tanto afán en su jardín.

Entonces, cuando la fase lunar estaba en pleno crecimiento, hasta casi completarse en su redondez luminosa, Lara quiso dar el paso y presentarse ante el joven jardinero para darse a conocer y ver qué impresión podría causar en él.

Se afanó en ponerse espléndidamente hermosa, pero no con la pomposidad a la que sus doncellas la envolvían cada vez que debía hacer su aparición ante los pretendientes. No. Ella escogió el vestido que pudiera confundirla con una sirvienta. Quería facilitar el contacto, la comunicación.

Bajó a la entrada. Nadie la vio salir. Se levantó ligeramente el vuelo de la falda, igual que hacían las sirvientas cuando iban presurosas por los caminos a abrir el portón enrejado de la finca para que entrasen los carruajes.

Y, tras el tronco de un gran roble, le fue observando, disimulando con un cesto de ropa al que iría llenando con las sábanas tendidas, aún húmedas, y que el naciente sol no había acabado de absorber el agua enjabonada de una hora antes. Pues desde bien pronto se lavaba en esa casa, y se horneaba, y se barría y se fregaba hasta el último escalón y rinconera.

Algo más de cien pasos les separaban.

Petrieck estaba ahora arrodillado. Concentrado en la inmersión completa de los tallos. Aplanando la tierra de alrededor para volverla más compacta. Casi bendiciéndola con sus masculinas manos que modelaban la superficie. Y ella, respirando lo más profundamente posible, con el pecho a punto de explotar.

Cogió el cesto y se lanzó a las cuerdas de la ropa tendida como si fuera el ring y acabara presentándose su rival.

El rival que la hacía luchar internamente para refrenarse.

Enseguida, los ojos de Petrieck se posaron en ella. ¿Cómo no iba a sorprenderle esa figura angelical que caminaba como entre nubes por el sendero de piedra y musgo, que llevaba sus cabellos desplomados como en cascada de selvas sobre su pecho y espalda, igual que un velo de novia?

¿Cómo no iba a hacerle suspirar de inmediato sus pestañas de abanico que resaltaban el celeste de su mirar?

De inmediato quedó herido de amor.

Sin darse cuenta, Petrieck se estaba clavando las espigas de los rosales en sus manos. Pero no sería la primera vez que sangraría por culpa de una mujer.



## Capítulo 4

“El Lago” era el local más frecuentado por los ávidos en pasar divertidas veladas amenizadas por música y baile.

Y Charlotte era una de las danzarinas. Vivía en una pensión cuya dueña era amiga de la propietaria del salón donde cada noche desfilaba, junto a otras, delante de un público muy variado. Allí podía acudir gente de cualquier condición social mientras pagaran el precio de la entrada. Y era muy alto.

Los que no se lo podían permitir, siempre podrían entrar en otros tugurios donde, en lugar de

danzar, las chicas más bien pataleaban como mulas dando coces.

Se puso el corsé negro con lazos rojos y las medias con ligero. Zapatos de tacón, negro charol y guantes de seda negros, hasta el antebrazo. Se los quitaría después estilo Gilda. Y no se desprendería de nada más.

Eso, hasta que cambiaron las cosas y las exigencias fueron otras. Entonces cambiaría de danza.

Los aplausos repiqueteaban; los ánimos se inflaban y las chicas salían al escenario. Sus piernas subían y bajaban, sus cinturas volteaban; sus cabellos se despeinaban; sus manos señalaban partes de su cuerpo por acentuar en miradas; y de sus labios surgían besos lanzados al aire, recogidos en suspiros con sabor a whisky y Bourbon.

Un espectador le guiñaba el ojo demasiadas veces, y con una intensidad desmedida.

—Nelly, ponte delante, ese hombre me está perturbando —le decía Charlotte a su compañera mientras la cogía de la cintura para taparse un poco con ella.

—Ay, Charlotte, ¿cuándo aprenderás a dejarte admirar? —le contestaba Nelly, acostumbrada a toda sarta de piropos, a cuál más picante.



La divertida bailarina, sin remordimiento alguno, disfrutó de tomar la delantera y hacerse notar. No es que bailara muy bien, pero para Nani, la dueña del local, era una muestra de atrevimiento que ponía la guinda en el cuerpo de baile. Y lo demostró dejando salir un poco la punta de su lengua bordeando los labios de frambuesa mientras recorría con sus dedos, sensualmente, su propio cuerpo de diosa.

El indiscreto espectador, un barrigudo entrado en años, que no paraba de lamer el habano como si en realidad quisiera tener entre su boca lo que resaltaba puntiagudo bajo el corpiño de las danzarinas, ahora se quedaba aún más embobado ante la pizpireta Nelly, y la sonrisa se le fue expandiendo hasta hacer que sus mofletes se inflaran más, como un verdadero muñeco de feria.

Nani se acercó a él, y le susurró al oído.

—Si quiere, puede tenerla más cerca. Por diez centavos se le sentará encima.

Inmediatamente, Max, el banquero, como así se llamaba otro sabueso de los burdeles, que

miraba derritiéndose a la corista, se sacó unos cuantos billetes del bolsillo interior de su chaqueta y se los dio con prisa a Nani, antes de que se le adelantara el gordinflón del habano.

—Eso me lo ha ofrecido a mí, así que ya puedes guardarte ese dinero para otra —Johnson, el del habano, le hizo un aspaviento con la mano para que Nani no llegara a coger el dinero, y a su vez se iba sacando un fajo de billetes, que iban saliendo de su pantalón como si se hubieran acabado de fabricar en el horno de su entrepierna.

—Nani, doblo la cantidad de Johnson. Esa chica se posará encima de mí como me llamo Max Sullivan. Serán 20 centavos —le ofreció en un ambicioso reto que iba más allá de ser el afortunado en sentir las delicadas piernas de Nelly.

—Que sean 40. La chica solo vendrá conmigo. He sido yo quien ella ha elegido. Me ha mirado a mí, y no a ti, Max. Tú no le interesas. ¿No te has visto? Se te ve en la cara que no levantas ni las persianas. Además, a tu edad, más te vale no vivir sobresaltos —Johnson seguía defendiendo su trofeo. Era más el orgullo que la propia satisfacción de rozar la piel de la muchacha.

Nelly disfrutaba desde el escenario viendo cómo se la rifaban. Solía ocurrir esta clase de disputas. Muchas veces eran provocadas por amigos de Nani para que aumentaran las cifras y se embolsara con mayor beneficio cada propuesta.

Nelly acabó yendo con Johnson. Al gesto de Nani, descendió los escalones como una diva, contoneándose hasta provocar los silbidos y aplausos de muchos. Entonces, fue acercándose al admirador y le dedicó una amplia sonrisa, a la vez que deslizaba sus manos desde su rostro hasta sus piernas, agachándose para empinar el trasero y convertirse en objeto de deseo a extremos muy escandalosos.

Johnson tenía los ojos salidos de sus órbitas, el habano se iba cayendo resbalándose hasta la completa verticalidad, para acabar en el suelo mientras el humo seguía en su avance elevado, formando volutas que se mezclaban con los rizos de Nelly, la corista de “El Lago”.



## Capítulo 5

Fueron tres segundos. Solamente. Uno para aterrizar en el mismo cielo. Otro para posarse en sus lindos ojos. Y el tercero para poder tomar aliento.

Y así fue como se produjo el primer saludo, el detonante de la bomba de amor que iba a explotar en cuestión de unas cuantas palabras que se dirigían, como una mecha encendida que siguiera un reguero de pólvora, hacia el bloque de dinamita que escondía esa primavera de 1887 en casa de los Teslas y con más precisión, en sus jardines.

—No creo que estén secas. Las acaban de tender —le sorprendió Petriek, con las manos a sus pantalones, tratando de limpiárselas. Ella seguía de espaldas, haciendo como si no le oyera—. A lo mejor eres adivina, y piensas que va a diluviar. ¿Es por eso que las retiras? Pues... uno que es experto en entender las nubes, te dice que no caerá ni gota en todo el día. Ojalá fuera al contrario, y mis rosales fueran regados con una buena lluvia. Crecerían como nunca.

—No, no va a llover, las retiro porque falta darles un aclarado. La señorita de la casa no quiere que estén tan bañadas en jabón. Se le reseca la piel después —le contestó para justificarse. Le temblaban las piernas. De momento, le estaba saliendo bien la artimaña. Si nadie aparecía por allí, podría dar como satisfactorio su encuentro con el jardinero.

—Seguro que esa figura de porcelana de mujercita no tiene la piel tan radiante como la tuya. Aunque, a decir verdad, te noto demasiado pálida como para ser una sirvienta.

—Es que las doncellas también sabemos enmascarar las huellas del sol. Son polvos que aclaran la tez, pero eso no te tiene que importar. Tú a lo tuyo, zagal. Que si nos sorprenden charlando sí que nos caerá un diluvio de reprimendas.

—No me importaría con tal de que me dejaras llevarte el cesto. —Petriek ponía toda la carne en el asador.

—Ni te atrevas a tocar nada. Tienes las manos ensangrentadas —le hizo observar, señalando el daño que se había hecho el joven jardinero aun sin enterarse por tener la piel de las manos bien curtida—. Déjame que te las mire bien. Parece que tienes una herida.

Petriek se avergonzó de estar sucio y por haberse clavado las espinas sin haber tenido cuidado. Era algo que le fastidiaba, pero no le gustaba trabajar con guantes porque el tacto con la tierra le agradaba más que nada en el mundo.

—No es nada, ahora me las lavo y me encargo de llevarte toda esa colada al interior. Espérame —pidió a la que creía parte del servicio, echando a correr al pilón de agua donde inmediatamente sumergió sus manos. Pero, al darse la vuelta y volver junto a ella, se detuvo antes de ir al tendedero, porque ya no estaba allí. Había dejado el cesto con una de las sábanas recogida en su interior.

«Qué extraño», se dijo. No era normal que no estuviera ahí pendiente de él. Solía tener mucho éxito con las chicas. Las hacía reír, y pronto entablaba buena amistad con el género femenino. Ir con una rosa en la mano —y más si esta desparramaba sutiles fragancias—, le garantizaba algún revolcón que otro en los graneros donde se las llevaba. Donde encima de los sacos les subía las faldas y buscaba esa flor que también cuidaba siempre que le era posible.

Encuentros que no llegaban a nada más que a eso, meros roces. Pues él las respetaba. Su tío se lo repetía: «si la cortas, piensa que se marchitará en tus manos».

Pero esa primavera, las primerizas rosas de invernadero iban a revelarse más ansiosas que nunca por mostrar todo su esplendor.

Lara podía marchitarse sin haber abierto siquiera su capullo. Triste final para una bella flor.



## Capítulo 6

Sophie se mesaba el cabello, intentando silbar como el joven al que acababa de escuchar hablando con su hija.

Le hubiera gustado hablar con ella, aconsejarla, compartir con ella ese deleite que debió suponer para la joven poder hablar con el jardinero. Y aunque le estaba prohibido verla, se conformaba con saber que estaba en la misma casa. Esa había sido su condición.

En su mente recordaba aquel día en que su hijita, de tres años, la vio a ella asomada a la ventana mientras ella jugaba abajo en los columpios, y de cómo la saludó, a su hija, con una sonrisa temblorosa, sin atreverse a mostrar sus dientes carcomidos por las veces que había mordido sus cadenas. Pero a la niña se le dijo que allí no había nadie, que aquello que creyó ver sería el reflejo de las ramas del árbol, nada más.

«Hija mía, no sabes que me tienes a tu lado, pero algún día Dios me concederá la gracia de



poderte abrazar, aunque sea lo último que haga antes de morir», se decía bañada en un mar de lágrimas.

La doncella que la atendía, la más veterana y discreta de todas, Kathy Jensen, le traía su desayuno.

—Señora, haga un esfuerzo y coma algo —acostumbraba a decir cada vez que entraba en su “celda”—. Aunque, mirándola bien, parece que hoy se ha levantado de buen pie. Hasta tiene buena cara.

—Es por la primavera, Kathy. Es por la primavera. Hoy la he sentido. —Su mirada estaba completamente ida.

—Será una estación preciosa. Pronto vendrán las aves a anidar en los porches y en los rincones de los tejados. A usted le encanta alimentarlos y seguro que vuelven sabiendo que tienen buena acogida en esta casa y sobre todo, en esta ventana.

—¿Sabe si mi marido se irá de viaje? ¿Si tiene que alejarse de la casa para reunirse con sus socios en otra ciudad?

—No, señora. Pero ya lo sabe... su reclusión es por el bien de su hija. Ella cree que usted está en el extranjero, con su familia paterna, y que es una mujer distinguida. Debe seguir para que no sufra ni le perjudique en su digna reputación.

—Ay, Kathy. Siento que todo me da vueltas. Me voy a desmayar...

—Échese, señora. Está débil. Sus nervios le juegan muy malas pasadas —Kathy le pasaba la mano por la espalda, eso hacía que la pobre desquiciada se relajara y se sumiera en las profundidades de un sueño que la mantenía a flote en su delirio.

—¿Por qué me dejé llevar por mis impulsos? ¿Por qué? —y en un desconsolado llanto, Sophie se desahogó contra la almohada, como tantas veces hacía arrepintiéndose de su libertina juventud.

—No debe pensar en ello. Olvídelo. Tiene suerte de no estar encerrada en una institución psiquiátrica. Está en su casa, y puede ver a su hija desde la ventana. Le pongo al tanto de todo lo que a Lara concierne, y la cuidamos todo lo que podemos. Debe alegrarse por ello.

—Pero yo no estoy loca, eso es lo que me están haciendo creer.

—Señora, recuerde que eso fue lo que la eximió de ir a la cárcel. Un estado alterado en su mente que la llevó a matar a ese hombre...

—Ese hombre murió por haberme amado, Kathy... por haberme amado...

—Duerma, señora, duerma. Después volveré para retirarle la bandeja y asearla. Con su permiso.

La puerta se cerró como si fuera una tapadera. Ocultando detrás un secreto.



## Capítulo 7

Agitada y temblorosa, Lara contenía la risa con el puño en su boca mientras subía apresurada por las escaleras, a hurtadillas, con sus pies descalzos, y los zapatos en una mano. Se metió deprisa en su habitación y se dejó caer —como si fuera de plomo— sobre la cama. Explotó en una carcajada loca de perturbada emoción.

«¡Lo he hecho! ¡Lo he hecho!», se repetía, feliz de haber hecho su pequeña trastada.

Se mordió el cabello y sonrió, satisfecha. Había tomado las riendas por una vez y había disfrutado con su osadía en hacerse parecer a una doncella. Era tan fácil todo siendo alguien humilde... sin tener que mantener el listón tan alto en consideraciones...

Y se levantó como si no pesara ni un gramo, y empezó a bailar por la habitación, haciendo giros y giros hasta detenerse justo en la ventana y abrazarse para estrechar sus ganas de ser querida y de poder amar.

«Es un atrevido, por poco me compromete en un buen problema», meditaba, mordiéndose los labios, pero no dejaba de asomarse para ver si le volvía a ver. Y allí volvió a aparecer, y esta vez silbaba con mayor fuerza, y los tonos eran más románticos, con una cadencia más sensual que los acostumbrados a escuchar.

De pronto, él miró hacia arriba. Nunca lo había hecho. Y esta vez sí la vio. Entonces, su expresión cambió. Se rascó la cabeza como si le asaltaran mil dudas y no acabara de entender nada. Cogió su azada y empezó a cavar otra línea de sembrado. El sol ya iba asentando su presencia y la sombra del sudor en su camisa iba pronunciándose. Se le pegaba y acabó por quitársela. Y poco a poco fue desabotonándose y retirándola de su pecho, mirando al cielo, dedicando cada gesto a esa sombra femenina que pareció reconocer hacía unos segundos y que le parecía la chica que había estado intentando recoger la colada.

La prenda salió y, como una funda que descubre algo valioso que proteger, la tela dio paso a la propia piel de Pietrick, a su torso de macizos pectorales y musculados brazos. La tez semi afeitada le confería un aire algo embrutecido, pero su atractivo no reñía nada con ello; al contrario, producía en Lara un vergel de sensaciones como nunca había originado nadie.



## Capítulo 8

En la celda, Sophie, una vez recuperado el ánimo, se sentó a almorzar. Desprendió, del pedazo de pan, unos trocitos para irlos poniendo en la repisa de la ventana. Entonces, al ir colocándolos entre los barrotes, se fijó en el joven jardinero que se estaba quedando semi desnudo ante el sudoroso estado de su camisa, desplomada en el suelo.

Fue así como recordó algo que aún la hacía estremecer solo de pensarlo:

Hacía una veintena de años, cuando la quietud y el silencio reinaban en el salón iluminado por la luna, ella intentaba ahogar su tristeza con una copa de brandy cuando, de una de las habitaciones de invitados, salió Eliot, esposo de su hermana Maggy. Estaban pasando un fin de semana juntos, ante la partida de William a Nueva York en viaje de negocios.

Ella giró la cabeza para mirarle. Entonces, Eliot observó que Sophie tenía un brillo de asombro en sus ojos llorosos.

—No podía dormir —le decía mientras se acercaba al lugar de las bebidas, y tomando una botella de bourbon fue vertiendo su líquido en una de las copas.

Su camisa tenía las mangas amplias, por lo que por poco se manchó los bordes de la tela con el contenido de color ámbar.

—Eliot, yo me retiro ya. Buenas noches. —Sophie sentía el temor a ser sorprendida de noche, a solas, con su cuñado. Y más si su marido se encontraba lejos, ausente de la casa.

—Espera... Espera un momento... —susurró dando tres pasos hacia ella. La copa cayó sobre la alfombra, derramándose el licor sin piedad, como si le importara más el elixir de las lágrimas que estaban a punto de brotar en los ojos de Sophie.

Ella no se detuvo. Apuraba más el paso, no sabía cómo salir de aquella encerrona en la que ella misma se había metido al haber salido de noche, en camión, bajo esa luna de verano, al salón, donde él pudiera hallarse con ella a solas.

Continuó hacia las escaleras para avanzar a su habitación, dirigiéndose al pasillo que separaba por tabiques la zona en la que él ocupaba una habitación con Maggy, hermana de Sophie.

Era como si Sophie quisiera escapar de un incendio y ansiaba que las llamas no la rozaran, pero fuera demasiado tarde para paliar el estrago.

Fue tan veloz como su camión se lo permitió, ya que se le iba cruzando el tejido vaporoso y semi transparente por entre los muslos y le impedía correr. Y, antes de proseguir hasta su recámara, dado que quedaba un buen trecho hasta llegar hasta ella, entró en una de las habitaciones de invitados que tenía su puerta abierta, confiando poder despistar a Eliot una vez dentro.

Trató de recuperar el aliento que le faltaba, en esa hermosa estancia de tamaño medio en la que dos ventanales enormes permitían que la luz, de la clara noche, entrara y dejara en una enigmática penumbra la elegante habitación.

Creía que estaba a salvo, incluso no echó el cerrojo para no hacer más ruido. Pero al cabo de unos segundos reconoció la figura recortada a contraluz de Eliot, que acababa de colarse siguiendo sus pasos, agazapado entre las sombras del pasillo.

Empujó la puerta tras él y caminó seguro hacia ella.

A Sophie le recorrieron miles de descargas eléctricas por todo su cuerpo, aunque apenas podía vislumbrar su rostro en esa penumbra. Le llevó un suspiro acomodarse a la escasa luz, pero le sirvió, sin embargo, para sentir que aquello no formaba parte de la realidad, que era casi como una ensoñación.

A él nada le frenó en la búsqueda de lo que le llevó hasta allí. Ella no tenía dónde esconderse, allí no había nada más que una esplendorosa alfombra, una enorme lámpara de araña, los cortinones que acompañaban los finos visillos de las ventanas y la cama amplia con el dosel rodeándola, cayendo sobre ella finas y delicadas tiras de tul, además de sedas que se ataban en su medio recorrido a los barrotes de ébano, labrados artesanalmente por cada esquina.

Su respiración era tan jadeante como la de Sophie, y seguía dando pasos hacia ella, en silencio.

Se situó a escasos centímetros de su rostro y, seguidamente, jadeando aún, la miró a los ojos, como si llevara años guardando esperanzas en intimar con ella. Ella no supo si se detuvo el

tiempo en ese instante o si se dilató mientras se miraban sin moverse, deseándose mutuamente, a pesar de que ella no lo quería reconocer.

Eliot se acercó a su boca y cerró los ojos mientras una lágrima caía por la mejilla de Sophie en silencio. Era una lágrima de felicidad por haber sido encontrada, a pesar de haber intentado huir de él.

La besó con una ternura desconocida para ella. Sus labios abrazaban los suyos. No buscaba nada más que el contacto dulce y sincero de esa boca que besaba. Se regocijó en el placer de sentir por fin a esa mujer; y después de ese beso eterno, la abrazó fuertemente contra él como si no fuera a soltarla nunca. Comenzó a moldear su pelo con sus manos, inspirando el aroma de su cuello e inició un recorrido de besos: primero por su oreja, su cara; después, de nuevo por su boca. Ambos, con los ojos cerrados. Seguramente, estaban —con su mente— muy lejos de allí, en algún lugar donde lo que estaba sucediendo pudiera ser real.

Continuó recorriendo su cuello y, después de besarlo por entero, la cogió en brazos y la extendió con extrema delicadeza sobre la mullida cama como si fuera su noche de bodas. La que debiera haber tenido con su esposo William y que, sin embargo, fue más bien una verdadera violación.

Empezó a besarla una y otra vez, sin prisa, redescubriendo el sabor de sus labios y su rostro como si fuera nuevo para él. Nada que ver con el amargor de su esposa Maggy, que siempre mantenía un rictus de soberbia y enfado y que le hacía ascos a toda caricia que no tuviese que ver con el saludo de cortesía, el beso en la mano y poco más. A ella, Maggy, le gustaba ver cómo otros se entregaban al amor, escondida tras los biombos de las habitaciones de los sirvientes mientras estos practicaban diversas posturas, pero ella jamás dejó que nadie la tocara. Porque en el fondo le placía más ver cómo gozaban ellas, y no sus amantes, que los consideraba poco apetecibles, meros instrumentos para satisfacer a las doncellas que ella contemplaba suspirar y enloquecer —fueran blancas o negras—, aunque tenía que reconocer que lo que más le entusiasmaba era verlas con los sirvientes negros, pues estos las dejaban totalmente exhaustas; y, dado el color oscuro de su piel, entre las sombras nocturnas, era como si ni siquiera estuvieran sobre ellas, como si fueran prácticamente invisibles, lo que producía aún más misterio y morbo.

Por eso, Eliot necesitaba apaciguar su fuego, y más aún el que se encendía nada más ver a Sophie y comprender que, tanto ella como él, estaban necesitados de sofocar sus instintos y amarse como lo hace un hombre y una mujer, dada la atracción que —desde el primer día en que se conocieron— empezaron a sentir el uno por el otro.

Pero ella ya estaba casada con William cuando Maggy presentó a Eliot como su prometido. Acuerdos de matrimonios de conveniencia. Pura mercadería de apellidos nobles e ilustres. Y lo que en realidad habían comprado o vendido frustraba la verdadera felicidad de un matrimonio que se uniera por amor. Y ellos dos, Sophie y Eliot, hubieran sido la pareja perfecta. Sin embargo, ambos tenían que abstenerse de manifestar sus verdaderos sentimientos cada vez que se encontraban en público. Pues eran dos estrellas fugaces que chocaron hasta fundirse en una sola el día que cruzaron sus miradas cuando su hermana dio el sí quiero ante el altar y él lo afirmaba después, pero mirándola a ella, a Sophie, por el raballo del ojo, mientras Sophie no paraba de suspirar, intentando no quebrar los botones de su corsé por la profundidad de su intensa

respiración.

A continuación, la mano de Eliot se separó ligeramente del barrote en el que se agarraba, como si fuera el timón de un barco en el que naufragar, y descendió con ternura sus dedos por el centro de su pecho. Desabrochó, uno a uno, los botones forrados en seda de su camisón negro.

Ella sintió cómo su prenda se aflojaba y ayudó a desprenderse de la misma, dejando que sus hombros se contrajeran resaltando el brillo de su piel de inmediato, ante los hechizantes rayos de luna que se colaban por los amplios ventanales hasta aterrizar en su delicada piel.

La languidez de la lunática luminosidad provocaba que su encuentro fuera más romántico aún. Entonces, Eliot descubrió el inicio del rosado de sus pechos, que se mantenían escondidos en un brasier negro, calado y bordado con rosas negras y amapolas, y sin pensarlo más, se puso en pie, se quitó la camisa que le cubría, con un movimiento de brazos, hasta que esta salió por encima de su cabeza. La blancura del algodón de la tela dejó paso a su flamante y algo velluda superficie de su pecho, altivo, sobre un abdomen perfilado de dureza musculatura. Era atlético, de hecho era campeón en muchas carreras de caballos, y conservaba su cuerpo escultórico al que sometía a duras sesiones de entreno para mitigar la fogosidad que no podía expresar con su frígida esposa. Pero no comprendía lo que le pasaba, porque ni ella misma lo acababa de entender.

No tuvo ninguna prisa en posarse sobre ella, como si el simple hecho de estar juntos ya fuera un premio para él.

Se inclinó acentuando el momento de espera antes de fundirse en ella, ralentizando sus movimientos, mirándola a los ojos y bebiendo de su tembloroso deseo, de sus labios entreabiertos que esperaban llenarse con los suyos.

Sus dedos palparon sus hombros desnudos, los que tanto anhelaba cada vez que la veía con sus vestidos escotados en las reuniones familiares.

Acarició sus brazos como si estuviera dando forma a cada uno de sus músculos y luego recorrió su cintura, deslizando poco a poco la falda del camisón hacia abajo. Empujó con mimo su cuerpo tumbándose sobre ella, sin apenas hacer notar su peso.



La besó de nuevo en la boca y después el escote, con la suavidad de una pluma. Y sus labios se perdieron hacia sus pechos, repartiendo numerosos besos sobre la tela de seda y encaje, sintiendo cómo sus pezones se endurecían. Ella emitió un gemido de placer que daba pie a proseguir con las

caricias.

Entonces, ella mordió instintivamente el labio inferior de él mientras se pegaba contra su cuerpo hasta conectar con la rígida entrepierna.

Él trataba de desabrochar sus pantalones en esa postura inclinada, alejándose un poco de la intimidad conseguida; y ahí mismo se los quitó sin dejar de estar pendiente de ella, mirándola de arriba abajo con profundo deseo.

Su pantalón de raso negro dio paso a un espectacular paisaje masculino en toda su plenitud. Y el gruñido de un cuervo que sobrevolaba a la altura de la ventana, enmarcada esta por dos faldones de terciopelo con cordones de hilo dorado que los sujetaban hacia los lados, les alentó a apresurarse a dar rienda a sus impulsos, antes de que Maggy se despertara y buscara a Eliot por la casa, o fuera a la estancia de Sophie a hablar con ella: como solían hacer antes de que se comprometieran, contándose sus confidencias. Ya por entonces, Sophie detectaba que su hermana no hacía ningún halago hacia el varonil atractivo de su prometido, pero lo tomaba como una actitud de moderación dada la dura disciplina moral sometida desde pequeñas.



Y se desbordaron los cauces de sus ansias, entrando a formar parte el uno del otro en esa imperial cama de invitados, que se quejaba a veces por el bamboleo producido por los amantes.

Como ascuas encendidas, se revolcaban —sin vergüenza alguna— al amparo de esa semi oscuridad plateada y, sin tregua, se hicieron jirones de placer en sus cuerpos ansiosos, modelándose en sucumbidas entradas y salidas que acabaron por dejarlos extasiados y sudorosos, jadeando en esa carrera que no parecía tener fin.



## Capítulo 9

En la mente de Petrieck ya no destacaba su empeño en conseguir una estupenda rosaleta en el jardín de los Teslas, ahora ocupaba su mente la chica del cesto, la de ojos celestes y cabello del color de las espigas doradas al atardecer.

—Hijo, ¿crees que habrán florecido para el día del cumpleaños de la señorita Teslas? —le preguntó su tío, preocupado por conseguir una bonita vista del jardín para el día 15 de junio. Aun faltaban unos meses, estaban a mediados de marzo, ya se podían plantar los tallos y, dada su experiencia y cuidados, con toda seguridad obtendrían para el día deseado unas bonitas flores de varios colores: rosadas, rojas, amarillas... y, por supuesto, rosas blancas, que eran las que más destacarían en el centro, justo delante de la entrada principal y de la ventana de la joven; aunque eso él aún no lo sabía. Solo percibió una figura femenina que no asociaba a ciencia cierta a quién podría pertenecer. No preguntaba nada sobre la distribución de las habitaciones de la mansión, se limitaba a su trabajo y a ser lo más respetuoso posible con la intimidad de los que ocupaban la vivienda. Así se lo habían hecho cumplir para conseguir la estupenda fama entre todos los jardineros de la ciudad (que los había muy entrometidos y, por ello, enseguida eran despedidos, quedándoles como único recurso ir al campo a cultivar en duras jornadas, nada comparables a la cómoda faena en las mansiones de la gente adinerada de esas avenidas tan concurridas por personalidades importantes de Cleveland).

—Tío Thomas, antes de esa fecha, las verás engalanar este paseo. He colocado una fila que pronunciará el florecimiento de las que están más próximas a la entrada. Así se creará una cascada de colores que irán correlativamente en intensidad de color, como si fuera una graduación del mismo amanecer. Allí irán las rojas de color vino, un poco más cerca las carmesí, sucediéndose las anaranjadas, amarillas y blancas. Será un éxito que creará una amena vista, armoniosa a más no poder.

—Siempre estás innovando, Petrieck. Es lo que más me gusta de ti, y por eso te he traído aquí conmigo. Espero que no me defraudes, hijo. Es tu oportunidad. Aquí te tratarán bien. Pero recuerda: de puertas adentro, no tienes nada. Todo tu campo de acción está aquí, en los jardines. ¿Entendido? Así que no se te ocurra siquiera mirar a las ventanas. O te echarán.

—Así será, tío. Pero sí que puedo hablar con las doncellas, ¿o tampoco se puede en esta casa?

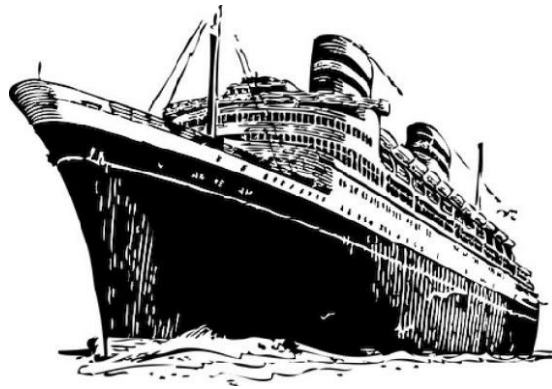
—Si quieres que te diga lo que pienso, más te vale ni siquiera tener contacto alguno con las sirvientas de los Teslas. Guardan secretos que celosamente no osan compartir con nadie, y si alguien las ronda, sale por donde ha entrado de patitas a la calle. Tú a tus rosas, zagal, y si quieres tontear con muchachas, vas al paseo del río, que por allí hay muchas que pasean a los hijos de sus amos, y se aburren como descosidas mientras los críos hacen flotar barquitos de papel en las aguas.

—Entendido. No te daré problemas al respecto. —El muchacho se arremangó los bajos del pantalón, y con disimulo miró hacia el tendedero. Otra chica estaba tendiendo ropa, pero no era ella, la de la tez blanca, sino que esta tenía un reguero de pecas esparcidas por su rostro y su cabello rojizo, en una trenza recogida, era más bien áspero como la paja del cobertizo; nada que



ver con la sedosidad de aquella otra que demostraba no tener ningún arte con las tareas de la colada, apenas sabía doblar las sábanas mientras que las demás, en dos dobleces, ya las tenían dentro del canasto recogidas.

—Mañana no hace falta que vengas. Puedes quedarte a disfrutar en la ribera, habrá baile y mucha animación. Es la conmemoración de cada año por la llegada de la primavera. —le ofreció Thomas, al cual le habían encomendado su tutela mientras sus padres seguían en un pueblecito del interior, donde aprendieron todo lo que concernía a la plantación y cuidado de rosales. Sobre todo los tallos venidos de Inglaterra, que eran llevados en barcos junto a materiales, tan apreciados por quienes habían venido de allí y se defendían en las nuevas tierras de América buscándose un porvenir.





## Capítulo 10

### Al día siguiente...

—Tiene que darse prisa, señorita, el carruaje está listo para llevarla al paseo fluvial con las compañeras de clase. Van a conmemorar el inicio de la primavera más espectacular de los que han ido celebrando estos últimos años, porque habrá una banda de música amenizando la noche, y la gente bailará por la ribera, además se podrá tomar algo en los puestos de bebidas, y seguramente tendrán algo para picar.

—¿Sabes, Margot? Me encantaría que tú también vinieras, que bailaras con nosotras, ya que mi padre no nos verá. Podemos pasarlo muy bien, vamos, ¿qué me dices?.

—No puedo, mi padre está algo delicado y debo atenderle. Además, ya no estoy para esos trotes. Soy demasiado mayor para ir allí. La señora Higgins os vigilará perfectamente. Es muy rígida, y tiene a dos cuidadoras que no os quitarán ojo, así que me quedo muy tranquila pues volverá usted entera, como cada vez que van de excursión con ella.

—Pues te traeré algún dulce de los puestos, al menos que los pruebes.

—Vaya con cuidado, señorita, y no se separe del grupo.

Margot se marchó primero, tomando a Lara de la mano para hacerla bajar sin entretenerse más de la cuenta. La había vestido con un precioso y llamativo corsé turquesa, a juego con el largo de su capa, y una blusa azul marino con ribetes blancos que se unía a una amplia falda, abundante en dobleces, que dotaban de modernismo su figura tan fresca y dinámica: como seguramente demostraría a la hora de danzar el baile social de moda, algo aburrido para ella, pero al menos podría seguir con la mirada los otros bailes que se celebraban un poco más lejos, al otro lado de la ribera, como dos mundos separados por un río.

Lara se cogió la falda para no caer rodando por las escaleras.

Se miró al espejo de la pared antes de salir, el que estaba sobre una mesita donde dos candelabros con el portarretratos de ella y de su padre ocupando la encimera de mármol veneciano.

La señora Higgins la esperaba, ansiosa, en la entrada, y —como tenía costumbre— la llamó por su apellido:

—Teslas, haga el favor de darse prisa, después no encontrará el cochero lugar para dejarnos cerca de la celebración, y tendremos que ir a pie. Está todo lleno de barro y no quiero que os manchéis los bajos de los vestidos ni los zapatos. Tenéis que luciros como dignas señoritas, elegantes y perfectas. —Era su oración diaria. Si no pronunciaba esas palabras, era que estaba enferma o se había quedado afónica.

Afuera, el carruaje la esperaba con las tres compañeras, listas para el paseo hacia el río.



Se acomodaron, juntándose hasta aplastar los pomposos vestidos, y no hacían más que ajustarse los guantes y retocarse el peinado; o mirarse en el espejito que guardaban en el bolso de tela que llevaban colgado en la muñeca, junto a un pañuelo bordado con las iniciales de cada una; muy propio de una dama.

Una vez allí, habiendo bajado y puesto pie en el camino empedrado, se dejaron llevar por la señora Higgins, que las controlaba junto a otras chicas que se lanzaron a ellas en picado como buitres, para despejarles el paso de moscones o gente curiosa.

Eran todas como muñecas de porcelana que habían salido del expositor de la estantería y por las que se temía, dado su carácter frágil. No tenían nada que ver con las doncellas que, al otro lado del río saltaban y reían sin miedo al qué dirán, dejándose tentar por mozos que las piropeaban hasta agotar todas las ocurrencias que a ellas las hacían sentir verdaderas princesas o, si acaso, dignas de ser retratadas o eternizarlas en poemas por poetas de pacotilla que surgían de entre los puestos de bebidas, con buenas dosis de alcohol ya corriendo por sus venas, insuflándoles de ánimo para ir a por la que más les llamaba la atención.

Pero Lara y sus amigas solo tenían alrededor a muchachas como ellas, selección femenina, pues la zona estaba acordonada por vigilantes del equipo policial para que nadie accediera ese baile social exclusivo. La pista estaba adornada con lazos y la pista estaba alfombrada completamente. Unas mesas con toldo tenían dispuestas bebidas y copas, además de bocados de empanadillas o croquetas; así como bombones, dulces, y otras delicias para el buen paladar de los asistentes.

Tras probar algunas suculentas galletas y deleitarse con el ambiente tan romántico, amenizado por la orquesta de violines que tocaban hermosas serenatas, fueron a ocupar sus puestos en la pista central.

Entonces, como parte del ritual de la naciente primavera, los hombres que tenían permitido el acceso —la mayoría, familiares de las asistentes— fueron colocándose para ir sacando a bailar a cada una de las señoritas.

A Lara le tocó bailar con un chico bastante tímido. Era Fred, el hermano de Clarise. Esa joven era una de las señoritas que también asistía a la academia de modales, con la que Lara compartía tertulias y paseos. Fred apenas la rozaba, pues su mano parecía cargada de electricidad y le daba apuro tocarla, ya que se producía una descarga nada agradable. Mantenían la distancia que se exigía para la danza grupal, pero algo más pronunciada. Se diría que sus dedos jamás se llegaron a juntar, que disimulaban en el intento, y que sus ojos tampoco se llegaban a acercar en una mirada directa.

Lara no quería darle ni la más mínima esperanza a ese chico, y mucho menos romperle el corazón, como otras que sí que jugaban con los sentimientos de los caballeros, hasta hacerles creer que tenían alguna posibilidad con ellas y desposarse algún día, pero en realidad les encantaba tenerles detrás, como perritos falderos, para que las colmasen de atenciones y ser las más populares, con la mayor cantidad de admiradores posible.

Y ella no era así. No quería que nadie se hiciera ilusiones, si es que no iba a plantearse una verdadera relación.

Y, en una de las vueltas, le vio. Al chico del jardín.

Petrieck, al otro lado del río, estaba hablando con algunos muchachos de su edad, riendo y haciendo aspavientos graciosos de vez en cuando.

Lara se sonrojó, como si una hoguera estuviera ardiendo delante, y entre sí pensaba que ojalá él la viera y traspasara esa distancia, entre el río y ella, para volver a intercambiar unas cuantas palabras con él. «¿Qué le diría?» «¿Que había intentado hacerse pasar por una sirvienta?» «¿Y con qué intenciones?» Y, ante esta desfachatez, concluyó que mejor era seguir con la incógnita, que él no descubriera nunca su juego, para poder seguir intentándolo; y quién sabría a dónde le iba a llevar esa estrategia.

Pero lo que no tenía en cuenta Lara es que ella destacaba muchísimo en ese baile, y que cuando empezaron a desfilan las parejas por el sendero que bordeaba la ribera, sobre madera y alfombrada, no había una sola persona que no dejara de contemplarla. Su manera de caminar delataba el gran talento que tenía en hacer que sus movimientos fueran los de un ángel que se desplaza con la volatilidad y delicadeza propia de los seres divinos.

—Clarise, creo que voy a sentarme un rato en los columpios, ¿te vienes? —le propuso a su amiga, al llegar ya al área de reposo, donde todos se sentaban a tomar un refrigerio.

—No, prefiero quedarme a probar los dulces, dicen que este año se han superado respecto al anterior. Si tardas, no podrás elegir los que quieras. Después, no te quedará otra que probar los

que queden —le advirtió Clarise.

—No me importa, me apetece más balancearme —objetó Lara, inclinando la cabeza hacia la zona del puente, donde estaban situados los asientos con cuerdas que pendían de los árboles, con cojines mullidos para que estuvieran cómodas. Todo al detalle.

Fred la siguió con la mirada, así como la señora Higgins y las tres cuidadoras, pero no tardaron en ocuparse del reparto de los pasteles, empanadillas y bebidas, por lo que pronto dejaron de observa a Lara, que en unos cuantos segundos se hizo con uno de los columpios y empezó a lanzarse hacia arriba y luego hacia atrás, en un vaivén que movía la tela de su vestido dándole vida; y su cabello, sin embargo, gracias al arreglo en el recogido, no se desprendía de las horquillas, como la mujer de un retrato, “*Mujer en columpio*”, como así se llama, pintado por un artista del periodo rococó llamado Jean Honoré Fragonard, y realizado en 1767 que se haría famoso por esta pintura.



Cada vez iba más alto, en su empeño por izarse del suelo, como si pudiera —en uno de los vaivenes— salir despedida y poder volar como los pájaros: planear sobre el río hasta sobrevolar el lugar donde el joven jardinero se encontraba. Ahora no le veía, no estaba entre el grupo que antes compartía con él charlas y risas.

Entonces, al volver el columpio hacia atrás, divisó una presencia en el puente. Alguien se estaba aproximando.

No podía ser.

Era normal que la gente de la otra orilla se atreviese a llegar hasta la mitad del puente, donde había un vigilante para que no se cruzasen más allá.

Cada uno, en su sitio; cada clase, en su ribera.

Pero él, Pietrick, estaba avanzando hasta traspasar el límite, y el vigilante le tuvo que poner en sobre aviso para que no diera un paso más en dirección a la otra orilla, donde estaba la élite.

Estaba clavando sus ojos en Lara, en la chica del columpio, cegado como quien ve el sol y todo se vuelve blanco alrededor.

Tenía un vaso en la mano, pero apenas lo sujetaba. Solamente, al recordar que su garganta se estaba quedando seca —del nudo que se había empezado a formar—, levantó el vaso y bebió unos sorbos. Después, tragó poniendo cara de dolor. Parecía que había bebido ácido, porque frunció el ceño y arrugó los labios, en una mueca de sospecha.

«Juraría que es la chica del cesto», se dijo; y se mesó el cabello como si el recuerdo de aquel instante, en que la vio en el jardín, volviera con más facilidad.

Y ella, ahora sin empujar el vaivén, dejó que la velocidad del columpio menguara por sí sola, y se agarraba a las cuerdas para sujetarse, temiendo perder el equilibrio y caer. Su concentración estaba en ese chico del puente y sentía que en la partida del destino se estaban jugando unas cartas muy altas, y no sabía cómo acabaría, tan arriesgada y emocionante hasta más no poder.

Pietrick no estaba, como los días anteriores, en ropa de trabajo. Su traje le sentaba a las mil maravillas, resaltaba su atractivo y le confería elegancia, distinción.

«¿Por qué no podría ser él uno de los que la pretendían?» «¿Por qué tenían que ser todos ellos tan exageradamente orgullosos y desagradables?», se preguntaba rebelándose contra las imposiciones.

Con alguien como él no dudaría en dar la conformidad, pues anticipaba diversión, alegría, afecto; y, sobre todo, conectar con esa parte invisible que es tan importante y que se tiene en el interior, que vibra cuando te hace sonreír la persona precisa, y no otra.

Él la estaba haciendo sonreír muy adentro: era como una caricia por debajo de la piel, que la recorría produciendo un escalofrío placentero y temeroso a la vez. Que la tentaba a acercarse a él pero a sabiendas que se iba a arrepentir después, al no saber qué decirle; qué explicación darle; para poder disfrutar al contemplarle más de cerca.

Tocó ya con los pies en el suelo y recogió su vestido por la parte de atrás volviendo la cabeza hacia su espalda, y en ese momento observó que él ya no estaba. Había desaparecido del puente. Tampoco le vio entre la multitud de la ribera opuesta.

«¿Había sido una visión?»

Apareció ante ella Clarise, apartando —con su acto de presencia— la sensación de embotamiento que mantenía en su rostro, y le ofreció una deliciosa empanadilla que llevaba en sus manos, encima de una servilleta.

—Vamos, que te vas a quedar sin probarlas. Las otras están engullendo como bellacas. Como en sus casas las tienen a dieta, se están aprovechando y se van a zampar todo lo que vean delante —le avisaba con verdadero ahínco en una desenfadada espontaneidad, tal y como solían proceder cuando estaban fuera de la vista de la señora Higgins—. Pero mira que estás distraída, si ni siquiera me estás escuchando. Y ¿por qué miras tanto hacia el puente?

—No, no miro nada en especial. Es que me ha parecido ver a una persona que quería pasar la línea. Ya sabes, de los de allá —especificaba, apuntando con la mano hacia esa dirección.

—Al último que se le ocurrió poner un pie en nuestra ribera lo metieron una semana en el calabozo. No creo que nadie, en su sano juicio, quiera pasar unas vacaciones a oscuras y a base de pan duro, rodeado de ratones.

Entre risas volvieron las dos al lugar donde se encontraban las demás, y tomaron asiento, rodeadas de los varones, ya que estos preferían quedarse en pie, haciendo el papel de protectores.

Los violines fueron amenizando la velada, pero Lara escuchó algo que no tenía que ver con el grupo de música.

Era un silbido.

No llegaba a acertar si era real o no. Ese silbido era el mismo del chico del jardín, y ahora parecía venir de alguna parte, detrás de todo el grupo de gente que estaba en esa celebración aristócrata.

De nuevo, ese escalofrío que la recorrió de pies a cabeza la atormentó.

Se giró y buscó entre la arboleda. Podría estar escondido, esperándola. Aquello era una locura.

Pero algo la impulsó a adentrarse en la maleza y descubrir el origen de ese sonido que la atraía con magnetismo.

—Clarise, haz algo por mí. Por favor, distrae a las cuidadoras y a la señora Higgins. Ya te contaré.

Clarise deseaba estrechar su amistad con Lara por curiosas razones, y no dudó en ayudarla. Hizo como que le había picado un insecto, y echó a correr para que todas la siguieran mientras se daba sacudidas por la espalda. Le salió bien la estratagema, porque nadie se dio cuenta de cómo Lara se iba escabullendo hacia la arboleda, tras unas rocas y una estatua.

Seguía sintiendo el silbido, como si fuera un hilo que ir anudando; y, donde lo sentía más fuerte, con pitidos más prolongados y seguidos, se paró. Miró entre las rocas y no vio nada. Se dio la vuelta, queriendo regresar. Su conciencia tomó las riendas y le aconsejó olvidar ese intento.

—Shsss no grites —el silbido se convirtió en un susurro—. Ven, aquí nadie nos verá. — Pietrick la sorprendió.

—¿Estás loco? Sabes que te meterán en el calabozo si te ven —advirtió Lara.

—No. Me sé estos caminos al dedillo, he bordeado el río por donde nadie pasa. Estate tranquila, que sé lo que hago. Además, yo también tengo derecho en convertirme, aunque sea por unos minutos, en un noble caballero. Como alguna dama que yo me sé...que igualmente se hace pasar por sirvienta —dijo con palabras tentadoras.

—Pero... ¿quién te has creído que eres? —se quejó Lara.

—Y, además, se le da fatal recoger la ropa —no la dejó seguir increpándole—. La dejaste toda arrugada en el cesto y te fuiste corriendo. ¿Por qué? ¿Le estaba dando demasiado el sol a la señorita? —preguntó con guasa.

—Eres un insolente —le reprendió, y le propinó un bofetón en su mejilla.

—Gracias, es lo que merezco. Debía haber dicho que incluso la palidez te sienta bien. No puede haber mujer más hermosa.

Y, sin dejar que ella reaccionase, la cogió por la cintura y la estrechó contra sí, volcando sus labios en los de ella, atrapándola con un apasionado beso. Ella le mordió el labio inferior y le empujó con fuerza, apartándolo hasta que el joven se golpeó contra las rocas que tenía a su espalda, frenando su retirada brusca.



Lara se marchó, escandalizada por ese beso, y apartando las ramas: intentando ver si alguien había por la zona que la pudiese sorprender, hasta que llegó a comprobar que era buen momento para salir ya y reunirse de nuevo con las chicas.

Clarise tenía a todas haciendo un círculo con una tela extendida a modo de biombo para que se pudiera despojar del corpiño y ver si el insecto estaba dentro, picándole la piel. Era divertidísimo ver cómo se afanaban en tapar la visión de ese semidesnudo que en realidad no dejaba nada impúdico por ver, solo sus brazos y poco más, ya que la prenda interior era un buen armazón que impedía vislumbrar nada pecaminoso.

Cuando Lara se hizo notar, sosteniendo también parte de la tela, Clarise dejó de hacer el teatro y, con dos dedos, hizo como si cogiera una arañita, para tirarla al suelo después. Las demás se apartaron como si se tratara de una tarántula o un monstruo, porque se espantaron como si las fuera a picar a ellas.

—Lo que te tengo que contar no te lo vas a creer. Pero es que yo no sé siquiera si lo he soñado —reveló la espantada Teslas al oído de Clarise, una vez que salió esta del círculo, ya vestida del todo.

—Pues tiene que merecer la pena, porque menudo numerito he montado. Me habré ganado el mote de “*la del bicho*”, por tu culpa. —Rieron como descosidas, tapándose la boca con el abanico, pues se desencajaban de las carcajadas.

Clarise le haría pagar bien caro su favor. No sabía lo que le esperaba ni quién era en realidad su amiga.



## Capítulo 11

### *Aquella noche de 1857, 20 años antes...*

Las ruedas del carruaje, donde iba William Teslas, no encajaban del todo en el eje. El traqueteo del camino las iba desviando cada vez más, hasta el punto de que comenzaron a temblar, queriendo salirse de órbita. El cochero frenó a los dos caballos blancos con un golpe de riendas y

de milagro no volcaron. Desde dentro, el señor Teslas, que estaba medio adormilado, miró hacia los lados como preguntándose dónde demonios estaba, pues no se acaba de ubicar. Por un momento pensó que estaba en su casa, pero el olor a estiércol de los caballos le trajo enseguida referencias de estar de viaje, en la carroza tirada por los ejemplares equinos de plateada crin mecida por el viento.

—Baje, deprisa. Tenemos las ruedas a punto de salirse —le puso al corriente el cochero, con urgencia, al tirar del brazo del señor Teslas.

—¿Qué demonios me está diciendo? ¿Cómo van a salirse las ruedas? Este carruaje me costó una fortuna —espetó irritado.

—Le dije al herrero que la atornillara bien, que tenían que hacer millas, pero se ve que el que no tiene los tornillos en la cabeza es él. Cuando volvamos le ajustaré las tuercas de un puñetazo a ver si así aprende —refunfuñó el cochero, realmente dislocado ante el grave problema que se le presentaba.

—¿Y qué vamos a hacer aquí en medio de la nada, en plena noche, sin nadie que nos auxilie? Porque tú no serás capaz de solucionar esto, digo yo —William se rascaba el bigote y la barba, malhumorado, mirando a las ruedas para acabar de ver si se iban a desplomar delante de sus narices.

—De momento, señor, voy a liberar a los caballos. Los desataré y ya veremos a ver qué hacemos —le sugirió el pobre hombre, que no paraba de mirar a las ruedas y a los caballos; estaba realmente muy preocupado, de acá para allá.

—Yo no me voy a quedar aquí esperando a que amanezca. Además, tenemos luna llena y se ve bien el camino. Quédate aquí, que yo me vuelvo a Cleveland. En dos horas, habré llegado y mandaré que venga el propio herrero a que fije bien los ejes. Y luego, que se vuelva andando. Yo mismo le traeré hasta aquí con el caballo que después engancharemos al carruaje. Lo va a pagar caro. Si no vale para herrero, que se meta a fraile. Hay que ver lo que se tiene que soportar en estos tiempos de oportunismo.

De un salto, se subió al corcel, y una vez acomodado en la montura que el cochero había colocado sobre el lomo del caballo, William tomó las riendas y dio un giro, hasta hacer erguirse al animal sobre las dos patas delanteras y relinchar de rabia.

En cuestión de segundos, el trote se fue incrementando en intensidad y rapidez. El cochero le seguía con la vista, limpiándose la humedad de la nariz con la manga del uniforme, para después darse cuenta de su descuido y limpiársela con un pañuelo que sacó de un bolsillo de su casaca con ribetes dorados y cuerpo de terciopelo azul marino.

No quería tener mala presentación para cuando volviera el señor Teslas. Bastante harto estaba ya de ineptos como para tener un cochero impresentable.

Las galopadas del caballo, con las crines esparcidas como filamentos que quisieran desprenderse para ondear como las alas de las palomas, agitaban el cuerpo de William. El enfado era mayúsculo. Apretó las espuelas y se agarró fuertemente al cuello del animal, agachándose para

evitar darse contra las ramas de los árboles que se asomaban al camino como zarpas del espíritu celoso del bosque que quisiera engullirse a todo el que se adentrara en sus entrañas. Las sombras se entremezclaban con los destellos de los rayos de luna, que aparecían y desaparecían sin que el jinete mostrara ningún temor. De cuando en cuando, algún cuervo sobresaltado emitía un graznido que pondría los pelos de punta a cualquiera, así como los aullidos de algún lobo que, en la lejanía, expresaba que formaba parte de ese salvaje paisaje, en el que todo respiraba misterio y peligro. Y, por ello, el *cannis lupus* desafiaba a la luna, cortando el silencio con su peculiar llamada a las fuerzas de la Naturaleza para defender su territorio y convertirse en el alma del bosque, en el dueño de las vidas que se ocultaban en madrigueras y cuevas.



El viaje a Columbus, capital de Ohio desde 1816, tendría que hacerse esperar. Teslas habría de retardar la inauguración del primer ferrocarril que unía Columbus con la ciudad de Xenia.

El caballo relinchó y se puso a dos patas ante el aullido del lobo. El instinto de supervivencia del animal le avisaba de que rondaba un depredador y que era una presa apetitosa para los afilados colmillos de una manada de lobos, si es que se ponían de acuerdo todos para rodearles y marcarle la carne a dentelladas.

—¡Shhhh!;Tranquiiiiilooo! —le gritaba el jinete, sujetando bien las riendas, haciendo equilibrio para no caer.

Por fin, el caballo determinó en huir despavorido de allí, y, campo a través, salió del camino para coger un atajo y volver al establo, donde hallaría la seguridad y el cobijo para mantenerse a salvo.

La destreza de Teslas, gracias a sus prácticas de equitación, le ayudaron a conseguir mantenerse en la montura, sin salir despedido, y evitar desnucarse, como le había pasado a algunos que, por desgracia, eran sacudidos con violencia por sus caballos mal adiestrados y se daban un buen golpe en la cabeza o contra una piedra. Eso era lo que más temía en esos momentos, a saltos entre rocas, matojos, riachuelos, bordeando troncos de árboles que a veces eran tan seguidos que parecía mentira que no se hubiese chocado ya con alguno de ellos. Sin embargo, el caballo se inclinaba para sortear todos los obstáculos, zigzagueando unas veces y controlando la

largura de las zancadas en otras, que así lo requerían. Pero el trote era diabólicamente vertiginoso. Podía considerarse que era producto de una locura transitoria endemoniada, de lo desbocado que estaba.

Y los presentimientos sobre la persecución de la manada se volvieron reales. Pues empezaron a salir, desde varios rincones del bosque, unos cuantos lobos, erizados, y con las fauces abiertas mostrando los sanguinarios colmillos, a la vez que arrugaban el morro y miraban con crueldad y hambre.

Era el fin para William. Si se abalanzaban todos contra él y su caballo, nada podría hacer. No tenía con qué defenderse. Sin embargo, el caballo reaccionó como mejor supo, dio la vuelta y comenzó la huida en otra dirección, no sin seguir conduciéndose hacia el lugar de origen, solo que dando un pequeño rodeo.

Las argucias del caballo dejaron a William atónito.

Había un pequeño precipicio y, justo delante, otra porción de terreno, pero sin un puente por donde llegar. El jinete no dio crédito a lo que el caballo iba a hacer. Iba a lanzarse al vacío. Pues era casi imposible dar el salto.

Pero ahí iban, directos a esa grieta y Dios sabe, después, a dónde. Estamparse contra el suelo, a trescientos metros de altura, o vivir un milagro y aparecer en el otro lado, donde incluso quizá los lobos podrían saltar.

Se agarró con fuerzas al cuello del animal; cerró los ojos, apretándolos, confiando en el animal, y se preparó para ser lanzado al vacío, tal y como podría ocurrir. Pero, en cambio, sintió cómo se elevaba en un impulso bestial, y prácticamente era una flecha que había sido lanzada por una mano celestial, como un milagro.

Y, después, el asentamiento en la tierra, por suerte, derrapando para afianzar el aterrizaje, sin que se rompiera ninguna pata. El caballo realizó su hazaña como si hubiera nacido para tal misión.

Los lobos, que habían ido detrás corriendo hasta casi llegar a clavar los colmillos en las nalgas del caballo, se detuvieron a tiempo antes de caer al abismo, pero dos de ellos no se pudieron salvar, estaban demasiado preocupados en llegar a hincar el diente al caballo o a la pierna del jinete, y por ello se convirtieron en lluvia de carne que acabó aplastada como mermelada en el fondo del desfiladero.

Entonces, el corazón de Teslas volvió a su sitio. Se había paralizado y escondido en la garganta. William se abrazó al cuello del caballo, dándole las gracias profundamente, y en voz alta se descargó, pues la emoción se le salía por la boca. Pero el equino seguía corriendo, agitado aún, según lo manifestaban sus pupilas dilatadas y salidas de órbita.

—¡¡Señor!!¡Por los pelos! —Sacudía Teslas toda su excitación, y se sintió el hombre más afortunado del mundo por haberse librado de la muerte por segunda vez. Una, por el ataque de los lobos; y la otra, por el descenso al abismo que finalmente cruzó gracias a la proeza del veloz y audaz equino.

—Eres el mejor, amigo. ¡Eres el dios de los caballos! —no paraba de felicitar a su compañero y salvador.

Y los otros tres lobos quedaron en el límite, aullando, gruñendo, furiosos por haberse quedado sin la succulenta cena. Tendrían que conformarse con algún conejo al que esperar pacientemente a que saliera de la madriguera. Mientras tanto, levantaron sus cabezas hacia la luna azul — ensombrecida por líneas rugosas de nubes que la traspasaban como fantasmas errantes— y lloraron la muerte de sus compañeros, a los que quizá ya veían dibujados como figuras de humo en la atmósfera tétrica que les amparaba.



## Capítulo 12

*Siempre hay una ocasión apropiada para lo que uno se propone. Todo es cuestión de ir atando cabos y encontrar la oportunidad que permita ejercer aquello que uno pretende conseguir. Conocer el terreno, tantear a las personas, anticiparse a los pasos que se van a dar y planear una serie de respuestas para que todo concluya de la manera que esperamos.*

La mente febril de Petrieck indagaba en el perfil de Lara Teslas, en su carácter arriesgado, en su afán por descorrer velos que separaban los dos mundos: el de los siervos y el de los señores;

el de establecer puentes para abarcar otros horizontes —más allá de los que le eran permitidos—; por nacer bajo la estampa noble y aséptica de un apellido ilustre, al que estar toda la vida haciendo honor siguiendo un código de conducta a rajatabla, para garantizar el derecho a llevar siempre la cabeza alta y el porte con orgullo.

Pero, gracias a la abolición de la esclavitud, por ciertas calles —no tan vistosas ni elegantes—, los negros ya no debían obediencia a los blancos y no bajaban la cabeza cuando se los encontraban de frente.

El orgullo de la clase privilegiada seguía insistiendo en marcar distancias y derechos, pero quienes en realidad estaban apresados eran quienes no podían desprenderse de toda esa parafernalia momificada y encorsetamiento para ser ellos mismos; y no una caricatura de perfección.

Y Petrieck se preguntaba, al seguir con los dedos el repiqueteo de tambores que sus amigos negros estaban tocando en medio de la calle de aquel suburbio en donde vivían, si esa paliducha —a la que le robó un beso y bebió del océano de su mirada— no querría ver lo que en verdad era la vida auténtica, mezclarse con las risas y cánticos de sus vecinos liberados y otros ciudadanos que hacían su oficio con total devoción, distinguiéndose en profesionalidad como su tío o sus amigos, los pescadores que al amanecer ya estaban sacando las redes de las aguas, o quienes cosechaban en los campos y venían cargados de hortalizas y frutas para repartir entre sus compañeros. En definitiva, disfrutar de la espontaneidad de lo cotidiano y nada supérfluo.

No podía quitársela de la cabeza. Sabía que tenía algo especial. Guardaba un misterio que debía descubrir. Quizá él sabría ayudarla a salir a ese mundo que le estaba vedado. ¿Por qué, sino, había ido ella al tendedero de ropa, haciéndose pasar por sirvienta?

Así que lo preparó todo.

Pero no se esperaba algo que vería y le haría pensar de ella de manera diferente.

Algo que vio al día siguiente, que hizo que sintiera como si el sol se convirtiera en una bola de plomo gris que arrastraba la Tierra hacia el mismo vacío del Universo, donde no se llega a acabar de caer nunca porque no hay límite.

No conocido.



## Capítulo 13

—¿Y qué vas a hacer cuando le vuelvas a ver en el jardín? —le preguntaba Clarise a Lara, una vez que la puso al corriente del beso.

En la mansión de los Teslas había cierto descontrol ese día. Las chicas se habían quedado solas, pues las doncellas, incluida Margot, se habían ido a esperar a la orilla del lago a los participantes de una prueba de natación, y era todo un acontecimiento que no se querían perder. El padre de Lara se acomodó en su despacho junto a un importante inversor inmobiliario, y la puerta estaba cerrada, por lo que las chicas tenían toda la libertad del mundo para charlar de sus cosas sin que nadie escuchara sus confidencias.

—Pues ¿qué voy a hacer? Ignorarle, por supuesto —lanzó Lara, como un proyectil que se dispara solo, palabras aprendidas en lecturas de damas que menosprecian a caballeros por su baja condición. Lo típico. Pero su corazón y su piel decían otra cosa.

—Tu sonrisa te delata. No tienes por qué ocultarlo, Lara. Además, no sería la primera vez que una dama comete alguna travesura.

—No sé de qué me estás hablando. ¿Te refieres a alguien en particular, Clarise?

—Sí, y tiene que ver con lo que te mencioné en la ribera. Tienes que hacer algo por mí, que me saque de dudas.

—Bueno, no sé qué misterios más te puedo revelar. Ya te lo he dicho todo. Lo de los silbidos, lo del tendedero, lo del beso... ya no hay más.

—Sí, sí. Hay algo más. Es algo que no acabo de entender y que, como amigas, puedes contarme. Porque las amigas se lo cuentan todo.

—Clarise, suéltalo ya. ¿Qué quieres que te cuente? —soltó Lara con algo de nerviosismo y un poco cansada de insistir, aunque también intrigada pues no había nada que decir. Su vida era tan transparente como el agua del vaso que bebían.

—Tu madre, cuéntamelo todo. ¿Qué pasó con ella exactamente? —preguntó Clarise, queriendo satisfacer su curiosidad.

Lara la miró con desdén. «¿Quién era ella para indagar en algo tan íntimo?»

—Clarise, no quiero volver a hablar contigo. Te agradezco el favor que me hiciste al distraer a todas en la ribera, pero, por favor, vete de mi vista, no eres buena amiga. No te quiero ver más. Déjame. Quiero estar sola. —le dejó claro a la que había dejado de ser importante en su vida, a la que desterró de su radio de confianza. Era una chismosa más.

—Te arrepentirás —sentenció Clarise, cerrando la puerta de golpe tras de sí.

Sin embargo, Clarise no se fue de inmediato de la casa. Su obsesión por la vida de Lara le llevó a curiosear por las habitaciones antes de salir afuera.

Como un niño que tiene delante una tarta, y sabe que es para él, se dedicó a disfrutar de su intromisión entrando en cada una de las salas, mirando las fotografías de las paredes, abriendo cajones, puertas de armario, sin hacer ruido, hasta poder dar con un vestigio de la madre de Lara. Algo que pudiera revelar su misterio. Mientras, Lara creía que ya se habría ido a buscar al cochero que esperaba al otro lado de la verja.

Clarise no se creía lo que todos contaban. Tenía una ligera intuición de que se escondía algo entre esos muros.

Y, siguiendo la línea del pasillo, acabó por dar con el ala del servicio, una vez atravesada la cocina. Al no haber nadie en toda la casa, excepto el padre, que estaba en el despacho, se permitió la libertad de ir investigando cada rincón. Las puertas de cada cámara tenían el nombre de la sirvienta que dormía dentro. Entró en todas, y no halló nada fuera de lo normal. Pero en la última, en la de Margot, al pasar las manos por una cortina al lado de la cama, notó que había un picaporte detrás. Retiró la cortina y vio que se trataba de una puerta.

«¿Qué habría detrás?», le sobrecogió una súbita sospecha.

No lo pensó dos veces y empujó el manillar hacia abajo. Pero no se abrió.

De pronto, se oyeron unos ruidos que venían de dentro.

Parecía que alguien arrastraba algo por el suelo. Se alarmó y retrocedió, con miedo a que la descubrieran. Podría ser que la criada estuviera dentro, que hubiera regresado y que ahí dentro guardaba sábanas o mantelerías, como si fuera un almacén. Pero no, no era la criada. Porque la voz que surgió de pronto, desde detrás, no podía ser de Margot. Era más tétrica, ahogada, avejentada.

Se armó de valor y preguntó asustada:

—¿Qui--quieén eees? ¿Qué-e hace-e ahiíi decentro? —preguntó Clarise, como una estatua, rígida, tartamudeando.

—Abre la puerta, la llave está bajo la almohada —ordenó la voz de ultratumba que salía por las grietas de esa desvencijada puerta de madera con carcoma.

Clarise no sabía qué hacer. Pero en su cabeza se estaban atando varios cabos, todo encajaba. Solo podría ser ella...

Sus dedos no respondían como ella pretendía. No llegaba a descorrer la colcha de la cama con destreza, sino que parecía que se le escapaba todo, que sus manos eran de papel. Pero, cuando pudo levantar la almohada por fin y vio la llave, se activó su capacidad de reacción y, antes de que se arrepintiera, la tomó y la metió en la ranura después de tres intentos, hasta que la giró y se produjo ese peculiar chirrido que indica lo oxidado de las bisagras.



Salía un hedor a humedad y a orines. El resplandor de una vela en un rincón, inaccesible a la cautiva, iba revelando la clase de habitación en la que esa mujer estaba encerrada.

Apenas había muebles, el suelo tenía restos de comida y salpicado de manchas de antiguos brochazos de caldos lanzados contra las paredes y que habían acabado resbalando hasta cubrir parte de las alfombras.

Le daba miedo, pánico, seguir abriendo esa puerta, y el quejido de la misma se acompañaba de un silencio aterrador, como si entrara en la cueva de un monstruo que espera el momento apropiado para lanzarse a la presa que ha caído en la trampa.

—Pasa, pasa sin miedo —esa voz, desde el fondo, en la semi oscuridad, la invitaba a seguir adentrándose en su mazmorra, como si fuera la guía de una visita turística y quisiera empezar a describir su inframundo.

No quería creer lo que estaba viendo. Su sentido común se lo impedía. «¿Quién iba a tener encerrada a una mujer en tales condiciones?» «¿Se consideraba eso un delito que poder solventar con su propia iniciativa?» «¿Soltarla?» «¿Cómo?»

Estaba de pie esa forma humana, esa mujer con el pelo canoso alborotado, como si se hubiera estado quitando los piojos y quedara en punta tras pasar tantas veces los dedos por los pelos. Su camisón le llegaba a las rodillas, y tenía una chaqueta marrón de puntos salidos, que más bien parecían flecos. Sus pies descalzos, aunque había un par de zapatos en un rincón, manchados de no se sabía qué sustancias. Y una prenda limpia y decente que reposaba sobre una silla, pero que no tenía ninguna función, por lo visto. Esa chaqueta que llevaba puesta, aunque deshilachada, parecía más interesante para esa mujer. Una de sus manos, por la muñeca, tenía una argolla de la que salía una cadena, que en su recorrido —de unos cuatro metros— acababa en la pared cercana a la ventana de barrotes y con una pantalla de rejilla metálica bien ajustada. Todo pensado para incomunicarla. Sus pies estaban también encadenados el uno con el otro, pero le permitían caminar, no sin dificultad.

—¿Es usted la madre de Lara? —terminó por cuestionar Clarise, apuntando a su objetivo para averiguar ese misterio que por fin iba a desvelarse.

—Sí, pequeña. Tienes que sacarme de aquí. Por fin Dios me ha escuchado. Vamos, abre esta argolla.

Clarise se acercó con gran satisfacción por haber dado con el cofre del tesoro, pues sus ojos relucían maravillados, ya sin miedo, deseosa de intervenir en esa hazaña que daría mucho que hablar. Que acabaría por desmontar el glorioso imperio de esa familia tan codiciada socialmente. Porque en el fondo tenía envidia de Lara. De su belleza, de su porte distinguido, de su importante padre y su carrera vertiginosa al éxito y la riqueza. De ver a su hermano Fred día y noche soñando con ella.

Se le ocurrió que la llave de esa argolla podría estar en alguno de los cajones de la sirvienta, así que volvió a entrar a buscarla, de prisa, con urgencia. La cajita de los abalorios le dio una idea. Cogió una de las horquillas con la punta alargada. Eso podría valer.

Entró y la encajó en el orificio de la argolla. Sophia, la madre de Lara, en cuanto sintió el click de apertura, como alma que lleva el diablo se desembarazó de la argolla de un tirón, y como loca salió disparada hacia fuera, chocándose contra todo lo que se ponía por delante, ya que sus ojos apenas le permitían ver. Tenía un velo blanco en sus retinas, por las incipientes cataratas que iban dejándola ciega.

Clarise no tuvo ni tiempo de interrogarla, para saciar su sed de saber. Se quedó allí encerrada, en la celda, porque Sophia dio un empujón a la puerta al salir y la llave se quedó, por fuera, puesta en el bombín.

Ahora era ella la cautiva. Había caído en la trampa por querer darle un mordisco al queso.

Inmediatamente, Sophie se dirigió al jardín. Sabía dónde guardaba el jardinero el pico. Lo cogió, temblándole las manos. Lo izó hacia arriba y apuntó a las cadenas de sus pies. Le quedaba poco para ser una mujer libre. Para empezar de nuevo. Para vengarse.



## Capítulo 14

Aquella noche era como la de *veinte años atrás*. Como la que amparaba con su luna azul a William mientras, a caballo, buscaba de nuevo el camino para regresar a casa.

No podía dejar que el animal eligiera la ruta a seguir, pues le llevaría por barrancos y pedregales que dañarían sus pezuñas, pues lamentablemente tendría que sacrificarlo si se rompía una pata. Y ese caballo se merecía vivir muchos años para poder referirse a él, en vida, en la hazaña vivida tan solo unos minutos antes.

La senda apareció desde un pequeño riachuelo al que acudirían los caminantes en sus peregrinajes de pueblo en pueblo, y se guió por ese trayecto hasta que acabó en el propio camino que conducía directamente a Cleveland. En menos de un cuarto de hora estaría ya en casa, tomando una copa de coñac sentado en su butaca favorita, saboreando alguna delicia que las cocineras habrían dejado en bandejas en la cocina para la mañana siguiente como desayuno. Se le hacía la boca agua de pensar en esas madalenas de nueces y manzana que solían preparar. Se

zamparía al menos dos y luego acabaría rendido en la cama, en el mullido colchón, y no en el asiento del carronato en el que no acababa de conciliar el sueño.

Al llegar, dejó el caballo en el establo, se aseguró de que tenía agua para beber y alfalfa para comer. Después, corrió hacia la casa, pero se quitó las botas para no hacer ruido. No quería despertar a los que dormían dentro. Sus cuñados estaban esos días acompañando a Sophie, por lo que, si se levantaban, tendría que explicar todo lo sucedido y no podría disfrutar de sus madalenas agusto, a solas y en silencio.

Algo le sorprendió. Una copa estaba en el suelo, y se había derramado su contenido. Algo había sucedido. Quizás se había sentido mal su esposa, o los invitados, o que la copa se cayó por un desmayo sufrido; o algo similar.

Su instinto de protección le llevó hasta los dormitorios. Pero, en el de su esposa, no encontró a Sophie. Buscó en el de su hermana, y ella sí que estaba en su cama, dormida.

—Maggy —la zarandeó, hasta que por fin abrió los ojos—, ¿dónde está Sophie?

Su cuñada se tapó con la colcha, que en esos momentos la tenía por la cintura, subiéndola hasta taparse la nariz. Le daba vergüenza que William la viera en sus prendas semi transparentes, e incluso no acababa de entender las intenciones de su cuñado. Sabía de su carácter algo intempestivo, y todo podría ser. Miró a un lado y no vio a Eliot, su marido.

—¡William! ¿No estabas de viaje? ¿Qué ocurre? —manifestó, espantada, seriamente.

—Sophie no está en su habitación. Algo ha ocurrido. ¿Y tu marido?

Margot acabó de entender y, ahora, más despreocupada por su aspecto ante su cuñado, se volcó en situar el problema, que parecía ser grave por el nerviosismo de William.

—Puede que esté abajo, tomando una copa. Lo hace a menudo cuando no puede dormir —Y su rostro cambió enseguida al vincular la desaparición de Sophie—, y puede que esté con mi hermana, hablando, quién sabe.

Pero ese “*quién sabe*” era el detonante de una fatal sospecha.

William miró hacia los lados, como si siguiera el vuelo de una mosca inexistente, como si leyera un pensamiento, una sospecha que se cernía ahogando el oxígeno hasta querer salir de la habitación, porque urgía respirar afuera, en la agonía de una muerte silenciosa, la de la confianza hacia su esposa.

—Espera, voy contigo. No quiero que cometas una locura. Maggy saltó de la cama, sin importarle su semi desnudez. Como si un incendio asolase la casa y tuvieran que salir de estampida a sofocarlo, priorizando la vida antes que la propia decencia.

Pero William no la esperó.

Maggy corría tras él por los pasillos. Era como un visillo volando del que sobresalía su cabello cobrizo como llamaradas y sus pies apenas rozaban el suelo, solo lo suficiente para

avanzar e impedir que su cuñado llegara antes a donde le llevaran sus pasos enloquecidos.

Las pisadas de William resonaban de tal manera que su eco despertó a todos los de la casa. Las puertas de las habitaciones se iban abriendo una tras otra y salían cabezas con gorros en el pelo, caras de estar viendo fantasmas y velas en las manos iluminando los pasillos del ala de los sirvientes.

Mientras, en la alcoba de invitados, Sophie y Eliot se debatían en un juego apasionado, entre las sábanas, ajenos a la montaña de ira y celos que se les estaba viniendo encima.

—Eliot, ¿oyes eso? —Sophie no demoró más el tiempo de reacción y empujó a Eliot a un lado de la cama, quedándose erguida y, después, girándose hacia la puerta. No la habían cerrado con llave en su descuido.

Ahora en ese cuarto se respiraba a traición. De ser amantes pasaron a ser víctimas de una encerrona en la que ellos mismos se habían metido.

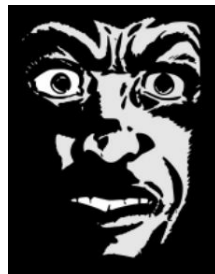
—Rápido, escóndete bajo la cama. Yo les distraeré —Eliot recogió las ropas de ella arrojándolas hacia abajo y, ayudándose del pie, para que se ocultasen bajo el colchón, se olvidó de quitar el prendedor de pelo de ella, una aguja de madera larga que solía usar para enredar unos mechones y recogerse parte de la melena.

—William, detente, por Dios, espérame —le suplicaba Maggy, que alargaba su brazo para intentar coger la chaqueta del marido de su hermana, dispuesto a hacer una masacre.

Pero, igual que una torre a la que se ha ido superponiendo pisos y pisos de altura y no puede más hasta derrumbarse, la hermana de Sophie, Maggy, se desplomó al suelo cuando perdió el equilibrio en su empeño por atrapar a su cuñado.

—¡¡¡William!!! —El eco de su nombre retumbó en las paredes de la casa. Era el presagio de una catástrofe.

Y de las escaleras del servicio fueron emergiendo, como las ratas en un naufragio cuando salen de las entrañas del barco, los miembros del servicio, buscando dónde estaba ese fuego por sofocar o lo que fuera que habría que detener para salvar ese mundo que, en esa noche de luna llena, iba a dejar de ser el mismo de antes.





## Capítulo 15

*La tormenta estaba a punto de estallar. Se presentía muerte, y esta avanzaba hambrienta con sus fauces abiertas y su lengua lamiendo el propio sudor del terror que se estaba propagando, infectándolo todo sin remedio. Y se iba a saciar y después, a regodearse de su hazaña, dedicándose con un guiño a su espectadora, la gigante luna que, misteriosamente lánguida, se dejaba acariciar por las sombras negruzcas de las nubes plumizas de ese espeso telón celeste, aunque sin lograr ocultarla del todo. Porque ella, la bola que orbita alrededor de su juguete, la Tierra, a la que dirige desde su cuadro de mandos particular con sus efectos en las mareas y en la psique de los terrícolas, de vez en cuando necesita alimentarse de pasiones, de toda clase, para no apagarse nunca.*

Como en un cuadro surrealista, se desfiguraba la realidad a la que en esa casa estaban acostumbrados, donde la perfección y la armonía parecían imperar sin piedad, sepultando cada brote de naturalidad a paletadas de artificial felicidad.

Y el miedo se pincelaba en las caras de todos. Reunidos en el salón, —tanto los mayordomos como las doncellas— no se atrevían a subir a las habitaciones. Margot, ama de llaves y doncella personal, mantenía el candil que logró encender e intentó calmar sobre todo a las más jóvenes, que creían que habían entrado los bandidos a robar y a matarles a todos.

Se habían dado casos de ataques por rateros en algunas de las mansiones y, por ello, William, el patrón de ese barco que se dirigía inevitablemente a un enorme iceberg como el Titanic, había confiado a Margot la posesión de armas para poder defenderse si llegaba el caso de ser atacados.

El ama de llaves no lo dudó. Abrió el armario donde guardaba el arma de defensa y subió las escaleras, decidida a disparar a quien se pusiera por delante con criminales intenciones.

Maggy, la hermana de Sophie, estaba agarrada al marco de la puerta de la habitación donde se estaba produciendo el delito. Se tapaba la boca con una mano y se podía apreciar la piel erizada a través del tul de su camisón color marfil.

Dentro, William y Eliot no paraban de mirarse como si las palabras no fueran suficientes para expresar lo que sentían en esos momentos. Y se tenía que destapar la verdad como una losa que desentierra lo que el silencio convirtió en olvido.

William Teslas, vilipendiado al comprobar que en la habitación de invitados se había cometido un delito contra su honor, por mucho que Eliot quisiera hacerle entrar en razón de que allí no había ocurrido nada indecente, elucidando con excusas sin sostenimiento un detalle muy revelador que William no paraba de mirar: la presencia de la misma aguja de pelo de Sophie en esa cama, donde Eliot había ido a dormir justo esa noche en la que William no estaba en casa, y todo por no molestar a su esposa Maggy, ya que no conciliaba el sueño. Pero de pronto se encontró desnortado, frente al coloso de William.

—Es un vituperio que no me corresponde. No he dormido con tu esposa. Habrá dejado esta aguja en alguna otra ocasión. Yo estaba solo... —titubeaba Eliot.

—Sophie! ¡Sophie! Sal, maldita sea. —William gritaba, y su boca sacaba espumarajos de rabia.

—¿Qué pasa? —Eliot trataba de convertir la situación en otra en la que incluso tuviera que intervenir.

—Tú, malnacido, has esperado como un buitre a que el nido quedara a tu merced, ¿eh? Alimaña sarnosa, te voy a empalar vivo como no me digas dónde la has escondido. ¡Sabía que no me podía fiar de ti, rata inmunda! Lo vi enseguida cuando os mirabais Sophie y tú cada vez que nos reuníamos. —Su mirada despedía rayos de furia, igual que en el cielo comenzaba a estallar una repentina tormenta desde el fondo de sus confines—. Pero confiaba en mi esposa. Dime, ¿qué le has hecho? ¡Hijo de la escoria!

—Señor Teslas, ¡por Dios! —Eliot no se atrevía ni a mencionarle por su nombre de pila (William), ahora se distanciaba de él en todos los aspectos —tanto físico, echándose contra los ventanales, al fondo, como en el trato— procurando ser lo más ajeno a su persona. Y siguió titubeando—: No sé de qué me habla. No sé dónde está su esposa. —Ni se atrevía a decir “Sophie”, para intentar verse lo más inocente posible. Como si ni siquiera la conociera en persona más que por referencias. En esos momentos, deseaba que el tiempo retrocediera y que la primera vez que la vio y se agolpó su corazón contra su pecho, una trompa de hielo hubiera apagado la primera brasa de su repentino enamoramiento.

—No te hagas el angelito ahora. Los ángeles no tienen rabo y el tuyo te lo voy a cortar y se lo voy a los perros. Y el resto de tu jodida persona va a quedar hecho trizas, cuando pasen las bestias por encima de ti.

Nada podría aplacar al titán que se arrojaba a machacar a Eliot, poseído por el odio más

intenso y siniestro del mundo.

William se había convertido en un asesino en potencia. Quería llevarse por delante tanto al desgraciado que habría mancillado su honra como a la que consideraba su propiedad y que habría dejado que otros brazos la tomaran y llenaran su cáliz saciando los instintos más bajos; y de pronto sintió que estaba ante dos seres inmundos, peores que las ratas, y que su destino debería ser el propio a su modo de proceder, el de la escoria humana, entre mujerzuelas y borrachos, en las cloacas asfixiantes del peor barrio de la ciudad.

Margot, la asistente personal y ama de llaves, venía con el arma; era inconsciente de que precisamente llevaba dinamita encima. Y que enseguida detonaría en manos del amo de la mansión.

William empezó a golpear a Eliot, el cual olía a su esposa. Estaba impregnado por Sophie. Tenía ese peculiar aroma a canela. Ella se rociaba con una esencia a base de esa especie y marcaba la piel de todo aquel que tocaba.

O si la tocaban...

Sophie, desde debajo de la cama, veía cómo su amante caía a la alfombra y recibía patadas en el estómago, aunque Eliot se encogía con los brazos protegiendo sus intimidades, pero no pudo evitar un puntapié en sus partes bajas, que el blusón no amortiguó.

Las pisadas de los demás llegaron como estampida de búfalos, retumbando. Sophie presentía que eran como los truenos que se estaban dejando oír en la lejanía y que el fin estaba muy cerca.

La electricidad en la atmósfera enervaba más el nerviosismo y seguramente la enajenación mental tomaría cuerpo y se apoderaría de William.

Una explosión de luz vaticinó el desastre. Ella no pudo reprimir un quejido. Le dolió más que a él, y soltó un lamento que venía desde sus entrañas.

—¿Dónde está Sophie? Hueles a ella... la habitación huele a ella —decía mientras apuntaba con su nariz hacia las paredes y la cama, absorbiendo como un ratón que sabe hay un queso en lo alto de la estantería.

Margot entró en la habitación, y sin saber exactamente el motivo de los gritos, extendía con su mano el arma para que su amo dispusiera de ella, como si le quemara en la mano y la quisiera pasar a su verdadero dueño en una urgencia extrema. No se imaginó la tragedia que iba a originar.

Al ver el arma, a William se le encendieron las pupilas, igual que los rayos que estaban acercándose más y más desde el horizonte, como una manada salvaje de espadas de fuego que arrasaría todo a su paso.

Cogió el arma y apuntó a Eliot. Pero no quería mirar hacia debajo de la cama. Era el único lugar donde podría esconderse ella, la adúltera, la traidora, la mujer infiel que rompió el sagrado juramento del altar para revolcarse con su cuñado, con ese hombre que demostraba otra clase de cariño cada vez que la saludaba y al que su mujer no satisfacía, transformándole en un hombre sediento de pasiones.

—No me mates, William. Desapareceré y no sabréis de mí. Nunca más. Pero no dispaes, por Dios. Al menos, no delante de ella... —Fueron dos segundos los que se sucedieron una vez que Eliot, dichas estas palabras, miró hacia su amada Sophie, desde esa posición —tumbado en la alfombra—, pateado, sangrando, queriendo evitarle esa desagradable visión que se produce cuando se desencaja la vida, cuando la expresión del rostro se queda reducida a la nada más absoluta, a la renuncia de todo sentir.

Y el gatillo cedió a la presión del índice. El dedo de la justicia, de la venganza, ejercitando el poder absoluto sobre la vida de ese hombre que había puesto las manos sobre algo suyo y lo había manchado.

El cielo rasgó sus entrañas en un trueno abrumador y tremebundo que rompió las copas de cristal de la estantería, esparciendo los trocitos por toda la sala, a la misma vez que Eliot recibía, sin ninguna clemencia, el impacto de una asesina bala, llena del odio más profundo y fulminante. Le hirió justamente en la frente, entre las dos cejas. Un disparo certero que pulsó su fin al instante. La vida se le escapó en el mismo humo que se produjo en la detonación contra la osamenta de su cráneo, y desapareció esparciéndose en el mismo aroma a canela que seguía respirándose en la habitación, la esencia que venía de ella, de la que, poco a poco, fue asomándose —rota por el llanto y la desesperación— de debajo del lecho donde antes brillaban los dos con tanta intensidad como dos galaxias devorándose.

—¡¡¡No, no, noooooo!!! ¡Eliot, Eliot! —Sophie, una vez fuera de su escondite, se echó encima del cuerpo inerte de su amante, queriendo rescatar algún vestigio de su luz, pero ya se había apagado por completo, y el rostro que tocaba con sus manos y que apretaba por la parte de los labios y las mejillas era una figura inerte, impávida ya ante todo.

William le quitó la vida quedándose él en su propio infierno. En su venganza. Era como si hubiera apresado también su alma, y la hubiera condenado a vagar en una condena eterna hasta que no pudiera más y renunciara a su condición de espíritu, un alma en pena, como un desencarnado que no halla la puerta del más allá y cree que aún sigue entre los vivos en su estado incorpóreo e invisible.



Pasada la euforia del delito, se sentaron a rumiar las consecuencias. A William le caería la pena capital, la horca, si es que se demostraba que había matado a Eliot. Pero si en vez de él hubiera sido una mujer, con los nervios descontrolados, entonces solo la encerrarían en un sanatorio mental, un manicomio, de por vida.



La influencia y poder de Teslas en la aristocracia le salvó de tener que ir a juicio. La policía dio por hecho que la señora de la casa, poseída por un ataque de histeria, había empuñado el arma contra su cuñado, al que confundió con un fantasma. Que aún guardaba en su mente los horrores de la guerra, en la que vio morir ante sus ojos a cientos de combatientes. Y que confundió la silueta de Eliot con uno de aquellos invasores que entonces entraban en las casas y violaban a las mujeres y después desvalijaban todo dejándoles en la miseria más absoluta.

Margot fue fiel a su señor y no dijo nada que no pudiera perjudicarlo. No obstante, lamentó mucho cuando se llevaron a Sophie a la casa de locos.

Enterraron a Eliot en un funeral donde apenas hubo asistencia. Solo Maggy, su viuda, y algunas amigas suyas que la intentaban consolar. Ese día también enterró la relación que tenía con su hermana Sophie, a la que creía no volver a ver nunca más.

Fue a verla por última vez al sanatorio donde la tenían recluida, que en realidad era un barracón anexo a un convento de monjas, las cuales se encargaban de los desquiciados. La Madre Superiora informó a Maggy que su hermana estaba embarazada, y que sería muy triste que tuviera allí a la criatura, por lo que fue a comunicárselo a William.

—Vas a ser padre. Tu mujer tendrá, dentro de ocho meses, a una criatura entre sus brazos. No sería digno que pasara su embarazo en ese estado de reclusión. Las monjas no quieren tanta responsabilidad —le comentó a su cuñado, nada más verle.

Y William, calculando el tiempo en el que habría quedado en cinta, sacó sus propias conclusiones y la sacó de aquel manicomio, donde por las noches las pesadillas de los desquiciados allí internados eran tan horrosas que reflejaban el verdadero infierno que latía en sus mentes. Porque prefería tenerla encerrada en su propia casa, antes de que fueran a verla todos los curiosos, desde las rejas del jardín por donde dejaban salir a pasear a los locos, conscientes de que no era manera de proceder con una dama en estado de gestación, y hasta disfrutaban algunos criticándoles y contemplándola a ella como un mono de feria y señalándola con el dedo como la esposa del ilustre señor Teslas, pasto de la locura.

Y así, hizo creer, en una gran mentira inventada, que su mujer había sido internada en un centro de reposo para damas de alta sociedad, donde recibiría los mejores cuidados, habiendo pagado a las monjas de ese pabellón de locos una buena suma para que callaran ante la justicia y consintieran que la señora Teslas necesitaba atenciones especiales en su embarazo. Sin embargo, Sophie, una vez dio a luz secretamente, en su propia casa, fue encerrada en una de las habitaciones cercana a las del servicio, y precisamente de Margot, la ama de llaves, para su custodia y cuidados.

Las monjas creían que Sophie seguía en ese otro sanatorio, rodeada de atenciones.

La niña fue criada por su madre hasta que cumplió un año. Después, no volvieron a permitir que estuvieran juntas, madre e hija. Tan solo hubo una doncella, Kathy, que a veces se apiadaba y le llevaba la niña a Sophie durante un rato, calmando su gran dolor. Hasta que un día, Kathy desapareció.

Y así fue haciéndose mayor Lara, sin saber que su propia madre estaba tras los mismos muros

que levantaban su espléndida mansión.



## Capítulo 16

Petrieck no podía creer lo que estaba viendo. Esa mujer, semi escondida en la caseta de herramientas, que había dejado por descuido la puerta abierta, elevaba el pico descargándolo después contra sus pies, con la cabeza como un nido de buitres, de la que salían mechones canosos y verdosos, del moho generado en todo ese tiempo en cautividad.

Y esas manos como sarmientos, cúmulo de huesos y piel, que parecían convertir en lepra todo lo que tocaran, y que a falta de guadaña tomaban el pico para crear esa figura terrorífica y misteriosa. Esa mujer, a la vez que intentaba desatarse, profería lamentos, como si pidiera auxilio, y eso no era propio de “*La huesuda*”, como llamaban en México a la muerte, sino de alguien que huía de ella...

La observó y no daba crédito. Se fijó en lo que intentaba realmente golpear, y no eran —por suerte— sus pies, sino unas cadenas que los unían y que impedían su movilidad con libertad. Entonces, sintiendo que debía ayudar a esa penosa señora y liberarla del tormento que debía haber estado pasando, tal como lo habían venido sufriendo miles de esclavos que eran maltratados por sus amos y que él mismo tenía conocimiento por los relatos de sus vecinos, decidió aparecer ante

ella, con sigilo, para que no huyera como un animal apaleado que se escabulle temeroso de la maldad del ser humano desterrado a la más completa soledad y expuesto al más triste abandono en completa desolación, antes que volver a confiar para ser diana de quien atentara contra su indefensión para disfrutar con su sufrimiento.

—No tema, le ayudaré —susurró Petrieck, una vez había llegado hasta ella por detrás y habiendo cogido el pico con una mano para agarrarla por la cintura y así detenerla.

Por suerte, no había nadie en las inmediaciones. Nadie fue testigo de la escena más escandalosa que había ocurrido en esa propiedad. Bueno, aparte de la que pasó en aquella terrible noche de tormenta, veinte años atrás.

Aquella mujer no tenía casi fuerzas ya. El susto de ser sorprendida y de nuevo aprehendida le hizo perder el sentido y se desplomó en brazos del joven jardinero que no paraba de darle palmaditas en la cara para que se despejara.

—Vamos, despierte, no le haré ningún daño. Solo quiero ayudarla. ¿Quién es usted? ¿Qué le han hecho, por Dios?

Petrieck se dio cuenta de que esa mujer debía haber estado muchísimo tiempo encerrada, y que apenas le había dado el sol, porque su tez, lejos de ser de un blanquecino aristocrático como era el propio de las damas, era de una palidez cadavérica que, junto a su indumentaria mugrienta, la retrataban como a un ser recién salido de la tumba.

De repente, recobró el sentido, con unas fuerzas desconocidas, solamente entendibles si había guardado todos estos años el coraje para cuando le hicieran falta.

Como los chillidos de una rata, se arremolinaba intentando zafarse de Petrieck, hasta que por fin se escabulló. No se fiaba de nadie, estaba claro. No podía ir muy lejos. Dio unos cuantos pasos —a saltos, más bien— para avanzar y dejar atrás al muchacho, pero al ver que él no la seguía se detuvo y miró con incredulidad. Le había visto desde la ventana, le había observado y escuchado silbar, y también había visto cómo miraba a su hija aquel día que ella intentaba hacerse pasar por doncella recogiendo la colada.

—¿No me vas a detener? ¿Por qué no me atrapas? —le replicaba con incredulidad. Sus dientes amarillentos y algo podridos dotaban de siniestralidad tales preguntas.

—Porque es usted libre de ir donde quiera, señora.

Sophie, entonces, desbordó el caudal de sus lágrimas, retenidas tras las compuertas de su apatía existencial y vio brotar, en las palabras de ese chico, una chispa de esperanza.

—Perdona... perdona por no confiar en ti. —Fue lo único que pudo decir. Se agachó, echando sus manos sobre su rostro, lavándose la mirada con ellas para volver a ver al mundo sin la cortina oscura y lúgubre con la que contemplaba su triste futuro.

—Déjeme que le quite estas cadenas. —Petrieck se fue acercando ya confiado y, apartando sus pies para no dañarla, blandió el pico con fuerza hasta romper las cadenas como si fuera una espada que acabase con un fiero dragón.

—Júrame que no dirás que me has visto. Ni siquiera a la señorita de la casa.

—¿Qué señorita?

—Sabes bien a quién me refiero. Os vi hablando —añadió Sophie, diciendo más con su mirada que con sus labios agrietados y secos.

—Se lo juro. Ahora más vale que se esconda en la caseta de herramientas. Le traeré algo de ropa para que pueda salir sin llamar la atención y la llevaré a un lugar seguro. —No sabía muy bien por qué obraba así, pero lo había visto hacer a muchas personas que por su cuenta ayudaban a liberar a los negros que habían sido esclavos y que, aún implantada la abolición de la esclavitud, había quien les seguía sacando el jugo y tratándolos peor que a los perros. Corrían tiempos de solidaridad, y él no iba a ser menos.

Una vez la alojó en casa de unos vecinos negros, que sabían lo que era vivir encerrado y privados de todo derecho, Petrieck no tuvo ninguna duda de que la mansión, donde trabajaba de jardinero, escondía muchos secretos.

Y el misterio se apoderó de aquel lugar y de sus ocupantes, incluida Lara, a la que, de pronto, consideró una cautiva más con cadenas invisibles.



## Capítulo 17

La noticia del hallazgo de unas prendas ensangrentadas, junto a mechones de pelo embadurnados por una sustancia viscosa parecida a las babas de un animal salvaje, se hizo eco en todo Cleveland, y salió en la prensa. Alguien muy poderoso hizo crear la alarma ante la posible presencia en las inmediaciones, de una posible manada de depredadores que hicieran temer a la población, y empezó a cundir el pánico, haciéndose batidas para capturarlos.

La víctima, a la cual pudieron reconocer, era Kathy, la que se cuidaba de Sophie cuando Lara era pequeña, y que no obedecía las normas de William respecto del aislamiento de Sophie para

con su hija. Kathy había querido poner en sobre aviso a las autoridades, al vecindario, ante esa crueldad, y fue acallada de una manera brutal.

Engañándola, Teslas llevó a Kathy al bosque en su caballo. La idea era recoger ciertas plantas para desinflamar las rodillas, ya que a menudo, por culpa de la gota, se le hinchaban. En realidad, su intención era dejarla en el mismo lugar donde estuvo a punto de ser asaltado por aquellos animales con colmillos afilados.

Kathy fue devorada por los lobos, en el mismo bosque que Teslas estuvo a punto de recibir su ataque. Nadie supo por qué se había adentrado tanto una mujer en un lugar tan peligroso, sola. Y la única explicación era que Kathy, doncella de la mansión de los Teslas, era una bruja y hacía conjuros con plantas, por lo que sufrió las consecuencias de su propia inconsciencia.

Y así, el caso quedó cerrado. Ese tramo del bosque fue prohibido durante una larga temporada, y se abrieron otros caminos para evitarlo.

Lara se había acostumbrado, con el paso de los años sin ver a su madre, a no echarla de menos, pues apenas que sabía algo sobre ella. Y cuando alguien le preguntaba sobre la figura materna, y su paradero, siempre decía lo mismo: “Está en un centro de aguas termales”; otras veces, la respuesta era: “Se ha ido a visitar Italia”, tal como su padre o el ama de llaves, Margot, le iban indicando, a medida que observaban alguna necesidad en la niña de la casa por conocer algo sobre el fantasma de su madre.



## Capítulo 18

La curiosa Clarise, atrapada en el misterio que la desvelaba, se desgañitaba para hacerse oír desde el hediondo escondite en el que había encontrado a la madre de Lara. Por mucho que se

arrepintiera, por querer llegar demasiado lejos —en su empeño por saber—, por meter las narices en los asuntos privados de la familia Teslas, no le bastarían sus ruegos para desquitarse de por vida esa sensación que la estaba abarcando por todos los poros de su piel, de pies a cabeza, como si el espíritu del calvario la estuviera poseyendo y comiéndosela viva como un festín que se había servido en bandeja, pues Clarise tenía dentro de sí una ambición por destruir, por criticar destructivamente a su querida amiga, a la que nunca podría equipararse en belleza y carisma.

*Y ese germen de mezquindad miserable era reconocido por quienes custodian las puertas de los destinos tormentosos, los cuales escogen a quienes se van a embarcar en tales terrenos pantanosos, donde cada vez que uno se adentra más se hunde.*

Mientras Lara seguía en su habitación, creyendo que Clarise se había ido de la casa, William seguía entablando una productiva conversación con su colega, en el despacho, dejando escapar, tras cada frase, una columna de humo hacia el techo; como si en las figuras caprichosas que se formaban hubiera vomitado lo que realmente estaba pensando del otro: «*Yo soy mejor que tú aunque te empeñes en no verlo*», pero lo que en realidad decía era: «*No sabes qué suerte tengo de negociar contigo*». Teatro, puro teatro.

Si pudieran se dirían a la cara lo mucho que se aborrecían y las ganas que tenían de perderse de vista. Pero se necesitaban. William necesitaba a ese peón del tablero de sus maquinaciones empresariales para ganar la partida y comerse a la reina que no era otra que la Fortuna. En su ambición, no tenía fin. Cada peldaño que escalaba le acercaba más al anhelado Paraíso de los poderosos y los ricos. Ya le quedaba poco. Si se apuraba y hacía mejores contactos, hasta podría llegar a ser Presidente de los Estados Unidos. Muchos comían de su mano, eran como súbditos que gozaban de su protección y, a cambio, se lo pagaban divulgando a diestra y siniestra el carácter tan benevolente del que les debía representar como alcalde.

Teslas y sus negocios. Teslas y sus aspiraciones. En tierras, donde se respira la conquista de territorios salvajes, es fácil ser alguien importante, porque los que han ido repartiéndose desde las pasarelas de los buques venidos de Europa —sobre todo de Inglaterra y Alemania—, suplantando a los predecesores franceses que tuvieron que irse en retirada, son gente llana que pretende ser alguien en el Nuevo Mundo, por lo que caballeros como Teslas no tienen grandes rivales para competir en su carrera ambiciosa.

Lo tendría más difícil en Londres, allí sería uno más, un ciudadano con distinción pero con las cervicales desgastadas de tanto agachar la cabeza para demostrar respeto a sus superiores: tantos que ni haciendo trampas podría llegar a hacer jaque mate en ese tablero tan consolidado donde ya han enraizado sus figuras haciéndose inamovibles.

Pero la conversación llegó a su fin, en el despacho del señor Teslas, donde ya parecía que se había cuajado una niebla de tanto como habían fumado. Ya se habían pavoneado con sus elucubraciones para competir con otras ciudades en medios de transporte, urbanismo, educación y políticas selectivas de la población. Porque jugaban a gobernar y si alguien perdía, era el ciudadano de a pie. Eso también lo aprendieron de Europa.

Las ganas de ir a tomar el aire le llevaron al jardín. Su amigo se había ido ya por la puerta principal, y desde allí se podía empezar a ver la hilera de rosales que pronto darían hermosas flores. Para el cumpleaños de la bella Lara estarían en todo su esplendor, equiparándose a la cautivadora sonrisa que la caracterizaba como un imán irresistible de vencer y caer en el desvelo de sus encantos femeninos, que no seductores, ya que renunciaba a todo pretendiente que se le acercaba.

Pero la mirada se desvió hacia las ventanas cuando escuchó algo que le inquietó. Eran unas voces que no acertaba saber de dónde provenían, ni de quién. Estaba seguro que no eran de Sophie. Ella no gritaba. Lo había prometido para seguir en esa casa y no ser internada en un manicomio. Entonces... ¿quién podría estar gritando? Su hija no tenía ese timbre de voz. Las doncellas se habían ido, todo el servicio estaba fuera. Así que, para salir de dudas e intentar socorrer a quien estuviera en peligro, entró a toda prisa en la casa y se dejó llevar por el sonido hasta dar con las habitaciones de las doncellas.

«Vienen de la habitación de Sophie», dedujo William. Le espantaba tener que abrir esa puerta. Por las noches, en sus terrores nocturnos, se le aparecía ese mismo momento: él, ante la puerta cerrada donde se encontraba presa su mujer, queriendo abrirla para perdonarla, y cuando lo hacía, salía un monstruo de mujer, queriendo devorarlo. Por eso se quedó de piedra, al lado de la cama de la doncella Margot, sin saber reaccionar.

—¡Abran, abran, quiero salir de aquí, no me dejen aquí! ¡Soy yo, Clarise, abran, abran yaaaa!  
—la amiga de Lara repetía sin cesar, en un cuajo de llantos que hacía que sus palabras se ahogaran continuamente al implorar, invadida por la angustia más absoluta.

La llave estaba puesta en el bombín. Solo tenía que girarlo y la chica saldría, recobrando el aliento y las ganas de contarle todo.... De contar todo lo que había visto.

Antes de que fuera demasiado tarde, Teslas tenía que actuar. Nunca le cayó bien esa chica. Chismosa, impertinente, y demasiado rastrera en cuanto a favorecer a Lara. Mintió muchas veces por ella. «A cambio de ser su amiga». Y William no lo soportaba. No era una buena consejera para su hija. En lugar de influenciarla para que aceptase a los acaudalados hombres que ansiaban ser sus esposos, Clarise apoyaba a Lara en sus negativas y rechazos e incluso se reía de esas presentaciones que no llegaban a ninguna parte porque de antemano había ridiculizado al que osaba intentar conquistar a la señorita Teslas.

Por eso tenía que acallarla. Para que su hija no llegara a escuchar nada de lo que habría descubierto.

«¿Estaría Sophie haciéndole daño dentro?» Solo oía unas voces. Provenientes de una sola persona, de Clarise. Y aunque sabía, mediante Margot, que su mujer seguía con vida, no le daba la impresión de que estuviera ahí dentro. Por lo menos, viva.

Se imaginó que Sophie, al no decir nada, yacía ya consumida por el tiempo y el abandono en el interior de esa celda en la que ahora estaba Clarise desgañitándose. Sin pensarlo más, abrió con el manillar y dio un fuerte golpe a la puerta, envalentonándose y preparándose para lo peor.

Clarise se le abrazó desesperada. No había nadie más dentro. La podredumbre de tanto tiempo

encerrada una persona, sin más ventilación que las rendijas de una ventana medio tapiada y con gruesos barrotes como las costillas de un cadáver que le recordaban en lo que poco a poco se iba a convertir la que habitaba en esas cuatro paredes.

—Su mujer, estaba aquí atada. Se ha ido... e ess u una loca... —tartamudeaba Clarise.

La tenía que matar. Tenía que acallar esa boca que, igual que una compuerta de un presa, al abrirse dejaría que se inundara su familia de la infamia sobre su mujer; y aun siendo verídica, difícilmente podría desmentir.



## Capítulo 19

La desaparición de Clarise sí que originó una gran preocupación en la población. Una joven de la aristocracia, que nunca se la veía sola, siempre acompañada, custodiada como una reliquia a la que adorar... era muy raro que no se supiera de ella así como así.

Se necesitaba un culpable.

Alguien a quien colgarle el muerto.

Era muy fácil, en aquellos tiempos, incriminar a alguien en un delito de sangre. Bastaba con la propia confesión del sospechoso.

Solo había que elegir uno.

Pero no podía ser negro. Le defenderían mucho más que a un blanco. Porque se habían ganado el derecho a poder ser inocentes ante el continuo sometimiento sufrido por parte de esclavistas; y, sobre todo, los ciudadanos los querían ver libres. Llevar a un negro al patíbulo era perder votos y ganar desconfianza.

Debía cargarse el crimen un recién venido de Europa. Alguien que acabara de llegar y que tuviera un pasado turbio. Y esa persona la iba a encontrar enseguida. Antes de que parte del cuerpo de Clarise se enfriase y dejara de presentar las huellas de ese emigrante al que las cárceles



europas debían haber tenido sujeto de por vida.



## Capítulo 20

Entonces, el día del ajusticiamiento, William se ganó la confianza del pueblo de nuevo. Porque fue quien detuvo al culpable de la muerte de Clarise. Y mientras veía cómo le ponían a ese pobre desgraciado la soga en el cuello delante de todos, en la plaza principal en la que no cabía ni un alfiler, del amotinamiento de curiosos que estaban deseando ver la ejecución, William no podía dejar de pensar en lo que había hecho. De cómo había logrado que Clarise enmudeciera de por vida y se quedara literalmente sin lengua. Esa lengua viperina que metió hacia dentro de su garganta con la misma cuchara oxidada que Sophie utilizaba para alimentarse y que empujó William con furia contra su paladar y amígdalas, llegando a hacerla sangrar y provocar un ahogamiento, tanto por la gran hemorragia como por el estrangulamiento que su otra mano ejercía sobre su fino y delgado cuello, abarcado en su perímetro por esos dedos como garfios que Teslas ansiaba hundir, hasta escuchar el quejido del último aliento.



## Capítulo 21

Le habían dejado un vestido que, dentro de lo que cabe, la resucitaba como a una persona de nuevo, de manera digna, y ya no causaba repugnancia. El cabello recobraba su función estética con un recogido sujeto con unas cuantas horquillas, adecentándola hasta hacerse dejar ver. Ahora no rehuía de los espejos como en los primeros días de su liberación, en los que su aspecto estaba tan desmejorado que se asustaba al verse y se le encogía el corazón; pues, para ella misma, solo tenía memoria de la *Sophie* en brazos de Eliot, ante el espejo delante de la cama, cuando se regalaban besos prohibidos bajo la luz de la luna.

En su nuevo estado como persona, Sophie no sabía bien qué lugar tenía entre todos. Solo tenía en mente a su hija Lara. Y Pietrick sería su confidente para saber sobre ella.

«Tiene que llevársela lejos de aquí», rumiaba Sophie para sus adentros.

En su mente maquinó un plan. Pero para poder llevarlo a ejecución, necesitaba a su hermana Maggy. Se envolvió en una capa con capucha y se dirigió una noche a su casa, con el jardinero. Observó desde la verja. Su presencia la espantaría, así que Pietrick primero llamó a la vivienda. Vivía en una de las casas cercanas al puerto, en una preciosa mansión que mantenía con la herencia familiar.

No se volvió a casar. Eso sí, siempre estaba rodeada de amigas. Todas ellas, muy discretas e inteligentes. Pero, incluso, con gustos algo peculiares en cuanto a la diversión.

Maggy creó una pequeña editorial donde se publicaban novelas basadas en el respeto y en la libertad de expresión de las mujeres, dejando de formar parte del sexo débil para abanderar un futuro más optimista que no relegara a ninguna a un segundo plano, como hasta entonces.

—¿Qué quieres, muchacho? —le preguntaba la doncella, con cara de pocos amigos. El mayordomo, un esclavo liberto, que era quien debía haber abierto la puerta, estaba en esos momentos ocupado con una de las amigas de la señora, cuyas preguntas acerca de su vida de la que tenía en África hasta la que aconteció en América, le entusiasmaba tanto conocer. Y su atención, en esa entrevista, era tan desmesurada que prosiguieron la recopilación de aventuras en la bodega, aunque no se relacionara para nada el tema del vino con el de la esclavitud. Quizá ellos

sí veían algún detalle en común, porque se adentraron, al mismo fondo, entre las botellas.

—Buenas noches. Quisiera ver a la señora. Le interesará conocer a una persona que tiene algo muy interesante que contar. Sé que lleva una sección en un periódico donde se habla de mujeres excepcionales. Créame, es una de ellas —explicó Pietrick a la doncella, en la misma puerta.

—Buenas noches, joven —salió Maggy, adelantándose a la doncella, para saber de qué se trataba esa visita nocturna—. ¿No será una más de las que han superado el yugo de un marido dominante? Si es así, ven mañana, que ya tengo un buen repertorio de esos casos —contestó, algo cansada.

—Excúseme, señora. Aun alegrándome de que haya muchos casos esperanzadores, como el que me comenta, este no tiene nada que ver. Los supera a todos. Cuando conozca a esta mujer, no dudará en considerarla un caso más.

—Vamos, estoy deseando que me presente a esa mujer a la que se refiere —dijo Maggy, seducida por la idea.

—Gracias, señora. Ella misma se presentará. Está aquí. Detrás de la verja —anunció Pietrick, señalando hacia atrás.

Pietrick silbó. Se asomó Sophie, enfundada en su capa, como una sombra más de las que se forman por los árboles de la avenida y que se mueven a merced del viento.

Sophie sacó sus huesudas manos y abrió la verja que emitía un chirrido agónico, como si fuera la única melodía que estaba en consonancia con su figura espectral.

Se fue acercando, arrastrándose más bien, por el sendero a cuyos lados florecían algunas margaritas y gardenias. A medida que avanzaba, la claridad de un afilado rayo de luna resaltaba la concavidad de su ajado rostro, que mediante el juego de sombras producidos por la capucha de la capa, era como si el vacío más absoluto se quisiera apoderar por completo de su manifestación física, aunque eso no sería posible hasta no ver cumplida su urgente misión antes de dejar el mundo de los vivos y, entonces, sí, dejarse llevar por el de las sombras eternas.

—¿Qué le pasa a esa anciana? Parece muy cansada, como si estuviera enferma. —Maggy empezaba a sentir lástima y, a la vez, cierto temor. Era como si alguien venido del inframundo viniera a traerle un mensaje que seguramente dejaría un grave eco en sus entrañas. Intuía que esa figura tenía mucho que ver con ella, pues su pulso se aceleró y un estremecimiento gélido la invadió por completo.

—Querida... ¿No me reconoces? —Sophie levantó la tela de la capucha, dejándose ver, como una sorpresa que por fin se desvelaba.

—Un momento. Esos ojos... Pero...tan cambiados...

—Soy yo, Maggy. No te espantes. Pronto, entremos. Alguien me puede reconocer —enunció Sophie, con determinación, a la vez que intentaba aclarar su raposa voz.

Una ráfaga helada acompañó su entrada en la casa. Apenas hubo oportunidad de reaccionar.

Era demasiado para asimilarlo en un solo instante. Y la primera reacción que surgió, al sentir que era su hermana, que estaba enraizada con ella de por vida, por la infancia y juventud vividas una al lado de otra, por tantos momentos compartidos, por toda la historia de sus vidas, de sus antecesores, de sus juegos de muñecas, de las mismas muñecas que mecieron en sus cunas, de haber pronunciado mamá y papá refiriéndose a sus progenitores, de cómo llegaban a parecerse y que ahora no tenían apenas nada en común en cuanto a su aspecto. Maggy estaba bien conservada, su piel lucía el brillo que las pomadas y la buena alimentación, además de sus trucos en maquillaje, la hacían resultar elegante y vistosa.

Nada que ver con Sophie, que era como si hubieran pasado cien años desde el fatídico día en que murió Eliot, el difunto esposo de Maggy.

Involuntariamente, sus brazos se extendieron para acogerse en un cálido abrazo, sin saber exactamente qué tipo de sentimientos querían demostrar con ello. Pero necesitaban hacerlo. Era lo más propio antes de iniciar una conversación. Y cuando sintieron sus cuerpos unidos y sus cuellos hacia el hombro de la otra, se dieron cuenta de que seguían unidas, que a pesar de todo y de todos los que interfirieron en sus vidas, ellas mantenían un cariño que resucitaba como las brasas cuando el aire se mece por encima de ellas.

Después, surgieron las lágrimas, que bautizaban ese reencuentro con una mezcla de dolor, pena, arrepentimiento, nostalgia y, por último, esperanza en reiniciar sus vidas juntas, como antes, como si la escena en la alcoba de invitados, con el cuerpo yacente de Eliot y el arma de William echando humo, hubiera quedado en un paréntesis finalmente cerrado.

La congoja iba cada vez en aumento, agitando sus pechos, que se inflaban intentando coger aire mientras sufrían el estallido del llanto, como si a borbotones fuera saliendo, en una hemorragia difícil de parar, todas las penas acumuladas en esos años que tenían tanto por decirse mirándose a los ojos.

Y entonces, las manos de Maggy dejaron de acoger el frágil cuerpo de su hermana, para situarse en el rostro de Sophie, barrer los riachuelos que serpenteaban por las hondas arrugas y limpiarle los ojos para verse en ellos, para reconocer aquello que dejó de ser cuando la apartaron del mundo.

—Has sufrido mucho, Sophie, lo veo. Tus pupilas están tristes —expresó Maggy, con una gran profundidad en sus palabras. Con mucho más énfasis que empleaba con las otras mujeres, a las que recibía en su casa para escucharlas y orientarlas, para que disfrutaran de los derechos que les pertenecían.

—Así es, querida hermana —asumió Sophie, que por fin conseguía emitir un sonido entendible, más serena—. Muchas veces he deseado estar muerta antes que seguir llevando la vida que he llevado. Si tú supieras, Maggy...

—Creíamos que estabas bien. Atendida en todo momento. Pero veo que no ha sido así. ¿Qué te ha pasado, Sophie? Dios mío. ¿Por qué no me has pedido ayuda?

—Es largo de explicar. He preferido estar privada de libertad y de todas las comodidades que antes me rodeaban para poder estar cerca de mi hija. Ella no sabe nada. Cree, igual que tú, que

estoy fuera, en el extranjero, siempre de viaje, siempre en balnearios y en centros de reposo. Pero en realidad he estado a su lado, de manera invisible, pero a su lado. —Rompió a llorar de nuevo, escondiendo su rostro entre el pecho de Maggy. Parecía que se iba a derrumbar. Pietrick la sostuvo por los hombros y, poco a poco, la fue llevando hasta uno de los sofás de la salita de entrada. Había una chimenea encendida y crepitaban las llamas saltando chispas de cuando en cuando, como gotas de fuego que salían despedidas como si las ramas incandescentes también sollozaran ante la triste historia que escuchaban.

—Tranquila, hermana. Ahora debes descansar. Ya me seguirás contando mañana. Debes comer algo caliente primero, antes de irte a la cama, y templar tu estómago. Estás helada. Vámonos a prepararte una habitación donde puedas dormir.

—Él no puede enterarse, por nada del mundo, de que estoy aquí. ¿Me oyes? —Los ojos de Sophie despedían fuego en esos momentos. Quería grabarle esas palabras en la mente de su hermana como un hierro, al rojo vivo, de los que marcan a las reses.

—Te refieres a William Teslas, tu marido. No puede ser otro —confirmaba Maggy.

Pietrick las miraba e intuía que tendría que intervenir de alguna manera. Que el destino le había conducido a esa casa por una extraña razón, y que, desde que vio a la chica con el cesto de la ropa, su vida giró por completo en torno a ella. Se había convertido en su satélite y tendría que averiguar cómo era su planeta, su universo, para seguirla en una órbita que la acercara más y más hasta poder aterrizar en su paraíso.

—Pietrick, el jardinero que tiene contratado, debe llevarse a nuestra Lara lejos de aquí. Porque la casará con quien él convenga para conseguir poder y triunfar en sus negocios. Y aún hay más. Aspira a ser alcalde, por lo que ya tendrá el ojo puesto en algún candidato a ser su yerno, sin importarle que no sea del gusto de Lara ni llegue a proporcionarle lo que se espera de un hombre antes de compartir el lecho con él. Ya me entiendes, Maggy. Nos pasó a las dos —planteó Sophie.

—Entonces, no estarás cerca de ella, si se la lleva él. ¿Estás segura de lo que quieres hacer? ¿Y si ella no quiere irse? ¿Por qué aceptaría marcharse con alguien que apenas conoce, así, a la aventura? —preguntaba Maggy, con todo un panorama de incertidumbre en su cara, pasando las yemas de sus dedos por la palma de su mano, nerviosa.

—Algo me dice que no dirá que no. Por lo que la doncella Margot me ha ido contando... —añadió Sophie, la cual estaba al corriente de la curiosidad que sentía Lara por Pietrick gracias a los comentarios de la doncella que la cuidaba.

—¿Cómo? ¿Has estado en contacto con la doncella y conmigo no? —interrumpió Maggy, azorada por ese detalle.

—Te lo contaré todo, hermana. He estado cerca, pero aislada. Ha sido horrible. Lo que más me importa ahora es que Lara salga lo antes posible de esa casa y que se vaya lejos, con Pietrick. Y cuando estén instalados en lugar seguro, que me hagan llegar noticias para poder ir a verla y disfrutar de ella lo que me quede de vida... —suspiró mientras un melancólico rictus se adueñaba de su expresión.

El jardinero se arrodilló, poniéndose a la altura de las dos hermanas, que se seguían manifestando su cariño en ese sofá, muy juntas.

—¿Cómo podré llevármela? Mis ahorros se acabarán a los dos días. Yo no dispongo de capital para emprender una nueva vida fuera de aquí. Me ha costado mucho llegar a donde estoy, a tener un buen empleo y haber ganado una buena reputación como jardinero de las mejores mansiones de Cleveland, pero si tengo que dejarlo todo para que Lara sea feliz fuera de aquí y pueda ser libre en decidir sobre su vida, entonces me arriesgaré —planteó Pietrick.

—Por el dinero, no te preocupes —añadió Maggy, dándose por responsable de cubrir las necesidades económicas de tal empresa.

—Sabía que podía contar contigo, hermana —suspiró Sophie, descansando en su hombro. Parecía que el cielo se le estaba abriendo de repente y ello le producía una especial sensación de confort.

—Seguramente encontraré trabajo allá donde vayamos. Soy muy bueno en mi profesión, y todo el mundo quiere tener bonitos jardines —aventuró a suponer Pietrick, con las manos en los bolsillos, como si estuviera viendo delante de él un gran abanico de posibilidades para salir adelante. Todo por estar con ella, por ayudarla a extender sus alas.



## Capítulo 22

Lara andaba preocupada. La desaparición de su amiga fue el detonante de una ola de pánico que se fue extendiendo entre las familias de las jovencitas, especialmente de la aristocracia, que jamás se habían imaginado que, aun siendo rigurosamente acompañadas y vigiladas constantemente, pudieran ser secuestradas en la misma casa de una figura con tanto peso como el señor Teslas. Se murmuraba que podría tratarse de algún esclavo negro que habría querido saciar su sed de venganza hacia la raza blanca llevándose a la joven y demostrar así lo que los de su

condición han ido padeciendo años atrás por inconsiderados déspotas y villanos amos. Pero William apartaba esa idea en público, haciéndoselas de hombre justo, defensor de los derechos humanos, sobre todo de los negros.

Se hicieron redadas en los barrios bajos para llevarse a comisaría a todo aquel que levantara sospechas en turbias conductas. Pero las cárceles no daban abasto, y no podían encarcelar a todo el que había sido sancionado alguna vez por cometer pequeños hurtos o haber participado en alguna discusión callejera en la que se escapara algún que otro puñetazo.

William tenía que dejar bien claro que existía la justicia en la ciudad que él quería gobernar. Necesitaba cargar el delito a un asesino y que se calmaran los miedos cuando se ahorcara al culpable, porque no temerían ningún rapto más.

Devi era un solitario. Un hombre que vino de Inglaterra para empezar una nueva vida, pero cometió un gran fallo. Se hizo amigo de quienes maltrataban a los libertos.

No tuvo consideración por lo que tuvieron que pasar penalidades y torturas en los campos, cuando trabajaban para los señores que eran sus amos. Unos cuantos hombres con capuchas blancas, acabadas en pico y con agujeros en la zona de los ojos, iban con Devi a las propiedades en la que trabajaban negros y que ganaban un sueldo. No eran partidarios de verles con los mismos derechos que los blancos y preferían verlos muertos, asados como los terneros, antes que perder la oportunidad de seguir humillándoles. O eran esclavos o tenían que morir. No caminarían por las mismas calles que ellos, ni verían cómo llegaban a sonreír o a gozar de los mismos derechos que ellos, porque eran inferiores. No se merecían la libertad. Habían nacido para servir al hombre blanco, superior a ellos.

A sus 43 años, Devi llevaba una buena lista de crímenes a sus espaldas. Iba de cacería con el grupo asesino, y en vez de perseguir animales, tenían —como presa a capturar— a seres humanos, especialmente a los blancos que ayudaban a los negros. Les cogían, les sacaban de sus casas y les embadurnaban con las entrañas de un zorro muerto, para que los canes se volvieran locos en detenerlos y morderlos.

William escogió a Devi para culparle de la desaparición y muerte de la joven aristócrata Clarise. Se ganaría la confianza de todo Cleveland y alrededores. Estarían seguros los ciudadanos si le tenían a él para gobernarles cuando llevara al patíbulo al que tenía, entre sus pertenencias, los restos de una mano de la joven, ya que a Devi le encantaba coleccionar manos de sus víctimas. Fue un detalle que él mismo le confesó en una noche donde el alcohol corría a raudales por sus venas, en uno de los antros del vicio de la ciudad. Y, cuando las leyes abolicionistas de la esclavitud sentenciaron, gracias a Teslas, que todo el grupo criminal debía ser también ajusticiado, no se oía otra cosa que no fuera la magnífica figura justiciera de William Teslas, nombrado vicepresidente en la asamblea de los defensores de los derechos humanos del condado de Ohio.

Las antorchas de los grupos anti abolicionismo del grupo de Devi dejaron de prenderse sobre los tejados de los barracones de los trabajadores negros, pero en otros estados seguían ardiendo deprisa, por la mano del KKK hasta envolver, en una bola de fuego, todo lo que odiaban según sus prejuicios asesinos. Y cuando la luz de las llamas se hacía cada vez más luminosa, hasta podían

llegar a sentir, desde sus caballos, a cincuenta metros de distancia, los gritos terroríficos de quienes ocupaban el interior de esas construcciones convertidas en incineradoras humanas.

Esos hombres parecían fantasmas, irreconocibles, solo con dos agujeros en la tela para poder ver a través, y los brazos salientes con látigos y algunos con escopetas. Muchos de los que querían huir del fuego no sabían por dónde tirar. Pero tenían que aventurarse a salir o las llamas le devorarían, y así iban apareciendo por aquel orificio negro que era la puerta de entrada de sus casas incendiadas.

Enseguida se hacían con ellos y con los látigos les cubrían, atándoles el cuerpo, entre los hombres a caballo. Tiraban de ellos y los arrastraban hasta despellejarlos vivos.

Los que más corrían, podían escapar entre las sombras del bosque.

Pero si les daban caza, eran crucificados en unos postes en forma de cruz que clavaban en la propiedad donde celebraban esos rituales satánicos y racistas, haciendo escarnio con los negros y los blancos que les consideraban como hombres libres.

Por eso Devi fue el cabeza de turco que pagó por la desaparición de la amiga de Lara, Clarise.

Le dejaron parte de sus ropas y la mano, aún con su anillo de esmeraldas, en su habitación. Solo bastaba esa prueba para incriminarle y colgarle delante de todos en la plaza.

Pero el cuerpo de la joven nunca se encontró. Y así fue cómo, poco a poco, fue ocupando puestos relevantes en la política, creando, al mismo tiempo, su propio grupo mafioso de personas que le proporcionaban información, que eliminaban a quien así conviniera, mientras que él repartía buenas comisiones, sueldos oficiales y numerosas retribuciones que salían de las arcas del patrimonio oficial.



## Capitulo 23

El aleteo de las aves entre las ramas de los árboles, acompañado del trino de sus juegos primaverales, henchía de ánimos a Lara por dar un largo paseo y disfrutar de esa estupenda mañana soleada.



Habían quedado atrás los días lluviosos y tristes y ahora parecía que se abría un panorama resplandeciente en el que los colores se avivaban y el calor del sol se hacía cada vez más presente.

Cogió su chal, cuya decorada estampación hacía juego con sus azules pupilas, con bordados que recordaban un cielo de nubes de algodón y palmeras así como caracolas completando esa especie de lienzo en tela suave y sedosa acabada en flecos blancos.

Se lo puso por encima de su vestido blanco marfil y tomó la sombrilla, pues aún no había suficientes sombras como para esconder los rayos que pudieran broncear su cutis immaculado de porcelana. Se miró al espejo. Comprobó lo paliducha que estaba y se pellizó las mejillas hasta hacer aflorar un pequeño rubor en ellas. Después, se mordió los labios hasta casi hacerse sangre. Entonces, asomó una muestra de color que avivó su belleza. Aunque lo que más brillaba en su rostro era su mirada, con una mezcla de miedo y rebeldía que le confería un especial magnetismo difícil de evitar en todo aquel que se cruzara en su camino.

—¿No tomará el té en la salita, señorita? —le ofreció la doncella.

—No, prefiero dar un paseo. Gracias, Margot. Hace un día realmente precioso. Quiero ver cómo va el jardín. Después regreso y tomaré ese té tan delicioso que sabes hacer. —la sonrió con una desmesurada alegría en su cara. Por un lado, estaba tranquila al saber que ya nadie acecharía a las jóvenes, que, habiéndose colgado al culpable de la desaparición de Clarise, ya nada tenía que temer. Solo faltaba encontrar el cuerpo. Y pronto aparecería. Pero, de momento, la calma había retornado a Cleveland.

Los senderos del jardín se veían como riachuelos que daban al mar en el que se quería zambullir. Tenía un manojo de nervios en su interior que se confundía con la creciente curiosidad y el extraño temor en volver a probar esos labios que dejaron en ella un eco de increíbles sensaciones. Le ardía el pecho cada vez que recordaba a ese muchacho abalanzarse sobre ella. Se sentía deseada, de una manera muy primitiva y fuera de todo alcance en el terreno de las conquistas por interés. Porque nada podría ambicionar ese chico de ella más que a ella misma, sin su fortuna, sin su apellido. Solo ella, solo sus labios y su estrecha cercanía. Y como una corriente que la arrastra hasta un precipicio, sin importarle la abismal caída al vacío más absoluto, Lara iba derecha al encuentro con Pietrick, pues a su lado encontraría a la verdadera mujer que latía dentro de su ser y que los formalismos habían querido sepultar para que fuera una muñeca de salón.

Pietrick la esperaba día tras día, acicalando las plantas para que resultaran de una floración envidiable, y, mientras recogía algunas herramientas para continuar la tarea en otra porción de jardín, la vio venir. Lo tiró todo al suelo, sin importarle nada que no fuera ella. Se quedó quieto, admirando su forma de caminar tan distinguida, con sus pies hundidos en unos zapatos forrados en seda azul, que hacían que pareciese que caminaba sobre las mismas aguas de un lago. Era como si flotara en el cielo que cubría su chal, y su cabello rubio, suelto, con las ondas jugando con el aire, la dotaban de ese aire angelical que invitaban a adorarla antes de querer estrecharla entre sus brazos.

Su sombrilla le servía de bastón, no la había abierto para evitar los rayos sobre su fina piel, por lo que él dedujo que hacía caso omiso a los protocolos que hasta ahora requerían su atención

y obediencia. Se había acercado a su mundo a pasos agigantados al decidirse acudir a su encuentro. Pietrick se tenía que preparar mentalmente para el proyecto que su madre le había encomendado.

—Veo que avanzan los resultados. Está realizando un buen trabajo, Pietrick —Lara premió su esfuerzo con palabras de reconocimiento. Era una forma de empezar a entablar con él una conversación y romper el hielo. El silencio resultaba demasiado incómodo. Los nervios estuvieron a punto de hacerla girar y volver a la casa. Iba a torcer hacia el camino de la derecha, para bordear el estanque que se presentaba unos metros más allá, cuando él la detuvo agarrándola por el brazo.

—Señorita Teslas, Lara, no te vayas. Espera. Quiero enseñarte algo. —Su plan era entretenerla y después convencerla de que lo mejor sería huir de esa clase de vida agónica que estaba llevando en el claustro de su mansión donde su padre la tenía confinada hasta ser moneda de cambio en un matrimonio de conveniencia. Pero no podría decirle qué le había hecho el señor Teslas a su madre ni de la existencia tan cercana de ella. No de momento. Solo cuando estuvieran muy lejos del alcance de ese hombre tan mezquino y cruel.

Ella no dijo nada. En el fondo estaba esperando un motivo para quedarse con él. Así que le siguió, entusiasmada por lo que podría seguir después de entrar en el camino de rosales hacia el que la llevaba. Estarían más apartados de las miradas que podrían escudriñar entre las cortinas de las ventanas de la casa.

Los altos rosales les servirían de escudo ante lo que pudiera atacar ese furtivo beso que deseaban darse. Los dos palpitaban con agitado ritmo en sus corazones y, sin dar tiempo a pensar en si estaba o no bien, se pararon entre una especie de túnel, donde unos arcos enramados de tallos de rosal les servían de techo. Pietrick tomó a Lara por la cintura, la atrajo hacia sí de un súbito impulso y, entonces, sin que ella forcejeara, se dejó abarcar por su labios, que, pegados a los suyos, iniciaron una conjugación de sensaciones que recorrió todo su cuerpo, estremeciéndose, desde los cabellos hasta las uñas de los pies. La respiración se agitó en ambos, y, ansiando respirar, dejaron que sus rostros se pegaran al cuello del otro, deslizando besos con ardor imposible de sofocar. Se encendían como dos antorchas de viva llama. De sus estómagos surtían inquietantes vacíos que aclamaban la cercanía intensa de sus cuerpos hasta límites insospechables, hasta donde la Naturaleza les guiara en su sabia manifestación del orden de la vida. Del instinto de reproducción.

Un ruido les alertó de la presencia de alguien alrededor. Miraron para identificar a quien les podría haber estado observando y poder justificar de alguna manera su pequeño delito, y entonces el mundo se les derrumbó a sus pies. Era William Teslas, el padre de Lara, que iba a avisarla de la llegada de un amigo suyo, para presentárselo. Un candidato más al que no podría rechazar, pues le debía más de un favor y estaba muy interesado en casarse con la joven más bella de todo Cleveland. Sin embargo, al verla besándose con el jardinero, William entró en cólera de inmediato y quiso despedazar ahí mismo al miserable que estaba aprovechándose de su inocente hija.

Los dos se separaron como si pudieran retroceder en el tiempo y borrar ese último instante.

—Padre, el chico solo me estaba consolando. Estaba afligida por Clarise —Lara intentaba dar una posible explicación al abrazo que les mantenía unidos y que no era propio de una chica de su condición social.

—Lara, ve a casa. Joven, usted y yo tenemos que tener una charla, ¿no le parece? —William mantuvo la compostura, apoyado en su bastón negro que tenía el mango de oro esculpido con la cabeza de un león. Su traje, que incluía el chaleco y la corbata, le estaba en esos momentos ensombreciendo su figura, como si fuera el mismo justiciero del apocalipsis que iba a sentenciar a muerte al que había osado tocar a su ser máspreciado.

El joven jardinero respiraba con las dos fosas nasales a toda pastilla, procurando que no se le notara lo tenso que estaba. Se le habían disparado todas las bombas de adrenalina y tenía que retener el impulso de salir corriendo, coger a Lara de la mano y dejar de ver la cara de ese individuo, que, por mucho dinero que tuviera, en el fondo era más pobre que él, pues nunca tenía suficiente y en cuestiones de amor era un cero a la izquierda. Todo el que acudía a él era para resolver temas financieros o políticos. La amistad y la camaradería eran como las camisas, de quita y pon.

William se cogió los bordes del chaleco con las manos, como si tuviera que propulsarse para abalanzar todo su cuerpo contra Pietrick y necesitara ampliar su capacidad pectoral sacando pecho.

—No me he caído de un guindo y sé lo que se está cociendo en tu mollera y en tu entrepierna, mameluco —le asaltó con una arrogancia que despedía gotas de saliva con tanta acidez que podría disolver hasta el metal, como el sulfuro.

—Señor, la señorita sufría un episodio de desconsuelo. Solo he tratado de darle ánimos. Siento que me haya desmedido en el empeño y me haya otorgado tantas confianzas. No se volverá a repetir. —En realidad, lo que no quería era seguir viendo a esa chica en manos de un padre como ese que no le daba la oportunidad de ser ella misma sino a imagen y semejanza de él, el dios de Cleveland.

—Pues eso va a ser posible, no se volverá a repetir porque te vas a marchar de aquí. Si te vuelvo a ver, te acusaré como delincuente si no te largas de esta ciudad. Sería muy fácil para mí sentenciarte a muerte por un delito de hurto con violencia. Nadie quiere tener un vecino conflictivo ni peligroso y ya sabes lo mucho que disfruta el pueblo cuando se hace limpieza en la plaza ahorcando a las ratas como tú. —Dicho esto, William se dio la vuelta y esperó a que el chico le siguiera suplicándole, como ya estaba acostumbrado a ver cuando amenazaba a un *súbdito*, como así consideraba a los de más bajo rango que él, ya que se creía el emperador del mundo y que todos tenían que estar bajo sus pies.

Pero Pietrick no fue un rastrero y se quedó en su puesto. No le dio importancia a su petulante sentencia, puesto que de todas formas iba a marcharse de allí. Disimuló volviéndose a dedicar a las plantas, tomando unos tallos para enredarlos entre sí y formar una línea bien trazada entre la armadura de los arcos florales.

Tenía que hacer tiempo para sacar a Lara de allí. Si ahora se iba, le sería más difícil contactar

con ella desde el otro lado de la verja. No podía mezclar en ese asunto a Thomas, su tío. Era ya mayor y si perdía el trabajo no podría costearse los cuidados que requerían su tratamiento. Su cojera iba cada vez en aumento y quizás tendrían que amputársela ya que no mejoraba y cada vez estaba más hinchada. La diabetes también le iba dejando ciego, pero lo disimulaba lo mejor que podía. Aunque algún día tendría que vivir de lo poco que hubiera ahorrado porque cada vez la cortina de sus ojos era más y más tupida y la oscuridad completa acabaría por empujarle a una jubilación anticipada. Por eso no podía inmiscuirle en esa difícil escapada con la señorita Teslas, porque Thomas debía seguir ganándose el pan y la protección en esa propiedad, y, si es que tenía algún ápice de consideración, William le aseguraría una buena vejez por toda una vida a su servicio.

Pero si colaboraba con su sobrino y tan solo hiciera el mínimo gesto en colaborar, aunque solo fuese llevando un mensaje en esa relación prohibida, entonces sería echado a patadas como a un perro sarnoso y se pudriría en la más completa miseria sin poder costearse los cuidados que precisaba para no sucumbir a la infección generalizada proveniente de la pierna y a la ceguera absoluta, invalidándolo para trabajar en otro lugar, acabando por ser un mendigo como los que no tenían otra opción en la vida.

—Vamos, mozo, ¿es que no me has oído? —se giró el señor Teslas, molesto por no haber obtenido la reacción esperada, teniendo que insistir en echarle.

—No se preocupe, no me volverá a ver más, señor Teslas, me iré lejos de Cleveland. Solo estaba acabando de acicalar los rosales para que luzcan perfectos cuando florezcan —le decía mientras acababa de perfilar los tallos en su entramado, sin mirar a William, mordiéndose la lengua para no soltarle todo lo que pensaba de él.

—Déjalo. Ya se encargará tu tío. Vete ya. Y si te veo merodeando por los alrededores, vas a ver una soga alrededor de tu cuello, igual que esas ramas sobre los postes, hasta asfixiarte y hacerte sacar los ojos de las órbitas.

En el fondo le hubiera gustado condenar al muchacho a tal fatalidad, escarmentar a los de su condición social que aspiran a enamorar a inocentes jovencitas de la aristocracia con versos baratos, flores, o miradas furtivas tentadoras en sus aburridas vidas de recato y rectitud. Esos chicos venidos de las calles sabían cómo hacer sonreír a las chicas, con mil argucias que las hacían soñar en aventuras románticas que salían de la rutina y monotonía de pretendientes fríos como el mármol en cuestiones de conquista amorosa y con un alto egocentrismo, que a las mujeres las dejaban en un lugar más bien de objeto de decoración y sumisión.

—Está bien, señor. Por favor, que este suceso no afecte a mi tío Thomas. Él no tiene culpa de mi desliz. Me marcharé más tranquilo con la promesa de no volver nunca más si me asegura que no tomará medidas con él también por mi culpa. —Pietrick se estaba temiendo que tomara represalias con el viejo y que tuviera que cargar para siempre con la mala conciencia de haberle defraudado y destrozado en lo que le quedaba de vida.

No se merecía que le echaran, después de todo lo que hizo por él. Le enseñó el oficio desde pequeño y lo cuidó como a un hijo. Entonces, pasó por su mente Maggy, la hermana de Sophie, la cual podría hacerse cargo de su tío en caso de que William se lanzase sobre él para escarmentar a

Petrieck. Desconocía la magnitud de su maldad y debía tomar precauciones.

El joven jardinero dejó de acicalar los tallos, se dio la vuelta y marchó hacia la verja, mirando alrededor para despedirse del que pensaba, hacía dos semanas, iba a ser el lugar idóneo para ascender y figurar como uno de los mejores profesionales en jardinería de todo Cleveland. Atrás quedaban sus sueños de prosperar, y todo por amor.

Pero, a cada paso que daba, más convencido estaba que la principal rosa de ese jardín debía florecer fuera de esos muros, porque sus pétalos se marchitarían antes de ver la luz en aquel entorno perturbador.

—Thomas seguirá aquí, no creo que tenga nada que ver con tu afán en tomarte tantas confianzas con mi hija. Adiós, miserable. Hasta nunca. —Su mirada era puro odio. Como una fiera que enseña sus colmillos antes de lanzarse a su presa. Más que una advertencia, parecía que iba a perseguirle con la sombra de su cólera allá donde fuera. Le había desterrado del Paraíso literalmente, sintiéndose un dios todopoderoso y omnipotente.

«Miserable», se decía para sus adentros Pietrick, pero refiriéndose a William Teslas. A él sí le querría ver en la horca, por haber mantenido recluida a su mujer antes que confesar que había sido él quien disparó aquella arma contra Eliot. Porque Pietrick supo toda la historia a través de Sophie, a la que escuchó con espanto los horrores sufridos y el origen de los mismos.

William entró en casa, dando más golpes de los usuales con su bastón en el piso, retumbando por las paredes hasta demostrar que la marea de su enfado estaba llegando a devastar todo lo que enfocaba con su mente.

Lara, desde arriba, intentaba verle desde una posición que la mantuviera invisible a sus ojos, apoyada contra la pared forrada de madera y labrada con artesanales molduras, filtrando la mirada por los barrotes que daban a las escaleras para vislumbrar a su padre en la sala donde solía sentarse a pensar, en su butaca preferida, la de color burdeos de terciopelo, delante de la chimenea. Y, aunque ahora estaba apagada, parecía que salía humo de allí, pero era la sensación de que un volcán había entrado en erupción. La cólera personificada de William Teslas.



## Capítulo 24

Maggy servía el té rodeada de sus amigas, todas ellas con imponentes vestidos de sedas y encajes en los escotes, así como adornos de perlas y tules en sus tocados. Iban a celebrar el día de la poesía, en el que muchas de las promesas de la nueva literatura femenina iban a recibir los honores por sus recientes publicaciones.

Era una iniciativa que se llevaba a cabo en reuniones privadas, mientras que los autores masculinos exhibían sus creaciones en los círculos literarios públicos sin ningún impedimento, como si el arte de la escritura estuviera reservado solamente para los varones, seres pensantes, y no para ellas, a las que las tareas artísticas manuales eran las únicas reconocidas. Pietrick la hizo llamar y le explicó lo sucedido, con un rubor anodino en su rostro al contarle los detalles al ser descubiertos, Lara y él, en plena demostración afectuosa. Sobre todo porque era como revivir el abrazo de Lara y aun sentir el calor de su cuerpo y el aroma de sus suspiros.

—Señora, he de salir precipitadamente de Ohio, debe prometerme que se hará cargo de Lara hasta que pueda darle noticias sobre mi próximo paradero. Volveré a buscarla cuando las aguas estén más calmadas. Teslas quiere mi cabeza. —Pietrick dejaba salir las palabras como una ametralladora, no podía apenas respirar para transmitir la urgencia en buscar su ayuda.

—Has cruzado la línea de fuego, muchacho. La guerra ha empezado, y con Teslas todo serán derrotas. No has debido bajar la guardia. Pero ya está hecho, y ahora que yo lo sé todo, procuraré acercar a Lara a mi casa con la excusa de las tertulias poéticas. Solo así la iré preparando para la marcha. Dios nos ayude, porque vamos a caminar sobre la pólvora a partir de ahora. —Y le dio al joven una cantidad suficiente para poder valerse allá donde fuera.

—No necesito mucho, señora Barber (como así era su apellido de soltera, recuperado después de haberse quedado viuda), tengo mis propios ahorros y me valdré con poco. Guárdelo para Lara. Ella sí lo necesitará. Prométame que no dejará que su padre la case antes de que dé noticias de mi nuevo destino, del nuestro, quiero decir.

—¿Dónde irás, Pietrick? Al menos dime hacia dónde pensabas ir. ¿Tienes parientes en alguna otra ciudad?

—No, pero he oído que en Detroit hay muchas oportunidades de trabajo. Se están instalando allí muchos de los que han hecho fortuna con el carbón y otros productos que han exportado a Europa. Son nuevos ricos que ansían tener las mejores mansiones y... ¿por qué no? los más bellos jardines. Siempre encontraré trabajo, porque conozco la tierra, hago brotar lo que quiera de ella porque le doy lo que precisa. No quiero con ello ser pretencioso, señora, es solo que quiero asegurarle que estaré bien y que pronto haré que Lara también lo esté, conmigo o sin mí, pero libre. —Y dicho esto se sacudió la tela del pantalón a la altura del muslo, con un tic que le perseguía cada vez que se ponía nervioso, como si le hubiera caído algo de polvo encima. Era un gesto que tenía por costumbre, por cargar con sacos de abono que dejaban impregnado en su ropa algo de tierra.

—Está bien, muchacho. Que tengas mucha suerte y Dios te acompañe —le animó Margot, dándole un apretón en el hombro para animarle. Luego, volvió con sus amigas y la doncella se

encargó de llevarle de vuelta a la puerta de salida del servicio.

Al día siguiente, William tenía que ver a un diplomático muy importante que le presentaría al senador Serval, por lo que encargó a Margot que vigilara a su hija muy de cerca y no la dejara salir bajo ningún pretexto. De vuelta, le traería seguramente una buena propuesta de matrimonio para Lara. Hacía tiempo que el senador buscaba esposa entre la clase selecta de Ohio, pero no había podido encontrar ninguna que le fuera de su interés, porque casi todas las jovencitas se habían comprometido ya o no tenían el grado de inocencia que él requería.

Lara vio marchar a su padre y cómo, al minuto o dos, llegaba su tía Maggy.

—Lara, vengo a ayudarte, aunque me juegue la confianza con tu padre. Pietrick se marcha de Ohio, tu padre le echó y le amenazó con inculparle de un delito grave si no cumplía ese pacto. El tren a Detroit está a punto de salir dentro de una hora. Cuando se instale, quiere que te reúnas con él, pues intuye que tu padre pronto te va a casar con alguien a la fuerza, y todo para conseguir más favores y poderes —Maggy le contó, pero no le habló de su madre. Sophie le pidió que guardara de momento ese secreto.

—Llévame a la estación, tía Maggy, quiero verle, aunque solo sea por última vez. Necesito comprobar con mis propios ojos y oídos que quiere que me vaya con él allá donde piensa que podemos estar juntos. —Lara se agarraba a la capa de su tía, tirando de ella, como cuando era una chiquilla y le pedía que la llevara a la feria. Siempre acababa cediendo y, ahora, aunque iba a ser un poco arriesgado, reconocía que era imperioso acudir a esa despedida. Su angustia mermaría si podía ver al muchacho antes de subirse al tren y guardar esperanzas en tener un futuro mejor que el que la esperaba en Cleveland.

Con la excusa de ir a probar un vestido a la modista, Maggy se llevó a Lara en su carruaje, la dejó en la estación, donde seguro que no encontraría a su padre, ocupado en sus menesteres políticos y casamenteros.

—Lara, te esperaré en el coche. Ve y habla con él. Pero sobre todo, escucha a tu corazón, lo que te dice cuando le tengas cerca. Ve, hija mía. Queda ya poco para que marche. Ve. —su tía la alentaba para que no perdiera ni un minuto más.

El sonido de las locomotoras estallaba con fuerza, resonando en todas las piedras del edificio de la estación, como un ser viviente que se manifestaba pletórico de su gran importancia al ser escenario de una inmensa actividad, tanto física por el ir y venir de pasajeros como emocional, dado que los abrazos, besos, lágrimas y sonrisas se multiplicaban por diez en los andenes, como si allí se intensificaran con un amplificador.

Y, nada más entrar en el andén, habiendo corrido por los pasillos de la estación hasta salir a las vías, Lara le vio.

Estaba allí, formando parte de ese cuadro que se le antojaba tormentoso, por la cantidad de vapor que salía de entre los raíles, los brillos de la negra locomotora, el estallido de ruidos de maquinarias y demás detalles que se volvían espesos y productores de tensión, como las nubes

negruzcas de un día de bochorno en pleno agosto.



## Capítulo 25

La despedida, el adiós...

Ese dolor que despoja de luz al día, esa herida que no deja de sangrar...

...que no podrá detener la marcha de ese tren. Ese tren que se lleva parte de su corazón.

Toda su alma.

Lara quiso grabar, hasta el último instante, la esencia de esa persona, tan especial en su vida, en su piel, en sus ojos, en sus latidos.

Tenía miedo de no volverle a ver.

Temía que esa estación, como si fuera un verdadero cementerio de emociones, fuera para ella el lugar donde ir a llorar y a llevar pétalos que se marchitarían a lo largo de los años.

Porque la estación, en su trasiego, llevaba los sueños de miles de personas hacia un lugar en concreto, como una flecha que acaba por caer en alguna parte, solo que para Lara esa flecha se podría perder en los océanos del viento, disolviéndose en la nada, perdiéndose en el olvido.

Agarró su mano, queriendo encadenarse a sus dedos por última vez.



Se miraron, congelando ese instante, anhelando sobrevivir dentro de una realidad alimentada por recuerdos, con la esperanza de seguir permaneciendo juntos, aunque solo fuera así, en la imaginación. Para salvar los sentimientos que en esos momentos flotaban en el naufragio de un noviazgo prohibido.

Ella, dama de la alta sociedad; él, humilde jardinero que se enamoró perdidamente de la hija de la Mansión donde trabajaba.

Lara le explicó todo lo que su tía le había contado. Entre el ruido de la estación Pietrick apenas la podía oír, por eso acercaba su oreja para sentir sus palabras y de pronto, un misericordioso silencio se hizo presente para enmarcar lo último que llegaron a decirse.

—No me olvides nunca, piensa en mí cada vez que veas las rosas. Las planté para ti, bella Lara. Mi Lara. Vendrás conmigo cuando tenga un hogar para ti, donde te puedas sentir segura — intentó limar ese amargo instante con promesas de reencuentro.

—¿Cómo te voy a olvidar, si eres el oxígeno de mis pulmones? No podré seguir sin ti. Pero, de alguna manera, te mantendré vivo en mi memoria. Y no habrá nadie que pueda ocupar mi corazón de nuevo. Es tuyo, y contigo se irá. Cuídalo. Cuídate, porque mientras tú vivas, él vivirá.

—Sabes que, para salvarte, para defender tu reputación como dama, debo marchar y buscar un sitio para ti, conmigo o sin mí. No puedo enfrentarme con tu padre. No pretendo causar ningún estrago en tu familia, sino todo lo contrario, y que puedas ocupar el lugar que realmente te corresponde y pertenece. Espero no ser un error para ti.

—Si lo fueras, serías un maravilloso error.

Entonces, sus suspiros se fundieron en uno solo, calmándose en el palpitar de un beso apasionado que ni el rugido del tranvía podía interrumpir, con su voraz amenaza, para engullirse a los pasajeros.

Tras el roce de sus besos y la agitación en su entrecortada respiración, sus cuerpos se estrecharon con toda la fuerza que una despedida representaba. Se buscaban sin ningún pudor. Olvidándose de todo a su alrededor.

Un pitido largo y agudo, como el del viento traspasando los desfiladeros del infierno, se coló por los tímpanos hasta estallar en mil pedazos como una bomba atómica. Era el principio del fin.

Se detuvo el aliento, se congeló el suspiro. Se desbordaron las lágrimas, brillando en mil adioses, esparciéndose más allá de las vías, evaporándose en la atmósfera de ese día. Del día de su partida.

—¡Pasajeros al tren!

Los dedos iban aflojando la presión, a medida que los empujones de quienes iban y venían, viajeros y familiares, amigos, compañeros... les violentaban, rompiendo el nudo que parecía tan difícil de desanudar segundos antes.

Y así fueron poco a poco separándose, hasta que las yemas de sus dedos, más allá de los extremos de sus brazos extendidos, se iban desconectando de la fuente principal de energía del motor de sus vidas, de su amor.

Él cambió el gesto de su rostro por el de desesperación. Ella, por verdadera angustia. Mares de palabras que quedaban por decir se agolpaban en las pupilas de ambos, queriendo desbordarse y formar una gran riada por cuya corriente dejarse llevar.

Pero no fue sino el tumulto el que se lo fue llevando, con su carrera precipitada, hacia las puertas del tren, que lo acabó arrancando de Lara. Como cuando él tiraba de las flores para formar los ramos que adornaban su habitación.

Y así vio alejarse a Pietrick, llevando una maleta negra que contenía lo poco que pudo recoger en su huida, y también una chaqueta larga grisácea, que llevaba puesta, a conjunto con su pantalón aunque este algo más oscurecido, y bastante ceñido, tal como era entonces la moda y, colgando del cuello, un pañuelo beis del tamaño de un foulard, que ondeaba en sus puntas.

Bajo su chaqueta, una camisa blanca en la que resaltaba la corbata en tonos burdeos, igual que sus labios aframbuesados contrastaban con el nácar de sus dientes bien alineados; y, entre los dedos libres que sujetaban la maleta, su sombrero a punto de caer, igual que su resistencia a no quedarse junto a ella. El viento mecía su media melena azabache de voluptuosos rizos, que se disparaban hacia su mentón de aire romano, algo pronunciado. Su mandíbula se erguía prominente —pero de líneas suaves—, enmarcando la tez: afeitada cual embarcadero de navíos cargados de besos que fluían por cada poro, por cada surco de expresión.

Entonces, igual que un color que se va fusionando con otros en un charco de agua, así iba Petriek formando parte del conglomerado, del gentío, del tumulto que se parecía a un hormiguero en plena actividad.

Ella le buscaba al ir perdiendo su figura entre la gente, intentando rescatarle, recuperar su presencia, tratando de reconocer su cabello, su rostro, de entre los demás. Hasta que algo la ayudó en su propósito: su pañuelo beis destacaba entre una piña de hombros y espaldas y macutos que se iban embutiendo hacia la puerta del convoy al que él se dirigía. Y así, al girarse para salvar la magia entre los escombros, se volvieron a cruzar en una visión fugaz pero eterna... como cuando vemos descender los copos de nieve antes de deshacerse en su aterrizaje.

Se podría decir que era un hombre dotado de un atractivo especial, sin que la Naturaleza le hubiese otorgado los matices *estándares* que le colocarían en un puesto privilegiado en cuanto a cánones de belleza masculina, pero su peculiar fisionomía destacaba sobre todo por la gran

personalidad que había detrás de sus rasgos medio salvajes. Era muy diferente de entre los que habían aparecido por la gran propiedad de los Teslas, muchos de los cuales no eran simples y meros visitantes, sino interesados en la fortuna de la familia, conocedores de la jugosa herencia que la solterona, hija única, llegaría a poseer algún día y que, casándose con ella, acabarían con toda angustia de por vida.

Pero él, Petriek, lo que en verdad encontró en la mansión de Mildestone no fue más que el verdadero amor y la pérdida de su trabajo al instante de ser descubierto su romance.

Halló su perdición cuando regaba las jardineras o plantaba semillas en la tierra negra y fértil en la que sus manos se hundían. Porque estaba haciendo germinar, sin que se diese cuenta, a través de las cristaleras de la gran mansión, delirios de amor de la que se sentía presa en una jaula de oro. Lara le observaba de entre los visillos, resguardada de sentirse sorprendida, pero día a día iba reconociendo en él cada gesto, hasta esculpirlo en su mente al milímetro.

El tren, como un monstruo que arranca con sus fauces uno a uno de los pasajeros, dejando desconsolados a sus seres queridos —plantados como estatuas de cementerio en el andén—, exhalaba humaredas de vapor con toda la violencia que su furor le impulsa.

Tenía ansias de partir hacia la línea del horizonte. Y desaparecer de esa estación y de la vista de todos los que esperaban seguir vislumbrando esa cola de ciempiés que zigzagueará en la lejanía.

Lara no podía moverse. Se había vuelto de hielo de repente. Tan frágil como el cristal. Un paso en falso y caería rompiéndose en mil pedazos que se esparcirían sin poder recomponerse jamás. Ya no era la misma. Su universo se quedó reducido, roto por el filo de las ruedas de esa locomotora que avanzaba igual que las lágrimas hacia sus mejillas.

Entonces, cuando había desaparecido por completo la cola del convoy de su vista, y ya no quedaba nadie en la estación, ella se preguntó qué haría con su vida.

Por su mente pasaban incertidumbres, sombras que intentaban sepultarla en un destierro. En la sensación del desamor. La soledad pesaba como una losa de mármol y le parecía casi imposible poder dar siquiera un paso. Todo movimiento iba en su contra. El reloj se había parado. Su vida se había ido con él. Era como un cuerpo sin alma, una mujer sin nada dentro. Porque le dio todo su amor a ese pasajero que cada vez estaba más distante.

En la casa de su padre estaba su anterior vida, pero era lo único que le quedaba, y la casa de su tía.

Por fin dio la vuelta y se encaminó a la salida. Afuera soplaba el aire, levantando hojarasca que jugaban a buscarse y chocarse contra todo lo que se les ponía por delante. Los carruajes iban y venían ocupados por quienes tenían que atravesar la ciudad mientras contemplaban, desde sus asientos, cómo van ofreciendo los tenderos sus productos a los

paseantes, mostrando con sus propias manos la calidad de sus frutas y hortalizas, de sus tejidos, de sus cestas, de un amplio abanico de comestibles y enseres que acababan resultando prácticamente indispensables tras las palabras convincentes de sus vendedores.



En un portal cercano a la estación ve cómo el vuelo de la falda de un vestido se asoma por entre la puerta. Un zapato de tacón rojo escarlata que sale de debajo para encaminarse a la calle y unas medias de red ceñidas a unas piernas atrevidas. Algo tan inusual como inapropiado en su concepto de “señorita de correcta vestimenta” que le llama sobremanera la atención.

«¿Quién osaría llevar tales zapatos? ¿Y esa manera de enseñar tan descabellada más allá de los tobillos?» Entonces, el resto de la dama aparece, osada ella en mostrar su escotado corpiño que ensalza sus protuberantes senos por encima del tormento de un talle demasiado ajustado. Su maquillaje es bastante ordinario, quizás intentando enmascarar las marcas de acné que han ocasionado hendiduras en su rostro y, como un emplasto, se convierte en una perfecta careta, como si protagonizase en ese momento una escena de alguna obra teatral. Los labios tan rojos, saliendo del perfil en un trazo imperfecto; los ojos subrayados en negro, como si quisiera acentuar la expresión de su mirada, extraviada más bien, pues uno de los ojos tiende hacia un lado más que el otro. Y los dos rosetones inflamados de sus mejillas, que evocan un calor facial nada natural. Todo un cuadro de mujer que sale de ese portal, con aires de elegancia ridícula, dirigiéndose hacia el centro de la plaza donde va a ser, enseñada, observada y señalada.

Pero lo que Lara no sabe es que todos la conocen y están acostumbrados a verla tal cual, ya que no reparan en ella más que lo meramente necesario para esquivarla al paso. Y no es solo ella la que va con tal guisa. Hay muchas más que van apareciendo de otros portales de esa plaza. Esa plaza en la que la señorita de la mansión de Mildestone jamás había puesto un pie. Ni siquiera había pasado con el carruaje, cuando se desplazaba a casa de los Forrest o a las clases obligadas de modales para señoritas de la alta sociedad.

Y ahora estaba ante ese espectáculo, ante gente extraña que actuaba tan diferente a como ella estaba acostumbrada a ver pasar, por las calles del centro, llenas de elegantes mansiones, de edificios que albergaban oficinas y despachos de importantes negocios y empresas, de museos, salas de exposiciones, iglesias, colegios... y hasta jardines y paseos donde las fuentes eran lugar de refresco así como los bancos amparados por las sombras de los sauces que escondían, entre sus lloronas ramas, todo vestigio solar que pudiese ocasionar oscurecimiento en la piel de las delicadas doncellas que tímidamente se exponían en las tardes de verano, con sus sombrillas immaculadas, blancas, de encaje, y sus sombreros ornamentados con frutas y flores silvestres.

Hasta en agosto llevaban guantes para seguir conservando el título de dama y, por supuesto, su dignidad. Pero la vida daría mil vueltas y ella misma, Lara, tendría que llevar la cruz de la deshonra sobre sus propias espaldas.

Maggy apareció con el coche y la vio desorientada. Lara subió camino a la modista. Después, de vuelta a casa, encontró a su padre acompañado de un hombre que, por su forma de vestir y su porte, parecía alguien ilustre. Se trataba ni más ni menos que del senador Serval.

Aquella noche se decidió la inminente boda que tanto daría que hablar en todo Ohio. Y que

garantizaría a Teslas su puesto en la alcaldía. También Lara tendría que decidir, de una manera precipitada, su nuevo destino. No podría esperar más. En su mente solo estaba él, Pietrick, y deseaba haberse ido con él ese mismo día. Haber subido a ese tren y desaparecer para siempre de Cleveland y de las redes de su padre.



## Capítulo 26

### Detroit

Lo primero que le llamó la atención a Pietrick, nada más llegar a Detroit, fue el gran cementerio. Desde las ventanas del vagón aparecían ante él miles de cruces que, junto a panteones y nichos, ofrecían un paisaje conmovedor, pues estaban rodeados de gran extensión de vegetación, aunque algo desarreglado todo.

Nunca se imaginó que pudiese ir allí a trabajar, entre los muertos, pero algo en su interior le decía que a través de ese lugar podría llegar a conocer a las verdaderas fortunas de la ciudad. Solo tendría que ver los nombres de los mausoleos y, según su majestuosa apariencia, adivinaría quién tenía poder y quién no tenía ni donde caerse muerto, literalmente.

Como por arte de magia, al bajar del convoy, los mismos compañeros de viaje le ofrecieron llevarle al centro en el mismo coche de caballos que les estaba esperando. Eran propietarios de una fábrica de textil y habían ido a Cleveland a mostrar sus diseños para hacer encargos y extender su monopolio comercial. Les había ido bien, por lo que estaban muy dichosos de poder compartir el júbilo con el muchacho, al que enseguida animaron a participar en el paseo, cantando unas viejas canciones que hablan del regreso al hogar. Pero él no tenía ganas de entonar ningún cántico. Solo quería orientar sus pasos y saber dónde podría dormir aquella noche.

—Puede alojarse en nuestra casa, si quiere, por esta vez. Tenemos habitaciones libres, destinadas a los invitados. Aquí no hacemos distinciones de clases como en los Estados del Sur, todos hemos venido desde abajo, y los negros son iguales que los blancos, con los mismos derechos. —le ofrecía Charles, junto a su ayudante Michael, que habían dado más de un lengüetazo a las botellitas de whisky que tenían en el bolsillo interior de sus largos gabanes.

Parecía que había algo más que una relación laboral entre los dos. Incluso el tono de voz

que usaba uno para con el otro hacía más referencia a un matrimonio de años de convivencia que a la estrictamente profesional o incluso amistosa. Había algo más que les unía, y aunque no quería creerlo, estaba viendo que se tocaban la mano o hacía aspavientos el uno al otro con demasiada familiaridad y algo provocativo en otras ocasiones, según se miraban en el tren en esos periodos de silencio un tanto incómodos.

Era como un azote de liberalismo, un chorro de aire fresco que le entraba a borbotones en su nueva vida y le daba esperanzas en hacerse sitio entre toda esa gente aventurera y valiente. Casi todos habían ido sin saber a qué enfrentarse, abriendo caminos, estrenando campos y proponiendo leyes que les convinieran para llevar a cabo esa importante conquista de nuevos territorios y crecientes oportunidades.

En la casa, cuya estructura nada tenía que ver con las edificaciones de Ohio, la fachada era toda de ladrillo rojo, proveniente de las canteras próximas, dando a toda esa comarca el distintivo decorativo rojizo en casi todas las construcciones. Otras estaban fabricadas a base de madera, talada de los bosques de alrededor, pero eran más bien para los granjeros y gente que no tenía mucho interés por permanecer de por vida en esas tierras. Probarían suerte pero era gente errante, siempre explorando horizontes en su afán por sentirse ciudadanos del mundo.

Pero Pietrick quería establecerse y procurar un verdadero hogar a Lara. Y para ello debía trabajar duro y hacerse un nombre en la ciudad. De momento, había caído excelentemente bien a los dos compañeros de viaje y, salvo no haber compartido con ellos la bebida, dado que le hacía ascos a esas botellitas tan valiosas, al lado del corazón, y no tomó un solo sorbo de ellas, era bienvenido en su casa, tendría un techo para esa noche y quizá le indicaran dónde poder alquilar alguna habitación en la ciudad.

—Vamos, prueba este asado. Seguro que no has comido un pato tan sabroso en toda tu vida —le animaba Charles mientras posaba sus labios brillantes de la grasa en la carne, dando muestras de tener un jugoso y apetitoso sabor.

—Está todo exquisito. Son muy gentiles, ha sido de gran ayuda su ofrecimiento a pasar esta noche con ustedes. Espero que no les esté causando demasiadas molestias —Pietrick correspondía con muestras de agradecimiento.

—Hemos pensado, Michael y yo, que puedes quedarte si quieres, y cuando encuentres un trabajo, si así lo deseas, nos das algo para el mantenimiento y gastos de manutención. Siempre es bueno tener a un jardinero en casa. Aunque no te podamos dar un sueldo, nos podrás embellecer la entrada con las plantas que creas oportunas para que crezcan con todo vigor. Daría una mejor imagen a nuestra empresa lucir un buen jardín a todo el que entre a ver nuestros tejidos. ¿No es así, querido? —Charles había dejado las inhibiciones aparte y se mostraba tal como era, dando por hecho que mantenían una relación de pareja siendo dos hombres. Dos personas del mismo sexo que, en otra ciudad, serían perseguidos y menospreciados.

Pero no en Detroit, la ciudad de las grandes oportunidades.

Al día siguiente, tras haber dormido a pierna suelta en una mullida cama más propia de un conde que de un simple sirviente, Pietrick tomó un buen café en la cocina de la casa, servido por

una de las chicas que trabajaban en la casa; era negra, pero con sueldo. Se alegró de ver cómo allí reconocían el derecho de los negros a cobrar un salario, cosa que en otros estados costaba por conseguir aún. Había muchos prejuicios al respecto.

—Toma, chico, pruébate este traje. Si vas a buscar empleo, más vale que des buen aspecto —le dijo Charles, que iba tan solo una bata medio abierta y unos calzoncillos tipo malla debajo, que le marcaban toda su potencia masculina. Era un traje con una luminosidad marina que jamás había visto. Tocarlos era deslizarse por una ladera de musgo suave, nada que ver con el paño áspero que gastaba en su única indumentaria de los festivos. Porque para trabajar tenía un uniforme empañado de manchas y con muchos rotos remendados.

Charles se regodeaba de la cara de sorpresa de Pietrick. En él veía a Michael, aquel chico que miraba los maniqués y se quedaba embobado, en el limbo más absoluto mientras seguramente soñaba con vestir algún día con los trajes que se mostraban en el escaparate de la tienda que por entonces regentaba. Su vanagloria se alimentaba con la admiración que causaba en quienes jamás habrían podido permitirse cubrir su cuerpo con los diseños tan modernos que él producía. Era un modisto y fabricante de tejidos muy despierto, que había mezclado la composición del algodón con otras fibras para dar más elasticidad a la ropa y que tuviera una buena caída y no tan apelmazada como la que se venía usando.

—Es un traje carísimo, para alguien que ocupe un cargo distintivo, no para mí. No podría pagarlo ni con el sueldo de todo un año.

—Es que no te lo vamos a cobrar, querido —le advirtió con cariño, pasando una mano por su hombro, como quitándole una pelusa inexistente. —Es una manera de promocionar nuestras novedades. Con el porte que tienes, cualquiera diría que no perteneces a la nobleza inglesa y que has venido a América a desarrollar tu afición, tu hobby. Porque la jardinería, déjame que te ponga al día, es para muchos ricachones aburridos un pasatiempo que hace que compitan con sus iguales en concursos y tener algún trofeo como los que decoran encima de las chimeneas los marqueses que se dedican a la caza.

—Para aparentar ser un noble, necesito algo más que un buen traje —objetó Pietrick, que se apartó un poco al notar cómo Charles se le iba acercando cada vez más a la oreja como si estuviera sordo o fuera soltando confidencias que la chica negra no pudiera escuchar, aunque ella seguía limpiando el polvo con el plumero y mirando de reojo con una mueca de sorna en los labios, quizá acostumbrada a ver esa clase de flirteos.

El traje quedó encima de la silla de madera con ornamentos labrados y asiento aterciopelado en rojo carmesí. No quería ponérselo. Era una tentadora propuesta, pero suponía que el precio de vestirse tan elegantemente sería muy alto en cuestiones íntimas. Y pasar por el aro no le hacía ninguna gracia. Le tenía que dejar claro cuáles eran sus orientaciones sexuales para que no hubiera malentendidos.

—Estamos en la tierra de la espontaneidad, amigo mío. Aquí el formalismo victoriano no tiene cabida. Cuanto más chulo seas, más se te abrirán las puertas —le soltó marchándose con un contoneo de sabiondo y muy señor mío. Después, bostezó tapándose la boca con la mano, finamente, sin evitar el aullido consiguiente ni la apertura deformada de los labios. Desprendía



una familiaridad en su comportamiento que invitaba a desinhibir las conductas, algo a lo que no estaba acostumbrado a ver en la clase aristocrática o pudiente allá de donde venía.

Pietrick entendió que en realidad le estaba dando un empujoncito y unos cuantos consejos, pero para asegurarse insistió:

—Charles, te lo cogeré prestado por hoy. No quiero desentonar ni perder ninguna oportunidad. Cuando pueda, lo compraré, porque quiero recibir a una chica muy especial para mí con este mismo traje —le demostró así que su inclinación se dirigía hacia el sexo femenino en cuestiones de atracción y romance.

—Como desees —le contestó sin girarse, inclinando sus hombros hacia arriba en señal de no importarle en absoluto que no le gustaban los hombres, como si para sus adentros pensara «tú te lo pierdes». Y se esfumó hacia su habitación, arrastrando la bata por el suelo de madera, tocando levemente con las yemas de los dedos los bordes de las butacas doradas del salón por el que tenía que pasar.

Era todo un poema, delicado pero transparente en cuanto a su pensamiento. Todo lo que tenía en su mente, todo lo que sentía, lo exteriorizaba con sus facciones y sus muecas. Se podía prevenir cada reacción y eso daba mucha tranquilidad a la hora de compartir la misma casa. No escondía nada de lo que preocuparse.

Pietrick estaba conociendo nuevas tierras, nuevas gentes, nuevas maneras de vivir, y eso le agitaba enormemente el ánimo. Su vida se extendía en otra dimensión antes inimaginable. Y veía un futuro para Lara y para él juntos en aquel escenario donde todo era posible, donde no había límites, y el día empezaba sin que se supiera hasta dónde abarcaría sus iniciativas para cuando llegara la noche. Era como si el tiempo y el espacio abarcaran más amplitud, y por ello más oportunidades para latir en el mismo minuto y no tener fin en los pasos por avanzar.



## Capítulo 27

Le dieron el trabajo enseguida. En cuanto hizo observar lo bien que podrían quedar unos

cuantos setos bordeando el principal camino hacia la capilla, el encargado del cementerio le ofreció un módico salario y le indicó dónde podría hacerse con las herramientas necesarias para llevar a cabo el proyecto. Al día siguiente, después de haber celebrado con Charles y Michael la buena nueva con una botella de champán en uno de los locales de alterne donde la música no solo se escuchaba sino que también se bailaba marcando el ritmo sin formalismo ni pasos aprendidos, solo dejarse llevar (como le animaban a hacer), Pietrick se proveyó de utensilios básicos en la tienda sin cargo y comenzó a marcar las líneas de plantación para crear una armoniosa vista de las arterias del cementerio.

Se había puesto un uniforme de jardinero que adquirió con un provechoso descuento en la misma tienda que regentaba Michael, pues además de ropa de vestir también vendían de trabajo. Así, con ese mono que le pareció curioso por ser una prenda enteriza, con las botas nuevas, sentía que estrenaba ese nuevo mundo. Solo le faltaba ella para ser completamente feliz, y contaba las horas para poder enviar una carta cuando tuviera un lugar seguro donde hospedarla. Ante todo, quería salvar su honor, y que no tuviera que compartir con él el mismo techo hasta que se decidiera en ser su esposa. Por muy liberales que allí fueran en Detroit, no iba a permitir que la tomaran por una arrimada, como quienes vivían junto a un hombre sin estar casados.

Una señora vestida de negro se dirigía a uno de los panteones. Eran unas construcciones de mármol que debían haber costado un imperio levantarlas, aunque en las que tenían más años de antigüedad habría intervenido la mano de obra gratuita de los esclavos negros comprados en el sur, a esclavistas que comerciaban con el género humano como maquinaria de rendimiento.

Sus pasos parecían arrastrar una cruz a cuestas, de lo pausados y casi a ras de suelo, que se sucedían hacia las escaleras grisáceas de un pequeño templo donde adorar los restos de alguien muy querido y añorado.

Un velo negro con encaje ocultaba el rostro de esa mujer, aunque se intuía de singular belleza, por lo afinado de sus líneas faciales y la prominencia de sus pómulos, algo sonrosados por el efecto del colorete que aliviaba la languidez del duelo. Sus pies se cubrían de unos zapatos acharolados negros con tacón medio, y unas medias semi transparentes, igualmente negras, con una línea recta trasera que marcaba fielmente la verticalidad. Todo un símbolo de dolor en una escultural mujer. Su chaqueta y falda estaban a la medida de sus curvas, de tono grisáceo oscuro que no terminaba de convertirse en lo opuesto del blanco, sino que se volvía esperanzador dentro del atuendo de quien se ha convertido en el visitante de un difunto.



Pietrick quedó sumamente atraído por la naturaleza de esa mujer, que parecía levantar un telón allá donde fuera y convertirse en la única protagonista de toda una interesante y misteriosa historia.

No se trataba de una atracción física, sino más bien energética. Porque su corazón estaba secuestrado por Lara y su aura de ángel. Sin embargo, la pena que asolaba a esa mujer le conmovió tanto como si ella, en realidad, fuera a entrar en ese mausoleo y no volviera a salir nunca más, pues iba como quien va al patíbulo resignado y convencido de que ese era el fin.

Volvió a ocuparse de formar la línea de arbustos y las diversas combinaciones de plantas. De repente, el chirrido que se produjo antes de que ella desapareciera en la oscuridad del interior de ese pequeño santuario le hizo dirigir la mirada hasta comprobar que no salía ningún espectro de ese lugar, pues un soplo de aire helado le atravesó los sentidos nada más escuchar ese quejido como proveniente de ultratumba.

Ahora era una explosión de llanto que se inició con unos pequeños soplidos de un pecho que quería sacar todo lo que llevaba acumulando, en medio del dolor por la pérdida del ser que yacía justo al lado de la mujer, en una tumba que se perfilaba de brillante mármol negro, con doradas letras como ríos de oro sobre el lienzo de la noche más tenebrosa.

A Pietrick le conmovía verla llorar, y aún más ahí dentro, donde el eco retumbaba como si estuviera lleno de plañideras, pues todo sonido emitido rebotaba sin tregua como para enloquecer a cualquiera.



## Capítulo 28

Las hojas de los árboles se arremolinaban en círculos concéntricos a la entrada del recién estrenado asilo en Athens, Ohio. Era como si intentaran entrar, de alguna manera, colándose por las hendiduras de las bisagras o esperar a que alguien abriera desde dentro para poder invadir el interior.

Abierto desde 1874, pasó a ser, de un albergue para veteranos de guerra y refugio para desamparados, a un sanatorio mental donde se realizaban espantosas prácticas como la lobotomía, electroshocks, duchas de agua helada y otras más que muchas veces acababan con la vida del enfermo o no enfermo (porque había a quienes, por una depresión, les trataban de locos) tras sufrir macabros experimentos.

William Teslas había pensado en llevar allí a su mujer. Había hecho creer a todo el mundo que Sophie estaba loca, y que, en un arrebato sin control, en su desquiciada mente, disparó contra Eliot confundiéndole con un asaltante. Pero, sin embargo, había tenido a la desdichada encerrada en su mansión, haciendo creer, tanto a su hija como a su cuñada Maggy, como a todos los conocidos y amigos, que estaba en casas de reposo, en diferentes ciudades, o en balnearios, o probando métodos de recuperación en Europa, viajando continuamente. Y cuando vio con sus propios ojos ese edificio en Athens, en el que podría tener para siempre reclutada a Sophie, y que pudiera incluso recibir uno de esos tratamientos que acabarían por nublarle la poca cordura que le quedaba, tras veinte años de reclusión, se le abrió el cielo, pensando que sería el broche de oro para finalizar ese gran problema que tenía pendiente por resolver.

Por eso, la huida de Sophie le arrebató la posibilidad de zanjar ese asunto tan turbio y tedioso, que le hacía tener a Margot, la criada, siempre contenta para que guardara ese secreto. Anteriormente era Kathy, la otra doncella, la que se ocupaba de ella, pero era demasiado condescendiente y su facilidad para el sentimentalismo hubiera podido desvelar la presencia de Sophie cerca de su hija, cada vez que la niña preguntaba, siendo pequeña, por su madre. Tampoco quería administrarle las drogas psicóticas que el monstruo de Teslas le decía que las mezclara con la comida para que fuera una zombi, sin capacidad de reacción, fácilmente manipulable. Si hubiese fingido que cumplía con lo acordado, y hubiese accedido a todo lo demás...



## Capítulo 29

Cuando el nombre de la hija de Teslas acarició los oídos del senador Servan, todo un panorama de sensuales visiones nublaron su conciencia, y desde entonces, desde esa interesante propuesta de matrimonio con una de las jóvenes más pretendidas, que según las lenguas era de las más castas y puras, no dejó de pensar en ella, en tenerla entre sus brazos cada noche de su plumiza vida en la que se había convertido desde hacía una década, desde que empezó a engordar tras copiosos banquetes y a vaciar las licoreras de todo Cleveland como si fueran agua del grifo. Su rostro estaba arañado por los capilares que se habían esparcido por la piel buscando una salida antes de que explotara algún día tal enormidad de dilatación corporal, porque no solo estaba obeso, sino también inflado y a veces drogado con las nuevas sustancias que hacían que estuviera despejado para poder dar discursos y demostrar lo inteligente y habilidoso que era para manejar los asuntos concernientes a la política y al gobierno del estado.

La mención de ese pretendiente en la señorita Teslas causó un gran estrago emocional, pues ya tenía bastante con la urgencia que tenía en saber sobre Pietrick tras la despedida, como para tener que negar a su padre ese enlace.

Ahora le hubiera gustado tener a su madre cerca, poderse refugiarse en su consuelo, dejarse abrazar a su pecho y que sus lágrimas se absorbieran escuchando el latido de su corazón, el que le dio la vida en el útero materno y que resonaría para siempre en las neuronas más remotas de su inconsciente. ¡Cuánto la necesitaba, y qué lejos estaba siempre de ella!

Y aunque tenía a Maggy, su tía, no era lo mismo. Esa mujer tenía siempre visitas en casa, estaba muy atareada, además era muy nerviosa y parecía que rehuía de ella, como si algo le impidiera intimar más profundamente y se quedara el trato en la superficie de una comedia

relación tía-sobrina.

William estaba en la biblioteca, junto al escritorio. Hizo llamar a su hija.

—Lara, antes de bajar a cenar, quisiera dejarte claro cuáles son mis indicaciones para tu futuro.

—Padre... yo... el joven....

—No, no hablemos de ese desagradable incidente, tarde o temprano tenía que suceder. Que algún aprovechado utilizara sus artimañas seductoras para intentar arrimarse a tu fortuna. Habitualmente estamos acostumbrados a comentar estos pormenores en nuestro club de reuniones de Leones (Lyon's club). Por suerte, llegué a tiempo y disolví esa mancha que estaba a punto de impregnar tu reputación. —Teslas estaba rozando con gruesos dedos las teclas del piano, como explicándole ese discurso al fantasma de su mujer, que era la que tocaba el instrumento, y de la que no sabía su paradero, aunque confiaba que no se iba a presentar ante la sociedad aclamando su vuelta con el aspecto tan deplorable y enloquecido que tenía la última vez que la vio amarrada con las cadenas, semi dormida, dejando que él la utilizase a su antojo, como siempre que el alcohol le ayudaba a volver a verla deseable.

—Ya me has privado de ir a clases de danza, me has privado de ir a la universidad, de conseguir un trabajo como otras chicas que consiguen autonomía en gestionar su vida, pero no tienes suficiente. También me quitas el derecho a enamorarme —replicó Lara.

—¿Enamorarte? —William soltó una risotada que casi revienta los botones de su chaleco, de lo exageradamente absurdo que intentaba demostrar ser ese comentario ante la joven, como ridiculizando cada pensamiento que expresara.

—¿No has sentido nunca amor, padre? ¿O es que en tu mundo ese sentimiento es un estorbo para tus planes? —Lara se había atrevido a desafiarle, ahora tenía fuerzas porque todo le daba igual. Si se quedaba sin salidas con sus amigas, le era indiferente, ya que solo quería salir de esa pantomima de vida artificial, absurda, llena de intereses en alcanzar fama, gloria, reputación distinguida y dinero. Poder. Ser poderoso y mover los hilos del mundo, ese era el objetivo de su padre, y ella iba a ser utilizada en ese proceso sin fin.

—El amor a una vida de lujos, el amor a ser admirada allá donde vayas, envidiada por todas tus amistades... es la máxima felicidad que pretendo para ti, hija. Que seas feliz, y no una muerta de hambre. El amor se acaba con los problemas, y se convierte en una carga que arrastrar como una mártir. —Teslas tenía las manos en los bolsillos de su pantalón, se balanceaba al dar ese pequeño discurso, mirando la puntera de sus zapatos, observando quizá si había alguna zona que restregar para que brillaran más de la cuenta. Era insaciable su apetito por la perfección.

—Pues yo me asfixio entre las lámparas de cristal, los cubiertos de plata, las alfombras de Persia, las sedas de las cortinas y los corsets que me aprietan hasta el desmayo. Prefiero la vida de las doncellas, al menos cuando salen de la casa pueden ir a disfrutar una vida normal y libre de tantos prejuicios.

Lara se desbordó, y para contener la rabia que iba a salir en forma de llanto imparable,

salió de la sala y corrió hacia las escaleras, para meterse cuanto antes en la cama y apretar su cara contra la almohada.

Su padre la dejó tranquila. Por mucho que se lamentara, iba a acabar en el altar con el senador, y ya sabía cómo lo podía conseguir sin que ella opusiera resistencia. Porque podía con todo y con todos.



## Capítulo 29

“El trío de ases”, así eran conocidos los ayudantes de Teslas, los que barrían las calles hasta dar con quienes tenían que encontrar y llevar ante la justicia, acusándoles de lo que al poderoso William se le viniera en antojo y lograr usurparles la voluntad o acabar con sus vidas en el patíbulo.

Se dedicaron a ir casa por casa para dar con Sophie. Buscaron por graneros, casas de campo, pisos de emigrantes... y nada, no aparecía. Se filtraron, mediante intermediarios negros intervenidos a base de algunos cuantos dólares, en el barrio de los esclavos liberados. Y aunque tuvieron que dar alguna que otra paliza, allí no parecía que se había escondido la mujer de William.

Incluso pensaron que podría haberse perdido más allá de los bosques, que hubiera muerto desorientada, de hambre, o que alguien la tuviera retenida hasta pedir un rescate, si es que sabía toda la historia y quisiera sacar partido con ese descubrimiento público.

Pero no sabían que estaba en casa de Maggy, que la tenía bien cuidada en uno de los aposentos y que tendrían que pasar sobre su cadáver para que se la llevaran de su casa.

De todos modos, sabe más el diablo por viejo que por diablo, y William ya tenía muchas tablas para saber moverse por el mundo de las mentiras y los encubrimientos. Nada más ver a Maggy, cuando fue a darle la noticia del compromiso que su hija iba a celebrar y que precisaría de su ayuda para ser su madrina de boda, comprobó que en sus ojos había una mirada extraña, que ocultaba algo muy delicado, y enseguida supo que Sophie estaba allí. Hasta su olfato, cuando empezó a respirar por encima de su hombro, detectó ese aire que merodeaba siempre bajo la ventana donde ella se hallaba encerrada, en su propia mansión. Era inconfundible: por mucho que la hubiera bañado y perfumado, seguía despidiendo el olor a rancio que jamás lograría desquitarse, se había filtrado en todas sus células y la delataba.

—Maggy, me gustaría saber si puedes alojar a mi hija en tu casa por unos días, para que podáis ir juntas a las pruebas del vestido de novia —ideó Teslas.

—No sé, William, estos días tengo muchas visitas, mejor sería que mi coche la acercara cada día y la regresara de noche, y así estaría atendida, ya que no paro últimamente con las reuniones —Maggy propuso, toda tensa.

—Déjame que vea la habitación, no será problema si estás ocupada. Margot, su doncella, puede venir a atenderla —le contestó sin dejar de mirar hacia arriba, y apartándola suavemente con la mano se encaminó a la escalera.

Maggy se interpuso ante él y le miró con firmeza, intentando que sus ojos tuvieran más oportunidad de pararle que sus propias palabras, las cuales salían temblando como un castillo de naipes que se desmorona sin consistencia alguna.

—William, espera, déjame que la arregle un poco antes. He alojado hace poco a una amiga, y aún están sus cosas antes de que se las lleven —intentó dar una excusa, pero no resultaba convincente.

—Vamos, mujer, no seas tan quisquillosa. Ya tenemos confianza, sabemos que estás muy ocupada, pero Margot se ocupará de adecuar la habitación. Aparta, será un momento. No hace falta que me acompañes —le soltó sin ánimos de que lo llegara a comprender, casi sin alzar la voz y sin abrir los dientes, que se empeñaban en apretarse en su boca rígida, tal como su compostura.

Maggy le rodeó y se hizo a un lado en las escaleras, se subió la tela de su vestido para poder avanzar más deprisa y no caer en el intento. Hasta las horquillas de su moño se iban desprendiendo del ajetreo en su urgencia por llegar antes que él arriba.

Sophie, desde la habitación, escuchaba la voz del mismo demonio, se asomaba a la ventana tratando de ver por dónde escapar. Se le venía encima el infierno de nuevo. Y ahora podría ser mucho peor. Si la había privado de libertad y ahora venían represalias por su escapada, ¿qué le haría? ¿La mataría? Eso no era lo que el destino tuviera que escribir en el libro de su vida, porque estaba a un paso de conseguir ver a su hija libre, y de reunirse con ella lejos del monstruo de su, todavía, marido.





## Capítulo 30

El jardín de la mansión de los Teslas exigía muchos cuidados ahora que la primavera incrementaba la aparición de las plagas y la exagerada proliferación de toda clase de insectos, que buscaban darse un festín con los brotes de los tallos germinados y las hojas repletas de savia y componentes bien apetitosos para caracoles, babosas e incluso roedores, que no dejaban fresa viviente en el pequeño huerto.

Por ello, el viejo Thomas buscaba a su sobrino Pietrick para acabar de poner los cebos y fumigar las zonas más apremiantes, antes de que los calores se lo impidieran, pues había que hacerlo con el fresco para que las plantas no padecieran los efectos secundarios de los productos químicos y se exterminaran, igual que a sus no muy bienvenidos huéspedes.

Le pareció extraño que el muchacho, que tenía el turno de mañana, no acabara la tarea encomendada y hubiera dejado todo por hacer. Ni las gardenias ni las margaritas habían sido plantadas y estaban en remojo las macetas esperando que alguien las rescatase antes de ahogarse.

Renegando, y sin decir nada al señor Teslas para que no perdiera el empleo el chico, se dispuso a colocar la línea de flores en los surcos que correspondían. Al comprobar que la tierra era demasiado compacta, y que necesitaba algo de abono extra para enraizar mejor, se le ocurrió ir al río a buscar tierra de la orilla, muy rica en minerales y con la suficiente porosidad como para permitir un buen arraigo de todos los planteles. Se frotó la nuca sin que le escociera nada, solo para acabar de decidirse, pues era una ardua tarea tener que ir con el carretillo hasta allí y volver cargado. «Si estuviera aquí Pietrick, esto lo haría en un periquete, pero bueno, igual me quedan fuerzas como cuando era joven y podía yo solo con tres jardines como este. Vamos allá, Thomas, demuestra que puedes», se dijo, envalentonándose.

Una vez en la ribera que esperaba encontrar buena tierra, retiró unas ramas para empezar a cavar. Parecía removida hacía poco, por algún animal que escondiera algún hueso o buscara la madriguera de algún topillo. La zona era algo inhóspita, pero a él no le daba miedo. «¿Quién iba a querer asaltar a un viejo como él?», pensó. Manejó el pico para romper la superficie de hierbas y hojarasca además de la leve sequedad de la superficie. Después, tomó la pala y la llenó con un buen montón de tierra negra y fértil. «¡Qué esponjosidad de compost, con esta capa de tierra

lograré mejores resultados!», dijo alegrándose por el hallazgo. Y cuando llevaba el carro casi lleno, le vino un olor fétido que no supo a qué achacar. Volvió a remover el interior del hoyo que había hecho, escudriñando con la mirada para ver si había algún animal pudriéndose ahí dentro. Pero ningún animal lleva prendas de vestir, y allí se asomaba una fina tela, que en su día pudo haber sido blanca. Tiró el mango de la pala como si le quemase, lanzándolo a tres metros y se apartó dando varios pasos hacia atrás.

Se tapó la nariz y la boca con la manga de su camisa medio arremangada, escupió a un lado y evitó el vómito a pesar de las arcadas.

Se arrodilló, exhausto del ejercicio y conmovido por lo que acababa de descubrir. «¡Es un muerto!», se repetía una y otra vez. En su vida había visto varios, durante la guerra de secesión tuvo que enterrar a unos cuantos compañeros con los que entró en combate. Pero ahora era distinto. Podría tratarse de un crimen. «Si me incriminan, estoy perdido, a la horca acabaría», determinó. Se levantó, hizo lo que a todos nos movería hacer: averiguar de quién se trataba. Cogió el pañuelo del bolsillo y se lo puso de mascarilla, anudándolo en la nuca. El olor era irresistible, espantoso. Removió con las manos la tierra, por encima de esa tela, apartándola por completo. Asomaron unos botones desabrochados y sobresalió piel humana, era parte del busto de una mujer. Se asustó aún más, sabiendo que había encontrado a una de las mujeres que habrían desaparecido en los últimos tiempos y que aún no habían encontrado su cuerpo. No le hizo falta seguir inspeccionando el cadáver porque enseguida supo que se trataba de Clarise. Siguió escarbando y destapó su rostro, tras haber sacado toda la parte de tierra que la enterraba y que no había llegado a despejar con el pico. Se alegró en cierta manera no haber dado con la punta del instrumento precisamente en su cara. El chasquido se le hubiera quedado para siempre en su cerebro persiguiéndole hasta el último de sus días. Y cuando ya por fin llegó a palpar su cabeza, descorrió el velo de la verdad: era la amiga de Lara, la joven asesinada, y tal vez violada, por aquel tal Devi que se quedó con su mano como recuerdo, al que colgaron en la plaza y que nunca reveló dónde la había enterrado. «¡Qué te han hecho, pequeña!», se lamentaba Thomas, dejando caer una gruesa lágrima sobre su rostro violáceo, con los cabellos apelmazados y evidentes signos de violencia en su boca, pues tenía los labios rotos por las comisuras, como si le hubieran metido algo demasiado grande y acabara rasgándole la cara.

No quiso seguir explorando. Pensó en tapanlo todo y hacer como si no hubiera visto nada. Era lo mejor. No dejó de mirar hacia los lados, asegurándose de que nadie le había observado. Debía llegar cuanto antes a la mansión, así que lo dejó todo como antes, rezando mientras tanto unas oraciones en una especie de funeral secreto, para que el alma de la desafortunada joven descansara en paz definitivamente. «*Dicen que los espíritus de los muertos no dejan el lugar de los vivos hasta que no se resuelven los asuntos que quedaron pendientes*», recordó, actuando tal y como hacía con todos los que tuvo que enterrar en la guerra. Volvió a mirar la superficie de esa tumba anónima. No podía poner ninguna cruz. Sin embargo, partió una caña en dos y las colocó encima, como por arte del azar, en una simbólica atención hacia lo divino y sagrado.

De vuelta al trabajo, con parte de la tierra en el carro que llevaba a la mansión, se le removían las tripas solo de pensar en el malnacido que había hecho daño a esa chica, en la flor de la vida, en la falta de escrúpulos que tendría. Sin duda, era un monstruo.

Pero no sabía que lo tenía muy cerca.

Y cuando fue vaciando el contenido del carro en el jardín, por encima de los surcos en los que pretendía plantar las margaritas, vio algo brillante que caía, entre la tierra. Sabiendo que podría tratarse de una prueba del delito, la buscó con las manos, en un estado sudoroso y compungido, mirando a los lados para que nadie viese el hallazgo de lo que fuere que seguía ahí como prueba contundente. Oía pasos que venían de la mansión hasta la fuente por el camino de losas y rápido, sin poder siquiera ver qué había cogido que estaba duro y con tacto a metal, lo guardó dentro de su camisa para verlo después con detenimiento.

—Buenas tardes, Thomas. Tengo una noticia, vamos a celebrar el cumpleaños de mi hija junto a su casamiento. Hoy se ha decidido y quería que todo el servicio esté al tanto para la ceremonia. Después, Lara marchará con su marido, el senador Servan, a Nueva York, donde iniciarán una nueva vida —le soltó con sobrada arrogancia, orgulloso de su proeza.

—Mis más sinceras enhorabuenas, señor —le contestó el viejo jardinero, casi titubeando porque estaba intentando que el objeto que escondía no se le escapara al suelo, ya que se estaba escurriendo hacia abajo y no tenía metida la camisa en la cintura.

—Ahora quería comunicarle algo que ha ocurrido esta mañana. Su sobrino ha decidido marcharse de esta casa. Me ha sorprendido su actitud, ya que estaba muy contento con su trabajo. Espero que usted siga aquí y no esté tentado en seguirle. Le procuraré ayuda, por lo que en breve tendrá a alguien a su mando para acabar de adecentarlo todo tal y como teníamos previsto. ¿Le parece?

—No sabía nada, señor. Pietrick no me ha transmitido tal decisión. Siento mucho que haya tomado esa determinación, no me lo esperaba de él. Pero ya sabe cómo es esta generación, son volubles, quieren alcanzar nuevos horizontes pensando que tienen el mundo a sus pies. Gracias por todo. Esperaré al nuevo ayudante para ponerle al corriente del diseño y procurar que sea el jardín más bonito de todo Cleveland. Su hija se casará y celebrará su cumpleaños ante una bella vista llena de flores de todos los colores y agradables fragancias, se lo aseguro. Cueste lo que cueste. Aunque me tenga que quedar por las noches plantando y arreglándolo todo.

—Confío en usted, Thomas. Nunca me ha fallado en todos estos años.

Se giró como un militar y se volvió a la casa. Thomas disimuló con las macetas, pero su inquietud iba a más por saber qué había cogido, qué era lo que había entre la tierra que tapaba el cadáver de la señorita Clarise. Y ya cuando se vio totalmente solo, entre la gran incógnita de saber sobre su sobrino, miró dentro de la camisa. Ese objeto parecía una palanca pequeña, con una hendidura en un extremo. Lo limpió de la tierra que lo cubría y entonces comprobó que era una cuchara. Además, era de plata, como las que tenían en la casa y usaban tanto el señor William como la señorita Lara o sus invitados. Rascó por el extremo del mango. Unas iniciales podrían dar la pista de lo que sucedió antes de su muerte, de dónde estaba o quién la había matado exactamente. No podía ser... a medida que hundía la uña en los surcos del grabado, más se espantaba. Una S y una T. Con el diseño exclusivo que había visto en los cubiertos de las

meriendas bajo el porche, cuando la señorita invitaba a sus amigas. Pero la letra S... hacía tiempo que no veía nada con esa inicial, la cual pertenecía a la señora Sophie, que desde su internamiento en las casas de reposo lujosas no se volvieron a ver sus cubiertos.

Cada vez se estaba metiendo en aguas más pantanosas, pues asociar la cuchara de la señora, que enloqueció hacía tanto tiempo, con la muerte de Clarise era algo verdaderamente extraño que no acababa de comprender. La volvió a esconder, esta vez dentro del saco de abonos. Se desharía de ella sin decir nada a nadie. No quería ser pasto de los gusanos antes de tiempo.

El tiempo volvería a hacer brillar esa cuchara cuyas iniciales tenían mucho que decir, como si el espíritu de la difunta se aliara con el de Clarise para desenmascarar al único culpable de toda la desgracia que asoló la mansión de los Teslas.



## Capítulo 31

Cuando William abrió la puerta y vio a la que era su mujer, arrinconada contra la ventana de la casa de Maggy, dispuesta a saltar, no gritó ni recriminó a su cuñada ante la gran mentira que le estaba ocultando. Se armó de la astucia que tan bien había aprendido con los años, desenvolviéndose en ambientes hipócritas donde el cinismo era la actitud predominante, y susurró con voz melosa:

—Cariño, no puede ser. Estás aquí. ¿Cuándo has llegado? ¡Cómo te he echado de menos, mi amor! —Y se fue acercando a ella rodeando la habitación, para no asaltarla directamente.

—¿Cómo puedes ser tan falso? Me has tenido encerrada todos estos años, amenazada con enviarme a un manicomio si me quejaba, si oponía resistencia, y has consentido que me pudriera en esas cuatro paredes porque no tienes corazón. Pero yo sí lo tengo, y he preferido ese encierro cruel y enloquecedor antes que dejar de ver a mi pequeña aunque solo fuera desde la ventana y saber de ella mediante Kathy y luego Margot, las doncellas. —Sophie se agarraba al marco de la ventana, sujetándose e insinuando que se iba a lanzar al vacío, que a esa altura tan considerable podría ocasionarle la muerte. Esa tentativa era como un salvavidas, pues si ella caía, las damas que estaban abajo, llegando a las reuniones de Maggy, la verían y William tendría que dar explicaciones, cosa que supondría un freno en su carrera. Los asuntos turbios no ayudarían en su

imagen de candidato perfecto para la alcaldía.

—Maggy, por favor, mi mujer está teniendo una de sus crisis. Se ha debido escapar del centro de salud donde estaba. Ayúdame a tranquilizarla —William seguía con su pantomima. Era todo un experto en ello.

Entonces, Sophie sufrió un desmayo, se iba desplomando con sus ojos medio cerrados aunque luchaba por seguir mirando al monstruo que la encarceló de por vida, y cuando su lánguido cuerpo se asomaba al exterior de la ventana para seguir la fuerza de la gravedad en picado, William llegó a tiempo para impedirlo, tomándola entre sus brazos, recuperándola al interior de la habitación.

—Mi amor, has sufrido una grave conmoción. Yo te cuidaré, Sophie, estás en mis manos. Yo te cuidaré —dijo mirando a Maggy, la cual no daba crédito a lo que estaba viendo y escuchando.

Y, como un torbellino que va arrasando todo por donde pasa, se llevó a Sophie escaleras abajo y la dejó en el interior del coche que esperaba fuera. Maggy no podía impedirselo. Se quedó quieta, mirando desde el porche por última vez a su hermana.

Las señoras llegaban, le preguntaron a quién llevaba su cuñado en los brazos. Y ella solo pudo responder:

—Es un pariente lejano, se ha desmayado y la lleva de vuelta a su casa.

Nadie hubiera reconocido en esa anciana decrepita a Sophie, a la que el tiempo y la distancia habían dejado prácticamente en el olvido.



## Capítulo 32

Margot temía por su vida. Era la única que sabía a quién habían tenido encerrada en esa habitación durante veinte años. Y, ahora que la señora ya no estaba, que había huido, el señor la haría callar para siempre de alguna siniestra manera. Hizo la maleta y bajó por las escaleras en cuanto vio que el señor Teslas había salido. Lara salió de su cuarto, llorosa, y al ver que la

doncella se marchaba se dio cuenta de que ya nadie la podría retener.

—Margot, ¿te vas?

—Sí, señorita, pero no diga nada al señor. Por favor, quédese en la casa tal y como me ordenó él al pedirme que la custodiara. Tengo que hacer un viaje y no puedo demorarme más —le explicó nerviosa, pero no pudo dejarla así ahora que la había sorprendido y quiso que tuviera un buen recuerdo después de tantos años a su cuidado. No la iba a volver a ver más. Era un viaje sin retorno.

—De acuerdo, Margot, que tengas buen viaje. Cuando vuelvas quizás esté ya casada. ¿O volverás antes? —trató de indagar Lara, aun a sabiendas que haría lo posible por no llegar al altar con ese hombre tan detestable.

—Niña, mi niña... —Se abalanzó a ella y la abrazó, envuelta en una gran emoción— Prométame que será feliz, señorita Lara.

Lara entendió que ese el principio del fin. Sin su doncella, casi su madre, las paredes de la mansión se desmoronaban. Y aunque le pareciesen en muchas ocasiones como los muros de una gran cárcel, eran los que la habían visto crecer y llevaban parte de su vida en cada poro de cada ladrillo. Y como un perro que acaba por contemplar como algo valioso su propio collar de amarre, Lara sentía pena por momentos al tener que dejar también esa casa, y lo que no sabía era que la energía de su madre había estado tan cerca que por eso llegaría a añorar esas paredes, pues el amor traspasaba muros y se colaba hasta las membranas de su corazón.

Margot y Lara sintieron el calor de su abrazo, hasta que el ruido del tren, a lo lejos, les separó. La máquina de hierro y vapor la esperaba para engullírsela, igual que hizo con Pietrick.

Desde la escalinata, Lara despedía con la mano a Margot, con lágrimas desbordantes que caían de sus mejillas, ya surcadas por el llanto que la acompañó horas antes. Sintió un soplo de aire frío recorrer su nuca. Se dio la vuelta, como si se hubiera abierto una puerta detrás y todo el aire de la nieve se le viniera encima. Después, un escalofrío que la invitó a actuar y a no permanecer en ese mismo sitio, a buscar un alivio ante ese repentino malestar en el exterior, donde la luz dorada de la tarde le recordase el calor de las llamas de una chimenea acogedora, desprendiendo calor.

Entonces, entró en su habitación, cogió su bolso y su chaqueta y sacó unos cuantos billetes de la caja donde su padre guardaba el dinero para pagar los gastos de la casa. Marchó a la calle. Ya vería qué haría después. Se dejó llevar por un impulso, sin raciocinio alguno. El viejo Thomas la vio salir de forma precipitada y aprovechó que nadie estaba en la casa para entrar y comprobar que la cuchara era la misma de la familia Teslas. Se sacudió la suela de los zapatos antes de pisar el suelo de mármol de la entrada. Lara había dejado la puerta abierta de par en par. Podría ser la excusa perfecta si le sorprendían entrar, tenía que cerrar la casa para salvaguardarla.

Solo tendría que dar unos cuantos pasos hacia el fondo y entrar en el salón. Quizás quedara el servicio de la merienda por recoger y vería alguna cucharilla en un plato o en una taza de la vajilla de porcelana con bordes dorados. Le resultaba casi un sacrilegio adentrarse en las dependencias lujosas de su señor, con sus ropas sucias y desgastadas, envuelto en sudor y polvo.

Pero tenía que comprobarlo, verlo con sus propios ojos, antes de determinar un veredicto para sí mismo. Y en el salón, presidido por una gran mesa de caoba sobre la que un fino mantel alargado era la base de candelabros de plata y jarrones de flores, bajo la gran lámpara de cristalitos, que despedían rayos luminosos al trasluz, vio una cucharita encima de un plato donde se servía la señorita la miel, ya que la prefería antes que el azúcar. Se acercó, intentando alcanzar con la vista el mango y sus iniciales, y por fin lo pudo comprobar. Tenía el mismo diseño que la que tenía escondida y que ahora la ponía al lado para verificarlo. La única diferencia era la letra S, pues la señorita usaba cubiertos con la L además de la T de Teslas. Por lo tanto, ese hallazgo venía de la señora Sophie.

Una vez de vuelta en el jardín, habiendo cerrado la casa, se preguntó si no sería buena idea dejar esa cuchara a la vista del señor, en la misma escalinata, cuando sintiese que regresaba con su cochero, y esperar que tuviese alguna reacción mientras él mismo, Thomas, le observase desde algún punto del jardín. Entonces podría saber si el señor Teslas estaba relacionado con la muerte de Clarise.

O por lo menos ponerle nervioso y esperar que cometiese algún desliz. Ya estaba harto de tener que mirar a otro lado cada vez que presentía que algo misterioso acechaba esa casa, por muy perfecta y recta que aparentase.

Y así fue lo que hizo. Dejó la cuchara en el camino hacia la puerta en cuanto escuchó el ruido del motor estacionando detrás de la valla.

Se abrieron las compuertas con la misma agitación de siempre, pero esta vez sin volver a cerrarla de nuevo. William ni siquiera despidió al cochero, le hizo esperar para volver a salir. Algo había ido a buscar en la casa. O quizá era a Lara, su hija, para llevarla a algún sitio o... quién sabía.

Un resbalón con el objeto brillante, aunque algo verdoso por los bordes, le hizo mirar hacia abajo. No lo hubiera cogido, pensando que era una pieza de algún instrumento del jardín, si no fuera porque enseguida reconoció las letras en el extremo, y la finura de sus curvas. La cogió y siguió caminando, derecho a la casa, fijándose en esa pieza, y en su cara se delataba la gran incógnita que también le asaltó nada más reconocer el diseño. Entonces, se paró, frenando en seco su avance como si alguien le hubiera puesto una mano delante de su pecho y le obligara a detenerse sin remedio. Inmediatamente después de pasar sus dedos por las letras, miró a los lados, indagando a quién se le podría haber caído esa cuchara en el camino. Y, tal y como Thomas esperaba, el señor Teslas pronunció esa palabra que tanto le costaba relacionar con la muerte de Clarise: «Sophie», «No me vas a dejar nunca en paz, ¡maldita!»

Thomas estaba escondido detrás de la caseta, era imposible que le vieran desde esa posición, pues ya tenía la experiencia de buscarse el descanso sin que le vieran, y ese era el único punto muerto de visión desde el que poder ver sin ser contemplado. Pero un tirón en su pierna le hizo moverse para recuperar el equilibrio, le pasaba a veces, y solo tenía que dar unos cuantos pasos y se le iba. Y al hacerlo una hoja seca se quebró, haciendo algo de ruido. Teslas no se giró, como si no lo hubiese escuchado, se metió en la casa y después salió. Parecía demasiado sereno, sospechosamente sereno.

Cuando salió de nuevo y el coche volvió a emitir el característico sonido del motor en pleno arranque, Thomas sintió el frenesí de la investigación, quería saber más sobre ese hombre y lo que podrían esconder algunas habitaciones selladas para algunas doncellas, que ahora podrían contener algo más que objetos valiosos a buen recaudo de miradas golosas a la fortuna que presumía tener Teslas.

Así que Thomas entró de nuevo en la casa, fisgó por las habitaciones de la señorita, del señor, bajó al despacho, buscó en la cocina, en las dependencias de almacén de víveres y en las bodegas. Solo le quedaba la habitación de Margot, pero ahí no pensaba descubrir nada más que los cuatro libros que leía y la ropa que vestía aparte de sus cartas y poco más. De todos modos, lo hizo, pasó a ver la habitación de la doncella, aunque le dolía hacerlo, ya que en el fondo la amaba en silencio, respetándola, pensando que ella se merecía a alguien mucho mejor que él, y que solo con verla por los jardines, tendiendo la ropa o cortando flores para los jarrones, ya tenía bastante para sentirse cerca de ella, como un matrimonio que comparte la misma casa aunque no el mismo lecho.

Un latigazo contra el suelo, venido desde unos pasos atrás, le advirtió que no estaba solo. Se preparó para dar la mejor excusa del mundo de su presencia dentro de la casa. Y la voz inconfundible del que menos esperaba encontrar en esos momentos le taladró los oídos hasta casi perforar su cerebro:

—¿Buscabas algo, Thomas? Creo que todo lo que necesitas para adecentar el jardín está fuera. ¿Qué haces aquí dentro, cuando nunca has osado infringir la principal norma de esta respetable casa? ¿La intromisión es ahora tu objetivo? Entonces, temo que vas a tener que tomar el mismo camino que tu sobrino, por mucho que me pese, porque no quiero chismosos en mi propiedad, ¿está claro?

—Señor, perdone mi atrevimiento. La doncella no está, y quería asegurarme de que nadie había entrado en la casa. He creído ver una sombra en una de las ventanas, y me aventuré a ver si un intruso les estaba robando —mintió Thomas, buscando una coartada.

—¿Cómo que no está la doncella? Debería estar acompañando a mi hija, ayudándola con los peinados o lo que siempre suelen hacer, sus lecturas, sus bordados...

—Señor, no están, ni su hija ni la doncella. Por eso he decidido ver qué ocurre.

—No te preocupes, Thomas, debiste verme a mí en la ventana, hace poco que vine a buscar unos documentos que hacían falta para el juzgado. Siento haberme puesto hecho una furia contigo. ¿No te dijeron a dónde se dirigían?

—No, señor, no las he visto marchar. Pero si hubieran estado, lo sabría. Siempre sé cuándo está la señora Margot y, por supuesto, la señorita Lara. No me pregunte cómo lo sé, pero así es.

—Ya, ya sé que estás muy pendiente de Margot, eso no te lo discuto, y tampoco te lo reprocho. Haríais muy buena pareja. Pero ahora me preocupa mi hija. Salgamos fuera y busquémosla, debe estar dando un paseo y se está haciendo tarde para una joven como ella, aunque puede que estén las dos juntas y regresen cuando menos lo esperemos. Tengamos fe.



—Sí, señor Teslas. Gracias por su comprensión. Iré a buscar por los alrededores, preguntaré en las tiendas, no se preocupe, que daremos con ellas —le aseguró, con más miedo que respeto.

Pero la búsqueda fue en vano.

Ni Margot ni Lara volvieron a casa y tampoco las vieron por los alrededores. Parecía como si se las hubiera tragado la tierra.



## Capítulo 33

Cuando quiso darse cuenta, estaba sentada en un vagón dirección Detroit. Lara había cogido un carruaje y había pedido que la llevara a la estación. Esperaba encontrar a Margot, pedirle que la llevara con ella, pues intuía que la acogería en su escapada. Pero el destino no quiso que siguieran en el mismo camino y se bifurcaron sus horizontes hacia diferentes estados. Porque allí, en la estación, no había rastro de ella, de la doncella que tantos años la había peinado, acostado, bañado, hecho reír, enseñado a comportarse, y mimado. Se quedó mirando los trenes, intentando encontrar, entre los pasajeros que estaban en el interior, por las ventanillas, la imagen de Margot, su dulce mirada y esas pecas que la hacían tan graciosa y que cuando la regañaba le quitaban severidad en la actitud. Pero que acababa obedeciendo para verla contenta. Solo por eso seguía sus consejos y órdenes, no por su padre ni para satisfacer su necesidad de

tener a todos controlados en la casa, sino por ella. Era como si a través de ella pudiera recuperar un resquicio de lo que sería una madre.

Desde atrás la empujaron, eran tres chicos que corrían al tren, del cual salían enormes concentraciones de vapor, y el silbato del conductor que movía el brazo para que nadie se quedase rezagado. Una pareja rompió el beso que se habían estado dando en un gancho de abrazo que también se deshizo ante la inminente salida del convoy. Y entonces, al seguir con la mirada al esposo que subía al vagón, la vio. Margot estaba sentada dentro de ese tren, en el asiento que se oponía a la marcha, y la estaba mirando con los ojos lacrimosos. Lara salió corriendo para intentar subirse, y en ese momento la máquina infernal inició su marcha. Las ruedas giraban cada vez más deprisa, y aunque Lara corría asomándose a la ventana para intentar recuperar a Margot de alguna manera, sus piernas no pudieron competir con la velocidad que fue cogiendo el convoy, y dejó de verla, dejó de ver a Margot y solo le quedó el reflejo de los últimos rayos de sol de ese atardecer en el que parecía que también se había puesto el sol en su vida.

Dos personas que amaba y las dos se habían ido. Ahora no podía volver, se encaminó a la ventanilla con paso decidido y preguntó cuál era el destino del próximo tren.

—A Detroit, señorita. Llegará en menos de diez minutos.

—Deme un billete. Lo cogeré.

—¿De ida y vuelta?

—No. Solo de ida.



## Capítulo 34

—¿Puedo ayudarla, señora? No he podido evitar oír sus lamentos. Me imagino que ha debido ser duro perder a un ser querido. Lo siento mucho —intentaba consolar Pietrick a la mujer vestida de luto.

El olor a cera quemada en ese mausoleo creaba una atmósfera clerical y a la vez íntima. Le dio la suficiente confianza como para poder asomarse a la vida de esa triste dama, que parecía que tenía todas las lágrimas del mundo por derramar.

—Gracias, es tan doloroso... me ha dejado tan sola... no sé cómo puedo seguir. No soy nada sin él... —estallaba en su desesperación, descargando la pena que llevaba dentro.

Sin saber cómo, la señora se acogió a su hombro y después a su pecho, hundiendo su rostro en él, sin conocerle de nada. En esos momentos necesitaba tanto del calor humano que le importaba poco quién fuera esa persona, era el portador del consuelo que precisaba y no podía rechazarlo.

—Tranquila, todo pasará. La vida es dura a veces, pero es el precio que tenemos que pagar por disfrutar aunque sea de los pocos instantes que nos brinda. ¿Era su marido?

—Sí, me ha dejado sola. Alfred, ya no lo veré nunca más —y volvió a dejar escapar en un cuajo angustioso, con la respiración agitada, todo su arsenal de dolor en forma de lágrimas.

Pietrick la siguió abrazando, y sentía su perfume, una fragancia exquisita que se le metió por todos los sentidos. Esa mujer debía tener una buena posición social por su distinción, su manera de hablar tan educada, y ese mausoleo tan imponente, que demostraba además ser portadora de una buena fortuna, pues solo los pudientes se lo podrían permitir.

Enseguida, su cerebro germinó la idea que había tenido acerca de encontrar un buen trabajo. Así que esperó a encontrar el momento para presentarse.

—Siento mucho su pérdida, señora. Yo acabo de llegar a la ciudad, y siento la soledad de estar lejos de los seres queridos, pero no es ni mucho menos lo mismo que lo que usted está padeciendo. Si puedo hacer algo por usted, estaría encantado de poder ayudarla.

—¿Así que es usted nuevo en la ciudad? Perdone que me haya tomado la libertad de descargarme contra su uniforme. Se lo he manchado de maquillaje —le decía mientras le intentaba limpiar con la punta de su pañuelo—, espero que no tenga que presenciar esto cada día, porque no creo que sea agradable ver gente llorando mientras se trabaja. ¿Se dedica usted al arreglo de los jardines, verdad?

—Sí, señora... —Pietrick se quitó la gorra que llevaba puesta y se la puso contra su pecho, en señal de sumisión y respeto.

—Llámame Emily. Emily Murphy. No hace falta que me llames de usted. Nunca he consentido que quienes trabajan para mí lo hagan. Y, tratándose de alguien que me ha dejado refugiarme en su pecho, considero que el trato debe ser el mismo —le respondió con un asomo de sonrisa en sus labios pintados de rojo.

—De acuerdo, Emily. Yo soy Pietrick. Aquí me tendrá siempre que quiera descargar su pena. La acompaño hasta la salida, la noto débil y no quiero que se lastime si se tropieza y cae —le propuso Pietrick para poder ayudarla, ya que la veía muy afligida y terriblemente indefensa además de frágil.

Ella aceptó, y tras cerrar la reja del pequeño santuario donde descansaba su marido en la cripta rodeado de velas, salieron juntos, ella apoyada en el brazo de él, hacia la salida del cementerio, como si se dirigieran a un altar, pero no para casarse, sino para salir hacia el mundo de los vivos y salir del de los muertos.



## Capítulo 35

Sin saber a dónde ir, Lara deambuló por las calles del nuevo estado. Parecía que su padre iba a aparecer al volver cualquier esquina o encontrarlo en un callejón sin salida. Estaba cansada, y deseaba comer algo para tomar fuerzas. En un establecimiento, que tenía vistosos escaparates llenos de pequeños bocadillos en fuentes de varios pisos, parecía haber más mujeres que hombres, y eso la animó a entrar.

Pidió un par de bocadillos pequeños y agua para beber. Era su primera vez en un local público, y se imaginaba que, cuando encontrara a Pietrick, compartirían esos sitios para disfrutar de su nueva vida juntos. Las chicas de las otras mesas vestían de manera diferente. Ella quería adaptarse, y se fijó bien en ellas para elegir un nuevo vestido al día siguiente. Quería ser otra, y dejar de verse como un títere. Le iba a resultar difícil, pero más lo sería tener que acostarse con un hombre al que detestaría.

Pagó una vez acabada su consumición y le preguntó a la dependienta de un lugar decente donde dormir. La chica le indicó un hotel refinado, pues notaba que venía de una familia de clase alta, y que encontraría su lugar entre los de su posición, aunque el precio, claro está, también sería alto.

Lara se dirigió hacia ese distinguido hotel, de los que había oído hablar en algunas reuniones de señoritas, cuyas habitaciones tenían su propio cuarto de baño y llevaban el desayuno como si fuera una residencia para ricos. Al entrar, notó la sensación de glamur y elegancia que se apodera de los espacios en los que se presume de estar a la altura de lo más selecto, y le encantó la idea de poder alojarse en tal ambiente, pero inmediatamente reconoció que sería el primer lugar al que su padre haría averiguar si su hija se habría hospedado, después de haber mandado todo su

equipo de hombres a buscarla por donde quiera que se le ocurriese buscar, y por supuesto, Detroit sería uno de los primeros destinos donde buscarla. El vendedor de billetes de la estación más pronto que tarde contaría a dónde se fue esa chica que, con la descripción que dieran, correspondería a la hija de Teslas. Y todo con una buena propina por delante.

Por ello, dijo adiós mentalmente a ese mundo de elegancia y comodidad, y se dio la vuelta, salió por la puerta giratoria, sin siquiera mirar a la cara al conserje que estaba en la puerta, esperando abrir el carruaje de los próximos huéspedes que en ese momento llegaban.

«No puedo ir dejando pistas», pensó. Entonces, por mucho que le pesara, se decidió en visitar la zona más humilde de la ciudad.



## Capítulo 36

—Charlotte, vamos, debes despejar la mitad del armario. Una chica compartirá habitación contigo. Ya te dije que no te acostumbraras a estar sola, que esta habitación es para dos —le ordenaba la dueña de la pensión “El Lago” a Charlotte, una de las bailarinas del club de ocio situado a unas manzanas.

—Vamos, no me puedes hacer esto. Sabes que no quiero fucias al lado, que no pegaré ojo pensando en que me vuelvan a robar —le respondía la chica, que ya había sufrido el asalto en pleno descanso de más de una compañera de habitación, dejándola sin blanca para luego huir sin dar con ellas.

—Esta es diferente, Charlotte, es de buena pasta, ya lo verás. Mira, aquí viene. Pasa, guapa, pasa. Ahora te harán un hueco —la señora cogía a Lara del brazo para animarla a ocupar el espacio que había pagado de antemano en esa habitación.

—Ho-o-ola. Perdona, no quería molestarla. Le prometo que no le causaré problemas —

afirmó Lara, decidida a dar por sentado sus sanas intenciones. Su carácter fue emergiendo poco a poco hasta sentirse segura de sí misma. Había dejado una vida muy dura atrás y lo que se le venía encima lo podría afrontar con la ilusión de una nueva vida, y la esperanza de volver a ver a ese chico que le robó el corazón desde la primera que silbó bajo su ventana.

—Vamos, anda. Ya veo que gastas buenos paños. No creo que tú me vayas a robar a mí. Más vale que te guardes lo que lleves, no sea yo la que te tenga que rebuscar entre tus pertenencias —le dijo con sorna. Después, se acercó a ella para mirarla detenidamente. Le maravillaban sus ojos, ese azul oceánico que parecía esconder todos los tesoros del fondo del mar, y la suavidad de su pelo del color de las espigas doradas, además de la sedosidad del vestido, con amplio vuelo en la falda y estrechez en el talle, marcando su fina silueta—. ¿De dónde has salido, de un palacio?

—Me llamo La- Lavinia —se presentó, evitando su nombre verdadero para hacer más difícil su búsqueda a los sabuesos de su padre—, y en realidad, soy modista, yo misma me hice este vestido. No me resultó costoso, ya que consigo las telas a buen precio. He venido desde Ohio para conocer la moda de Detroit y hacer innovaciones para mis clientas —mintió Lara para salir del paso. La verdad era que se le estaba dando muy bien. Con tantas argucias que había empleado para con su padre, tenía mucha práctica en crear una realidad aparte.

—Ah, pues me parece una buena iniciativa, Lavinia, ya verás cómo te gustan los modelos que visten las damas de por aquí. Vas a provocar más de un disgusto en sus maridos cuando vean lo modernas que irán con los diseños que vas a crear al ver los que aquí se lucen —le contestó Charlotte, intentando limar las asperezas que pudiera haber fomentado antes.

Enseguida hicieron migas. Lara usó todo su arsenal imaginativo para hacer creíble su historia ficticia. A Charlotte le resultó fácil convivir con ella esa noche, pues apenas dio motivo de queja esa chica nueva tan comedida y educada, no así como ella, que utilizaba un lenguaje ordinario y despechado, por lo cual Lara intentó conocer su oficio y su estilo de vida.

No se atrevía a preguntárselo. Quería adivinarlo por lo que pudiera ir comentando a lo largo de las charlas. Y en una de las conversaciones dedujo que era bailarina del club que regentaba una tal Nani, mujer que dominaba el mundo del espectáculo.

—Me verás llegar tarde algunos días, Lavinia. Cuando la función se prolonga hasta altas horas de la madrugada. Nani es muy exigente con el personal que contrata, especialmente con las bailarinas. Mis piernas acaban reventadas de brincar por el escenario y entonces desaparezco en la bañera durante al menos una hora para deshincharlas. Si no te importa, es lo único que te pido, que respetes mi derecho a calmar la hinchazón. Pero hay una ducha comunitaria en el pasillo que da a las habitaciones. Si te urge, puedes utilizarla. Pero a mí el baño no me lo quita nadie. Esa es mi única petición, aparte la de no traer hombres, pero en eso se ocupa la dueña de la pensión, que no quita ojo a quién entra por la puerta.

Su compañera de habitación era morena, con una gran melena azabache que no paraba de peinar y recogerse a un lado. Sus ojos de tonos miel y verdosos junto a una barbilla y mejillas de líneas tremendamente atractivas, la hacían resaltar entre muchas de las chicas con las que se había cruzado nada más llegar a esa nueva ciudad del estado de Michigan.

Lara no calculó cuánto tiempo le podrían durar los pocos billetes que llevaba. Pensaba que tarde o temprano acabaría por dar con Pietrick o por conseguir un buen trabajo, aunque no sabía exactamente en qué podría ocuparse, ya que no tenía ninguna preparación ni titulación universitaria. Ese era el modo en el que su padre la tenía controlada, dejándola inútil para poder llevar una vida autosuficiente, dependiente del marido que él escogiese para nutrirse del beneficio del mismo, como una venta de ganado.

Lara había dicho a Charlotte que era modista, pero no tenía idea de cómo enhebrar una aguja. Tendría que ingeniárselas para encontrar cuanto antes a Pietrick o lo iba a pasar seriamente mal.

Al día siguiente fue a visitar las principales avenidas, intentando averiguar si su amigo estaba o no trabajando ya en los jardines de las colosales mansiones o al menos si sabían de un chico con las indicaciones que les daba que hubiera ofrecido sus servicios profesionales en materia de horticultura y jardinería. Las doncellas que la recibían no le dieron la respuesta que esperaba y se dirigió entonces a otros barrios más humildes a probar suerte. Acabó por darse por vencida. Nadie conocía a ese chico que él describía. Y por último, pensando en la manera de salir airosa en el interrogatorio que seguramente Charlotte la sometería para saber más sobre ella y su dedicación a la costura, se asomó a una tienda de modas, donde los maniqués exhibían varios modelos de trajes. Pero eran de hombre y por tanto no le interesaban. Lo que no sabía era que, si hubiera entrado allí, quizás podría haber averiguado algo sobre Pietrick, ya que era el negocio de Michael y Charles, los que acogieron a su amigo en su casa y que podrían haber facilitado su encuentro.

Pero, en lugar de entrar, dio media vuelta y cruzó la calle. Los modelos femeninos del escaparate la hicieron entrar para consultar al menos los precios y composición de los tejidos. Así tendría algo de qué hablar esa noche con la compañera de habitación, pues no se fiaba de nadie, y su secreto iría con ella hasta sentirse totalmente segura.

Aturdida por tanta información, volvió a la pensión, exhausta. Charlotte estaba pintándose las uñas de los pies, canturreando una melodía.

—¿Ya has vuelto, linda dama de Ohio? —bromeó ella, sin dejar de mirar sus pies, sacando la punta de la lengua hacia el labio superior para concentrarse en las pinceladas de esmalte.

—Si no te importa, me voy a meter en la bañera. Tanta variedad de tejidos y diseños me han traído de acá para allá, como si hubiera ido contigo a ese escenario que revienta tus piernas —se lamentaba Lara, soplando en bufidos de extenuación. Se tiró en la cama a lo ancho y miró hacia el techo. Se le nublaba la vista del agotamiento y en cierto modo estaba contenta de tener a esa chica con quien poder hablar, aunque fuera de mentiras.

—No te imagino a ti haciendo lo mismo que yo. Se nota que estás reprimida, y para estar delante de un público como el del Lago (como así se llamaba el club) hay que quitarse las vergüenzas. Y créeme, cariño, en esta ciudad: o te lanzas, o te comen.

—Bueno, creo que puedo coger el ritmo, aunque sea frenético. ¿Por qué no me llevas al

lugar donde trabajas? Quizás así me distraiga y te pueda entender algo mejor, viéndote en pleno ajetreo —le propuso Lara, en parte para poder indagar las posibilidades de buscar un empleo en el mismo sitio.

A Lara le gustaba bailar, y, tal y como le dictaban sus pensamientos, imaginaba que su trabajo consistiría en seguir unos cuantos pasos al ritmo de alguna melodía, delante de espectadores a los que entretener.

—La entrada es libre. Pero nena, hazme un favor. Coge uno de mis vestidos. Si vas así creerán que vas a interpretar una obra de teatro —añadió la bailarina, ahora mirándola de arriba abajo con desdén.



## Capítulo 37

“El Lago” resultó ser toda una aventura por descubrir para Lara. Con otra versión de sí misma, más desenfadada y demasiado llamativa para su gusto, se sentía extraña pero a la vez poderosa. Tenía las miradas de todos los caballeros que se cruzaban en su camino, la piropeaban y la invitaban a tomar algo buscando su compañía. No le quedó más remedio que quedarse en el camerino de Charlotte para evadir todas las propuestas, algunas deshonestas, y esperar a que acabase la función para regresar juntas a casa.

—Lavinia, ¿por qué no te quedas entre el público y me ves bailar? —le repetía hasta la saciedad, viéndola nerviosa cada vez que entraba a cambiarse—. Ya me has preguntado ochocientas veces cuándo acabo, y tienes que entender que todo depende de la afluencia del



público. Si siguen entrando, hay que darles entretenimiento. Y hoy está abarrotado. Lo siento, pero vas a tener que esperar al menos tres horas más. Anda, ve a sentarte a alguna mesa y diviértete.

—Mejor me marchó a casa. No me siento cómoda entre tantos hombres. No quiero parecer una provinciana, pero no estoy acostumbrada a este ambiente. Otro día, con compañía, quizás me atreva a estar entre el público —explicó, intentando que la entendiese. Era obvio que algún día lo tendría que hacer, si quería ver cómo se las apañaba en el escenario para saber si ella tenía o no posibilidades de hacer lo mismo.

—De acuerdo, Lavinia, pero...querida, coge un taxi. A estas horas es peligroso andar sola por la calle.

¡Cuánta razón llevaba Charlotte!

Lara lo comprobó en sus propias carnes minutos más tarde, en la soledad de un callejón sin salida.



## Capítulo 38

El médico que atendió a la señora Teslas en privado dio instrucciones a las enfermeras del asilo Athens, en la localidad que lleva el mismo nombre, para que le administrasen una buena

dosis de psicóticos y neutralizar así el estado de nervios en el que se encontraba cuando la reconoció por primera vez, como gran favor personal a William Teslas, guardando discreción absoluta sobre la identidad de la paciente recién ingresada.

—Estará en fase de aislamiento por una buena temporada. Tenemos que tener esa precaución para que no suponga un peligro, ni para ella misma ni para los demás internos — expuso el médico, advirtiendo así lo esencial de esta medida tan drástica, solo aplicada a los que tenían episodios violentos de conducta alterada y con grados de locura transitoria.

Sophie aguardaba en una silla de ruedas desvencijada, con demasiados trotes en sus ruedas, y que la auxiliar había situado al lado del dispensario farmacéutico, en espera de darle la dosis necesaria para poder manejarla sin contrariedades ni reacciones de oposición. Babeaba, con la cabeza ladeada, ajena a todo lo que sucedía alrededor. Perdida en un mundo envuelto en la niebla de la inconsciencia.

Una chica gritaba desesperada mientras dos enfermeras la llevaban a rastras al fondo del pasillo. Un señor mayor la miraba, sentado en el banquillo que se apoyaba a la pared a lo largo de todo el corredor, parecía que rezaba, que emitía palabras en un susurro incomprensible pero quizás suplicaba clemencia para la joven, porque seguramente había vivido la misma experiencia a la que la iban a someter. La desnudarían y la pondrían contra la pared de una pequeña sala con azulejos y un sumidero de desagüe iría vaciando el agua a chorro a presión a temperatura gélida que se dispararía contra su cuerpo como proyectiles que se clavarían en su piel, haciéndola desgañitar de los gritos que saldrían de su garganta. Y después saldría tiritando, con los ojos como platos, congelada, paralizada en casi todos sus músculos, sintiendo cómo sus nervios se habían destrozado y anulado en un bloqueo instantáneo posterior a la rendición en tal tratamiento, conocido como hidroterapia, pero que en realidad era una tortura en toda regla.

Su enfermedad, si es que se le podía llamar así, consistía en ser pobre, en vagabundear por las calles pidiendo limosna y ocasionar alguna vez un altercado al tratar de alentar a las damas a las que solicitaba ayuda cogiéndolas del brazo y siguiéndolas hasta su casa, quedándose a la puerta para esperar a que tirasen los restos de sus comidas y poder saciar su hambre. Era una mala imagen para el barrio de clase alta, por eso se encargaron de ella la policía internándola en el asilo de Athens, como un gesto de humanidad, cuando en realidad la condenaban al sufrimiento extremo en esas escalofriantes salas de terapia, donde experimentaban con personas como ella, vagabundos, veteranos de guerra sin hogar, personas sin recursos, con algún retraso mental, y les sometían a diversidad de experimentos sin ninguna piedad.

Sophie se libró de esas duchas frías y electroshocks, porque ya era una mujer entrada en años, desgastada por la vida que había llevado en aquella habitación, encerrada, sin apenas recibir la luz del sol, todo a cambio de su silencio y resignación, todo por estar al lado de su hija, de Lara.

Y aún esperaba verla algún día. Aunque estando en esa casa de los horrores, iba a tener que sacar las fuerzas de donde fueran para resistir y esperarla. Porque la seguía queriendo desde el fondo de su corazón, y su amor traspasaba los muros y fronteras para protegerla. Como siempre hizo desde su hondo pesar.



## Capítulo 39

El senador Servan se molestó más de lo esperado, al saberse plantado por la huidiza hija de su colega Teslas. Tenía en bandeja a miles de jóvenes que accedían por unas cuantas monedas a darle satisfacción en todos los sentidos, pero cuando vio la posibilidad de estrenar a una joven tan bella y refinada como Lara, no le resultaba atractiva la práctica habitual con mujeres de pago.

Siempre tenía lo que quería, y esa chica no se le iba a escapar, aunque tuviera que remover estado por estado hasta encontrarla.

Servan era un hombre muy poderoso, exageradamente poderoso.

Sus tentáculos e influencias llegaban hasta los confines más recónditos, desde Europa hasta China. Había una gran red de personas que jugaban a su favor, muchos intereses en común con los representantes gubernamentales de casi todo el mundo.

Solo tenía que hacer llegar a todos los distritos de policía la orden de arrestar y detener a una joven con las características que definían a la hija del que sería alcalde de Cleveland, William Teslas.

El espionaje jugó una importante baza en todo el asunto, y dado que en casos de desapariciones los espías eran los más avezados en dar con el objetivo, a ellos se les encomendó esta misión. Se filtraban en todos los ambientes sin causar sospecha, y eso sería lo que triunfalmente daría con ella.

El vendedor de billetes de la estación de trenes de Cleveland, aunque era algo desmemoriado, enseguida reconoció a la joven que le mostraban en la foto. Era una de esas tomas fotográficas que hacían en la escuela de señoritas, toda la clase, y la habían recortado justo donde aparecía ella sin que se vieran a las demás para centrar más la atención en su imagen.

—Efectivamente, esta señorita compró con mucha prisa un billete para Detroit. Parecía que estaba dispuesta a no volver, que le interesaba mucho salir de aquí lo antes posible —soltó el vendedor, extendiendo todo lo posible los detalles que recordaba, frunciendo el entrecejo para concentrarse, pero de vez en cuando mirando las monedas que le iba soltando el oficial de policía que a él acudió por petición del departamento de seguridad del Estado de Ohio.

Enseguida dieron parte al servicio de inteligencia, y acto seguido, alguien, vestido de paisano, como un ciudadano más de clase media, se embarcaba en la persecución de la señorita, dirigiéndose a Detroit, con la certeza de saber dónde se podría esconder una joven de tal belleza sin causar demasiado la atención, cosa poco probable con esas pupilas que reflejaban la bravura del océano.



## Capítulo 40

Quizá fueron sus amables palabras o el desvanecimiento provocado por la desgana a la hora de comer, pero se sentía mecida por el susurro de su aliento, y no quería desprenderse de la compañía de ese gentil jardinero. Emily Murphy le insistió en que fuera a visitarla a su mansión en la avenida Tucson, y que le alegrara la vista con el arreglo de los rosales que, una vez fallecido su marido, habían dejado de florecer por el descuido en que se encontraba el exterior de su casa. Era tarea del difunto el cuidado de las plantas, pues era su hobby. Si volviera a ver rosas al asomarse a la ventana, tendría mejores amaneceres y alegría sus días.

—La acompañaré hasta el coche. No la veo con fuerzas para llegar sola. Tomaré nota de su dirección y me acercaré mañana mismo. Gracias por su ofrecimiento. Será un placer hacer de su jardín el más bonito de toda la avenida. Quedará tan contenta que ayudará a que vuelva a surgir la sonrisa en su rostro —la despidió así, desde la ventanilla abierta del coche, estrechando su mano, la cual le enseñaba su tarjeta personal, en la que figuraba el domicilio al que tendría que acudir.

El encargado del cementerio, sorprendido por el gesto tan humano de Pietrick, le alentó a que participase en las misas de los funerales, donde colaboraría con el párroco para decorar la capilla. Si era tan bueno para llegar al corazón de las personas, era quizás el alma que le faltaba a ese lugar al que acuden tantas vidas rotas por la fatal presencia de la muerte en ellas, y podría contrarrestar el carácter algo arisco del sacerdote que iba a oficiar allí las misas.

Pietrick aceptó, y rápidamente ideó a dónde irían los ramos que pensaba colocar en ese sitio tan triste. Conocía el poder de las flores, y si situaba los colores en el lugar idóneo, crearía un clima más esperanzador para los que desean creer en el más allá para volver a reunirse con sus seres queridos ya fallecidos.

Emily esperó con ansiedad hasta el día siguiente. Deseaba tener algo en su mente que no fuera el recuerdo constante de su marido, de sus recuerdos. Quería seguir sintiendo el aroma de las rosas que en sus días felices impregnaba cada instante en esa casa que ahora parecía un castillo de fantasmas donde ella era una sombra errante que deambulaba por los pasillos a media noche sin poder conciliar el sueño.

Al volver a la casa de quienes le alojaron en su casa, Pietrick miró primero por la ventana para cerciorarse de que estaban dentro. Sus ojos no daban crédito a lo que estaban viendo, lo que estaba sucediendo en el interior, en el salón, era la cosa más impactante que había visto en su vida.

Michael estaba semi desnudo, de pie, con una copa de licor en la mano, como así sería el contenido de lo que estaba tomando, ya que solían beber en el mismo viaje que hicieron juntos. En el sofá se estaban regocijando dos hombres, en una serie de carantoñas y arrumacos que insinuaban un encuentro íntimo pronto a realizar.

Era una escena que le hacía pensar en la naturaleza y en sus instintos, en el mecanismo del placer y sus caprichosos caminos para satisfacerlo, en la búsqueda continua de la felicidad del ser humano, allá donde le lleven los pasos en el periplo de su existencia. Entonces, con todos sus respetos y admiración por dar rienda libre a esa exigencia de su condición sexual, Petriek entró y dio las buenas noches, en señal de aprobación a lo que demostraban manifestar, fue a la habitación asignada para esos dos días y se tumbó, tal como estaba, tapando sus ojos con la gorra y poniendo las manos entrelazadas sobre su estómago, cruzó sus pies y se quedó inmediatamente dormido. Esperaba que alguien, algún día le perdonara por haberse fijado en un ángel, Lara, que había caído del cielo y buscaba sus alas entre los mortales.





## Capítulo 41

De noche, las callejuelas donde hierve el vicio se llenan de vida, pululan personajes que esperan la ocasión para sacar provecho de los excesos del alcohol y otras sustancias. El descontrol se hace evidente cuando pasan las dos de la mañana. Un despliegue de coches hacen de taxi. Son los modelos alemanes del inventor Karl Benz, que funcionan con un motor de combustión interna. Durante el día, Lara solo llegó a ver dos modelos de este tipo de automóviles. Su padre tenía uno similar pero era fruto de otro inventor llamado Marcus, de Viena, y su motor también era de combustión interna a base de gasolina. Pero ella prefería los coches de caballos. No le gustaba el olor que despedían los motores, ni la estridencia que emitían al iniciar la marcha. Además, no aseguraban que se llegara al destino, más de una vez tuvo que apearse para dejar que el motor se enfriara y reiniciar la marcha. Pero ahora no había ningún coche de caballos. No le quedaba otra que probar a subirse en uno de esos cacharros que no tenían ni puertas. Era como ir en bicicleta pero sin pedalear. Le parecía absurdo y hasta peligroso, dado que si se paraba el motor, tendría que ir a pie hasta la pensión ella sola. Charlotte siempre volvía acompañada por el vigilante del local, ya que la cortejaba y procuraba dejarla a la puerta sin que le ocurriera ningún percance. Pero Lara no quiso esperar más y salió decidida después de despedirse de su compañera.

—Lléveme a la pensión “El Lago” —ordenó al chófer.

—Primero págume. No será la primera vez que llevo de gratis a una lista. ¿O quieres pagarme en carnes? —el conductor la miraba con deseo, tratando de situarla en su imaginación como un bocado delicioso a disfrutar, tentando por sus curvas enfundadas en ese vestido tan provocativo.

—¿Cuánto es? Por supuesto que pretendo abonarle el paseo. —Lara buscó en su bolso con sus dedos sin dejar de mirar al chófer, pero tan solo llegó a tocar unos centavos. Los sacó y comprobó que eran insuficientes para lo que seguramente le pediría—. Yo, yo tenía bastante dinero. Me deben haber robado, estaba abierto, sin atar...

—Sí, preciosa, lo mismo que decís todas. ¿Cuánto tienes? —le preguntaba el oportunista,

con un palillo entre los dientes al que no dejaba de pasar de un extremo al otro de la boca.

—No me llega a cinco centavos. No era mi intención no pagarle, de verdad... pero le pediré a mi amiga si me presta dinero, trabaja en El Lago —le hizo entender Lara al hombre para que esperase. Intentaría reunir las monedas que faltaban o tendría que volver a la pensión andando.

—Sube, es igual. Te llevo. Dame lo que tengas. Otro día me pagarás el resto —le dijo y se bajó para ayudarla a subir.

—Gracias, pero no debo aceptar. Volveré adentro y esperaré a mi amiga para regresar juntas. No quiero pretender ser lo que no soy. Buenas noches —le despidió Lara con ademanes correctos.

Sin embargo, el taxi seguía ahí parado, esperándola, pero no por mucho tiempo. Lara inició su caminata y entonces sintió cómo el coche recogía a una pareja que salía del club. La adelantaron, y el cochero la miró bajando un poco la cabeza en señal de saludo. Lara correspondió haciendo lo mismo, apretando la mandíbula en su estado de irritación. Aceleró la marcha una vez que dejó de ver el coche. No había nadie por la travesera que había cogido al cruzar la calle. No había apenas luz, eran farolas que emitían una débil luminosidad, amarillenta, dando la impresión de ver aparecer todos los monstruos que crecen en la imaginación y que cobran vida cuando se tiene miedo. Agitada, con el ritmo del corazón batiendo récords, se ponía la mano al pecho para intentar cobrar ánimos y recuperar la fe en que llegaría sana y salva a la pensión. Le quedaban cuatro calles más como esa de lóbragas y oscuras y luego hallaría la avenida más ancha y con farolas de suficiente potencia para perder ese pánico que le estaba entrando, porque se formaban sombras alargadas de repente y no sabía si eran producidas por los árboles, los bancos, o personas que estuvieran semi escondidas en los portales.

Se sentía acechada hasta el punto que empezó a correr. El chal que llevaba se le iba cayendo en la carrera, resbalando por su espalda. Entonces, una mano que salió del hueco del inicio del callejón, que giraba a la derecha, la apresó y tiró de ella. Enseguida notó el olor a alcohol, el mismo que hasta hacía poco respiraba en el club, proveniente de algunos clientes demasiado borrachos, y un áspero roce de una barba pegajosa y afilada que se pegaba a su rostro, buscando su boca. Se estiró hacia el lado opuesto para intentar zafarse de quien quiera que fuese el que la quería agredir.

—Vamos a divertirnos, zorra. No tengas tanta prisa. La noche no ha acabado —una voz desentonada por la embriaguez le decía, en medio de esa espantosa situación.

—Déjeme, por favor, no me haga daño, se lo suplico, déjeme marchar —le gritaba Lara, pero sus palabras se mermaban y enmudecían porque el individuo sombrío la callaba con sus manazas.

—No, no te haré daño si te estás quieta y dejas de zarandearte, preciosa, te he visto en el club y te he seguido, porque era eso lo que querías, ¿verdad? Querías que te fueran a buscar, te haces la interesante, y a mí me interesas, así que aquí estamos, muñeca, no te resistas más y vamos a pasarlo bien. —La cogía de la cintura con una mano y con la otra la tenía a punto de cogerla por

las piernas para llevársela.

Lara le mordió en los labios cuando estos le propinaban un intempestivo beso que abarcaba toda su boca, raspando su piel con el felpudo que tenía en su cara como barba, dejando restos de baba que la envenenaban de rabia y de impotencia. Entonces, el sujeto la soltó de las piernas y la empujó contra la pared. Se tocó la herida y comprobó que tenía sangre. Blasfemó contra ella por el mordisco y se disponía a acorralarla en el callejón con las manos abiertas como si quisiera atrapar a una gallina en el corral.

—Ayudaaaa. Que alguien me ayudeeeee —repetía sin cesar, llorando, batiendo sus brazos como si espantase moscas, pero lo único que hacía era provocar aún más a ese individuo que cada vez se acercaba más y más hasta el fondo, donde sería totalmente suya.

Nadie salía de los portales ni se asomaba por las ventanas. Quienes vivieran en esos edificios estarían más que acostumbrados a las peleas y trifulcas y no querían problemas.

La fiera que tenía delante se tiró sobre su cuerpo, sujetando sus manos contra el muro resinoso que no dejaba de manar una sustancia lechosa, como si el propio edificio sudase o comenzara a descargar lágrimas por lo que iba a acontecer.

Ella se resistía contrayendo todos sus músculos en el empeño, tirando de su pecho hacia los lados cuando las zarpas de su agresor se sobrepasaban manoseándola, y en un súbito reflejo que le vino de repente, propinó un golpe con la rodilla sobre los testículos del malnacido, que soltó a la chica y se dobló del dolor. Fue el momento que aprovechó ella para salir a correr calle abajo, buscando socorro en el club.

Apareció un coche que a punto estuvo de atropellarla, al cruzar la calle que giraba a la izquierda. Ella se detuvo espantada, en medio de la calzada, delante de los focos que recogían todo el pavor de sus pupilas.

Se bajó el conductor. Era el mismo que hacía poco estuvo a punto de coger para volver a la pensión. La tomó por los brazos y trató de saber qué le pasaba:

—¿Te has arrepentido y quieres seguir con la fiesta? ¿O es que te persigue alguien a quien no has podido pagar? —bromeó, pero iba comprobando que realmente esa chica estaba en apuros.

Lara iba a seguir con su carrera, se apartó del chófer y dio un paso hacia adelante, justo cuando otro coche estaba a punto de pasar. Por suerte, se detuvo a tiempo y el conductor la cogió por detrás, evitando que avanzase y sufriera un accidente.

—No te toque, me las puedo apañar yo sola. Déjeme en paz —le soltó ella, desasiéndose de sus brazos.

—Perdone si la he malinterpretado. Voy de vacío al club, no le cobro nada por el viaje. Más vale que la lleve, se nota que no conoce este barrio ¿Ahora me quiere decir qué le ha ocurrido?

—Mire, no todas las mujeres somos unas furcias. Pero se ve aquí las consideran así. Debería haber más vigilancia para que respeten la voluntad de una mujer que desee ir a casa sola,



por muy tarde que sea —le dijo como si fuera un discurso de los que daba su padre para captar votos ante cualquier proceso electivo.

Entendió que no era una chica como las demás que entraban en esa clase de clubs. Que irradiaba una nobleza fuera de lo común. Aparte de hermosa y atractiva tenía algo especial que inducía a respetarla, por lo que templó sus ánimos en cuanto a buscar en ella un momento de diversión y se convirtió, sin saber por qué, en su protector en esa noche de desenfreno.

La subió a volandas al asiento del coche, sin que ella pudiera oponerse. Era un hombre muy fuerte, la instaló dentro como si fuera una muñeca a la que colocar en la vitrina. Ella se lo pensó y, ante la presencia de más merodeadores por la calle, que iban y venían con botellas en la mano y compañías femeninas de risas estridentes, consintió en que la llevase de vuelta al club.



## Capítulo 42

El portero del club le abrió la puerta, Había escuchado lo que le había ocurrido.

—Lo siento mucho, señorita, pero aquí hay que guardar bien el dinero. Lo que le hayan robado, tenga por seguro, que ya se habrá convertido en Whisky y en fichas para el póker. No intente recuperarlo. Será mejor darlo por perdido. Ahora siéntese y disfrute del show. Ya no le queda otra. Después las acompañaré a casa, a Charlotte y a usted. Vaya a una de las mesas situada en frente del escenario. Allí verá a Nani, la dueña. Tómese la libertad de sentarse con ella. Le encantará ver carne fresca para su negocio. Porque usted va a trabajar aquí, ¿verdad? —le expuso animándola.

—Sí, así es. Yo también bailaré en el escenario —respondió Lara, con altivez. Iba a demostrar que podía sobrevivir en esa selva, que había visto de cerca los colmillos de los depredadores y no volvería a dejar que nadie le pusiese una mano encima.

Nani se llevaba una copa de brandy a los labios. Tenía el borde del cristal pigmentado de rojo, con el sello del pintalabios que marcaba cada sorbo que daba al licor. A su lado había una silla ocupada por un chico repeinado hacia atrás con bastante fijador como para que no se le escapase ni un cabello. Su pantalón y camisa, así como el chaleco negro destacando sobre el rojo

de la tela de debajo, le delataban como un bailarín, que tendría la suficiente confianza con la dueña del club como para permitirse acompañarla.

Lara se miró en un espejo de marco dorado, con algo de vaho por el calor del ambiente, y se vio sonrojada, con una mancha de sangre en la cara, fruto del mordisco que atizó al abusador del callejón. Se limpió con el dorso de la mano y se atusó el cabello recolocando algunos mechones que se le habían ido cayendo del recogido que llevaba detrás en un moño, cuyas agujas estaban a punto de caer. Entonces, tuvo una idea. Para llamar más la atención de Nani, se dejó los mechones de nuevo caer hacia su cuello. Iba a poner todo de su parte para convertirse en una bailarina más.

Con ese nuevo aire desenfadado, Lara se presentó ante Nani, notando cómo se quedaba boquiabierta al verla aparecer de la nada, con esa mirada azulada que parecía bañar todos los pensamientos en aguas oceánicas y sumergirlos a sus profundidades.

—Vaya, ¿qué tenemos por aquí? ¿Así que tú eres la extraña recién llegada? Charlotte me ha comentado algo sobre una chica de ojos azules y cabellos espigados. Porque se debe referir a ti, ¿no es así? —Esa mujer catalogaba a todo el mundo enseguida en un fichero personalizado. Tenía dos categorías principales: los que daban beneficio y los que sobraban. Y esa chica, por la forma en la que la miraba, parecía incluirse en la de los beneficios.

—Señora Nani, me presento: Soy Lavinia, he venido de Ohio para ponerme al día en nuevos diseños de ropa femenina. Quiero quedarme aquí a vivir y por ello busco empleo. Sé bailar, creo que podría adaptarme al cuerpo de baile de su club, si usted me lo permite se lo puedo demostrar cuando desee —le expuso, desde su posición de pie, tratando de no distraerse en su presentación con los gestos que hacía el bailarín desde su asiento, el cual se centraba en su rostro y guiñaba a Nani un ojo para alentarla a contratar a Lara, Lavinia para ellos.

—Óscar, trae una silla para Lavinia. Quiero que vea el espectáculo. Espero que así se haga una idea de lo que quiero —indicó, resaltando el escenario al señalarlo con su mano izquierda mientras que con la otra dio otro sorbo de brandy.

Óscar, como así se llamaba el bailarín, se levantó y apartó una silla de una de las mesas cercanas y la colocó al lado de Nani. Después, ante la finalización de una de las coreografías de las chicas que en ese momento exhibían con plumas de avestruz en sus manos que ocultaban a veces sus escotes en actitud vergonzosa, algo estudiado para acaparar el interés de los curiosos de la sala.

—Gracias, será un honor asistir a esta función en su compañía —agradeció Lara, cayendo en la rutinaria forma de expresarse tal y como hacía en Cleveland. Como una correcta señorita de alta sociedad.

—Tu finura es ejemplar. Pronto se te quitará cuando oigas hablar a las demás. Pero por mí no cambies. Me gusta tener a alguien culto que sepa tratarme como merezco —le contestó Nani, asombrada y a la vez contenta por la nueva adquisición que le proporcionaría, al menos, algo de glamur en su establecimiento—. Y ahora, mira, observa, aprende. Porque tendrás que hacer lo mismo mañana. Es fácil, ya lo verás.

Lara no pudo hablar, tragó saliva, y cuando quiso darse cuenta, tenía una copa delante, “detalle de la casa, según le dijo el barman. Dio un sorbo del líquido frío y dulzón. Le refrescó la garganta, por lo que se bebió de tres tragos el contenido de la copa. Aquella noche lo necesitaba. Le ardían las ganas por sacar la mujer que llevaba dentro escondida, atrapada, durante mucho tiempo, y ya nadie se lo iba a impedir.

El show que presenció, presentado por un bailarín con chistera y frac, le resultó, con optimismo, fácil de seguir. Los pasos de las chicas los fue aprendiendo a medida que se desplazaban por el escenario, y ella misma movía sus pies sobre el suelo haciendo memoria para practicarlo después. Todas iban con una falda de tul con volantes, negra, muy corta; medias de red, corpiño negro y zapatos de tacón rojos. Maquillaje marcando los pómulos con bien de colorete y labios rojos llamativos a más no poder. El cabello suelto, algo que le llamó la atención. Sería la primera vez que dejara que su cabellera rubia se liberara en público. Hasta para dormir se hacía trenzas. Y le pareció hermoso ver a esas chicas con toda su belleza liberada. Lo único que no le gustó fue que después del baile bajaban y se mezclaban entre el público para volver de nuevo al escenario al cabo de quince segundos de estar sintiendo los alientos de quienes las asediaban con piropos y miradas lascivas.

Aplaudieron todos efusivamente, y una vez se hizo el silencio al volver a aparecer el presentador, Nani le hizo una seña a Lara para que la siguiera. Se levantaron y se perdieron de la vista del público para entrar en los camerinos, situados detrás del escenario.

—Charlotte, te ocuparás de Lavinia, que la maquillen y le pongan un traje de baile. Va a bailar dentro de tres actos. —Nani se adelantó a ofrecer ese bombón que la salvaría de sus deudas. Si veían a Lavinia moverse por el escenario esa misma noche, le quitaría clientela al club rival, “La estrella del Norte”, donde había más variedad y, por qué no decirlo, mejores sueldos, por lo que daban el máximo en las funciones, y acaparaban mayor expectación.

—¿Cómo dice? No sé si he podido retener los movimientos del baile. Además, me dijo que lo haría mañana, ¿no cree que es algo precipitado? —le sugirió Lara, totalmente dispuesta a convencerla.

—No, bailarás lo que sea esta noche. Porque sabes moverte al ritmo de la música, ¿no es así como hacéis las bailarinas profesionales? —ordenó, enfatizando su idea al apuntarla con el dedo como en una regañina de colegiala.

—No se preocupe. Si quiere que baile, bailaré —afirmó Lara, bajándose los tirantes del vestido para ponerse el corpiño que Charlotte le ofrecía.



## Capítulo 43

La noche era una fuente de tormentos que emergían de la febril mente de William, al que solo acompañaba la sombra de los recuerdos. La mansión le quedaba demasiado grande, sin Lara parecía que las paredes se habían extendido y que el vacío era cada vez más intenso. Se sentía perdido en un mundo que él había creado a base de rudeza y severidad. Necesitaba calmar la serpiente que se agitaba en su interior, su enojo se apoderaba de todas sus neuronas y le soliviantaba a cometer sanguinarios actos para aliviar su espíritu tiránico.

Desde pequeño le habían enseñado, en una rígida disciplina, a tenerlo todo bajo control, como cuando no guardaba sus juguetes en la caja correspondiente y le dejaban sin cenar, o si se manchaba de barro los zapatos al pisar deliberadamente los charcos como los demás chicos del colegio y sus padres le azotaban hasta dejarle el trasero marcado con los gruesos dedos de su implacable tutor. Por eso, viéndose con asuntos pendientes por zanjar, no dejaba de pensar la manera de acallar a su cuñada Maggy, la cual podría delatarle en cualquier momento. Había tenido a Sophie en su casa, y conocía la historia. Si Maggy hablara sobre el cautiverio de Sophie, en su propia casa, encadenada y en absoluto aislamiento en esa mugrosa estancia, se le irían al traste todas sus expectativas para subir la afluencia de votantes. Había un clima de efusiva solidaridad hacia los liberados esclavos, y si la gente se enterara de que tuvo a su esposa como a los negros que encerraban en los barracones en tan pésimas condiciones, entonces le condenarían de por vida y clamarían justicia pidiendo su cabeza. No tenía que haber accedido a la súplica de Sophie por permanecer cerca de su hija y debía haberla internado en un manicomio, pero en el fondo se sentía sumamente poderoso al sentir que ella latía y respiraba entre esos muros, como un alma en pena, sin poder tomar el aire ni vestirse como una dama, anclada en un purgatorio de por vida, por haberse dejado amar por Eliot, por haberle faltado como esposa y haber yacido con un hombre que, incluso, la había dejado preñada.

Aún recuerda el llanto del bebé cuando ella dio a luz. Recuerda cómo gritaba cuando se la quitaban de su regazo después de amamantarla, y de cómo, después de unos meses, dejaron de llevársela, y sus pechos, hinchados de leche, le dolían enormemente así como todo su ser. Se la arrebataron antes de que la niña tomara consciencia de lo que representaba una madre, y se

adaptara a las cuidadoras.

Si llegara a saberse toda esa crueldad, William sería inmediatamente repudiado por los círculos sociales en todos sus estamentos. Nadie querría que les gobernara un maltratador. Se había ganado una imagen intachable gracias a la táctica de no dejar prueba alguna que le incriminase en su delito. Y tanto Kathy, como Margot, habían sido aleccionadas al respecto.

No era fácil encontrar un buen empleo como doncella personal, y sus labios estaban sellados en cuanto al secreto de la mansión de los Teslas.

Pero ahora tenía que resolver un cabo que había quedado suelto: su cuñada Maggy.

No sería difícil hacerla desaparecer. Era una mujer que recibía muchas visitas en su casa. Y todas ellas estaban implicadas en diversas problemáticas, por lo que alguna de ellas cargaría con la culpa de un ataque sobre su persona. «Estaba siempre rodeada de gente conflictiva», dirían todos al verla tumbada en el suelo, asfixiada por alguna perturbada de las que entrevistaban para después narrar su historia en la revista femenina de acción solidaria.



## Capítulo 44

Thomas comenzó a trabajar para Maggy. No es que tuviera una gran superficie de jardín por cuidar, pero tan solo con unos arreglos en los setos y unas cuantas macetas con flores iluminaban la fachada y creaban otra atmósfera, eso al menos era lo que le ofreció a cambio de pocos centavos y un plato de comida, ya que con Teslas no era posible. Sin Margot, la doncella, la mansión no tenía vida, prácticamente se había cerrado, y William pasaba el día en el club social, donde comía y cenaba en el restaurante junto a sus socios y colaboradores de la próxima campaña electoral.

Con el tiempo, el viejo jardinero le pidió un espacio en su casa a Maggy para albergarse, ya que la casa en la que se hospedaba iba a ser demolida para levantar edificios de gran altura. La

ciudad estaba creciendo a pasos agigantados. El progreso se hacía notar, y además Teslas quería, con su gran manejo en la construcción, ante todo, demostrar lo mucho que les favorecería tenerle como alcalde.

El sótano de la casa de Maggy fue habilitado para Thomas, y aunque tenía que dormir entre estanterías con herramientas y el habitáculo tuviera más la impresión de trastero que de hogar, a él le estaba bien así, pues le convenía estar cerca de esa mujer. Tarde o temprano averiguaría qué había pasado con su sobrino Pietrick, a dónde habría ido Margot, y quién era en realidad el señor Teslas. Y seguramente Maggy era el hilo conductor de todo ese misterio. También le preocupaba la señorita Teslas, pero en el fondo intuía que su sobrino y ella estaban, de alguna manera, llamados a encontrarse, allá donde estuviesen.

Un día, Thomas le llevó a Maggy una visita un tanto especial. Conocedor del afán por la señora hacia las desgracias ajenas en su intento por darles solución, escogió a una anciana que deambulaba por las calles ofreciendo revelar el futuro de los que por allí pasaban. Les decía: «¿Le leo el futuro?» «¿Quiere que le diga si va a ser afortunado en el amor?» «¿Sabe si va a ser rico o pobre? Yo sí lo sé»

La harapienta señora, cubierta de llagas en la superficie de sus rodillas, raspadas de tanto fregar suelos, ya que poco sacaba con las predicciones, le causó una gran compasión a Maggy, quien la hizo pasar al salón donde la atendió ofreciéndole una taza de leche y unos bollos, que se devoró como pudo, ya que apenas le quedaban dientes. Su barbilla se movía con frenesí en los intentos por engullir esas delicias que nunca había probado y, habiéndose bebido toda la leche, pasando la lengua por el bigote para relamerse, le dio las gracias con un brillo especial en su mirada.

—Muchas gracias, señora, imaginaba que había sabores deliciosos que, para una pobre servidora, son inalcanzables. Pero estos dulces me han demostrado que los hay. Quiero demostrarle mi gratitud contándole mi historia. Sé, a través de este viejo jardinero que me ha traído hasta aquí, que usted recoge vidas, que las publica en una revista para que el mundo conozca cómo viven las personas que tienen dificultades y pasan penurias, y la mía es una gran novela llena de aventuras y desgracias. Se la contaré, porque además le atañe muy especialmente, ya que, tanto usted como alguien de su familia, un pariente muy cercano, están en ella. Sabía que este día llegaría y, aunque signifique el fin de mi triste existencia, porque el presagio así lo determina, me quedaré tranquila de realizar una importante misión que me ha sido destinada por designio divino. Aunque me cueste la muerte. Porque, señora, todos hemos venido a este mundo con un fin.

Maggy se quedó anonada con las palabras de la anciana.

No le parecía una vulgar y dicharachera adivina de tres al cuarto, sino que encerraba en su discurso un misterio con tintes de veracidad. Y lo preocupante era que la incluía a ella y a un familiar, en una misión que se había tomado como algo personal. «¿Qué demonios tenía que ver esa anciana con ella? ¿Se referiría a su hermana Sophie como ese pariente cercano? ¿O se trataría de Lara, su sobrina?», pensaba mientras la miraba. Dejó el cuaderno de notas donde iba a reflejar

las vicisitudes de esa extraña mujer, pues le resultaba frío estar plasmando algo en el papel cuando en realidad quería leerle los ojos y ver a través de ellos el futuro que le vaticinaba.

—¿Qué va a pasar, señora? ¿A qué pariente se está usted refiriendo? —le asaltó con los interrogantes que no podía detener en su búsqueda. Quería resolver tantas cosas que de pronto vio en esa visita una posible salida a ellas.

—Hay un hombre que la quiere ver muerta. Que quiere sellar su boca porque teme que divulgue algo que le puede perjudicar. Además que, es un hombre que, todo lo que toca queda contaminado por su influencia. Debe demostrarle que es su aliada o, de lo contrario, morirá —reveló la mujer, algo cansada, pero con un semblante tranquilo, porque había cumplido uno de sus encargos con los avatares del destino.

—Pero ¿cómo sabe usted todo eso? ¿Alguien le ha dicho algo? —intentaba sonsacar Maggy a la anciana el origen de esas sospechas. No acababa de aceptar que la providencia la dotara de ese poder, de ver tras la cortina del tiempo lo que va a suceder a las personas, especialmente a las que se cruzan en su vida.

—No puedo responderle a eso, señora. Solo puedo aconsejarle una cosa: alguien dijo una vez que: si no puedes contra algo, más vale que te unas a ello. Con esto quiero decirle que haga migas con su enemigo e intente hacerle creer que está de su parte. Al menos, hasta que todo se resuelva. Porque ese día llegará. Se hará justicia y el fuego hará remorder conciencias.

Maggy le dio algunas monedas a la anciana, también le prometió que la haría llegar esos bollitos que había engullido con tanto gusto, y que volviera otro día para tomar nota de los hechos más relevantes de su historia personal, para la revista. Aunque algo le decía que no la iba a volver a ver.

—Muchas gracias por todo, señora. Mi vida no puede ser narrada en ninguna revista, porque nadie se la creería. Algún día sabrá quién fui en realidad. Mientras tanto, que sigamos aprendiendo cada uno en el camino que ha ido escogiendo o se ha visto abocado a coger. Porque la vida se trata, en definitiva, de eso, de saber vivir dejando vivir a los demás, buscando ese rayito de amor que da sentido al camino.

Con el hatillo en el metió los bollitos y algunos dulces más, la anciana se marchó por la puerta, acompañada por Thomas, que estaba esperando en el exterior. Este la dejó en el mismo barrio donde la encontró.

Nunca más supieron de ella. Era como si se la hubiera tragado la tierra.



## Capítulo 45

Maggy intentó tranquilizarse. Notaba el acecho de su cuñado William, parecía como si esa anciana le hubiera traspasado el poder de intuir lo que iba a pasar, pero en realidad reconocía como evidente las intenciones de William por tratar de eliminar el rastro de su sucio pasado.

Se armó de valor y fue a verle. Su despacho era el lugar adecuado para la conversación que iba a tener con él. Iba a persuadirle, a ofrecerle otra cara de sí misma. A mostrarle que podía confiar en ella para todo.

Un coche de caballos la llevó hasta la avenida Euclid, donde él tenía su oficina. En el tercer piso, justo en la primera y espectacular puerta de roble, figuraba su nombre en una plaquita dorada. *William Teslas, constructions & business*. Le abrió una secretaria con traje de chaqueta y falda y una camisa blanca con un lazo que sobresalía a la altura del cuello. Parecía algo severa y resultó algo desagradable pues no acostumbraban a recibir a mujeres, como si no tuvieran derecho a tener iniciativa alguna.

—Señor Teslas, una señora quiere verla. ¿La hago pasar o concierdo una cita para otro día? — la ayudante entreabrió la puerta del despacho para asegurarse que estaba dispuesto a atenderla.

—¿Quién es? No me ha dicho su nombre. Es extraño que venga una mujer —masculló en voz alta.

—No me lo ha revelado. Dice que usted ya la conocerá en cuanto la vea.

William salió, preso de la curiosidad y algo atemorizado, podría ser alguna dama de las que



frecuentaba y que pudiera hallarse en apuros referidos a una posible maternidad. En una ocasión recibió una amenaza por parte de una señora con la que habría disfrutado de sus atributos femeninos, y su marido la había descubierto en su desliz. Entonces, con una buena cantidad de dinero se solucionó el problema. Incluso después, el propio marido la incitaba a seguir pecando con William para volver a obtener un provecho económico, cosa que él zanjó definitivamente. No quiso saber más de ellos.

Pero no, no era esa mujer, sino su cuñada. Ahora sí que le importaba esa visita. Mucho más de lo que se pensaba la secretaria. Le hizo el gesto de que pasara a su despacho y ella le siguió, componiendo el disfraz de su actuación.

—William, te resultará anodino que me presente aquí, pero me han dicho que apenas estás en la casa. Espero que podamos entendernos. Creo que debes saber algo.

—Querida, es obvio que intentarás ayudar a tu hermana. Tenéis la misma sangre. Lamento que la encontraras tan trastornada. En el sanatorio la están cuidando bien. No te tienes que preocupar de ella —intentó convencerla.

—De eso se trata, querido cuñado. Te oculté que estaba en mi casa para no darte un disgusto. Iba a llamar a un especialista en salud mental antes de que la vieras. Por eso no quise que la vieras en tal estado de enajenación —mintió Maggy, cuando la versión que verdaderamente conocía era otra.

—Bien. Me alegro que lo hayas considerado así. Delira continuamente, se inventa historias terroríficas sobre mí. Ha debido perder el oremus en uno de esos viajes por Europa. Los excesos quizás, en una vida de desenfreno y alcohol, la han arruinado mentalmente. Es una verdadera pena —añadió William, en su estrategia por tapar con calumnias una terrible verdad.

—Por eso vengo, William. Quiero ayudarte a que tu carrera política no se dañe con la imagen de tu mujer, y que nadie sepa lo que asola su mente, borrar todo rastro de su presencia para que triunfes sin que te pueda perjudicar —le propuso, calmando el posible deseo de hacerla desaparecer, tal y como dijo la anciana que veía el futuro.

Se estableció una curiosa alianza entre ellos. A partir de ese día, Maggy pasó de ser su nuevo objetivo a su aliada. Solo así se pudo librar de la muerte. Aunque cuando podía, se enteraba de cómo iba la investigación sobre Lara, pues William le llegó a confesar que la joven huyó, dejando plantado al senador Servan. Maggy palideció cuando escuchó que habían hallado indicios de que la joven podría estar en Detroit. Tenía que hacer todo lo posible para evitar que la encontraran, pero en el fondo esperaba que ya se habría reunido con Pietrick, que no estaría sola y que, llegada la ocasión, sabrían esquivar a sus perseguidores, los esbirros de William Teslas.



## Capítulo 46

La tensión por saber desenvolverse en el escenario, delante de todo ese público, le daba a Lara el impulso suficiente para perder toda vergüenza y dejarse llevar por lo que sentía en su interior cuando la música embriaga sus oídos. Se acordaba cuando, en los bailes de sociedad, ella se quedaba en la sala contigua a la que estaban todos y en soledad, sin que nadie la viera, liberaba su cuerpo en movimientos de gran delicadeza y elegancia, como una bailarina de las que intervenían en las actuaciones.

El presentador la anunció. Lara salió dispuesta a demostrar su valía. El pianista comenzó a tocar una preciosa melodía que entró por los oídos de Lara hasta envolverla en una nube de sensaciones. Sus piernas fueron izándose resaltando su fina largura, su piel aterciopelada cubriéndolas bajo esas medias de red. Y su cintura y caderas cimbreándose como una sirena de las que enloquecieron a la tripulación de Ulises, causando una gran estupefacción entre el público asistente, que no dejaba de admirarla, por su belleza, por la delicadeza de sus gestos, por todo lo que transmitía.

Nani estaba asombrada, y más lo estaba un caballero que no tenía nada que ver con los demás. Se le veía más distinguido. En cuanto Lara dejó de bailar, hizo llamar a la dueña.

Tenía otras intenciones, aparte de ver bailar a esa nueva bailarina, y Nani iba a colaborar en que resultara satisfecho. Solo con lo que le ofrecía a cambio —una gran suma de dinero— podría resolver las deudas pendientes y ponerse al día con el local.

—Está bien, caballero. Puede darlo por hecho. La señorita le visitará a la dirección que me ha facilitado. Mañana mismo—. Nani se guardó el fajo de billetes y se sirvió otra copa. Era su noche de suerte.

Cuando Lara salió del camerino, ya cambiada de ropa, Nani la asaltó en el pasillo.

—Nena, lo has hecho bien. Hay alguien que tiene que dar la conformidad para que trabajes aquí. Es un socio que debe dar su última palabra. Te dará algunos consejos para defenderte mejor en el escenario, pero creo que le convencerás de lo mucho que vales. Mañana te iré a buscar a la pensión e iremos juntas. Y ahora ya os podéis marchar. Por hoy ya es suficiente —Nani mintió para que la chica no se opusiera.

—Gracias, seguro que lo podré hacer mejor. La espero mañana. No la defraudaré —contestó Lara, con una gran sonrisa en sus labios en señal de triunfo.

Al salir, el portero indicó a un cochero que las llevara hasta la pensión, el viaje estaba pagado por la dueña de “El Lago”, como gesto de bienvenida con la recién llegada.

Las estrellas iban dando paso a la luz celeste del alba, los paseantes que antes iban eufóricos, ahora estaban adormecidos por el cansancio y algunos dormitaban en los portales vencidos por el alcohol.

Al llegar a su cama, se desplomaron agotadas y, aunque sentían el rumor de la ciudad despertándose, ellas lograron conciliar el sueño hasta bien entrado el mediodía. Solo faltaban escasas horas para que Nani apareciera a buscar a Lara. Tendría que demostrar ante ese caballero misterioso algo más que talento para el baile.



## Capítulo 47

Pietrick acudió a la mansión de Emily. Pasó con ella parte de la mañana, y enseguida captó que esa mujer nadaba en riqueza. Y así se lo confirmó.

—Verás, no quiero que pienses que me lanzo a los brazos de cualquier hombre que se me presenta, y menos en el duelo que vivo, pero me haría mucha ilusión si vinieras a hacerme compañía cada día, que charlemos y tomemos un café juntos mientras vemos cómo avanzan los

progresos del jardín —le expuso Emily, siendo franca con Pietrick. Le había cogido confianza.

—Será un honor, señora Murphy, no será problema para mí. Puedo compaginármelo con los trabajos en el cementerio. Lo único que quiero que sepa, es que deseo volver a ver a una chica a la que amo, y que si usted quisiera, ella le podría hacer también buena compañía. Es una señorita de buena familia, correcta y muy educada. Es lo único que le pido a cambio —le propuso al anteponer a Lara en esa amistad que iba surgiendo con la viuda.

—Por supuesto. Precisamente estoy falta de doncella. A la última la despedí porque no atendía suficientemente mis necesidades. Ahora solo tengo el ama de llaves y me vendría bien la ayuda. No es fácil encontrar señoritas con buena reputación. Esta es una ciudad de desenfreno, caótica y las jóvenes se pierden enseguida. Será una gran suerte que pueda contar con ella. Tráigala. Será bien recibida.

—El caso es que debo ir a buscarla. Vive en Cleveland. Tendría que viajar para recogerla, y en un par de días estaríamos de vuelta los dos.

—Perfecto. Puedes ir cuando quieras. Os estaré esperando.

Siguieron conversando durante un buen rato, hasta que les llamó el ama de llaves para almorzar. Pietrick degustó con una gran alegría aquellos manjares que jamás en la vida había probado, guisos deliciosos y pastel de frambuesas. Pensó en lo mucho que disfrutaría Lara en aquella casa, en la gran suerte que había tenido al hallar tan rápido una salida a sus preocupaciones.



## Capítulo 48

Lara no se imaginaba a dónde la llevaban. El cochero les dejó en un local algo extraño. No tenía ningún cartel fuera, la puerta era bastante estrecha, y más bien parecía un refugio para esconder un negocio ilegal.

Pero, al traspasar el umbral, se dio cuenta de que aquello era un club clandestino. Las paredes estaban forradas de un terciopelo rojo que dañaba la vista, y los candelabros formaban un juego de luces bastante llamativo e invitaba toda esa atmósfera a la seducción y el placer. Al fondo, una gran barra con taburetes y a pesar de que no había nadie aún dentro, se notaba que durante la anterior noche había habido una gran actividad, por el olor a humo y a gentío aún impregnando las fosas nasales al respirar.

—Señora, ¿es aquí donde tengo que hacer la prueba? —preguntó Lara, algo asombrada.

—Sí, es una pista de baile. Pronto llegará mi socio. Prepárate en los camerinos, que enseguida vendrá el pianista y comenzará tu actuación. —Nani estaba algo nerviosa. Tenía que dejar allí a la chica sola, y no sabía si accedería a lo que ese caballero se proponía con ella. La mayoría acceden a tener esta experiencia un tanto especial. Pero ella tendrá que lidiar con sus principios morales y su sentido de la decencia.

En el camerino, Lara encuentra a una señora con aspecto de haberle pasado un tren por encima. Tiene los ojos hinchados de no haber dormido apenas y se debate entre un manojito de disfraces que se mezclan con plumas y perlas de mentira.

—Esto te servirá —le indica, sin saludarla siquiera. Es un vestido que más bien parece una gasa transparente, con unos pompones salteados que hacen que parezca un salto de cama. Es de tono azul celeste, y unos zapatos de tacón blancos que hacen que en conjunto se antoje una nube.

—Pero ¿Cómo me voy a poner esto si se me va ver todo? —se queja Lara, asustada y a la vez opuesta ante esa vestimenta con la que salir a bailar.

Unos pasos se escuchan marcando un estremecimiento en todo su cuerpo. Es como si su corazón reconociese la llegada de un terremoto y se pusiera en alerta.

La sombra de un hombre se adelanta entrando en el camerino. Una voz ronca se queda ante la puerta sin pasar.

—Cuando esté lista me avisáis. Toni está al piano y no tenemos mucho tiempo. Daros prisa —pronuncia esa voz.

—Corre, niña, pónelo. No hagas esperar —ordena la señora.

Lara no puede hacer eso. Es incapaz de salir prácticamente desnuda ante un hombre que ni conoce. Incluso está el pianista, por lo que serían dos miradas que se clavarían en sus vergüenzas.

Toda decidida, sale del camerino, apartando a la señora que insiste en que se ponga esa transparencia, y se va directa a la puerta de salida.

—¿Dónde crees que vas? —le dice Nani, que corre tras ella.

—Esto no es lo que hace una bailarina. Me ha engañado —se queja, irritada, Lara.

—Solo tienes que moverte como tú sabes, dejarte llevar por la música y convencer a mi socio de que vas a ser toda una estrella en el escenario. Al menos, que tengas madera para ello. Ya te puliremos nosotros para que seas perfecta.

—¿No puedo bailar con otro vestido? Estoy dispuesta a hacerlo si me dan otro atuendo —adujo Lara para salir airosa de la situación.

—Está bien. Escoge el que quieras. Pero date prisa y sal ya.

Entonces, revolviendo el cajón de los disfraces, apartando a un lado los que la otra señora le iba ofreciendo —a cuál más sexy—, encontró unos pañuelos tupidos de color rojo y negro que sacó con la idea de hacer una especie de túnica con ellos, sobre su ropa íntima, la cual era tan fina que podría presumir de ella.

Salió a la pista ataviada con esas telas, y cuando el pianista inició la melodía, ella comenzó a jugar con la vaporosidad de los pañuelos que se movían alrededor de su cintura y su pecho con toda la gracia que ella sabía mostrar. El caballero la observaba desde la oscuridad del fondo, entre las sombras de la penumbra. Lara veía una forma humana, pero irreconocible.

Demostró poseer un talento especial para el baile, dejó impresionado a ese hombre que la miraba desde su anonimato. Y, una vez Lara se retiró al camerino a cambiarse de ropa, desapareció satisfecho.

—Vamos, Lavinia, estás contratada. ¿Esta noche serás capaz de recordar la coreografía que te indiqué? —le preguntó Nani mientras la ayudaba a recoger sus cabellos en un moño con algunas agujas que tenían en un cestillo sobre el tocador.

—Sí, creo que lo conseguiré. Practicaré un poco con Charlotte. Pero dígame, señora Nani, ¿quién es ese hombre? ¿Por qué se oculta? —asaltaba sus dudas intentando resolverlas.

—Es una celebridad en el mundo del espectáculo. Además tiene un estudio de fotografía. Siempre procura mantenerse distante ante las chicas —aclaró Nani.

—¿Quizás es por respeto a su mujer? —indagó Lara.

—No está casado. Aunque parezca inverosímil, no se le ve acompañado por ninguna pareja femenina desde hace tiempo.

—Entonces la tuvo, es decir, que una mujer ocupó su vida sentimental en el pasado —añadía Lara, dejando que Nani siguiera atusándola. Parecía que le estaba cogiendo cariño. Demostraba ser una chica tranquila, sin vicios, con la única aspiración por hacerse un sitio en el mundo con los instrumentos que poseía, el talento de la danza.

—Bueno, será mejor que dejemos esa historia para otro día. Ya está bien de charlas. Además, nos espera el coche a la puerta. Querrás descansar un poco antes de la actuación de esta noche, ¿verdad? Ya sabes que cerraremos tarde.

Las dos salieron y despidieron al pianista y a una señora que empezaba a sacar brillo de las botellas de la estantería de la barra. Después, subieron al carruaje y los caballos iban haciendo sonar sus cascos por la empedrada calle, pero Lara apenas los escuchaba, porque tenía en su cabeza el ritmo que esa noche debía marcar en el escenario junto a sus otras compañeras, a las que apenas conocía y que esperaba encajar con ellas para no desentonar en el grupo.

Charlotte aún dormía, con las cortinas echadas en la oscura habitación, donde Lara se quitó sin hacer ruido los zapatos y se tumbó en su cama, tal cual estaba, sin quitarse el vestido. No quería despertar a su compañera. Pasadas unas horas, el remolino de su estómago exigía alimento. Abrió los ojos y encontró, a su lado, en la mesita de noche, una rebanada de pan con miel y unos trozos de embutido. Miró hacia la cama de Charlotte, pero ya no estaba. «Qué amable», pensó. «Ha tenido el detalle de pensar en mí». Hizo desaparecer el contenido del plato en un santiamén, del hambre que tenía, sentada al borde de la cama, aun sin descorder las cortinas, pero podía ver la

habitación por la luz que surgía de debajo de la puerta, ya que había una buena ranura.

En breves segundos, la puerta chirrió al abrirse y Charlotte, con un reguero de agua que la seguía ante lo empapada que estaba, entró de puntillas en la habitación con un gesto de haber infringido alguna ley en el rictus de su boca.

—Estoy despierta, tranquila —le avisó Lara, tremendamente divertida por comprobar que esa chica intentaba respetar su sueño sin saber que ya se había despertado y había degustado su delicioso tentempié—. Muchas gracias por el pan con miel y el embutido, tenía un hambre de mil leones.

—Bueno, hay que celebrar que has entrado en el grupo de baile. ¡Qué menos que esto! —Charlotte fue derecha a la ventana para descorrer las cortinas. Tenía una toalla envolviéndola, pues se acababa de dar una ducha, y los pies descalzos iban marcando sus huellas por toda la habitación.

—He ido a la prueba con Nani, me ha ido bien —le contó, deseando compartir con ella sus progresos.

—¿Qué prueba?

—La que hacéis siempre, en el local de paredes de terciopelo rojas, donde también hay un pianista para las actuaciones. ¿O es que a ti no te la hicieron? —intentaba averiguar si es que no se acordaba o si es que con ella tuvieron un trato especial.

—Debe ser una táctica nueva. Ni a mí ni a ninguna de las otras nos han hecho pruebas. Nos contrató Nani sin más —le respondió Charlotte, secándose con la toalla desde las piernas hasta el cuello, tomando la misma toalla que la cubría para pasarla por toda su piel. Su talle era más alargado que el de Lara, más delgada, y algunos lunares se asomaban por sus nalgas. Aunque Lara se fijó más en ellos para comprobar que no eran tales, sino cardenales. Evidencias de haber sufrido algún que otro golpe o maltrato.

—Charlotte, ¿qué te ha ocurrido en las posaderas? Tienes unos buenos hematomas.

—Ah, no, no es nada. Caídas, nada más —le aclaró, aunque con el rostro algo confuso—. Y ahora, Lavinia, cuéntame todo acerca de esa prueba, que no salgo de mi asombro.

Lara le contó todo acerca de esa experiencia y Charlotte la miraba sin parpadear apenas. Realmente habían tenido un trato diferente con esa chica, puesto que a ninguna la habían llevado a ese local a bailar para el hombre misterioso.





## Capítulo 49

Pietrick se tomó el día libre acompañando a la señora Murphy. Tenía que hacer unos cuantos recados en la ciudad y no él le sirvió para cargar con los paquetes que iba recogiendo en cada tienda que entraba. Parecía que necesitaba calmar su angustia haciendo lo que más le gustaba: gastar.

—Quiero comprarte un traje, Pietrick, para que presumas de ser mi ayudante y lucir más elegante. Mis amistades, si es que lo siguen siendo tras la muerte de mi esposo, ya que a mí me han juzgado siempre mal, no tendrán que comentar sobre ti nada. Ya sabes que, en este mundo tan superficial entre la clase alta, la imagen es esencial. —Emily le agarró del brazo y le hizo entrar en una de las tiendas más caras de Detroit.

—Tengo un traje ya. Es de unos modistos que conozco. Será mejor que, si estás decidida en adquirirlo, se lo compres a ellos, si no te importa —le propuso Pietrick a la viuda, tuteándola tal y como ella se lo había pedido.

—De acuerdo. Vayamos pues, a esa tienda que mencionas.

—Gracias, Emily, te corresponderé con excelentes mejoras en tu casa. Creo que en el interior deberías tener también plantas para alegrar tus días —le contestó Pietrick, entusiasmado por haber tenido tanta suerte con la señora Murphy.

El carruaje les llevó hasta la fábrica de Charles y Michael. Enseguida hicieron amistad con la señora, la invitaron a tomar café y después le enseñaron todos los diseños que producían. Emily pagó el importe del traje de Pietrick y, entendiendo que le habían dejado la habitación hasta que encontrara otro lugar, la viuda resolvió el problema del alojamiento del jardinero con una idea que asombró a todos:

—Pietrick se alojará en mi casa. Está decidido. Iba a posponerlo hasta que viniera su amada, la señorita que debe traer desde otro estado, pero creo que debería irse asentando para acomodarla en condiciones.

Todos brindaron por ello. Parecía que el universo conspirar a su favor. Solo faltaba ella, Lara,

y no podía demorarse más en ir a buscarla. Su padre era una amenaza para su felicidad, y debía apartarla de él y de su miserable influencia cuanto antes.

—Quiero proponeros asistir esta noche a un espectáculo —dijo Charles, levantándose de la silla esmaltada en pan de oro, restaurada para conservar esa joya del siglo XV. Casi todos los muebles eran antiguos, y los cuadros adornaban las paredes igual que si fuera un museo. Todo inducía a un pasado glorioso europeo, el cual mostraban en adornos, cortinajes, y hasta en su propio lecho, imitación a los que tenían los reyes de la época imperial.

—Yo no debo acudir a ningún evento público que se considere lúdico. Estoy pasando un duelo, debo mantener las formas. Solo faltaría que los amigos de mi difunto marido me vieran de fiesta para acabar de dilapidarme —se excusó Emily ante la imposibilidad de acompañarles.

—Ya sabemos que tuvo usted algún que otro amante, Emily, con nosotros no tiene por qué escudarse. El amor es libre y debe darse rienda suelta a los latidos del corazón cuando suspiran por una persona que nos hace temblar de emoción —la interrumpió Charles, que tomó de la mano a Michael y le propinó un beso en sus dedos, demasiado intenso para demostrar que le amaba, que no mostraba ninguna objeción ante los impulsos de las pasiones y que no la culpaba por haber intimado con más de un hombre que no fuera su difunto esposo.

—Y también sabréis que mi Edgar tuvo muchísimos escauceos con las doncellas, con amigas de todo tipo, y que seguía siendo todo un caballero mientras que yo dejé de ser esa dama admirada que debía ser consintiendo sus deslices y leyendo vidas de santos. —Emily terminó por acercarse a Pietrick, que estaba en el extremo del sofá alargado que compartía con ella y le rozó su barbilla diciendo—: Pietrick, no te importe vivir con tu amada sin contraer matrimonio, sé que eso te preocupa.

—Quiero casarme con ella, Emily —le contestó Pietrick, cogiéndola de la mano y poniéndola sobre el sofá para decir con determinación—: Será lo primero que haga en cuanto la traiga. Ir a la iglesia y desposarla.

—Está bien. Entonces tendremos que ir a ver al párroco. Debe haber lista de espera y tú tendrás preferencia. Vosotros la tendréis. Le vendrá bien que aporte una cantidad para arreglar unas cuantas goteras en el techo de la capilla —aseguró dando unas palmaditas en la mano de Pietrick para acabar cogiendo su sombrilla negra de puntillas. Se levantó y animó a Pietrick a recoger sus cosas para volver juntos a la casa.

—Pasaremos a recogeros esta noche, Emily, no os arrepentiréis. Tengo un palco reservado y apenas seremos vistos. Podemos llevar máscaras, pues lo aconsejan para asistir con mayor libertad, sin ser identificados.

—¿Cómo se llama el local? —quiso saber Pietrick, para informarse un poco antes de confirmar la asistencia al mismo.

—Se llama “La luna azul”. Es un antro con clase. Os dejo un frac para Pietrick. No hace falta que lo pagues, Emily, hay confianza entre amigos. Porque intuyo que seremos muy buenos amigos, espero.

Charles afianzó su gesto de cordialidad brindando con su copa, alzándola como si hubiera decretado una nueva ley en su propio imperio.



## Capítulo 50

Esa noche, los focos del escenario irradiaban la belleza de las jóvenes que se entrenaban antes de abrirse las puertas del establecimiento. “El Lago” iba a ofrecer a la nueva bailarina como promesa de una nueva temporada de novedades, con la esperanza de ver crecer los ingresos en la caja.

Lara había ensayado varias veces los pasos y las compañeras comprobaron que no sería una carga por cubrir como otras que se equivocaban e intentaban hacer parecer que era parte de la coreografía, tapándola como podían o mismamente sacándola de escena con disimulo.

—Se ve que has nacido para esto, Lavinia, te felicito —le dijo el pianista, que enseguida se dio cuenta de que esa chica iba a llegar muy lejos, que era diferente, que tenía una estrella y que radiaba una energía celestial, impropia de ese mundo en el que estaba sumido noche tras noche, dándole a las teclas del instrumento que con tanta dedicación había sabido manejar tras años de conservatorio en Viena, Austria.

—Gracias... no sé tu nombre —agradeció Lara.

—Sebastian para servirte, Lavinia. Es un placer tocar para ti.

Nani apareció tocando las palmas para que se prepararan todas en el camerino y se maquillaran. La función estaba a punto de empezar.

Lara bailó no solo esa pieza que había aprendido, sino otras más en las que tan solo tenían que levantar las piernas como en el can can, y dar unos cuantos pasos a lo largo del escenario como si fueran mariposas. Se divirtió bastante, pero no miraba hacia el público. Si lo hacía perdería la concentración. Por eso jamás izaba sus ojos al frente. Miraba hacia los cortinajes de los laterales, o a la estatua del fondo que estaba situada delante del pasillo central. Era una figura de imitación al mármol, negra, de una Venus con un pecho al aire y unos angelitos a sus pies. Lara intentaba bailar para esa figura, como si perteneciera también a un museo del arte en el que se aprecia la belleza y la creatividad.



## Capítulo 51

Aquel lugar era especialmente sofisticado. Todo emanaba glamur y excesos. Los asistentes iban trajeados de etiqueta y las damas lucían hermosos diseños, enjoyadas hasta los tímpanos, un desparrame de lujos y ostentosisidad.

La pareja de Emily y Pietrick resultaba irreconocible. Ambos llevaban máscaras ocultando sus rostros. Eran de tipo veneciano, por lo que agraciaban su imagen. Charles y Michael no se las pusieron, prefirieron mostrarse como tantas otras veces que acudían allí.

En el palco reservado pudieron admirar la majestuosidad del teatrillo. No era un local

cualquiera, era un refugio para la cultura musical, aunque cuando salieron a escena los primeros personajes, todo se tornó en una clase diferente de demostración cultural.

Para su asombro, iban quedándose sin apenas ropa quienes danzaban al son del piano y de unos tambores que lo acompañaban.

—Bienvenido al mundo de las maravillas —Michael le susurró a Pietrick en el oído.

Estuvieron contemplando la actuación tan inusual y atrevida, bajo el punto de vista de su iniciada intrusión en ese ambiente tan desenfadado, y acabaron por aplaudir en una gran ovación conjunta del público que quedó maravillado de toda la emoción que habían hecho germinar con sus bailes armónicos y rítmicos. Era la belleza de la naturaleza sin el freno de los ropajes que tapaban los perfiles de las siluetas, tan fantásticamente expuestas en sus adorables muestras de baile artístico.

—Reconozco que ha sido admirable esta manera de exponer la desnudez en la inmersión de sus danzas —alabó Emily, poniendo una mano enguantada sobre su boca para que nadie más que los tres acompañantes la escucharan.

—Nosotros vamos a seguir la fiesta. La noche acaba de empezar. Esperamos que haya sido de vuestro agrado esta exhibición y que pronto podamos asistir a un nuevo evento —se despidió Michael en nombre de los dos.

—Sí, ha sido del completo agrado, al menos he podido distraerme de la pesadumbre que me asolaba. Hasta otro día, chicos —Emily también hizo honor a la muestra de amabilidad y cortesía de la pareja y, aún con las máscaras, se subieron a una carroza en la cual las ventanas estaban ahumadas para más intimidad en sus ocupantes.

Una fila de coches de caballos iba recogiendo a quienes habían asistido a la misma función. De pronto, un caballo con un jinete ataviado con una larga gabardina negra parecía estar observándoles desde el otro lado de la calle. Su sombrero de ala ancha no permitía reconocer con claridad su rostro. Al ser sorprendido, tiró de las riendas de su caballo y echó a trotar perdiéndose en la lejanía. Se lo tragaron las sombras de la noche y un escalofrío recorrió la espalda de Pietrick, algo le decía que ese hombre le había puesto el ojo encima con algún propósito y desde ese momento se sintió vigilado.



## Capítulo 52

El cónsul de los Estados Unidos en Hawái, Edward Peterson, se había instalado en Marshall, Michigan, en una de las casas que pertenecía a unos terratenientes que volvieron a Europa. La reformó y la dotó de una fabulosa decoración de estilo italiano en su renacimiento gótico. Había quedado impresionado por el maravilloso paisaje de las islas tropicales y quería seguir recreándose en tales impresiones pintando las paredes con escenas tropicales. Para sus jardines, quería instalar puentes de madera como los que se fabricaban simulando el noble material de una manera artificial, era una técnica francesa llamada *madera falsa*, a base de cemento con una capa de pintura marrón con vetas. Gracias a sus ganancias con el petróleo, su hijo, el cual había vivido en Texas, invirtió parte de su fortuna en la casa de su padre, convirtiéndola en un verdadero parque de atracciones, donde iban importantes celebridades de diversos ámbitos. Una inmensidad de estructuras paisajísticas formó una de las más atrayentes opciones para que los multimillonarios pasaran sus vacaciones recreándose en sus instalaciones.

Lagos que eran cruzados por largos puentes, palomares, fuentes, diversos kioscos donde se ofrecían bebidas y tentempiés, albercas para nadar y pescar, pajareras con decenas de nidos dentro para albergar pájaros de vistosos plumajes dentro.

El senador Servan pensaba visitar ese lugar en su viaje de novios con la señorita Lara, la cual pasaría a formar parte de su ajetreada vida en la que no faltaban amistades como contrabandistas y gánsteres.

Maggy se había puesto en contacto con Pietrick, habiéndose enterado de que Servan le tenía controlado. Por suerte, no había encontrado aún a Lara, y aunque él la buscaba noche y día por la ciudad, preguntando a todo el mundo si habían visto a una chica con tales características, no obtuvo ninguna pista sobre su paradero.

Quienes habían visto a esa joven rubia, con esos ojos tan singulares, que deseaban sumergirse en ellos y perderse en sus profundidades oceánicas, no la relacionaban con la joven que él describía, ya que la joven había cambiado por completo de aspecto. Se había puesto peluca de tono rojizo y por el día apenas era vista, ya que su trabajo era nocturno y prácticamente no pisaba

la calle. Salía de la pensión y entraba en el carruaje. Comía en el mismo comedor donde se alojaba con Charlotte, y muchas veces hasta les subían a la habitación la bandeja, de lo cansadas que estaban con el trajín de la noche, en la que no paraban de bailar y animar al público.

Lara, además, había obtenido otra variante en su trabajo. Aparte, iba interviniendo en otros espectáculos, pues el pianista, que había creado un estrecho vínculo con ella, formó con ella un dúo que triunfaba por la calidad de sus interpretaciones, tanto musical como interpretativa.

Lara descubrió que tenía otro talento: el canto. Y además de danzar, entonaba bellas canciones que su acompañante tocaba al piano deleitando a un gran número de admiradores que cada día crecía en aumento.

También bailaba en el otro local al que acudió para la prueba. Pero siempre iba sola, y tan solo tenía un espectador: el hombre misterioso que nunca revelaba el rostro desde las sombras. Solo que allí ya tenían pianista, por lo que Toni no traspasaba nunca la puerta, aunque ganas de hacerlo no le faltaban. La esperaba fuera, pues no quería dejarla demasiado tiempo en esa sospechosa muestra de arte ante un completo desconocido que se escondía como si temiera ser identificado.

El senador Servan seguía sin recibir ningún dato sobre la joven con la que se iba a haber casado. Harto de tal situación, ideó una trampa para poder dar con ella.

Mediante un cebo, haría que Lara saliese de su escondite. Y nada mejor que poner una fotografía de Pietrick, el joven jardinero que, según su padre, podría tener que ver con su huida a Detroit. Le costó bastante comentarle a William que les había visto muy unidos aquel día en el jardín de su mansión. Servan, conociendo mediante los espías que estaban pegados a las espaldas de Pietrick, que no estaba con Lara, se mostró demasiado tranquilo en cuanto a que algún hombre pudiera estar “tocando” su mercancía a adquirir. El senador anunciaría a Pietrick en un acto público con carteles y en la prensa por todo Detroit. Seguramente, ella acudiría para reunirse por fin con él, para volver a verle. Mediante algún tipo de chantaje —con el fin de llevársela de vuelta a Cleveland—, el asunto quedaría resuelto.

Pero Maggy, que había estado al corriente de esa estrategia, en la que incluso intervino apoyando al senador y a William mientras lo acordaban —afirmando que era lo mejor para la joven—, quiso avisar a Pietrick sin que ellos dos lo supieran.

William necesitaba ganarse los favores del senador de alguna manera. Y, a su vez, Maggy intentaba mantener la confianza que su cuñado William estaba poniendo en ella. Le asustaban sus ojos negros, profundamente oscuros como una noche que no tiene fin y que atrae las pesadillas más tenebrosas. El alboroto de su espíritu atormentado le exigía calma mediante algo que estaba acostumbrado a hacer: maltratar a mujeres de la vida en una sala especial del club social de hombres que compartían esa misma afición. Eran impunes a esos actos deleznable, puesto que las pobres mujeres, sometidas a continuas humillaciones y exigencias sexuales de lo más vejatorio, tenían un pie en la cárcel por distintas razones. Unas habían robado algún objeto en la casa donde servían, o simplemente la señora de la casa lo había extraviado tontamente y les habían cargado con la culpa; otras, las cuales eran muy jovencitas, venían del orfanato, y desde bien pequeñas habían sufrido los abusos de sus superiores, aleccionándolas a todo tipo de práctica sexual para complacer y dar satisfacción a cambio de favores, de doble ración en el comedor, de mejores

condiciones en su habitación y dotándolas de algún mando para tener poder sobre sus compañeras de hospicio.

Una tarde, el senador y William estaban disfrutando de sus escarceos placenteros en ese antro de perversión, tomando tantas copas que no podían apenas poner un pie sin tambalearse. Las chicas les rodeaban con mimos y carantoñas intentando obtener toda la atención para ser la preferida y pasar un rato íntimo con ellos en la cama de una de las habitaciones, cuando de pronto, William escuchó cómo le hablaba Servan a una de las chicas:

—Cariño, voy a hacerte lo mismo que haré a mi querida Lara cuando sea mía. Hoy te vas a llamar Lara, pequeña. Eres rubia, como ella, y tu cuerpo será el de ella. Te azotaré como a una perra que se merece un escarmiento, después te besaré los golpes y por último te cubriré con mi hombría, marcándote para siempre como propiedad mía. Vamos, tengo deseos de demostrar lo que esa zorra se merece —enunció en un tono de embriaguez temible y escalofriante.

La joven a la que dirigía esta amenazante intención se sentó en sus piernas y comenzó a lamerle la oreja:

—Hazme todo eso, amor. Soy tu Lara, tu zorra, la que merece esos azotes y calme tus arrebatos. Vamos a la cama y hazme lo que quieras. Soy tuya.

Servan la pellizó en las nalgas, dejando un cerco rosado alrededor. La chica apenas llevaba ropa, solo un picardías transparente que continuamente se levantaba mostrando sus vergüenzas y dejándolas a merced de las manos de quienes la quisieran sobar. De un tirón la empujó para que se levantara y la siguió, como un verdugo que va a poner fin a un castigo pendiente, hasta el fondo de una habitación, la más tétrica y terrible, la de los sacrificios. En ella había de todo para saciar el instinto sádico de los clientes.

Después, una sinfonía de aullidos y gritos lo dijo todo. Tras media hora de intensa actividad, Servan salió con las manos ensangrentadas. Se agarraba a las paredes. Una de las chicas, que salía de otra habitación colocándose el cabello en un remolino y lo sujetaba con una aguja detrás en la nuca, ataviada con una bata de seda roja y flores negras, lo vio y se tapó la boca con las manos. Había oído los gritos, pero en esa habitación tenebrosa era algo habitual. Muchas veces se llegaban a fingir para dar más placer al sádico que se ensañaba dentro con la chica de turno, pero pocas veces había corrido la sangre, y esta vez parecía que se había producido una verdadera sangría.

William se había ido ya de allí, de ese antro donde todo apestaba a vicio, sexo, alcohol, prostitución y negocios clandestinos. Le había hecho reflexionar lo que Servan había dicho al respecto de su hija Lara. En sus visitas a ese club solía tener sexo con las chicas, a veces con tres a la vez, presumiendo de potencia y vigorosidad, comentando que eso no se podía hacer en el matrimonio y que, una vez casado todo cambiaría, que sería romántico con Lara y que dejaría ese vicio para ocasiones especiales, únicamente. Como casi todos los maridos que acudían a sitios como ese para pedir cosas que no querían hacer sus mujeres.

Pero imaginar a su hija sufriendo los abusos de ese hombre, por muy poderoso que fuera, le estaba empezando a doler. Servan no había expresado nunca lo que escondía en sus planes para



con la bella Lara. Y en ese estado de extrema embriaguez se delató como un ser miserablemente abominable.

Al regresar a la mansión, solo, se sintió mal. Algo le removía las entrañas. Era su rescatada conciencia que había despertado de repente al imaginarse a su hija, a la que había criado y educado en buenas instituciones, y que algún día heredaría todo su legado, el que en el fondo estaba construyendo para ella. Porque él ya había gozado de la vida todo lo que había querido, había escalado muy alto, ya era el famoso y respetado alcalde de la ciudad, pero aun así se sentía vacío.

Un soplo de aire frío se adentró en sus huesos. Entonces, comprendió. La muerte le rondaba. Su pecho se encogió y una tos repentina se hizo presente, fruto de una grave congestión que estaba asolando a sus pulmones.

Las paredes de la mansión parecían recibir los impactos de esa tos violenta, pero los devolvía sin absorberlos, haciendo eco en el cerebro de William en forma de voces que repetían una y otra vez:

—«Irás al infierno, Teslas, si tu hija cae en manos de ese perturbado de Servan»

Se fue directo al mueble de las bebidas. En la pared había un cuadro que abarcaba en una gran dimensión toda la panorámica de la habitación. En él, estaba su hija retratada, con la edad de 15 años, sentada en un columpio con un vestido azul turquesa, rodeada de flores bajo un cielo azul de nubes de algodón. Le miraba a él, a su padre, con esos ojos oceánicos, y parecía hablarle. «Ayúdame, padre, no dejes que sufra, ayúdame».

Tomó la copa que se había servido de Whisky y la lanzó contra la chimenea, donde no se había vuelto a poner ningún leño a arder desde que ella se marchó. La frialdad conservaba su recuerdo así como iba haciendo crecer humedades que se adueñaban de las paredes y alfombras.

—«Cómo he podido ser tan mezquino», se dijo.

La penumbra se disipaba a la luz del candelabro que William sujetaba con tres velas encendidas. Enfocó hacia la puerta y salió con un objetivo en concreto. Fue a la habitación donde había encerrado a Sophie. A medida que avanzaba su corazón palpitaba a ritmo desacompañado. Le estaba fallando también. Alumbró toda la estancia. Se quedó ahí parado, pensando, en profundo silencio. Una lágrima brotó de sus ojos acuosos. Parecía que había podido sentir algo de pena. Él, que no hacía ningún caso al sufrimiento de su mujer, ahora que estaba débil parecía temblar por lo que había hecho, se veía a sí mismo como un verdadero monstruo. También se vio acabando con la vida de Clarise, estrujando su cuello hasta hacerlo crujir, ahogándola con la cuchara, y enterrándola cerca de la ribera, sesgando su juventud para acallar un secreto que escondía en la mansión, para que nadie hablara de la espantosa realidad de la señora Teslas, de la crueldad de su aislamiento, y con ello evitar que él cayera en picado en su carrera política.

Se asomó a la ventana enrejada, queriendo tomar aire, y afuera la luna ofrecía un increíble espectáculo. Su reflejo en el estanque de la fuente, el brillo de los pétalos de las flores que habían abierto su cáliz justo en la fecha en que su hija cumplía los 20 años. Pero no estaba allí, ella estaba viendo la misma luna desde otro lugar, lejos de las zarpas de su egoísmo. Y se alegró por

ello. Otra lágrima surgió y luego otra y otra y otra, para desencadenar en un llanto que quebraba su espíritu y solo tenía una frase que decir:

—«Has volado, hija mía. Te has liberado de esta jaula en la que yo te metí. No vuelvas jamás. Yo me quedaré para destruirla, acabaré con el infierno que yo mismo he creado».



## Capítulo 53

A Sophie le pusieron una compañera de habitación. Era una señora muy mayor, una anciana a la que le quedaban pocos días de vida. Un suspiro por agotarse en cualquier momento. Lo extraño era que la señora no dormía en ninguna cama, puesto que no la había. La había encontrado sentada en la silla cuando se despertó a media noche. La miraba dulcemente y, una vez que se cercioró de que estaba completamente despejada, intentando saber quién era, la anciana le dijo:

—Querida, me temo que tenemos que pasar unos días juntas en esta habitación. ¿No te importa?  
—Aunque podría parecer que la anciana fuera una enajenada mental, el tono de su voz y su mirada hacían creer que no lo era. Que estaba cuerda, y que el motivo de su presencia en ese hospicio fuera la necesidad de atención en su situación de completa dependencia.

—No, por supuesto. Es grato tener a alguien con quien hablar. Pero venga, acuéstese usted en la cama, debe de estar muy cansada. Yo ya he dormido suficiente —le ofreció Sophie mientras se levantaba y se bajaba la largura del camisón.

La anciana se metió en la cama, con la ayuda de Sophie. La tapó con la sábana y se sentó a su lado en la silla.

—Duerma, esté tranquila. Descanse.

—Sí, lo haré. Porque he conseguido salvar a Maggy, tu cuñada. También he impedido, con ello, que encuentren a tu hija. Ella está a salvo, lejos de Ohio, en otro estado. Y tú pronto te reunirás con ella. Vendrá a verte. Resiste —repetía como en una oración, dejando tan sorprendida a Sophie que esta se levantó, se arrodilló ante la anciana y la tomó de las manos.

—¿Quién es usted? ¿Por qué conoce a mi familia y cómo me puede asegurar de que todo lo que dice es verdad? —le preguntaba Sophie con un mar de lágrimas en sus ojos a punto de derramar.

—Soy alguien que ve más allá de lo superficial, veo lo que ocurre en la distancia y me ha conmovido mucho su historia. La vida nos ha unido por alguna razón, aquí en esta habitación. En cuanto la vi, cuando me metieron en esta habitación, supe por lo que usted había pasado, y que tenía relación con la señora que visité en Cleveland, Maggy. Thomas, el jardinero, me llevó hasta ella por un asunto de la revista que dirige.

—Ya creía que iba a morir sin saber nada de mi querida hija. El destino la ha traído para que no muera con la pena de haberla perdido para siempre —Los ojos de Sophie se agrandaban intentando ver un horizonte esperanzador.

—Verá, señora, yo también creía que mi fin había llegado en este hospicio, que ya no tenía nada que hacer en este mundo, que mi trabajo había concluido. Pero me equivoqué. Solo Dios sabe cuándo es nuestro momento. Encontrarla y poder transmitirle todo esto me lo ha demostrado. Somos mensajeros del cielo cada segundo de nuestras vidas.

La anciana iba cerrando los ojos. Sus labios apenas emitían palabras congruentes, pues le costaba pronunciarlas, solo susurraba algo que parecía decir «Tengo sueño, mucho sueño...»

Sophie se echó a un lado, intentando acomodarse en el mismo colchón. La abrazó poniendo una mano sobre su brazo y cerró los ojos. Poco a poco, una sonrisa fue dibujándose en su rostro. Sophie estaba recuperando las ganas de vivir.



## Capítulo 54

Pietrick, animado por Emily, se ofreció a trabajar en la remodelación de los jardines del cónsul Edward, en Marshall. Curiosamente, fue aceptado de inmediato. No había grandes competidores. Lo que no sabía era que daban carpetazo a todos los que se apuntaban en el proyecto, esperando que él participara. La trampa empezaba a funcionar. Ahora solo faltaba anunciarlo a bombo y platillo por todo Detroit y demás ciudades de Michigan. Revistas, carteles publicitarios... un sinfín de propaganda en la que estaba su foto y la dirección de la finca del cónsul. Se facilitaba un transporte gratuito para asistir al evento. Era muy difícil ignorar ese evento, todo el mundo lo tendría en boca.

Por entonces, Emily había conseguido crear una firma importante de creación paisajística con Pietrick. Ella asumía todos los gastos y él se entregaba con dedicación plena en acaparar cuantos más proyectos mejor. En solo unas semanas, se hicieron con toda la avenida. Todos los jardines fueron a parar a sus manos. Contrató personal para trabajar y él estaba al mando. Emily le frenaba cada vez que él quería viajar a Cleveland a buscar a Lara. «Espera a que seas importante, entonces ella te admirará y querrá venir contigo. Es una señorita de alta sociedad, y si ve que eres un simple jardinero, no le interesarás», le decía para amilanar su entusiasmo y hacerle prosperar. Pero lo que verdaderamente hacía era ganar tiempo. Porque le quería solo para ella.

Impediría, en lo que le fuera posible, que ella viajara a Detroit. Algo que Pietrick desconocía. Se fiaba de ella, cada vez le hechizaba más con sus demostraciones de cariño y sus halagos.

—Te acompañaré, podremos instalarnos en el palacio de los Aspers, son primos lejanos y me tienen en buena estima. Su forma de vivir es liberal, por lo que no pondrán ninguna objeción en que vaya acompañada por ti. Les hará ilusión alojar al gran emprendedor en diseños de jardinería —convencía Emily, empujándole con el codo.

Estaban en el salón tomando una copa de brandy. Cada día hacían un baremo de los progresos sentados junto a la gran mesa en la que antes su marido recibía a la familia y ella tenía que soportar las miradas de reproche de todos y los cuchicheos en la oreja sobre su vestimenta, su manera de maquillarse, de hablar, de todo en definitiva. Era la diana de los comentarios críticos. Destructivos, por supuesto.

—Emily, han sido unos meses de extraordinaria entrega hacia mí. Te agradezco todo tu afán porque yo prospere. Te devolveré cada centavo que has puesto en mis manos con creces. Has sido la única persona que ha creído en mí, aparte de mi tío Thomas.

Ella se acercó para escuchar con mayor detenimiento sus palabras. El efecto del licor había producido un rubor en sus mejillas y una alteración en su estado de ánimo. Todo lo que ella sentía hacia él se estaba desatando por momentos. Era como una presa a punto de desbordarse e inundarlo todo.

No había querido intimidarle para no perderlo, respetó su solitaria estancia en el lugar que había destinado para él, sin entrometerse nunca, pero se moría de ganas por meterse en su cama o arrastrarle hasta la suya, de derramarse en miles de besos y caricias sobre su cuerpo, el que ahora latía tan cercano, y cuyo aliento embriagaba sus sentidos hasta hacerle perder el freno en su compostura.

—No tienes que agradecerme nada, Pietrick. Eres muy importante para mí. Me has dado la vida. Yo estaba hundida, y desde que apareciste, se iluminó mi corazón. Además, eres mi debilidad. Haría por ti lo que fuese —se insinuó un poco, poniendo cara de engatusamiento.

—Eres una mujer muy buena, y muy bella. Veo cómo te miran los hombres y te desean —Pietrick añadió, correspondiendo a los halagos.

—No me interesa ningún hombre —Ella se apartó al decir esto y puso sus manos sobre su rostro, intentando que él no la viera llorar.

—¿Qué te pasa, Emily? ¿He dicho algo que te moleste, que te haya hecho recordar? —Pietrick no soportaba ver llorar a una mujer. Los lamentos femeninos eran para él una espada que se le clavaba en las entrañas.

—No, Pietrick, no tienes ninguna culpa. Es que yo soy así, aunque parezca mentira, y todo el mundo crea que me arrojé a los brazos de cualquier hombre por el desliz que cometí estando casada, no he estado más que con dos hombres en toda mi vida. Mi marido y aquel amante que tuve. Y los dos fueron arrogantes conmigo. No tenían la delicadeza que tienes tú. Ellos solo querían saciar su deseo. Por eso no caeré de nuevo. No soportaría volver a sentirme utilizada —confesó, mirándole con el pañuelo tapándole la nariz para evitar el posible goteo en esa congoja repentina.

—Emily, ¿cómo no se va a ser delicado contigo? Eres una mujer maravillosa, actúas con una generosidad extraordinaria. Intento corresponder como puedo a todo el esfuerzo que haces conmigo. Pero lo haces con todo el mundo. Ayudas a todo el mundo, no he visto a nadie que no haya sido favorecido por tus aportaciones, ya sea el personal del servicio, el instituto de la caridad, la asociación de minusválidos, los veteranos de guerra y en general contribuyes a que todo mejore. Emily, eres además una bella dama. Seguramente encontrarás a un hombre que aprecie lo mucho que vales, y entre todos los que te miran por la calle o en las reuniones que asistes, alguno habrá que tenga suficiente cerebro y sensibilidad como para reconocer la diosa que hay en ti. Eres perfecta, Emily....

Ella se iba deshaciendo como el hielo ante un sol de agosto, su tensión se relajó completamente y amaneció la sonrisa en su rostro despejando también una brisa de alegría las nubes de su confusión y abatimiento.

No pudo emitir ninguna palabra, tan solo se miraron y dejaron que el influjo de todas esas sensaciones acabara por manifestarse en algún tipo de reacción por parte de ambos.

Era inevitable. Se querían, se tenían profundo afecto, y ahora parecía que estaban destinados a demostrarlo como la mujer y el hombre que eran, entregando todo el cariño en un beso que les atrajo sin poder impedirlo. Un magnetismo inquietante les unió juntando sus labios, probando la

sal de sus bocas, ansiando llegar más lejos y sucumbiendo al deseo por estrecharse más y penetrar sus bocas en seguidos besos donde abrían más los labios y entraban las lenguas hasta encontrarse la una con la otra hasta danzar juntas dentro de las cavidades que se calentaban ardientemente y se dejaban deleitar con sus alientos cálidos, emanando deseo a raudales.

Esa noche desataron las riendas de sus pasiones liberándolas hasta desfallecer. Se entrelazaron entre las sábanas del lecho en el que ella solía dormir y desde ese día compartieron la alcoba como un matrimonio más. Conocieron cada rincón de sus cuerpos al detalle tras noches de fogosas entregas. Estaban embebidos en una nube de vapores que mantenía el raciocinio aparte. Él solo pensaba en ella durante el día, en sus curvas, sus cavidades, sus enclaves poblados y el sabor de su piel. No había tenido nunca a una mujer entre sus brazos y con ella aprendió todo lo que un hombre consigue provocar en un cuerpo meciéndolo al compás de un deseo salvaje y tierno a la vez.

La primavera había estallado con fuerza en su virilidad, su miembro se enervaba solo de pensar en ella, en Emily, al saber que al llegar a casa, a la hora que fuese, la encontraría abierta para él con solo mirarla de esa manera que ellos dos sabían, con lascivia. Ella cada día le enseñaba más juegos lujuriosos y en su afán se convirtieron uña y carne, hasta el punto que incluso en público, estando en alguna plaza o en algún teatro, deseaban seguir satisfaciendo sus instintos, escondiéndose en algún rincón para devorar sus bocas o tocarse en un estrecho abrazo, como dos amantes apasionados que no pueden controlar el fuego de sus impulsos y se queman en vivo solo de mirarse.



## Capítulo 55

Lara y el pianista formaron un dúo espectacular. Pero a él le estaba costando seguir ocultando sus sentimientos. Estaba casado con una modista, la cual sentía que le estaba perdiendo, que ponía mil excusas para ir a ensayar y estar con Lavinia (Lara). Ya estaba acostumbrada a verle regresar tarde cuando trabajaba en el club de Nani, pero ahora era diferente. Antes le comentaba los detalles de las chicas, que si a esta chica la han despedido, que si a la otra la han pisado y empujado, que si aquella no sabe bailar, que si otra es una pelantrusca y se lía con cualquier

cliente en los callejones... y ella le escuchaba complacida de poder estar al tanto de lo que pasaba en el local donde su marido tocaba el piano la mayor parte de la semana.

Si antes iba solo de noche, ahora con Lavinia iba también por la tarde a ensayar. Quería, por tanto, verla actuar, solo así entendería el mutismo al respecto de ese dúo que su marido empleaba, pues no le refería ningún detalle, solo que les había ido fantásticamente, que el público respondía con grandes aplausos y vítores y poco más. Siempre le encontraba pensativo, componiendo nuevos temas para ella. Algo que nunca había hecho, pues en el local tocaba composiciones ya realizadas por otros autores ya conocidos en aquella época.

Entonces, se empezó a propagar la inauguración de una casa dotada de un gran exotismo que el cónsul de EEUU en Hawái, Edward Peterson, había construido en Marshall, Michigan, cuyos jardines fascinantes eran obra de un conocido jardinero que tenía una importante firma paisajística llamado Pietrick Mather. La fotografía que acompañaba esta publicación presentaba a Pietrick, con su rostro sonriente al lado de la exótica mansión de estilo tropical.

Se indicaba la forma de acceder gratuitamente mediante un tranvía y autobuses que llegaban hasta allí, acogiendo a todos los curiosos que quisieran unirse al espectáculo que allí se iba a representar.

Fuegos artificiales, orquestas que amenizarían bailes al aire libre, casetas con aperitivos y restaurantes en carpas para atender la demanda de consumo que en esa semana de jornadas intensivas mostraría el esplendor de las extensiones ajardinadas.

Lara estaba entonando una de las canciones que abrirían un desfile de moda cuando vio cómo caía un papel de encima del piano donde su compañero tocaba acompañándola. Fue a recogerlo y, al darle la vuelta, reconoció al que estaba retratado en la fotografía del anuncio. No daba crédito a lo que veía. Era él, su Pietrick, el chico que silbaba bajo su ventana, el que despertó en ella una gran curiosidad por conocerle y provocar que hiciera travesuras para poder hablar con él. Fue el resorte que movió su vida para encauzarla hacia otro rumbo, hacia ese estado en el que se había embarcado en una aventura que parecía diseñada para no volverse a encontrar, porque el azar no había ayudado para ello.

Pietrick no había figurado hasta ese momento en ningún acto público con la transparencia que en ese panfleto se mostraba. Hasta ese momento era un personaje anónimo. Tan solo conocido por los clientes que a él se referían como el amigo de Emily Murphy, y muchos creían que eran incluso pareja oficial, a la que tan solo les faltaba pasar por vicaría para dar por formalizada su relación conyugal. Por eso Lara no daba con él, porque por mucho que preguntara por algún jardinero llamado Pietrick Mather, venido de Cleveland, nadie sabía nada al respecto. Tan solo supo de un Pietrick, del que no sabían su apellido pero que vivía con una viuda rica con la que llevaba una importante firma de jardinería. Enseguida desechó la idea de que pudiera tratarse de él. Sin embargo, cuando cogió ese papel entre sus manos y se dio cuenta de la magnitud de su empresa, reconoció que debía haber indagado más acerca de aquel Pietrick que mencionaban y que por lo visto se había juntado con una mujer poderosa, algo que a ella no le acababa de convencer, que pudiera estar llevando una relación amorosa con una mujer que no fuera ella misma, a quien prometió un día colmarla de amor en cuanto pudieran fugarse juntos y que el destino les separó en ese lapsus de tiempo hasta volverse a encontrar.

En un profundo eclipse emocional, no se amilanó ante la presencia de otra mujer en la vida de Pietrick, y sin que su querido amigo pianista supiera nada, tomó ese tranvía que le llevaría hasta los coches de caballo que conducían a todo interesado en conocer los maravillosos parajes de la exótica mansión y sus fabulosos jardines. Y poder verle a él, a Pietrick, el cual estaría allí en la inauguración, y poder decirle lo mucho que le había buscado y sus deseos por iniciar una vida juntos, por colmar todas las esperanzas que habían fraguado en los días y en las noches de su estancia en Detroit. Porque estaba allí por él, y aunque tuvieran que pasar tantos días hasta verse de nuevo, había merecido la pena, pues se había convertido en una mujer independiente, fuerte, capaz de demostrar su talento, sin buscar refugio entre sus brazos y confundir amor con necesidad de protección. Quería saber si su corazón seguiría latiendo con la misma intensidad con la que lo hacía cada vez que le veía desde su ventana en la mansión de Cleveland, si ahora era diferente y aquello se había esfumado igual que las nieblas de la mañana ante el sol del mediodía.



## Capítulo 56

El senador Servan fue avisado por sus espías.

—La tenemos, señoría. La chica está camino a Marshall. Esperamos sus órdenes para actuar — le transmitieron desde el despacho de Detroit. La comisaría de policía dejaba entrar a los esbirros de Servan, a los que tenían como parte del equipo de investigación, concediéndoles plena libertad para disponer de los medios que allí les facilitaban.

—Estupendo. Detenedla con algún pretexto en la estación. Voy de camino —ordenó el senador, el cual estaba esperando cualquier atisbo de su presa. Ya se había instalado en Marshall, en la habitación reservada para importantes huéspedes, y celebraba con el cónsul el acontecimiento junto a los demás miembros de la manada política.

—Me ausentaré durante unas horas para conocer la zona, Edward, espero poder contar con uno de tus coches —avisó Servan a Edward, el cual desconocía las verdaderas intenciones del senador. No sabía nada sobre esa joven que él deseaba capturar para hacer con ella todo cuanto se le antojara y vengarse de su escapada poniéndole en ridículo, pues todo lo que quería lo conseguía, menos ella que había escapado a sus viles propósitos.

—Por supuesto, puede disponer de uno de mis vehículos. El chófer le conducirá por los lugares que desee conocer —contestó Edward, el cónsul.



Servan escogió un coche con los cristales tintados, cuyos asientos traseros estaban totalmente escondidos ante las miradas de los transeúntes, incluso del propio conductor, ya que había una separación entre la cabina del chófer y la parte trasera de los pasajeros. Era un coche especial para acoger a personajes que exigían la mayor privacidad posible. Podía ser el que llevar al mismísimo presidente de los Estados Unidos, al cual muchas veces no le interesaba dar a conocer su estancia en determinados lugares, alguno no muy respetables que pudieran manchar su expediente presidencial.

Servan se sentía como un dios en pleno apogeo, ensayando mil y una formas en su mente a proceder con la joven Lara, para cuando al tuviera a su merced.

En la estación del tranvía, los pasajeros iban tomando los carruajes que les llevaban hasta la gran fiesta que daba comienzo en breve. Había orquestas que desfilaban junto a una serie de figuras importantes en el mundo empresarial. Era un gran acontecimiento.

Lara salió del tranvía y enseguida se le acercó un hombre, vestido de policía.

—Venga, señorita, ocupe su lugar en el coche antes de que se llene —le guiaba hasta el mismo coche en el que estaba Servan dentro esperándola. Iba a caer en la trampa.

A ella, que todo su afán era encontrar cuanto antes a Pietrick, aquella era una gran oportunidad para llegar enseguida, y no tener que hacer cola ante la fila de pasajeros que los coches de caballo llevaban hasta la mansión y sus jardines.

Marshall era una ciudad totalmente desconocida para Lara, todo le parecía imponente, extremadamente moderno, y ansiaba empaparse de esas impresiones junto a Pietrick, con quien esperaba compartir los mejores momentos de su vida, ahora que los dos eran libres para mostrarse tal y como eran, sin la presión social que en Cleveland les asolaba.

Servan la veía llegar desde dentro del coche. Estaba muy hermosa, más delgada y muy estilizada. Sin duda, las sesiones de baile habían contribuido a ello, además de poderlo mostrar por sus ropas ceñidas, adaptándose al contorno tan sensual que seducía las miradas de todo el que se cruzaba en su camino, pues verla caminar era todo un espectáculo.

—Pase, señorita, creo que en este coche irá mucho mejor que en los de caballos. Llegará más rápido y más cómoda —le ofreció el hombre vestido de policía.

—Gracias, la verdad es que estoy deseosa de llegar. Por lo visto ese tal Pietrick es un genio en diseñar jardines —contestó Lara, a la cual le resultaba difícil ocultar la gran alegría que sentía al verse tan cerca de su objetivo.

La puerta del coche se abrió y ella se introdujo cogiéndose la tela de la falda para que entrara sin problemas. Ya tenía medio cuerpo dentro cuando se dio cuenta de que alguien estaba al otro lado del largo asiento. No le podía ver bien, pues el sol la había cegado y el interior estaba muy oscuro. Solo veía el brillo plateado de un bigote y el dorado del mango de un bastón, sostenido por una mano ancha de dedos como garras.

El empujón que la acabó de hacer entrar le dio la impresión de que aquello no era un

desplazamiento normal, que algo querían de ella y por ello ese extraño ofrecimiento como si fuera alguien especial, ya que a los demás pasajeros no les habían guiado hasta ese coche, solo a ella. Entonces le vio. Se adaptó a la sombría luz del coche y reconoció sus ojos negros, su mirada sanguinaria, su voz tormentosa:

—Buenas tardes, querida.

Lara se vio atrapada en una caja hermética de la que no podía salir. Intentó abrir la puerta y saltar aunque ya estuvieran en marcha. Prefería lastimarse antes que seguir un segundo más con ese hombre.

Sin mediar palabra se abalanzó sobre ella.

Peleó todo lo que pudo, con uñas y dientes, pataleando, gritando. Pero sus voces eran acalladas por la mano de Servan, que con una gran presión la dejaba sin aliento, asfixiándola por momentos.

El senador introdujo una de sus manos por debajo de su vestido y le arrancó de cuajo la ropa interior. Buscaba una prueba de su inocencia, algo que le entusiasmaba hasta límites insospechables. La pureza de esa joven era lo que más perseguía, pero si la había perdido, dejaría de ser su objetivo para buscarse otro.

Un agudo chillido centró el momento en el que él llegó hasta el punto en el que ya no se podía traspasar más. Era el himen, y lo tenía íntegro. Su satisfacción le hizo relajar su tensa lucha con la joven, a la que cogió de las manos, inutilizándolas, y mirándola a los ojos le dijo:

—Veo que me has esperado, que ha llegado el momento de hacerte mía.

Y, como si se hubiera apoderado de él toda la fuerza de los titanes, se echó sobre su cuerpo y ahí mismo, en el asiento se propuso consumir lo que tanto ansiaba. Después, la llevaría a un lugar apartado donde haría con ella todo lo que había hecho con la chica que dejó sangrando en el club y que aún no se había repuesto de las heridas.

Lara no podía moverse apenas, tenía la enorme masa de Servan sobre sus piernas, y sentía que su miembro se iba acercando por sus muslos buscando satisfacción, queriendo penetrarla en contra de su voluntad.

De pronto, el vehículo se detuvo. Un disparo al aire hizo saltar las sospechas de que les habían atacado. Podría tratarse de una banda de criminales que quisieran secuestrar a los ocupantes del coche y exigir una recompensa, pues ya había ocurrido en alguna ocasión. Pero no, no buscaban recompensas ni capturar a nadie. Querían la cabeza de Servan.

Las puertas se abrieron. Afuera, el conductor yacía en el suelo, con los brazos extendidos y las piernas igualmente, pero vivo. No le habían dado. Tan solo era un aviso por si se resistía a parar.

Un hombre con la cara tapada por un pañuelo negro que tan solo permitía ver sus ojos por dos agujeros, encañonaba el rifle mientras les hacía salir a ambos, a Servan y a Lara.

—¿Qué diablos quiere? Va a tenerlo difícil, mis hombres darán con usted y le harán picadillo —decía Servan, temblando, tratando de hacerse el valiente. Sus pantalones bajados le llegaban a

las rodillas. Era patético.

Sin decir nada, el encapuchado cogió a Lara del brazo y la apartó del senador. Después, la abrazó por la cintura para llevársela mientras con la otra mano seguía apuntando a Servan y, por momentos, al chófer tumbado en el suelo, presa del miedo.

—Así que pretende secuestrar a la joven para pedir después un buen rescate, ¿no es cierto? — ideó Servan para poder salir indemne del secuestro.

«Ese tonto se cree que vamos a dar una fortuna por la chica», pensó.



## Capítulo 57

—No digas nada, solo sígueme —la voz del misterioso encapuchado le decía, y no sonaba, que digamos, violenta, sino todo lo contrario: alentadora.

Ella reaccionó tal y como le aconsejó y siguió caminando hacia atrás, notando que esa persona le resultaba muy familiar. Ese hombre tenía algo que, por una parte temía pero por otra reconocía como algo suyo.

Cuando por fin estuvieron alejados del coche y sus integrantes, el hombre la cogió de la mano y echaron a correr hacia los bosques. Allí había un caballo esperando, atado a un árbol.

—Vamos, sube, Lara.

En ese momento, cuando ella estaba encima y el caballero también subió y tomó las riendas, abarcando con los brazos el contorno de Lara que se situaba delante, con las crines del caballo enfrente suya, y sabiéndose lejos de Servan y el chófer, el hombre se destapó la cara y mostró su identidad.

—Padre, ¡Padre! —aclamaba Lara, feliz de sentirse amparada por su progenitor, al que antes consideraba, prácticamente, su verdugo.

William la abrazó, pero la premura por huir de allí y buscar refugio para ella, le hizo avanzar en un galope por la espesura del bosque, hasta dar con el carruaje que, en uno de los caminos

adyacentes, les esperaba para regresar a lugar seguro.

—Creía que pretendías que el senador fuera mi esposo. Doy gracias al cielo de que le detuvieras a tiempo —expresó Lara, una vez dentro del carruaje, abrazada a su padre, cerrando los ojos.

—No podía permitir que te hiciera daño. Cuando supe sus verdaderas intenciones, le seguí. Ahora debemos procurar que no te encuentre, y que no me involucre con tu rescate —interrumpió William, mesándole los cabellos como cuando era una niña pequeña y se había caído jugando en el jardín.

—¿Me perdonas? —clamó Lara, con lágrimas desbordando de sus ojos azules.

—No, Lara, eres tú la que me tienes que perdonar a mí —su padre dejó escapar sendas lágrimas que se juntaron con las de su hija, fundidos en un sentimiento filial de padre-hija que palpitaba en medio de ese terrible drama.

—Quiero pedirte una cosa. Sé que Pietrick está Marshall, me imagino que estás al corriente. Ya sé que no es para ti un partido considerable, dada su posición, aunque ahora es un notable empresario, pero quiero verle. ¿Podrías llevarme con él?

—Es precisamente lo que debes evitar. Todos sus espías están pendientes de él ahora mismo, y de un acercamiento por parte tuya. No te has dado cuenta, pero él es el cebo para cazarte.

—Entonces, hazle venir hacia mí. Allá donde me lleves —le rogó su hija, con la esperanza de tener a su padre de su lado.

Hizo detener el coche en ese camino tan poco transitado que conducía en dirección opuesta a Marshall, se bajó y habló con el conductor. Después, volvió a entrar en el coche y los caballos reiniciaron la marcha, adentrándose en el siguiente cruce a la derecha, a un paraje aún más poblado de vegetación. Parecía que los mismos árboles formaran una montaña imposible de ser traspasada. Pero apareció una cabaña camuflada. Era un refugio de quienes no querían participar en la guerra y tampoco querían ser fusilados por cobardía y deserción.

—¿En serio le harás venir? ¿No será que esperas castigarme dejándome aquí encerrada como represalia? Aun no acabo de entender cómo has podido cambiar tanto, padre.

—Cuando te fuiste, me di cuenta de lo mucho que te quería, del vacío que dejaste en mi vida con tu marcha, y de lo vil que he sido al no permitir que escogieras tu propio camino, pues podía haberte dejado estudiar, como hacen otros padres, y te confiné en la casa sin darte herramientas para que ocuparas tu propio sitio en la sociedad, y no como una mujer casada a la sombra de su marido —opinó William, dejando bien claro lo que había concluido en sus horas de soledad.

El carruaje salió en busca de Pietrick. William tendría mucho cuidado para que el senador no les siguiera. Y se le ocurrió una buena idea. Nada más llegar a Marshall, le buscó en la casa del cónsul y al dar con él le propuso algo muy atractivo:

—Mi querido amigo, celebro que pasemos juntos este gran acontecimiento. ¿Has podido dar ya con mi hija? ¿Funcionó la estrategia?

—William, hemos tenido un grave percance. Han secuestrado a tu hija. No la tengo en mi poder, sino que un tipo se la ha llevado sin que pudiéramos hacer nada por evitarlo. Por desgracia no iba armado, porque de lo contrario, le hubiera metido una bala entre ceja y ceja.

—¿Me estás queriendo decir que Lara, mi hija, está en manos de un asaltante? ¿Que no has podido impedirlo?

—Siento muchísimo lo ocurrido, Teslas. Ya sabes que yo quería casarme con tu hija, que la cuidaría como a una reina, que velaría por ella. Pero aunque forcejeé con ese hombre, no me quedó otra que dejarle ir. Hubiera disparado contra tu hija, me amenazó, te lo juro —mentía Servan, cabizbajo.

—Esperemos que pidan el rescate y lo podamos pagar para que la liberen. Mientras tanto, recemos para que mi hija esté bien y ese mal nacido no le haga daño. Es lo único que me queda en la vida... y ahora que por fin habíamos dado con ella... es un duro golpe —expresó, imitando a alguien afligido.

—Tómame una copa, amigo, lo necesitas —sugirió Servan, sirviéndole un whisky para que relajara los nervios.

—Sí, bebamos, no quiero pensar —William dijo, con la intención de emborrachar a Servan y así dejarle fuera de juego mientras iba a buscar a Pietrick a través de su criado.

Una vez el senador estaba completamente dormido, tras consumir dos botellas de licor, William le dejó en su habitación y corrió al recinto de los jardines. Buscó hasta encontrar a Pietrick, al que reconoció al instante encima de un pedestal, desde donde explicaba a un grupo de visitantes, las propiedades de cada planta, el origen de algunas especies y les daba consejos de cómo lograr excelentes resultados tomando las medidas convenientes referidas al correcto abono, riego y otros factores determinantes al respecto.

El señor Teslas no se quiso hacer notar, en su lugar fue su ayudante hasta el jardinero a darle un aviso, una nota que el joven abrió excusándose ante el gentío que no hacía más que interrogar mil dudas.

Pietrick miró hacia delante y se encontró con la mirada de Teslas, que le hacía una seña para que siguiera a su hombre de confianza.

Se dijeron cuatro palabras en el carruaje. Las suficientes para entender que todo enfrentamiento entre ellos había concluido y que Teslas era otro hombre, un padre decidido en facilitar la felicidad que merecía su hija.

Pero lo que no le dijo era que él estaba en sus últimos días, que le quedaba poco de vida y quería zanjar sus asuntos pendientes antes de partir al infierno para purgar sus delitos.



## Capítulo 58

Lara estaba esperando dentro de la cabaña, mirando por las ventanas, tratando de ver algún atisbo de la presencia de su padre o de alguien amigo, era desesperante no saber qué iba a ocurrir, si todo se había descubierto o si por el contrario el plan había funcionado.

Y cuando escuchó los cascotes de los caballos acercarse hasta ese recóndito lugar, su corazón se le salía de lo alterada que empezaba a sentirse. Eran ellos. El mismo coche, por lo tanto, todo parecía haber salido perfectamente.

Salió sin resistir más la espera, le veía a través de los cristales del coche de caballos, pero su padre no estaba en el interior. Se había tenido que volver a Marshall porque no se encontraba bien.

—Así que hemos tenido que venir hasta aquí para poder vernos. ¡Qué complicada que es la vida! —bromeó Lara, extendiendo un poco sus brazos para volverlos a juntar sobre su falda, como en un gracioso reproche.

—¿Cómo puede ser que, estando en la misma ciudad, no nos hayamos visto? Quería ir a buscarte, pero tu tía me aconsejó que no era momento. Tu padre me lo ha contado todo. En el fondo quería protegerte de Servan, me estaban siguiendo continuamente para dar contigo. Afortunadamente no lo han conseguido. Aunque, casi lo logra... el muy... ganas tengo de darle su merecido —Pietrick cerraba el puño y apretaba los dientes, en señal de querer cobrarse lo mal que hizo pasar a Lara al meterla en su coche, a pesar de no saber exactamente qué le pudo haber hecho dentro, estando los dos solos antes de que William apareciera como un encapuchado y la liberase.

—He podido demostrar mi talento, soy cantante y bailarina, y aunque empecé en un pequeño tugurio, ahora actuamos en importantes teatros. Es raro que no me hayas visto alguna vez. ¿No ibas con esa mujer... a ver actuaciones? —le preguntó Lara, intentando sonsacarle información, sobre qué tipo de relación mantenía con esa mujer, con la viuda millonaria.

—Lara, he tenido la suerte de dar con una mujer bondadosa que me ha acogido en su casa, me ha proporcionado la ayuda necesaria para levantar una importante empresa y aunque ahora vivamos juntos, espero que ella comprenda que te he estado esperando mucho tiempo. Que vine aquí por ti, para formar un hogar donde pudieras ser libre, junto a mí.

—¿De veras puedes romper una relación con alguien que te ha hecho ser quien eres ahora? ¿No crees que va a sufrir?

Entonces, Lara se dio la vuelta y se metió dentro. No entendía cómo él iba a deshacer todo el afecto que habría crecido entre ellos dos, porque no era honesto zanjar unos sentimientos que se habrían generado en esa relación tan estrecha que mantenían. Le debía consideración a la joven viuda, le debía un respeto, y Lara no podía ser el motivo de ruptura. Tenía su orgullo, no dependía de nadie, se las podía arreglar ella sola tal y como había hecho hasta ahora.

—Vamos, Lara, ya discutiremos esto después. Ahora tu padre nos necesita. Debemos volver a Detroit con él.

Ella le siguió, algo resentida. En el coche se sentaron uno frente al otro. El traqueteo del viaje les hacía chocar alguna vez que otra y pasaron de la seriedad a la broma cuando un bache les volcó hacia el lado de Pietrick, y en ese momento, en el que el cuerpo de Lara se hallaba tumbado sobre Pietrick, surgieron un sinnúmero de sensaciones que clamaban por manifestar la atracción que sentían, por mucho tiempo que hubiera pasado y las circunstancias hubieran cambiado entre ellos.

Al volverse a sentar correctamente, él se quejaba:

—Por poco me destrozás el hígado. Mira que eres bruta. No hacía falta hincarme el codo —le dijo con un resoplido que otro.

—No te has apartado, has visto que perdía el equilibrio y has dejado que me cayera encima de ti. Eres imposible. Creo que estás deseando que pasemos por otro bache —adivinaba ella.

Y, efectivamente, en cuanto volvieron a verse volcados en un salto del carruaje, él la cogió y la abrazó, tomándola con fuerza para que no volviera a la posición anterior.

—No te escapes, traviesilla. Tú también deseas caerte sobre mí.

—¿Serás...? —Ella intentaba zafarse de su presión, le daba manotazos en los brazos que la sostenían, pero tan solo lograba que él la apretara más contra su pecho.

—Bésame. Bésame, Lara. Dejemos que este momento sea nuestro momento. Que cuando salgamos de aquí imaginemos que esto no haya ocurrido, déjame que te demuestre lo mucho que te he estado añorando —dijo Pietrick en un susurro.

—De acuerdo, vivamos un sueño del que después despertaremos —finalizó Lara, acercando sus labios hacia los de Pietrick en un profundo y cálido beso.

El trayecto tuvo fin y los dos salieron después de media hora de camino. Un tiempo que sería inolvidable por lo que llegó a acontecer dentro del carruaje.

Lara se acordó del comentario que hizo Servan cuando la quería tomar en su coche: «Si eres virgen, me interesas» y, por eso, dejó de serlo en ese trayecto junto a Pietrick. El miedo y la confusión provocaron que sus mentes dejaran de funcionar y que solo sus instintos les guiaran para tocar un pedacito de cielo.

En cuanto llegaron a Marshall, Lara se presentó ante la casa del cónsul con Pietrick. Servan estaba en su habitación, y en cuanto vio a Lara asomarse por la puerta se levantó en medio de una gran estupefacción.

—¿Cómo? ¿Has podido escapar de ese maleante? ¿Qué haces con este tipo (refiriéndose a Pietrick)? —preguntaba Servan, con la cabeza entumecida.

—Muy señor mío, ya no soy de su interés. Aquel asaltante quiso estropearle su regalo. Pero me pude zafar de él y, aunque le escueza, mi virtud es ahora de él, de Pietrick. Y usted va a pasar una buena temporada en la cárcel por sobrepasarse conmigo. En unos días le llegará la denuncia. No se saldrá con la suya. Se hará público la clase de persona que es usted y de cómo lo consigue todo —soltó Lara, dejando al senador boquiabierto.

—Un momento, joven. Podemos arreglarlo —sugirió Servan, tratando de aplacar la ira de Lara, con las manos como si estuviera haciendo botar una pelota.

—Despídase de su fanfarronería, porque en la cárcel le va a perjudicar —añadió Pietrick, acercándose a Servan para después cogerle del cuello y estrellarle contra la pared.

—Déjale, Pietrick. Sus compañeros de celda se encargarán. Debe de tener muchos amigos ahí dentro que desean verle para darle las gracias por haberles dejado arruinados, ¿verdad, senador? —Lara determinaba, con socarronería.

Le dejaron atónito y marcharon en busca de William. Habían quedado en una dirección de confianza, pero allí no estaba.

Servan se sirvió otra copa. Después, la policía entró en su busca. No llegaron a abrir la puerta cuando dos disparos les alertaron de la tragedia que se acababa de producir.

Lo que encontraron dentro fueron dos cuerpos en el suelo, y una gran mancha roja expandiéndose alrededor. Eran William y el senador. Parecía que quien había disparado era Servan, y que luego se había quitado la vida. William, que aún estaba con vida, pudo con gran dificultad decir algo:

—Todos nuestros secretos quedarán guardados para siempre.

Expiró tras pronunciar lo que a los agentes les parecía indescifrable. Solo llegaron a entender algo así como «Athens, Lara debe ir al hospicio».

Un revuelo avisó a Pietrick y a Lara de que algo grave había ocurrido. Cuando regresaron a la finca donde se celebraba la fiesta y vieron que se llevaban a dos hombres en camillas, Lara apartó al grupo que le impedía asomarse a tratar de identificar a los heridos.

—¿Qué ha pasado? ¿Quiénes son? ¿Qué les ha ocurrido? Déjenme ver, por favor —gritaba la hija de William.

—Es un senador y el alcalde de Cleveland —le contestó una mujer, ante la insistente pregunta de Lara.



—¿No, Dios mío, no puede ser! ¡Padre, padre! —rompía en una exclamación continua.

Pietrick la abrazó, pero ella se deshizo de su atadura y se lanzó contra una de las camillas y apartó la sábana que cubría el rostro con gran rapidez, descubriendo que era su padre, el cual presentaba un reguero de sangre desde la sien hasta el pecho. Curiosamente, su cara mostraba paz.

Unos brazos la separaron y la detuvieron.

—¿Es usted su hija? —le preguntó uno de los agentes.

—Sí, soy yo. ¿Cómo ha podido ocurrir esto? —Se agarraba la cabeza con las manos, como si todo hubiera sido una pesadilla.

—Su padre dijo algo antes de morir. Quizás usted pueda entenderlo. Creo que puede ser importante, pues puso empeño en que lo entendiera, aunque lo mío me costó —le transmitió el agente, con un block de notas en la mano y un bolígrafo, a la vez que se rascaba la nariz continuamente con los dedos.

—Dígame, ¿qué decía mi padre?

—A ver... algo así como un hospicio en Athens, y una tal Lara.

—Yo soy Lara.

Se quedó pensativa, y a la vez paralizada mientras veía cómo el coche en el que metieron a su padre se marchaba y se perdía en la lejanía. Pietrick la abrazaba por detrás, y le hacía gestos al agente para que la dejara tranquila y no le hiciera preguntas, que respetara su necesidad de digerirlo todo.

Una mujer se hizo paso entre la multitud que se agolpaba intentando ver de cerca las manchas que habían quedado en el suelo al ir goteando las camillas desde la casa del cónsul hasta los coches que recogieron los dos muertos.

Su porte elegante y su fijación en Pietrick, hizo pensar a Lara que se trataba de la viuda rica. Pero su estado alterado era suficiente como para pensar en ella y en lo que representaba para Pietrick.

—Pietrick, te he estado buscando. ¿Quién es esta joven?

—Emily, te presento a Lara. Lara Teslas. Es la chica de la que te hablé. Debemos llevarla a casa. Su padre acaba de morir. Le han asesinado.

—¿Quién ha sido?

—No se sabe si ha sido el senador Servan o alguien que ha querido saldar una deuda con ambos y se los ha llevado por delante. Lo investigarán, supongo —contestó Pietrick, que había sido informado por la policía minutos antes.

—Sí, llevémosla, pobrecilla. Debemos calmarla —dijo Emily, acercándose a Lara para darse un suave masaje en la espalda mientras ella seguía llorando sobre el pecho de Pietrick, sin

importarle que la viuda estuviera muriéndose de celos.

Durante el viaje, las miradas de Emily y de Lara echaban chispas. Sin embargo, acabaron por iniciar una tertulia pasados unos minutos de tensión. Hablaban de pormenores tales como la vida que había llevado cada uno en sus respectivos lugares, y de cómo sería el regreso a Cleveland por parte de Lara.

—No te preocupes, Lara, querida. Iremos contigo hasta Cleveland. ¿Verdad, querido? —se dirigía a Pietrick.

—No te dejaremos sola, habrá que preparar un funeral para tu padre, nosotros te acompañaremos —añadió él.

—Está bien, os lo agradezco. No quiero ser una molestia, pero en estos momentos no puedo rechazar vuestra ayuda. Me siento totalmente desolada, y me da mucho reparo volver al sitio del que marché. No sé lo que me voy a encontrar allí, la casa debe de estar muy abandonada, pero podremos alojarnos en casa de mi tía Maggy —propuso Lara, algo más tranquila.

Y así lo acordaron.

Después de recoger unas cuantas cosas en Detroit para pasar unos días de viaje, los tres tomaron el tren a Cleveland, Ohio. Entre las dos mujeres se estableció una aparente simpatía que rompía la tensión que pudieran generar los celos. Pero cuando Emily intentaba ser algo cariñosa con Pietrick, este se apartaba un poco para evitar que Lara se sintiera mal. Y cuando Pietrick tomaba del brazo a Lara, esta le apartaba igualmente para evitar que Emily sufriera.

Por tanto, los tres intentaban no mostrar demasiado afecto. Nada que les hiciera sentir molestos.

Pero los ojos no podían fingir, y en miradas furtivas Lara y Pietrick volvían a amarse igual que hicieron en el carruaje, en la intimidad de aquellos asientos desde los que podían ver asomarse a la luna.



## Capítulo 59

El funeral se celebró con una gran multitud que demostraba sus respetos ante la figura ilustre de su difundo alcalde, el señor William Teslas.

Los tres se habían alojado en la casa de Maggy, la cual estuvo encantada de poder atenderles. Maggy aprovechó que estaban a solas, Lara y ella, para poder explicarle todo lo ocurrido.

—Tía Maggy. Mi padre digo algo sobre Athens, y un hospicio. He pensado ir para cumplir su última voluntad. Le dijo a un agente que yo debía ir allí, o algo así. ¿Sabes algo al respecto? — preguntó Lara.

—Sí, Lara, debes ir. Pero yo también iré. Debo contarte muchas cosas —susurró Maggy, poniendo su mano en la falda de Lara.

Vestidas de negro, con una sombrilla del mismo tono, dejaron a Pietrick y a Emily en la estación, pues ellos dos se volvían a Detroit para continuar con sus negocios.

Lara y Maggy tomaron otro tren hacia Athens. En el viaje, Maggy le dijo a su sobrina que allí se encontraría con una persona que había sido muy importante en su vida. Era una mujer que había sufrido mucho y que tenía un profundo amor hacia ella, hacia Lara, pero que era un gran secreto su existencia y que debía prometer seguir guardándolo.

El mutismo de Maggy en cuanto a la identidad de esa misteriosa mujer, la tenía en vilo. Lara deseaba llegar cuanto antes y resolver ese enigma.

Al llegar, Maggy se presentó como la cuñada del difunto William Teslas, e inmediatamente las condujeron a una sala pasando por unos largos pasillos donde varias personas caminaban como fantasmas, con la mirada perdida y otras estaban simplemente sentadas, mirándose las manos como si fuera la primera vez que las veían, o durmiendo apoyados unos sobre el hombro de otros. Era un cuadro patético que sobrecogía a Lara, no tanto a Maggy, que ya había ido allí varias veces.

Cuando llegaron a la sala, la enfermera les señaló dónde podrían sentarse.

—Ahora doy el aviso. Enseguida se la traigo.

Tras unos minutos, desde el pasillo de la derecha, venía la enfermera con una persona en una silla de ruedas.

A medida que avanzaba, se iba perfilando su rostro, lleno de arrugas y con aspecto algo demacrado. Pero una vez que reconoció a Maggy, algo cambió en su expresión, y no solo por ver a su hermana, sino por quien esta vez la acompañaba.

«Es ella. Es Lara, mi Lara», susurró con la voz apagada por el cansancio y el desgaste.

Maggy no dijo nada, esperó a que las dos se vieran y que surgieran las emociones contenidas. Seguramente se reconocerían y solo faltaría explicar por qué había llegado a deteriorarse tanto y el motivo de la reclusión en ese hospicio.

En cuanto los ojos de Sophie se abrieron como dos ventanas de par en par, Lara descubrió que esa mujer tenía el mismo color que los suyos. Estaban algo hundidos en sus cuencas sombrías, pero desvelaban una amable bondad y un amor infinito que se dirigía hacia ella, hacia Lara.

Las manos de la señora, cuyos cabellos plateados se sujetaban a un improvisado moño que la enfermera le habría hecho segundos antes de sacarla de su habitación, buscaban las de Lara, y en cuanto las tocó, una gran emoción las embargó a las dos.

—Tía Maggy, esta señora es... ¿Esta señora es mi madre? —preguntó Lara sin dejar de mirar a Sophie, completamente hipnotizada en el lago azul de sus pupilas.

—Así es, Lara, es Sophie, tu madre —respondió Maggy, con la voz temblorosa y lágrimas cayendo por sus mejillas, como si un grifo se hubiera abierto y por fin dejara correr la presión que llevaba tiempo esperando salir.

—Es lo que mi padre quería que viera. Por fin te tengo cerca, mamá —se dirigió a su madre, levantándose para abarcarla con sus brazos, y besarla en la frente.

—Siempre has estado en mi corazón, Lara, pequeña. Siempre te he querido y siempre te querré. Mi sacrificio ha valido la pena. Eres toda una bella dama, elegante, segura de ti misma, y lo más importante: libre —expresó con sumo cariño Sophie, con destellos acuosos que volvían sus ojos aún más cristalinos.

—Ahora que nos hemos encontrado, ya nunca nos volveremos a separar. Vendrás conmigo, mamá. Quiero que me veas bailar en los escenarios y cantaré para ti. Quiero que te sientas orgullosa de tu hija —dijo Lara, besando a Sophie por la cara, las manos.

—Verás, Lara, tu madre ha estado más cerca de lo que imaginas. Sin que tú lo supieras, vivía encerrada en la misma mansión en la que creciste. Tu padre la hizo pagar por algo que sucedió antes de que tú nacieras —añadió Maggy.

Se lo contaron todo en medio de un manantial de lágrimas de las tres, que se mezclaron, bañando ese momento de la gran revelación, y por fin se hizo luz donde antes había sombras.

Después de las confesiones, pidieron el alta de Sophie y se la llevaron a la calle, pidieron un carruaje y se hospedaron en una pensión. Debían coger el tren a primera hora de la mañana, y ante tantas emociones desatadas, lo mejor era descansar un poco y procurar un poco de alegría a Sophie, la cual no paraba de mirarlo todo como si descubriera los orígenes del Universo. Era todo nuevo para ella, tras tanto tiempo en cautividad.

A la mañana siguiente, el tren les llevó de regreso a Cleveland, y cuando Sophie preguntó a dónde la llevarían, Maggy ofreció su casa. Entonces, ella suspiró, relajada, pues no quería volver al lugar donde pasó la tortura del encierro. Y, en un momento en el que el silencio parecía apoderarse del camarote, Sophie preguntó:

—¿Se supo algo de Clarise? —trató de saber Sophie.

Bueno, aún no está claro quién la pudo haber secuestrado. Se llevó al patíbulo a un criminal que formaba parte del ku kus klan, al cual se le culpabilizó, pero nunca se sabe... —alegó Maggy.

Sophie intuía que el culpable estaba ahora criando gusanos en el cementerio, que había sido su

marido, el cruel Teslas, el que no consentía que quedaran cabos sueltos y acallaba las bocas sepultándolas. Y, tras hablar con Thomas del hallazgo de aquella cuchara en el cuerpo de Clarise, no le quedaron más dudas al respecto. Aunque no lo comentaron con nadie más.

Después de pasar unos días en Cleveland, en la casa de Maggy, Lara quiso llevarse a su madre a Detroit, para que conociese a Pietrick y a Emily, y si se encontraba con fuerzas, que la viese bailar en el teatro y poder dedicarle una de las canciones que había compuesto su compañero al piano y que cantaría orgullosa ante su madre.

Y ese día llegó.

Emily y Pietrick, sentados al lado de Sophie, en el teatro más lujoso de Detroit, entre el público de lo más selecto. Sophie ya había recuperado su salud por completo, y su aspecto mejoró notablemente gracias a la buena alimentación y, sobre todo, a la gran alegría y profunda felicidad que sentía estando al lado de su querida hija.

Un caballero, desde la primera fila, se levantó nada más empezar el descanso entre actuación y actuación. Se fue hasta los camerinos y la buscó a ella, a Lara.

Entonces, sin mediar palabra, le entregó una rosa roja. Cuando la tocó, sintió un pinchazo. Se le había clavado una espina. Lara le miró extrañada, pues se suelen cortar antes de regalarlas, y parecía como si en el fondo hubiera querido que así sucediera, que se hiciera daño.

—Tú me rompiste el corazón, y aun sigue sangrando cada vez que te tengo delante.

Y el desconocido se fue.

Lara se quedó muy pensativa.

Su silueta, al ir perdiéndose por los pasillos y entrando en las sombras, era la misma de aquel misterioso caballero que la miraba desde su secretismo cuando ella empezó a bailar en aquel club donde por poco llega a danzar semi desnuda si es que no llegara a negarse a ello.

Era el hermano de Clarise, ahora lo recordaba. Su rostro había cambiado, un corte en la mejilla le delataba como alguien que ha tenido reyertas y ha salido mal parado. Era la huella que dejaban en un grupo mafioso que asolaba el mundo de la mafia, de la que le habló Nani para que tuviera cuidado y no se acercara a determinados grupos que a veces visitaban el local donde bailaba. Lara corrió tras él. Por fin había logrado desempañar una de sus dudas y quería despejar todas las ventanas de su vida.

—Por Dios, yo no te di nunca esperanzas, Fred. ¿Cómo puedes haber estado tanto tiempo guardando este secreto? —le asaltó Lara, una vez que le alcanzó antes de doblar la esquina de los pasillos.

—Confieso que fue casualidad volver a verte. Tras la desaparición de mi hermana Clarise vine a Detroit, no quería seguir en Cleveland, mi familia se arruinó porque mi padre perdió todo nuestro patrimonio jugando a las cartas, con tu querido padre el señor Teslas. Para sacarnos de la miseria me propuso trabajar para él. Sí, Lara, sí. Aquel local donde te hice bailar para mí era de tu padre, solo que lo regentaba yo y él nada más se llevaba el beneficio sin siquiera ir a

inaugurarlos. Pero no te delaté al verte en “El Lago”, aquella noche que te vi en el escenario, ni le dije a Nani, la propietaria quién eras en realidad. —Sus manos tomaron los brazos de Lara transmitiéndole sinceridad y buenas intenciones—. Ahora quiero proponerte que cenemos juntos y enterremos el pasado.

—Me gustaría mucho que te reunieras con mi madre y mis amigos una vez que acabe la función. Será un placer tenerte entre nosotros. Ahora debo cambiarme para la próxima actuación. —Se despidió lanzándole un beso con los dedos y se dio la vuelta para dirigirse de vuelta a su camerino.

Él se acomodó en su asiento ante el escenario, deseoso de seguir disfrutando de los encantos que desparramaba cada vez que interpretaba alguna melodía o danzaba poniendo todo su espíritu creativo en escena.

Cuando dio comienzo el segundo acto, Lara se dirigió a todo el público, llegando hasta el borde del escenario y mirando exactamente a su madre.

—Madre, quiero dedicarte esta linda canción para expresar todo el cariño que te tengo y que mereces por haberte sacrificado tanto por mí. Eres la mejor madre del mundo y quiero decirlo delante de todo este público maravilloso, para que sepan que no hay nada que detenga el amor de una madre hacia su hija y que, por muy difícil que sea, la verdad siempre triunfa, y la justicia acaba poniendo a cada uno en su lugar. Ahora te toca a ti, madre, brillar como el diamante que eres, reluciendo en la noche como la más bella estrella del firmamento. Te quiero, mamá.

Todo el público se levantó y, emocionados, aplaudieron en una gran ovación. Sophie estaba tan impresionada y turbada que apenas podía decir nada, solo miraba a su hija y dejaba caer cálidas lágrimas que brotaban haciendo más bonitos sus ojos azules, igual de oceánicos como los de su amada hija Lara.

Tras la actuación, donde Lara demostró su talento y armonía en el baile y en el cante, dejando a todos maravillados y extasiados en tan fantástica expresión de elegancia y sutileza, el público aplaudió intensamente y el teatro fue quedando vacío a medida que se iban marchando.

A la salida, Lara les presentó a Fred, el hermano de la fallecida Clarise, amiga suya desde la infancia, y Sophie notó cómo ese chico la miraba con un sentimiento especial. Demostraba quererla, y a la vez respetarla como después, a solas en casa con su hija y tras confesar todo lo que le reveló, pudo comprobar por todo lo que había hecho por ella.

Emily fue cordial con Fred, igual procedió Pietrick, aunque este observó que intentaba ser algo más para Lara que el amigo de la infancia. No podía con esa sensación que le estaba carcomiendo por dentro. «No tengo ningún derecho en interponerme entre ellos dos», se decía, ya que él formaba una pareja con Emily, y no era quién para impedir que hubiera algo más que amistad entre Lara y Fred.

Entraron en un lujoso restaurante, donde les sirvieron apetitosos platos que a Sophie le parecían verdaderas obras de arte por la decoración que presentaban y el buen gusto en la

combinación de sabores. Ahora estaba deslumbrante, gloriosamente bella y recuperada del todo. Entonces, se levantó de la mesa, cogió su copa de vino y propuso un brindis.

—Quiero decirles algo. Hoy puedo decir abiertamente y con gran alegría, que soy inmensamente feliz. Y todo se lo debo a mi hija Lara, por quien quiero brindar, porque ha demostrado ser toda una mujer valiente, luchadora, y esplendorosa en su talento. Gracias, Lara, por ser tan maravillosa. Por ti, querida hija. —Izó la copa y todos se unieron al brindis, levantándose, chocando sus copas después de haber dicho al unísono: «Por Lara».



## Capítulo 60

### Pasados dos meses...

Sophie está arreglando el cabello de Lara, están en el camerino de un gran teatro en Londres. Es la noche del estreno de la compañía que ha conseguido levantar reuniendo a un elenco de artistas que se complementan cada vez que participan conjuntamente llenando teatros en un éxito que cada vez se divulga más extensamente por todo el mundo.

—Hija, te llevo notando algo extraña esta noche. ¿Te pasa algo, te sientes mal? —le pregunta a Lara, tratando de averiguar si algún problema la acecha.

—No, no es nada, mamá. Es solo que Fred se está desviviendo por nosotras, nos acompaña a todas partes y no pide nada a cambio, a pesar de gastar parte de sus ahorros en los viajes. Se está encargando de la compañía y no acepta una retribución. He leído hace unos días un telegrama que recibió de su madre y que se le había caído de su bolsillo al dejar la chaqueta en el respaldo de la butaca del restaurante donde fuimos a cenar la última vez en Detroit.

—¿Y qué decía exactamente en ese telegrama?

—En él, su madre le ponía al corriente de los acreedores. Les han dado un plazo para pagar. Pueden perder la casa.

—Pero ¿no había llegado a ganar bastante dinero con los negocios de tu padre? —preguntó la madre.

—Sí, pero una vez que murió padre, él fue dejando de llevar esos asuntos. Sin sus honorarios

ni retribuciones, apenas le queda nada.

—Tendríamos que hacer algo al respecto. Tu padre arruinó a su familia ganándole a las cartas. Has heredado una gran fortuna al morir William, por lo tanto podrías devolverle lo que perdió aquella noche, porque a lo mejor fue fruto de las trampas en el juego. Es algo que cabría pensar, dada la facilidad que tenía tu padre para salir airoso cada vez que jugaba —animó a su hija para, igual que hizo aquella anciana que metieron en la habitación del hospicio, la cual le dio ese importante mensaje sobre su futuro, poder ver un horizonte de resueltas circunstancias que quedaran pendientes en el pasado.

—Pero ¿cómo voy a hacerlo? Lo rehusaré. Ya sabes que no lo aceptará.

—Si te casas con él, lo tuyo será suyo también. Veo que él te quiere. Es más, te adora. Podría hacerte muy feliz.

—No lo sé, mamá. Aún siento algo por Pietrick. Cuando estoy cerca de él, me pongo nerviosa, todo me tiembla.

—Entonces, ¿por qué no ha dejado a Emily? Si te quisiera, habría respetado lo que sentía por ti y no se hubiera enredado con ella. Además, creo que forman una bonita pareja. Ella está muy enamorada de él.

—En esto estoy totalmente de acuerdo. Estoy convencida de que pasan buenos ratos juntos, pero también siento que cuando me mira, cada vez que hemos estado en celebraciones con ellos, me sigue transmitiendo su deseo de querer estar conmigo.

—Vamos a hacer una cosa, Lara. Cuando regresemos a Detroit, queda con él. Os dejaré solos y podréis aclarar vuestra situación.

Ella asintió. Debía elegir, su corazón estaba repartido entre esos dos hombres y no sabía a cual elegir. Con Fred compartía los avatares de cada día, le procuraba una gran ayuda con la compañía, haciendo de representante, contratando al personal, ocupándose de todo, y con Pietrick, en la distancia, vibraba al recordar aquel momento que pasaron en el carruaje camino a Marshall, en el que culminó sus ansias de fusión hasta alcanzar el cénit del máximo placer.

Y nada más llegar a Detroit, hizo llegar a Pietrick una carta a través de un emisario. En ella le proponía una velada en su casa, pero que solamente fuera él, sin Emily.

En esos momentos, Pietrick estaba en uno de los jardines de la avenida, supervisando las plantaciones, y Emily cogió el telegrama a pesar de que el emisario se negaba a entregárselo a ella. Al leerlo, los temores por perder a su amado Pietrick la embargaron por completo, y tras despedir al chico dándole una propina, se fue a su habitación, se tiró sobre la cama y dio con los puños sobre la colcha, maldiciendo a Lara:

—Maldita seas. No lo lograrás. No vas a arrebatarme lo que más quiero —decía con los dientes apretados.

Pietrick no llegó a recibir esa nota. Emily la rompió a pedazos y la tiró a la chimenea.



Pasados unos días, Lara se presentó en la casa de ambos, tratando de saber qué había ocurrido para que la dejara plantada Pietrick aquella vez.

Salió Emily, él no estaba.

—¿Qué ocurre, Emily? Hace días que no he obtenido respuesta por parte de Pietrick. Le invité para proponerle unos diseños en el jardín de mi casa de Cleveland, quiero volver a reconstruirla e intentaré venderla —expuso Lara, con una parte de las intenciones de aquella velada en la que esperaba la visita de Pietrick.

—No está. Se ha marchado. Me gustaría que te llevaras unas rosas a tu casa, ya que has venido hasta aquí. Espera —le dijo Emily, con un extraño rictus en su boca que resultaba demasiado artificial el intento de una sonrisa amable.

Al cabo de unos minutos en los que Lara esperaba en el hall, observando los detalles de su lujosa mansión, apareció Emily con un ramo.

—Son muy bonitas. Rojas, como a mí me gustan. Dele las gracias de mi parte, Emily —le contestó Lara, admirando el aterciopelado tacto de los pétalos.

Al darse la vuelta, miró al espejo que había cercano a la salida y, sin que se diera cuenta Emily, Lara vio una sonrisa malévolamente que la acechaba por detrás.

Entonces, notó un pinchazo al haberse clavado una espina de algún tallo y se miró la mano, viendo que la sangre que brotaba de su dedo era demasiado extensa como para provenir de un solo pinchazo. Observó con más detenimiento y pudo comprobar que el ramo estaba bañado en sangre, en otra que no era la de ella.

De pronto, sintió un golpe en la espalda. Perdió la consciencia al caer al suelo y darse con la cabeza en la esquina del mueble situado bajo el espejo. Emily se reía, al lado del cuerpo yacente de Lara, y murmuraba algo entre dientes:

—Tú también vas a echar raíces en el jardín, querida.

Del fondo surgió una figura ensangrentada. Era Pietrick, había logrado levantarse tras el hachazo que Emily le había asestado mientras él plantaba rosas y que fueron regadas con la sangre que surtió de su hombro.

—No, Lara, Lara... —lograba pronunciar a pesar de su estado.

Emily, al verle, se encolerizó, temerosa de no haber conseguido su objetivo. Habría querido liquidarle, pero el seguía vivo. Para acabar de rematarlo, cogió un jarrón de porcelana grandioso, lo empuñó como si fuera un mazo y lo izó para acabar definitivamente con Pietrick, el cual levantó sus manos para amortiguar el golpe y seguidamente, como un acto reflejo, giró volteándose hacia un lado y así pudo sortear el golpe mortal, que le hubiera abierto la cabeza como una sandía.

Furiosa, cogió un pedazo del jarrón roto y se dispuso a clavárselo a Pietrick en la garganta. Él estaba apenas con vida, con los ojos semi abiertos. Había perdido mucha sangre y no tenía fuerzas para mantenerse en pie. Emily se dispuso a cortarle el cuello, afinando la puntería hacia la arteria.

Pietrick cogió su mano y la apartó, pero no como para ella siguiera recorriendo su cuello, marcando una línea que empezó a derramar sangre. No le había llegado a la arteria pero estaba casi a punto. Entonces, como venido de la nada, alguien apareció en la casa. La puerta había permanecido sin cerrar del todo. Era Fred. En cuanto Sophie fue a decirle al teatro, donde estaba preparando los números que irían en la próxima actuación, que Lara iba a avisar a Pietrick, Fred tuvo una corazonada. No le acababa de gustar Emily, y era muy extraño que Pietrick no hubiera contestado, pues sabía que estaba loco por ella y daría enseguida muestras de querer verla. Oía a gato encerrado, y para cerciorarse de que esa visita concluyera bien, se acercó a la casa de Emily, y como casi siempre que iba por las calles de Detroit, iba armado.

Al ver a Emily destrozando el cuello de Pietrick, y a Lara en el suelo, no lo pensó dos veces y sacó su arma para disparar a la viuda.

—Detente, Emily —avisó Fred.

La asesina miró hacia atrás, pero no apartaba sus manos sobre el cuello de Pietrick, quien estaba a punto de expirar.

—Quería abandonarme, por ella... —soltó ella mirando con desprecio a Lara. Pero sus manos apretaban con más fuerza a su presa.

—Suéltale, Emily —seguía ordenando Fred. Y al ver que ella no cedía, apretó el gatillo. La viuda abrió desmesuradamente los ojos. Pietrick vio cómo caía sobre él, pero ya no apretaba su sangriento cuello. Una bala le había atravesado la espalda y se habría alojado en sus pulmones y parte de su envenado corazón. De su boca fue surtiendo un hilo rojo y sus manos se abrieron soltando por fin el trozo de porcelana afilada.

Fred se agachó para reanimar a Lara. Le dio palmaditas en su cara y sujetó su cabeza mirando la herida.

—Vamos, despierta, Lara, despierta, vuelve aquí. Vuelve conmigo, Lara. —Fred estaba asustado, acababa de matar a una víbora y tenía el cuerpo de Lara, a quien tanto quería, entre sus brazos, dispuesto a llevarla a un hospital.

Salió por la puerta con ella. La llevó hasta el coche, donde la metió en el asiento de atrás. No podía perder tiempo.

Entonces, Fred se acordó de que había dejado la pistola en la casa, justo al lado de donde estaba tirada antes Lara. Debía ir a buscarla, no podía ir dejando sus huellas por ahí. Ya se le ocurriría algo para engañar a la policía, que Lara se había caído en las escaleras antes de ir a ensayar o algo así. Podrían incriminarle por asesinato pasional, ya que nadie se creería que una pobre viuda hubiera cometido todas esas atrocidades: matar al jardinero y golpear a la bailarina. Era difícil de encajar. Todo el peso de la ley recaería sobre él, el autor de un doble crimen y quizá triple si es que Lara moría. Su historial en el mundo de la mafia no le serviría precisamente de ayuda, al contrario, encontrarían en su persona al perfecto psicópata que acabó con quienes querría robar, dado que tenía importantes deudas, o simplemente deducirían la policía que Fred se dejó llevar por los celos y terminó con el chico que silbaba bajo la ventana de Lara en Cleveland, el que un día prometió abrirle un camino de esperanza en una nueva vida.

Y cuando cruzó el umbral, se encontró con Emily apuntándole con el arma. Se había podido levantar con las únicas fuerzas que le quedaban y quería llevarse al otro mundo a Lara para terminar mejor su obra macabra.

Fred levantó las manos, y cuando las manos temblorosas de Emily iban a disparar, Pietrick, que se había podido incorporar arrastrándose, tiró de las piernas de Emily, haciéndola caer. Fred aprovechó para quitarle el arma, pero en el forcejeo una bala se escapó dando de lleno en el pecho de Fred, que quedó al instante paralizado. Entonces, Emily se sentó en el suelo, al lado de los dos cadáveres, el de Fred y el de Pietrick. Miró hacia el coche. Solo faltaba ella. Volvió a coger el arma y caminó como pudo, tambaleándose, los tres metros que separaban el coche de la casa. Abrió la puerta y observó a Lara, que tenía la cara ensangrentada y apenas respiraba.

—Tengo que terminar contigo. Solo así podré descansar —dijo, con expresión de sonámbula.

Desde la valla de la casa de al lado, alguien tenía encañonada un arma dirigiéndola hacia Emily. Era el vigilante de la zona, que avisado por el vecindario tras oír los golpes, gritos y disparos, le habían llamado.

De un tiro la derribó al suelo, justo antes de que Emily disparara contra Lara, que se mantenía ajena a toda esa escena dantesca.

Desde el suelo, y con las convulsiones de los últimos latidos, Emily parecía expirar finalmente. Hubo quien aseguraba que también podría haber envenenado a su difunto marido.



## Capítulo 62

Lara se recuperó del traumatismo en el hospital de Detroit. No pudo ir al entierro de Pietrick ni al de Fred, pero llevó las cenizas de ambos a Cleveland, en su viaje de regreso junto a Sophie, su madre.

Dieron por finalizada su estancia en Detroit para reiniciarla en la ciudad donde nació. Expresó sus condolencias a la madre de Fred, a la cual entregó las cenizas de su hijo y, tal como habían pensado hacer, devolvió todo el dinero que William había estafado arruinándoles. Así, la madre pudo recuperar la casa ya que estaba a punto de ser desahuciada.

Se establecieron en la mansión donde habían vivido tantas emociones, a pesar de la insistencia de Maggy por alojarse en su casa, y enterraron las cenizas de Pietrick en la base de los rosales

que plantarían en su nombre.

Un día, antes de que el sol lograra acaparar con su luz toda la bóveda celeste, y parte de las estrellas se empeñaban en mantenerse en el azulado cielo, Lara escuchó algo que le resultó familiar. Se desperezó y puso atención, levantando ligeramente su cabeza. El sonido volvió a emitirse. Era como un silbido.

Su corazón se agitó como si mil caballos estuvieran galopando a todo trote en su pecho, y sus piernas se levantaron llevándola hasta la ventana para asomarse. Buscaba el origen de esa especie de silbido, tratando de discernir si estaba soñando o si había retrocedido en el tiempo y ese chico entonaba aquella bella melodía con su singular silbido. Pero no había ningún chico, Pietrick estaba en el jardín, sí, pero en forma de cenizas, formando parte de la tierra que le encantaba remover para oxigenarla y volverla más fértil posible.

Miró con añoranza aquel jardín, que ahora ofrecía un paisaje algo desolado, pues casi todas las plantas estaban secas, mustias, ya que nadie las había regado desde que Thomas marchó y William dejó de ocuparse de la mansión.

Entonces, desde el roble que amparaba con su sombra aquel camino en el que Pietrick y ella se besaron, desde una de sus ramas, la que daba al estanque donde aún se reflejaban las insistentes estrellas del alba, había un petirrojo gris con la parte interior de las alas anaranjadas como el color del amanecer, y mientras entonaba su trino parecía dirigirse a ella, a Lara, que en ese momento detuvo su respiración impresionada por lo que acababa de descubrir. Era como si él siguiera ahí, manifestado en el ave que cantaba desde una rama de su jardín. Y entonces, el brillo de sus lágrimas cayendo al alféizar de la ventana, reflejó el vuelo del ave que desapareció elevándose hacia otros árboles hasta que lo perdió de vista fundiéndose con el horizonte.



FIN



# Documentación

Información sobre la ambientación geográfica e histórica de la novela.

He situado el principal escenario en Ohio. EEUU.

Está situado en una región donde existen varios lagos. Al norte limita con Canadá y al este con lo que entendemos con el “medio oeste” americano.

En esta región se fomentaba la apertura en cuanto a dotar de libertad a los esclavos, pues sus habitantes no veían con agrado la explotación ni el mal trato al ser humano del color que fuese su piel. No eran tan fanáticos en lo religioso ni en lo racial como en la gente de los estados sureños.

Cleveland, ciudad más mencionada de Ohio en la novela, es el entorno en el que se desenvuelven William, Lara, Margot, Maggy, Thomas, Pietrick, Clarise y todos los personajes con los que se relacionan en ese tramo de sus vidas. Sus vidas diarias se encaminan a lo largo de sus calles, instituciones públicas como el ferrocarril, iglesia presbiteriana, comercios.. y más allá del centro están los arrabales, los bosques, el arroyo Wine... Nos encontramos con diferentes clases sociales representadas por personajes de status elevados o de clase media baja, incluso los marginales, callejones de Detroit donde ocurren hechos que intentan salvaguardarse de las miradas ajenas, arquetipos que tienen una historia personal que contar.

La sociedad industrial del nuevo mundo en pleno proceso de desarrollo, acogiendo a multitud de personas desde el otro lado del océano que sueñan con un futuro mejor que el que dejaron en Inglaterra, Alemania, Francia, Italia... algunos huyen de un pasado que anhelan hacer desaparecer bajo el aspecto de una nueva imagen, donde serán otras personas con nuevas oportunidades. Las grandes ciudades de Ohio acogen a los soñadores de los cazadores de prosperidad, y así Columbus, Cleveland, Cincinnati serán ese foco donde se germinarán sus esperanzas.

Como curiosidad relevante, muchos de los que se hicieron millonarios, por no decir la mitad de ellos en todo el mundo, vivieron en Cleveland, y lo consiguieron en la época en la que narro la historia de Tus mejores secretos, en 1885 y siguientes.

La avenida Millionaire's Row de Cleveland lo revela ya por el mismo nombre que menciona su enclave. Un elenco de ilustres millonarios como Rockefeller, Mather, Stone y Wade, residieron allí.

Otra de las avenidas famosas es Euclid Avenue, de las más interesantes en cuanto a celebridades millonarias que vivieron allí. De las mejores de América. Las casas gozaban de una vistosidad majestuosa, y sus patios eran un deleite para quienes los contemplaban y disfrutaban. Todo elegancia y glamur.

Los jardines que armonizan esta ciudad son como los campos Elíseos de París y Unter den Linden de Berlín.

Los millonarios demolieron algunas de las estructuras originales de las antiguas viviendas para construir casas aún más grandes.

Se incorporaron alrededor de 260 casas de magnates industriales, ferroviarios, banqueros y abogados influyentes, políticos ricos, científicos prósperos o estafador famoso. En ese barrio había también iglesias, una visión fantástica en una arquitectura de grandeza.

Ohio significa “Gran río” o “Río bello”, según la lengua iroquesa y los nativos que así lo bautizaron. Su apodo es Buckeye State, refiriéndose al Buckeye que es un árbol, el castaño, pues abundaban en los bosques que se emplazaban en este estado y que fueron la mayoría talados para proporcionar materias primas y dar pie a terrenos agrícolas.

Ohio también se apoda como “La Madre de Presidentes Modernos”, ya que siete de los Presidentes de Estados Unidos nacieron allí:

Ulysses S. Grant.

Rutherford B. Hayes.

James A. Garfield.

Benjamin Harrison.

William McKinley.

William Howard Taft.

Warren G. Harding.

En la Guerra Civil Estadounidense, Ohio fue primordial pues su población en mayoría estaba en contra de la esclavitud, como ya mencioné anteriormente, y ayudaban a huir a los esclavos transportándolos a través del río Misisipi y el río Ohio a Canadá y Ohio o mediante el tren.

La economía, gracias a la industria, floreció prósperamente en Ohio, y las nuevas tecnologías tuvieron que ver en ello también. Los inventos de Thomas Edison representaron el inicio de una nueva era. Así mismo, la extracción de minerales como el carbón, recurso natural de esas tierras, hizo que Ohio se convirtiera en una gran potencia industrial.

Es la etapa de finales del siglo XIX, que también dio lugar a una serie de casos de corrupción política, involucrando a oficiales del gobierno de Ohio. En este aspecto, el personaje de William Teslas representa esta lacra de notables personalidades políticas que se lucran a base de manipular a los diferentes estamentos sociales y económicos.

Aparece también la tan temida realidad del KKK, en la que sus miembros se dedicaban a maltratar, matar, torturar a afroamericanos que eran liberados y que intentaban mezclarse entre los blancos. O simplemente que pudieran ser autónomos sin estar bajo el yugo de un dueño sobre su persona.

Intimidaban a quienes les defendían en reuniones donde se ponían unas telas blancas acabadas en un capuchón en punta, tapando sus rostros y dejando los agujeros en la zona de los ojos para poder ver, ocultando sus rostros. De esta forma conseguían doblegar a más de uno y seguir fomentando el servilismo que predominaba en los estados del sur.

Pero dejaron de ser numerosas tales asociaciones clandestinas durante el periodo de 1870 y 1880 en aras de otra forma de manifestar tal opresión, bajo el nombre de Jim Crow, un nuevo sistema que llegó a estar legalizado para poder reprimir los derechos de los afroamericanos, a los cuales veían “iguales, pero separados”.

La referencia al manicomio de Athens está basada en la realidad de este asilo que se encuentra en la localidad con el mismo nombre, Athens, que se traduce como Atenas. Es una pequeña ciudad que se encuentra al sureste de Ohio. El manicomio se abrió en 1874 hasta 1993. En él se recluyeron a muchas personas a las que sus parientes querían quitarse de en medio por varias razones, así como era refugio para veteranos de guerra con secuelas en alguna parte de sus cuerpos, o dañados mentalmente. En definitiva, era un lugar donde se trataba y se daba cobijo — de una manera poco acogedora, sino más bien frustrante y sobrecogedora por los tratamientos que allí se dispensaban... aberrantes...escalofriantes— a personas sin techo, sin nadie que las cuidara, personas con trastornos mentales. Pero en lugar de ser un sitio para recuperarse era como un encierro en toda regla.

El nombre oficial de este sanatorio mental era el Athens Lunatic Asylum. Se conocen muchas prácticas atroces que allí se practicaban, sin ningún escrúpulo. Era el principio de la psiquiatría de finales del siglo XIX, y las medidas que sufrían sus pacientes eran algunas como:

Lobotomía

Hidroterapia... propulsión de chorros de agua helada.

Electroshock

Drogas psicóticas con muchos efectos indeseables.

Lo lamentable era que se aplicaban estos remedios no solo a personas que necesitaran una atención psiquiátrica, sino también a quien consideraban los merecían simplemente por manifestar un tipo de conducta molesto. Tal es el caso de quienes eran sorprendidos masturbándose, lo cual intentaban aplacar con estas técnicas aterradoras.

Actualmente, este edificio alberga la Universidad, donde también hay un pequeño museo, así como oficinas y salones.

Nadie imaginaría que en sus orígenes se vivió allí una gran pesadilla, la barbarie sobre personas indefensas que fueron como conejillos de indias para científicos y personal sanitario sin escrúpulo.

En esta novela también se trata el tema de la emancipación de la mujer y su derecho a ser activa en la sociedad, así como su derecho al voto. Las feministas abolicionistas tenían además una doble lucha. No solo intentaban que fueran totalmente libres las mujeres afroamericanas, sino

también librarse de la opresión machista a la vez de la igualdad con los blancos.

La decimotercera Enmienda , en 1865, determina la abolición de la esclavitud. Es una fecha memorable. Pero solo determinó la ruptura de la sociedad de castas de amos y esclavos. No facilitó la igualdad entre hombre blanco y negro. Y así fue como surgió la discriminación racista. Se demostraba continuamente que había una gran desigualdad entre las dos razas.

En 1870 se decretó la Decimoquinta Enmienda, en la que se aprobaba el voto a los ciudadanos negros.

La ley del sufragio y la del abolicionismo se unieron. Pero las feministas blancas y las negras comenzaron a manifestar una gran tensión. No tenían las mismas oportunidades, luchaban las segundas por aumentar sus derechos.

En 1920, con la Decimonovena Enmienda, todas las mujeres, blancas y negras, obtuvieron el derecho a voto en todos los Estados unidos.

### Personajes:

Familia Teslas:

Padre: William Teslas Rhodes.

Madre: Sophia Barber ( apellido de soltera).

Hija. Lara Teslas

Petrieck Mather

Margot. Doncella

Eliot, amante de la madre y esposo de su hermana Maggy.

Thomas Mather: Tío de Petrieck

Nani. Dueña del salón.

**Bailarina:** Charlotte Augusta.

Viuda. Emily Murphy.

Kathy Jensen, doncella que atiende a la madre Sophie.

Clarise, compañera de clase de Lara

Fred , hermano de Clarise.

Senador SErvan



Charles y Michael en Detroit.

